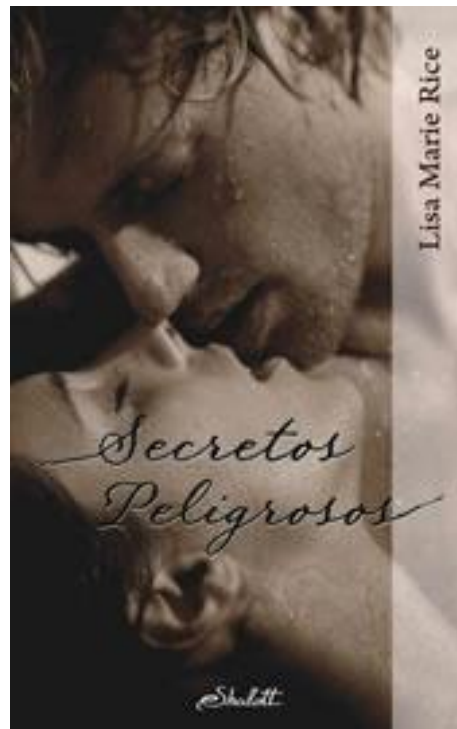


Lisa Marie Rice

Soñando Despiertas

Secretos Peligrosos

SECRETOS PELIGROSOS



LISA MARIE RICE

SOÑANDO DESPIERTAS

Lisa Marie Rice



Secretos Peligrosos

Secretos Peligrosos

Lisa Marie Rice

Prólogo

Parker's Ridge, Vermont

28 de noviembre

La misión de Iceman, el hombre de hielo, había terminado. Entonces, ¿por qué continuaba todavía allí, en la cima de aquella helada colina, contemplando el funeral que se desarrollaba en el valle que se abría a sus pies?

Hacía frío, incluso para tratarse del mes de noviembre. Los ayudantes del enterrador tenían dificultades para cavar en el suelo helado el hueco necesario para el amplio ataúd de caoba y metal, que yacía sobre el césped a unos metros de distancia. El sonido de sus palas tintineaba con el ruido del acero y se expandía por el soleado y frío aire. No pocas personas sacudían los pies sobre el nevado terreno, tratando de calentárselos, y mirando luego en derredor con inquietud. No era correcto parecer incómodo durante un entierro, de modo que se frotaban los brazos y se arrebujaban tristemente en sus abrigos de invierno con la esperanza de que todo acabara pronto.

Iceman se encontraba en su escondite situado a sesenta metros por encima de la arbolada ladera, observando a través de sus prismáticos tácticos Steiner 8 x 30, recuerdo de sus días en el ejército.

El no sacudía los pies ni se arrebujaba en su abrigo. El frío no le molestaba. Tampoco el calor. Y le traía sin cuidado lo que sentían los asistentes.

Estaba allí por la viuda.

Ella se encontraba aparte, pálida y rígida, con la cabeza al descubierto, vestida de negro. No parecía notar el frío ni se removía de

forma nerviosa. Simplemente estaba inmóvil, pequeña y erguida, observándolo todo con ojos secos mientras los ayudantes cavaban laboriosamente.

Aquello pareció durar una eternidad.

El aliento de los enterradores surgía en forma de blancas nubes de vaho y su respiración se tornaba cada vez más áspera, semejante a la de una bestia de carga tirando de algo pesado. Finalmente, en el suelo se abrió un agujero en forma de ataúd, y su labor se interrumpió.

Los asistentes se congregaron en torno a la viuda como guiados por una señal tácita. Un anciano caballero, vestido con un abrigo negro de cachemir, la tomó brevemente del codo y se inclinó hacia ella. Pero la viuda negó con la cabeza y él dio un paso atrás.

El sacerdote, un hombre joven de tez pálida, abrió su pesada Biblia y leyó una página que había sido señalada previamente con un largo marcapáginas de seda blanca. Sus palabras resultaron pausadas y solemnes mientras su nariz adoptaba un vivo color rojo.

Cuando llegó al final del párrafo, cerró la Biblia e inclinó la cabeza. Todos hicieron lo mismo salvo la viuda, que continuó con la vista clavada al frente de forma rígida. La mujer mayor, elegantemente ataviada, que estaba junto al anciano caballero, trató de acercarse a ella, pero se detuvo cuando su acompañante le puso una mano sobre el brazo y sacudió la cabeza, lanzándole una mirada de advertencia. La anciana pareció confusa, y después retrocedió.

Los ayudantes habían colocado sogas de más de cinco centímetros de grosor bajo el ataúd que habían situado sobre el profundo agujero, y lo estaban bajando lenta y laboriosamente. Los hombres farfullaron por el esfuerzo y la tensión, y el sonido ascendió colina arriba.

Al fin, el enorme y pesado ataúd llegó al fondo y los operarios retrocedieron con respeto.

El sacerdote le dijo unas palabras a la viuda y ésta se movió por primera vez, agachándose con agilidad para agarrar un puñado de tierra. Se aproximó al borde del agujero, arrojó la tierra sobre el ataúd y luego alzó la mirada, carente de expresión.

Iceman retrocedió bruscamente. No lo hizo por temor a ser visto. Era un maestro del camuflaje y había elegido su puesto de observación con sumo cuidado. No existía la menor oportunidad de ser descubierto. Lo que le impactó, como si de un puñetazo en el estómago se tratara, fue el descarnado dolor que reflejaba el semblante de la viuda.

Un rostro de una belleza inusual. Un rostro que había besado en más ocasiones de las que podía contar.

Tengo que dejar de pensar en ella y centrarme en la misión, se recriminó Iceman.

Alzó sus potentes prismáticos de nuevo y la escena junto a la tumba volvió a surgir frente a sus ojos.

La tranquila ceremonia había concluido. Los asistentes se alejaban lentamente, agradecidos de regresar al calor y a la vida, y de alejarse de la fría mano de la muerte que planeaba sobre el valle. La viuda fue la última en marcharse, sujetándose del brazo del anciano caballero.

De pronto, ella se puso rígida y se detuvo. Dio media vuelta y echó a correr hacia la tumba, donde los enterradores ya estaban cubriendo el ataúd con la tierra embarrada. La viuda se detuvo justo al borde del agujero, y las lágrimas que había contenido se derramaron como estelas plateadas por su rostro. Se arrodilló en el barro y se quitó el anillo de bodas del dedo. Se lo llevó a los labios, lo besó y alargó el brazo para colocar cuidadosamente el aro dorado sobre la tapa del ataúd. Su mano

se demoró allí durante un largo instante, como si le resultara imposible soportar romper ese último contacto.

El anciano caballero se acercó con lentitud de nuevo a ella. Cuando la viuda no evidenció señal alguna de ponerse en pie, la tomó de los hombros instándola a levantarse. La joven lo hizo finalmente y permitió que la alejaran, deteniéndose en una sola ocasión para volverse y lanzar con suavidad un último beso.

Aquella escena resultaba tan desgarradora que Iceman sintió que el corazón se le encogía de pena; luego sacudió la cabeza.

Estupideces, se dijo a sí mismo con impaciencia, mientras se disponía a tomar precauciones para borrar cualquier rastro de su presencia en la maleza.

Tenía que marcharse de inmediato. No debía estar allí. La misión había terminado en lo que a él concernía.

Aunque, ciertamente, no todos los días podía uno presenciar su propio funeral.

CAPÍTULO 1

Planta nuclear de Krasnqyarsk, Rusia

Diez días antes. 18 de noviembre

Al despuntar el día, el piloto esperó, solo, al pie de la escalerilla supletoria, tal como estaba acordado. Aquél era un vuelo no declarado en un avión que oficialmente no existía; y la presencia de un copiloto no sería bienvenida. Cuanta menos gente estuviera involucrada en aquello, mucho mejor.

Se encontraba en la pista más alejada de un aeropuerto militar que había sido decomisado cuando los soviéticos perdieron el poder.

De pronto, apareció el ingeniero nuclear que estaba esperando.

Sólo se habían dicho los nombres de pila; Lyosha y Edik. Ambos eran falsos, pero eso carecía de importancia.

El ingeniero nuclear, cuyo nombre real era Arkady Sergeyevitch Andreyev, sólo sabía una cosa acerca del piloto que era necesaria: se trataba de un *zek*, un antiguo prisionero del Gulag ruso. Ambos eran miembros de ese exclusivo club; hombres que no habían muerto en el cruel abrazo de la extinta Unión Soviética.

No se estrecharon las manos. Pero cuando el piloto tendió la suya para ayudar a Arkady a manipular la carretilla elevadora y así trasladar el pesado contenedor de la furgoneta a un palé de carga, Arkady vio lo que esperaba ver: un alambre de espinos tatuado alrededor de la muñeca del piloto.

Los antiguos prisioneros llevaban su experiencia en el Infierno grabada en sus carnes, no sólo en el alma. Arkady estaba cubierto con

aquellos tatuajes, desde las estrellas en sus rodillas, que significaba que no se doblegaba ante ningún hombre, a las cruces que eran símbolo de los años pasados en Gulag. Los llevaba con orgullo.

La única parte de su piel que estaba despejada era un largo y reluciente parche de tejido cicatrizado sobre su corazón, que una vez había estado ocupado por los característicos rasgos tártaros con perilla de Lenin. Los guardias de la prisión soviética eran supersticiosos y jamás dispararían a la imagen sagrada del padre de la revolución rusa.

El día en que fue liberado, robó un hierro candente de las barracas desiertas de los guardias y quemó la cabeza de Lenin. Ni siquiera había sentido dolor; estaba demasiado feliz de despojar a su cuerpo de la imagen que proclamaba su sufrimiento.

Los dos hombres, Arkady y el piloto, repararon en silencio en los tatuajes del otro. No había nada más que añadir. Eran miembros de la Bratva, la Hermandad. Eso era todo cuanto tenían que saber.

El pesado contenedor de plomo fue levantado hasta el muelle de carga del avión Tupolev Tu154, donde el piloto lo sujetó cuidadosamente. Dentro del contenedor había un bote recubierto de plomo lleno de cesio 137; suficiente para fabricar una bomba de una potencia capaz de acabar con el centro de la ciudad de Londres, Nueva York, París, Roma, Berlín o Washington D. C, y borrarla de la faz de la tierra, convirtiéndola en un desierto de hormigón prohibido para los humanos o cualquier otra forma de vida durante diez mil años.

El piloto cerró el portón de carga y entró en la pequeña cabina desde donde Arkady había contemplado el almacenamiento del contenedor.

— ¿Va todo bien? —preguntó el piloto en voz baja.

Arkady sabía exactamente a qué se refería. No se sentía ofendido. Aquél era un asunto peligroso. El era un ingeniero nuclear

magníficamente adiestrado y había tomado todas las precauciones necesarias, pero el piloto no podía saberlo.

En vez de responder, Arkady abrió su maletín y extrajo un pequeño contador Geiger. Lo encendió, se fue hacia la zona de carga, y lo pasó por encima del contenedor. Ambos escucharon el agradable sonido del suave y bajo *tic-tac*. El contador Geiger estaba percibiendo la radiación ambiental, un poco más alta de lo normal, que podría darse en los alrededores de una central nuclear, pero nada más.

El piloto asintió, satisfecho, y sin mediar palabra se dirigió a la cabina. Arkady bajó los escalones hasta la pista.

Quedaba una cosa más por hacer antes de despegar: decirle al Vor* que la primera fase de la operación había concluido.

Si aquel viaje resultaba exitoso, habría muchos más en el futuro. Y su Vor, influyente y rico de por sí, se convertiría en uno de los hombres más poderosos en la historia de la humanidad.

Arkady abrió la solapa del teléfono móvil verde. Tenía tres de ellos, uno para cada fase de su largo viaje. Tres teléfonos móviles nuevos, de un solo uso. Marcó una extensa secuencia de dígitos, conectando con una remota mansión en el Estado septentrional de Vermont, en los Estados Unidos.

El móvil estaba decodificado. Si había algo que a buen seguro llamaba la atención de la escalofriantemente poderosa agencia de vigilancia electrónica americana, la NSA, era un mensaje de un teléfono móvil codificado a los Estados Unidos. De modo que no habría codificación, ni nada sobre paquetes de camino o tiempo de entregas.

Los innumerables bancos de súper ordenadores de la NSA, que procesaban diaria e incesantemente un terabyte de datos a lo largo y ancho del planeta, estaban programados para detectar de inmediato una

serie de palabras claves, entre las que se encontraban «paquete» y «entrega».

El dinero del Vor había comprado los servicios de uno de los agentes jóvenes de la NSA y dicha lista de palabras obraba ya en su poder. El Vor pensaba en todo.

* Capo de la mafia rusa. Equivalente ruso a la figura del «padrino» de la mafia italiana. (N. de la T.)

Ni paquetes, ni entregas. Su código era el tiempo. El móvil receptor respondió de inmediato; también sería destruido después del mensaje. Arkady había memorizado cada uno de los números de los móviles desechables del Vor, pese a que constaban de doce dígitos cada uno.

Un ejercicio irrisorio. Un juego de niños. En Kolyma, los números le habían mantenido cuerdo. Había memorizado el número «Pi» hasta el trigésimo decimal, los números primos hasta el quinientos, y había perfeccionado en su cabeza un método de cálculo de riesgos que el Vor continuaba utilizando hoy en día.

El propio Vor, un genio literario, había memorizado cada palabra de la obra «Reina de espadas» de Pushkin. Sí, Vassily Worontzoff era un hombre extraordinario. El hombre que le había salvado la vida en Kolyma y, tal vez más importante, su cordura. Su Vor.

—*Slushayu* —le dijo, indicándole en ruso que le escuchaba. La grave voz de su Vor, con su culto acento moscovita, tranquilizó al ingeniero al más profundo nivel posible, asegurándole que todo estaba bien.

—Saludos —respondió Arkady, alzando la mirada a las oscuras nubes que enturbiaban el cielo. Soplaban un violento viento siberiano, y la temperatura era absolutamente gélida. Se arrebujó en la chaqueta de piel de oveja que le había comprado su Vor—. Se me ocurrió que le gustaría saber que por aquí el tiempo es perfecto. Cielos soleados. Temperatura muy cálida.

—Excelente —replicó el Vor—. Cuídate, amigo mío.

Satisfecho con que aquel importante proyecto tuviera un buen comienzo, Arkady extrajo la tarjeta SIM del móvil, la arrojó al bosque, donde desapareció en la densa maleza en medio de un susurro de

crujientes hojas, y aplastó la carcasa de plástico del teléfono bajo su pesada bota.

Subió de nuevo los escalones que le llevaban al avión, se sentó en el asiento de cuero de la cabina, se abrochó el cinturón y se puso cómodo. Aquella era la primera fase de lo que iba a ser un largo viaje.

La cabina estaba tranquila y en silencio. El piloto había elegido bien. El avión podría despegar con facilidad de la pista de grava situada en el abandonado campo de aviación militar y sobrevolar el resto del tráfico aéreo ruso.

Se encontraban en las afueras de Siberia, la mayor masa de tierra deshabitada del mundo. Llegarían a su destino, un lejano aeródromo próximo a Odessa, en unas doce horas, realizando una única parada para repostar combustible. Luego, Arkady iría en autobús rumbo a Budva, en Montenegro. Allí le estaría esperando un barco para llevarle a él y a su cargamento hasta Canadá. El tramo final consistiría en cruzar los Estados Unidos en una furgoneta, hasta Vermont.

El piloto anunció con tranquilidad que despegarían al cabo de un minuto. Exactamente sesenta segundos después, el reluciente avión rodó por la pista y despegó rumbo al oeste.

Parker's Ridge, Vermont

18 de noviembre

El hombre con las manos y el alma hechos pedazos utilizó su puntero óptico para apretar el botón de desconexión de su teléfono móvil. Todavía era capaz de usar sus dedos pulgar e índice, pero sólo para hacer pinza. Los entusiastas guardias de la prisión que le habían

machacado las manos con un martillo habían sido concienzudos. Pero todavía podía emplear el puntero óptico para teclear letras en un teclado o en un panel numérico, alimentarse solo y coger un vaso de vodka.

Eso era suficiente.

Vassily Worontzoff echó un vistazo por la ventana panorámica de su estudio, percatándose del viento que azotaba con fuerza las grandes ramas desnudas de un roble. Pese a que era primera hora de la tarde, el cielo estaba completamente encapotado. El pronóstico preveía nieve durante la noche y temperaturas muy por debajo de los cero grados. El meteorólogo había declarado todo aquello con el tono de voz lúgubre de un hombre anunciando un desastre seguro.

Vassily se habría echado a reír si todavía fuera capaz de ello. ¡Qué débiles eran los americanos! ¡Con qué facilidad se desesperaban! El era un superviviente de Kolyma, el campo de concentración más cruel de la Unión Soviética, donde los prisioneros tenían que trabajar en las minas de oro a temperaturas inferiores a los sesenta y siete grados bajo cero.

En el infierno donde vivían los prisioneros, el frío era tan intenso que las lágrimas se congelaban en las mejillas y caían con un escalofriante tintineo al duro suelo helado en forma de cristales. Los *zeks* llamaban a aquello «el susurro de las estrellas».

¡Cuántas lágrimas había derramado cuando perdió a su amada!

Katya. ¡Cómo habían susurrado por ella las estrellas!

Había escrito un poema sobre ello, con tinta fabricada a partir de cuero quemado de un zapato, sobre una pieza de camisa intacta donada por un *zek* que, improbablemente, iba a ser liberado. Había sido publicado en Moscú. Cuando se corrió la voz desde ocho mil kilómetros de distancia de que el *zek* Vassily Worontzoff había escrito un poema sobre Kolyma, los guardias entraron en su celda y le machacaron las

manos en una espiral de crueldad, pensando que a un escritor le sería imposible escribir sin ellas.

Qué hombres tan increíblemente estúpidos.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Si los guardias que lo habían atormentado no habían muerto a causa del vodka, estarían viviendo en el equivalente ruso a un agujero de cincuenta dólares al mes. En cambio, él ya era más rico de lo que ellos jamás llegarían a comprender, y estaba a punto de convertirse en uno de los hombres más poderosos de la tierra, capaz de aniquilar grandes ciudades con la misma facilidad con que se apaga una bombilla.

Capaz de estar con su amada Katya.

La había perdido en Kolyma, pero la había encontrado de nuevo en aquel pequeño y bonito reducto americano, con sus abedules y arces, tan parecido a los bosques que rodeaban las afueras de Moscú.

Charity, así era como se llamaba ahora. Charity Prewitt. Un ridículo nombre yanqui. Detestaba llamarla Charity. Ella era Katya. Su Katya, pese a que ella lo ignorase todavía.

Pero aquella charada pronto llegaría a su fin y ella estaría de nuevo con él.

El era el Vor; un hombre inmensamente poderoso.

Tanto que podría hacer que Katya regresara de entre los muertos.

Parker's Ridge

— ¿Ha leído algún buen libro últimamente?

La bonita joven que apilaba libros y ordenaba documentos en la biblioteca del condado de Parker's Ridge, se giró sorprendida. Estaba a punto de cerrar, y la biblioteca siempre estaba desierta a aquellas horas. Nick Ireland era consciente de ello, ya que llevaba una semana vigilando.

— ¡Oh! Hola, señor Ames. —Las mejillas femeninas se sonrojaron de placer al verle—. ¿Necesita alguna otra cosa? —Echó un vistazo al viejo y enorme reloj de la pared—. Estamos cerrando, pero puedo quedarme otro cuarto de hora.

Nick había pasado por allí esa mañana, y ella se había mostrado encantadoramente solícita con él. O, mejor dicho, con Nicholas Ames, corredor de bolsa retirado del ajetreo de Wall Street después de pasar varios años realizando inversiones muy afortunadas con grandes resultados, que ahora pretendía fundar su propia empresa de inversiones. Hijo de Keith y Amanda Ames, banquero especialista en inversiones y abogada de familia respectivamente, ambos fallecidos trágicamente a temprana edad.

Nicholas Ames tenía treinta y cuatro años; era un Capricornio divorciado tras un efímero matrimonio sorpresa cuando tenía veintipico años, que coleccionaba vinos. Parecía afable e inofensivo, un buen tipo de pies a cabeza.

Ni una sola palabra de eso era cierta. Ni una sola.

Estaban solos en la biblioteca, lo cual complacía e irritaba a Nick a partes iguales. Le complacía debido a que contaría con la total y absoluta atención de Charity Prewitt. Le irritaba porque... porque sí.

Porque a través de las enormes ventanas de la biblioteca, la joven parecía un encantador corderito atado a una estaca listo para los depredadores. Hacía una hora que había anochecido en aquel gélido estado norteno. En la bien iluminada biblioteca, Charity Prewitt había sido

igual que un objeto exhibido en un escaparate contra la oscuridad de la noche. Una bella mujer sola en un espacio cerrado; el cebo perfecto para cualquier delincuente.

No había nada que gustara más a un delincuente que encontrarse un escenario así. Si había algo que Nick sabía con todas las fibras de su ser, era que el mundo estaba lleno de cabronazos. Llevaba toda la vida luchando contra ellos.

Ella le estaba sonriendo, y era mucho, «pero que mucho», más bonita que en las fotografías que se incluían en el expediente que había examinado.

—No, gracias, señorita Prewitt —respondió, consiguiendo que su grave voz, ronca por naturaleza, resultara suave—. No necesito seguir investigando. Fue usted muy útil esta mañana.

Ella ladeó la cabeza, haciendo que su sedoso cabello rubio oscuro acariciara su hombro derecho.

—Entonces, ¿ha tenido usted un buen día?

—Sí. Gracias por preguntar. Vi tres fábricas, el arranque de un prometedor diseño de páginas Web, y un aserradero a la antigua usanza que tiene unas ideas muy innovadoras acerca de la utilización de las astillas de madera reciclada. En conjunto, muy satisfactorio.

En realidad, había sido un día pésimo, simplemente uno de los muchos días aburridos de aquella misión. Una total pérdida de tiempo pasado en una furgoneta de vigilancia con dos apestosos hombres sin lograr ningún resultado, a excepción de una críptica llamada a Worontzoff en la que éste le pedía a un amigo que se cuidase. Nick sonrió con una satisfacción que no sentía. —Así que, es hora de cerrar, ¿verdad? Ella le devolvió la sonrisa.

—Pues sí. Cerramos a las seis. Pero como ya le he dicho, si necesita alguna cosa...

—Bueno, si le soy sincero... —Nick bajó tímidamente la vista a sus zapatos, como si reuniera valor para pedirle algo. Le encantaba mirarse los zapatos. Eran italianos y costaban más de trescientos dólares; muy alejados de sus habituales y cómodas, aunque maltrechas, botas de combate que se remontaban a sus días en el ejército.

Ser Nicholas Ames, un exitoso hombre de negocios, significaba vestirse de forma adecuada, y el gobierno tenía que hacer frente a la factura. Tenía un completo guardarropa con que combinar aquellos magníficos zapatos. Puede incluso que pudiera quedarse con los dos Armani que habían sido confeccionados especialmente para sus anchos hombros.

Y mejor todavía era tratar con aquella bibliotecaria, Charity Prewitt, una de las mujeres más bellas que hubiera visto nunca. No muy alta, curvilínea, con clase, y unos grandes ojos del color del mar al amanecer.

Nick levantó la vista de sus relucientes ejecutivos negros y sonrió al ver los hermosos ojos grises femeninos.

—De hecho, esperaba poder invitarla a cenar para darle las gracias por su ayuda. De no haber realizado mi investigación preliminar aquí, con su ayuda, el día no habría sido ni la mitad de productivo. Invitarla a cenar es lo menos que puedo hacer para mostrarle mi agradecimiento.

Ella parpadeó.

—Bueno... —comenzó a decir.

—No tiene nada que temer de mí —se apresuró a tranquilizarla—. Soy un ciudadano modélico, sólo tiene que preguntarles a mi contable y a mi médico. Y soy del todo inofensivo.

Por supuesto, no lo era. Al contrario. Se trataba de un hombre extremadamente peligroso. Diez años como agente de los Delta Forcé antes de unirse a la Unidad lo demostraban. Había pasado los últimos diez años realizando operaciones ilícitas, perfeccionando el arte de matar.

No obstante, era por completo inofensivo para «ella».

Charity Prewitt tenía la piel más exquisita que había visto jamás en una mujer, de un tono marfil claro con una pincelada rosada debajo; parecía tan delicada que se magullaría con solo respirar cerca de ella. Aquella piel estaba hecha para que la tocaran y acariciaran, no para que le causaran ningún daño.

—¿Señorita Prewitt? —No había respondido a su invitación a cenar. Simplemente estaba allí, quieta, con la cabeza ladeada, observándole como si él fuera algún tipo de problema que debiera resolver, para el que necesitaba más información.

En cierto modo, aquello le agradó. La joven no se había apresurado a aceptar, lo cual era un grato alivio comparado con su última cita; mejor dicho, con su último polvo. No habían pasado ni siquiera cinco minutos desde que se conocieron en un bar y ella ya tenía su polla en la mano. Al menos a Charity no le excitaba el dolor extremo al igual que a Consuelo.

Charity Prewitt le estaba evaluando en silencio y él le dejó que lo hiciera, comprendiendo que tratar de convencerla no le serviría de nada. El silencio sí lo haría, de modo que se quedó inmóvil. Los soldados de las fuerzas especiales tenían ese don; quienes carecían de él, morían jóvenes y de forma terrible.

Por su parte, Nick también estaba llevando a cabo su evaluación.

Esa mañana se había quedado sorprendido al ver a Charity Prewitt. Con un nombre como ése, y su trabajo como directora de la biblioteca de una tranquila ciudad, no había esperado mucho.

Las fotografías que de ella había en su expediente eran borrosas, tomadas con lentes telescópicas, y tan sólo mostraban a una mujer con un color de pelo y tez ordinarios, y una estatura y figura corrientes. Una mujer completamente normal. Algo bajita, sin nada reseñable.

Sin embargo, de cerca había resultado ser una auténtica belleza. Una belleza tranquila. Uno tenía que mirar dos veces para sentir el impacto de sus enormes ojos grises, su preciosa piel de porcelana, el brillante cabello rubio oscuro y la figura esbelta y curvilínea. Además, poseía una elegancia natural y una voz suave y atrayente.

Nick estaba acostumbrado a llevar a cabo misiones en las que tenía que actuar de incógnito y tratar con tipos duros y corruptos, no con mujeres jóvenes y bonitas.

De hecho, también había un cabronazo de por medio en la misión en la que se encontraba ahora, un hijo de perra llamado Vassily Worontzoff, reverenciado por todo el mundo por ser un magnífico escritor, a excepción de por los agentes de la Unidad. Nominado incluso para el premio Nobel, pero que, como bien sabía la Unidad pese a no poder demostrarlo todavía, estaba a la cabeza de una enorme red internacional del crimen organizado. Nick tenía intención de destruirlo.

De modo que sí, en aquella operación se enfrentaba a un peligroso Vor de la mafia rusa, pero también implicaba liarse con una bella mujer, y a expensas del gobierno, además.

No podía haber nada mejor.

—De acuerdo —aceptó Charity de pronto. Cualesquiera que hubieran sido sus dudas, parecían haberse disipado—. ¿A qué hora desea recogerme?

Al escuchar aquello, él sintió una ráfaga de energía que nada tenía que ver con la misión y sí con la mujer que tenía delante.

—Bueno... —Nick sonrió, dando la imagen de un ejecutivo completamente afable, seguro y digno de confianza—. Me preguntaba si le importaría que fuéramos ahora. He descubierto un magnífico restaurante italiano cerca de Rockville. La zona reservada al bar es tranquila y pensé que podríamos hablar mientras tomamos una copa y esperamos la cena.

—Da Emilio's —dijo Charity—. Es un sitio muy agradable y la comida es excelente. —Echó un vistazo a su atuendo—. Pero no estoy vestida para salir a cenar. Debería ir a casa a cambiarme.

La joven llevaba puesto un suéter azul marengo claro que hacía juego con sus ojos y se amoldaba a sus turgentes pechos y a su estrecha cintura; una falda recta negra; unas brillantes medias del mismo color y unas bonitas botas tobilleras. Una gargantilla y unos pendientes de perlas complementaban su atuendo. Incluso con su ropa de trabajo, era la mujer con más clase que había visto en mucho tiempo.

—Está usted... —Las palabras «perfecta» y «jodidamente sexy», acudieron a sus labios y tuvo que apretar la mandíbula para no pronunciarlas. El soldado irlandés y pendenciero que era podría decir algo semejante, pero no así Ames, el sofisticado ejecutivo. A pesar de que fuera la pura verdad.

—Está usted bien, créame. Podría ir a cenar a la Casa Blanca vestida tal y como está.

Aquello la hizo sonreír, que era lo que él deseaba. Su sonrisa era igual que un arma secreta.

—De acuerdo. —Charity dejó escapar un suspiro—. Tan sólo tendré que echar el cierre.

Echar el cierre consistía en cerrar la puerta de la biblioteca y girar una vez la llave en la cerradura.

Nick esperó. Charity alzó la mirada hacia él, frunciendo levemente el ceño cuando vio su torva expresión.

—¿Sucedé algo?

—¿Eso es todo? ¿En eso consiste echar el cierre? ¿En girar una vez la llave en la cerradura? Ella sonrió suavemente.

—Esta es una ciudad pacífica, señor Ames.

—Mis amigos me llaman Nick.

—De acuerdo, Nick. No sé si ha tenido oportunidad de darse una vuelta por la ciudad. Esto no es Nueva York, ni siquiera Burlington. La biblioteca, en caso de que no lo haya notado, está llena de libros y poco más, aparte de algunas mesas rayadas. ¿Qué iban a robar? Y, en cualquier caso, no recuerdo el último delito que se cometió en Parker's Ridge.

La euforia que Nick sentía al pensar en pasar la velada con Charity Prewitt se esfumó.

Parker's Ridge albergaba a uno de los criminales mas peligrosos del mundo, el responsable directo de la pérdida de cientos de vidas, así como de innumerable tristeza y sufrimiento.

Y dicho hombre era el mejor amigo de Charity Prewitt.

CAPÍTULO 2

Una cita. ¡Ella, Charity Prewitt, tenía una «cita»! No había tenido ninguna desde... Dios, ni siquiera podía recordar la fecha.

Había diez solteros en Parker's Ridge, sin contar a Vassily, naturalmente, que tenía cincuenta y cuatro años y que estaba terriblemente desfigurado debido a las torturas que sufrió en un campo de concentración soviético. Todos y cada uno de los solteros en un radio de sesenta y cinco kilómetros le habían pedido salir en repetidas ocasiones. Todos y cada uno de ellos tenían alguna carencia importante: dientes, inteligencia... Y, ciertamente, todos carecían de sentido del humor.

No se podía decir nada mejor de las localidades vecinas. La mayoría de los hombres solteros lo eran por un buen motivo, y una cita bastaba, más o menos, para descubrirlo.

La joven podría viajar más a menudo, pero Mary Conway, su compañera, primero había cogido la baja por maternidad y después había dejado el trabajo para cuidar a su hijo, que había nacido prematuro y con problemas, lo que obligaba a Charity a llevar la biblioteca prácticamente sin ayuda de nadie. La directora jubilada, la anciana señora Lambert, acudiría en caso de emergencia, sin embargo, tenía setenta y cuatro años y estaba casi sorda. Por otro lado, el ayuntamiento de la ciudad continuaba posponiendo el presupuesto para contratar a otra bibliotecaria. De modo que Charity era lo que había.

Además, por supuesto, su tío Franklin y la enfermiza tía Vera requerían de su constante presencia y ayuda. Charity tenía un alcance de unos sesenta y cinco kilómetros y los solteros con unos requisitos mínimos no abundaban precisamente en ese radio.

Así pues, que le pidiera salir el señor Nicholas «llámame Nick» Ames, que era el hombre más atractivo que había visto jamás, con el añadido de que conservaba todos sus miembros y dientes, era todo un acontecimiento.

Él había entrado aquella mañana en la biblioteca para investigar un poco sobre la región, diciendo que estaba considerando realizar algunas inversiones. A Charity le había impresionado lo mucho que él ya sabía sobre la zona, pero supuso que un hombre de negocios tenía que estar bien informado. Después había comentado discretamente que se había dedicado a trabajar en la bolsa para una compañía importante y que su intención era abrir una oficina de inversiones propia.

Era tan increíblemente atractivo... Charity no pudo evitar lanzarle miradas de soslayo cuando él no le prestaba atención, evaluándolo. Era alto, de cabello muy negro, tenía unos ojos azul oscuro rodeados por unas pestañas imposiblemente largas, una nariz estrecha y larga, y una boca firme.

Y... un cuerpo duro.

Según la experiencia de Charity, los ejecutivos no tenían aquella musculatura ni estaban tan bronceados, debido al tiempo que pasaban detrás de una mesa haciendo dinero. O perdiéndolo. Nick Ames no parecía haber pasado mucho tiempo haciendo lo segundo.

Todo en él proclamaba que era un próspero empresario. El elegante traje azul, de Armani, supuso, los relucientes zapatos, el costoso maletín de piel, las uñas cuidadas, un caro reloj plano...

Pero ahí se terminaban las semejanzas con un típico hombre de negocios. Debajo de su elegante traje había sin duda un cuerpo muy fuerte y en forma, con unos hombros asombrosamente anchos, que no cuadraban con la cantidad de tiempo que debía pasar analizando datos, recortando artículos, y haciendo lo que hiciese un corredor de bolsa.

Hacía una noche preciosa. Muy fría, pero eso era un hecho para el mes de noviembre en Vermont. La tormenta de nieve de la que todos los meteorólogos habían estado hablando se mantenía aún alejada y el cielo estaba cuajado de brillantes y lejanas estrellas. Charity adoraba aquellas despejadas noches heladas, y menos mal que era así, pues mudarse a algún lugar más cálido estaba del todo descartado. Incluso pasar un largo fin de semana en Aruba resultaba imposible mientras su tía Vera estuviera tan enferma.

Para su sorpresa, el señor Ames —Nick—, la tomó del codo, como si a ella pudiera resultarle complicado maniobrar por la amplia y regular calzada que se desplegaba bajo sus pies o necesitara que la guiaran por la pequeña localidad en la que había crecido. Pese a todo, aquello resultaba realmente agradable. Eran raras las ocasiones en que un hombre la tomaba del brazo.

Su tío Franklin lo hacía a menudo cuando le acompañaba a algún sitio, pero era para no perder el equilibrio.

De cerca, Nick parecía más alto. Le sacaba muchos centímetros a pesar de que ella llevaba tacones. También parecía más corpulento y sus hombros resultaban increíblemente anchos bajo su abrigo de cachemir azul oscuro cosido a mano. Tío Franklin tenía uno igual.

Charity se preguntó, por una fracción de segundo, qué estaba haciendo, aceptando salir a cenar con un hombre a quien no conocía.

Se había sorprendido a sí misma. Cuando se lo pidió, ella sabía que debería decir no a la cena, aunque tal vez sí a tomar una copa en la ciudad. Pero... abrió la boca y de ella había escapado un simple «sí».

Por supuesto, que se sintiera tan atraída por él y que tuviera una sonrisa devastadora podría haber tenido algo que ver en ello.

Sus modales la sorprendieron. Se había colocado en la parte exterior, cerca del bordillo. Hacía años desde que había visto a un

hombre situarse deliberadamente entre la mujer y la calle. El último al que había visto hacerlo, aparte del tío Franklin, había sido su padre, que siempre se mostró instintivamente cortés con su madre. Eso había sido hacía más de quince años, cuando ambos vivían aún.

Nick y ella recorrieron la manzana y él la hizo girar a la derecha, hacia Sparrow Road, empujándola suavemente con la mano. Luego, Nick se detuvo justo al lado de un gran coche negro de lujo. Un Lexus, pensó Charity, aunque no podría asegurarlo. Lo único de lo que sí estaba segura era de que probablemente costara el equivalente al sueldo de un año de una bibliotecaria.

La condujo hasta la puerta del pasajero, que abrió electrónicamente con la llave, y ayudó a la joven a subir al asiento como si fuera la reina de Parker's Ridge.

Al cabo de un segundo, él se encontraba en el asiento del conductor y le ponía el cinturón de seguridad a Charity. Para su asombro, Nick no se apartó una vez que el cierre hizo *click*, sino que se inclinó hacia delante y la besó suavemente en la boca. Charity se le quedó mirando.

—¿Qué...?

El ya había puesto el gran coche en marcha. Le lanzó una breve mirada y sonrió ampliamente. Sus dientes se veían blancos en la oscuridad del coche, mientras salía con lentitud de la plaza de aparcamiento.

—Supuse que íbamos a pasarnos toda la velada preguntándonos si nos daríamos o no un beso de despedida, de modo que se me ocurrió que podía adelantarme. Ya nos hemos besado, así que no vamos a obsesionarnos con eso. Ya está hecho.

Ella dobló las manos sobre el regazo.

—Yo no iba a obsesionarme por un beso.

Estaba mintiendo. Se había estado obsesionando con ello desde que había aceptado la invitación a cenar. Para ser completamente honesta consigo misma, cosa que era por lo general, se había obsesionado con besarle desde que le había puesto los ojos encima esa mañana.

Sin embargo, él tenía razón.

No había sido más que un beso casto, un roce, como lo habrían llamado un siglo atrás. Pero había puesto fin a la tensión sin duda alguna. Se habían besado. Ahora podrían disfrutar de una relajada cena juntos.

Sabe muy bien lo que quiere, pensó. No es de extrañar que se haya hecho rico.

Nick condujo tranquilamente fuera de la ciudad. Demasiado tranquilamente, de hecho. Para sorpresa de Charity, mantuvo el límite de velocidad por debajo de los márgenes de la ciudad. Por algún motivo, algún burócrata aburrido había establecido un límite de velocidad de cincuenta y seis kilómetros por hora dentro del radio de dieciséis kilómetros de la ciudad. Ningún ciudadano estaba lo bastante loco como para respetar el límite, a excepción de Nick Ames. El conducía su potente vehículo como si llevara un cargamento extremadamente frágil por un terreno accidentado.

Incluso pisó el freno a fondo delante de la intersección entre Somerset y la Quinta, desde donde podía verse Canadá en un día despejado. «Nadie» se detenía ante aquel cruce a menos que viniera algún coche, al cual podrías ver a kilómetros de distancia en cada dirección. Los habitantes de Parker's Ridge se limitaban a reducir un tanto la velocidad, pero jamás paraban.

Nick Ames se detuvo mientras la luz estuvo en ámbar y esperó con paciencia hasta que ésta se puso en rojo y más tarde en verde.

Resultaba agradable ir en un coche con un conductor precavido, pero Charity se encontró apretando el pie derecho contra el suelo, deseando que también él lo hiciera, instándole para sus adentros que fuera tan sólo un poco más deprisa. Existía una delgada línea que separaba el conducir con precaución y hacerlo con parsimonia, y él la había traspasado en diversas ocasiones. Conducir con lentitud en Parker's Ridge, donde uno tenía que esforzarse al máximo para verse involucrado en un pequeño encontronazo, era exagerado.

Encontrar Da Emilio's no era fácil. Había que realizar varios giros y la señalización era escasa. Todos los lugareños sabían dónde estaba, pero resultaba complicado llegar para los forasteros. Sin embargo, Nick Ames no pareció tener problemas y condujo directamente hasta allí.

El aparcamiento aledaño al restaurante estaba prácticamente vacío. Más tarde se llenaría, pero por el momento los únicos clientes eran los que se encontraban allí para tomar una copa previa a la cena. Aparcó en la primera plaza vacía que encontró y apagó el motor.

Charity le sonrió cuando él entró al aparcamiento.

—Tienes un buen sentido de la orientación o una memoria excelente, o quizá ambas cosas.

El se volvió hacia ella, con su gran mano sobre el volante.

—Ambas cosas, de hecho. Me parece que están en la misma parte del cerebro. También tengo buena memoria para las caras y no me pierdo con frecuencia. —Bajó la vista hasta las desnudas manos femeninas—. Puede que quieras ponerte los guantes de nuevo, hace mucho frío fuera.

—Sí, mamá —se mofó Charity, poniendo los ojos en blanco. Pero fue una pérdida de tiempo. El ya había rodeado el coche y estaba abriendo su puerta, ayudándola a salir.

El beso había cambiado de algún modo la dinámica de la velada. La invitación a cenar había pasado de ser un agradable gesto de agradecimiento, a una cita de verdad. El sexo flotaba en el ambiente de un modo placentero. Nada recargado, tan sólo unas pequeñas chispas suspendidas entre ellos.

Encantada, Charity inspiró profundamente. El aire estaba impregnado por el olor de ciento sesenta kilómetros de pinares y por los aromas provenientes de los conductos de ventilación de las cocinas de Emilio's. Todo parecía indicar que la velada sería maravillosa.

Su vida había sido un tanto gris últimamente. En realidad, no gris, sino un poco... monótona, rutinaria. Le desagradaba admitir el mucho tiempo y energía que dedicaba a su tía Vera y a su tío Franklin. Para cuando llegaba el viernes por la noche, después de cinco días trabajando en la biblioteca, pasando a ver cómo estaban sus tíos tres veces a la semana, de hacer todo lo que fuera necesario para que se encontraran cómodos y a salvo, tan sólo le quedaban fuerzas suficientes para hacer las tareas de la casa durante el fin de semana.

Poco a poco y sin apenas darse cuenta, había comenzado a salir cada vez menos, a ir raras veces al cine o a ver un concierto. Únicamente hacía una excepción por Vassily. Siempre que él la llamaba, sacaba tiempo y ganas.

Nick le abrió la puerta y la hizo pasar al restaurante, colocando la mano en su espalda. Una mujer podría llegar a acostumbrarse a esos modales tan exquisitos.

Da Emilio's resultaba tan cálido y acogedor como de costumbre, con un enorme fuego encendido en cada habitación. Nick la condujo hacia la agradable zona de la barra que se apreciaba justo a la derecha.

Cuando el corpulento maître se aproximó a ellos, Nick se detuvo y dijo en voz baja:

—Tenemos una reserva a nombre de Ames. —A su nombre. Pero el maître no le prestó la menor atención a Nick, sino que se limitó a abalanzarse hacia ella. Charity suspiró y se preparó.

—¡Signorina Chaaariteee! —La joven se vio inmersa en el abrazo de los sólidos brazos y el duro y gran vientre del hombre. Un abrazo con olor a Versace y a ajo.

—Sergio. —Charity le sonrió cuando al fin la soltó. El cuñado de Emilio tenía una personalidad mucho más extrovertida que el dueño, por lo que desempeñaba su trabajo a la perfección.

—Bienvenida, querida. ¿Dónde has estado metida? ¿Por qué no has pasado por aquí a comer? —La alejó a la distancia de un brazo y la miró de arriba a abajo con ojo crítico—. Estás demasiado delgada. ¿Has comido bien últimamente? —Frunció el ceño y meneó la cabeza—. ¿Pero qué digo? Por supuesto que no. ¡Emilio! —gritó al tiempo que tomaba su abrigo y, después de pensarlo mejor, el de Nick—. ¡Vieni qui súbito!

Unos cuantos clientes hicieron su entrada en el restaurante, pero Sergio hizo caso omiso de ellos.

— ¡Emilio! —berreó.

Charity hizo una mueca, elevando la mirada hacia Nick. El parecía divertido y relajado.

—Emilio estará encantado de verte, Charity. Precisamente el otro día te mencionó. Anna vino a casa a pasar el fin de semana y...

— ¡Charity! —Emilio, un apuesto hombre alto y delgado, salió de la cocina. Su comida era tan buena que Charity no acertaba a comprender cómo demonios conseguía no engordar. Probablemente porque trabajaba muy duro. Había aterrizado a las afueras de Parker's Ridge hacía más de veinte años, siendo un joven estudiante italiano de Bolonia que cruzaba

los Estados Unidos haciendo autostop al terminar la universidad. Después se trajo a su prometida, a su hermana y a su cuñado desde Italia.

Sólo Dios sabía por qué había elegido el norte de Vermont para instalarse, pero sus habitantes estaban agradecidos de que lo hubiera hecho. El suyo era el mejor y más concurrido restaurante de aquella parte del Estado.

Emilio la envolvió en su abrazo y a continuación la hizo retroceder un poco para mirarla de forma crítica, tal como había hecho Sergio.

—No has estado...

—Comiendo lo suficiente —concluyó Charity, dejando escapar un suspiro—. Sí, ya me lo ha dicho Sergio. Pero no es cierto, ya lo sabes. No todos somos tan afortunados de tener la figura de Silvia.

Emilio sonrió al oír mencionar el nombre de su amada esposa, quien llevaba las cuentas y dirigía a su familia de forma implacable, dejándole tiempo a él para crear. Silvia pesaba trece kilos más que Charity y cada gramo estaba compuesto de espectaculares curvas que ejercían de imán para los ojos masculinos.

—Eso es cierto —reconoció el restaurador con orgullo—. Aun así, deberías comer más.

Charity se abstuvo de poner los ojos en blanco sabiendo que sería inútil. Emilio era perfectamente capaz de volver una y otra vez sobre el mismo tema si se lo permitía.

— ¡Pero ya basta! —El restaurador levantó una imperiosa mano y un camarero, que Charity hubiera jurado que se encontraba al fondo de la habitación, se materializó a su lado al segundo. Sin girarse, Emilio le ordenó—: Darío, dos copas de nuestro mejor Prosecco y unos aperitivos calientes.

El camarero desapareció de nuevo con rapidez.

—Vamos, sentaos. —Emilio les condujo a la parte de la barra más bonita; cómodas butacas, tapizadas en brocado rojo vivo, se alineaban en torno a una antigua puerta que servía como mesita de café, justo a un lado de la enorme chimenea encendida.

El restaurador se sentó con ellos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, pese a que se aproximaba la hora de la cena y el restaurante comenzaba a llenarse.

— ¿Cómo...? —comenzó Charity, pero Emilio la ignoró. Se giró y miró fijamente a Nick, frunciendo sus gruesas cejas negras.

— ¿Y bien? —preguntó, mostrando unos dientes blancos al esbozar algo que no se asemejaba a una sonrisa—. ¿Es usted un compañero de trabajo de Charity?

Nick se recostó, relajado.

—No, en absoluto. Soy un conocido. Charity me hizo un favor y yo la invité a cenar para agradecérselo.

—¿Hace mucho que se conocen?

Nick ni siquiera se inmutó ante la naturaleza personal de la pregunta.

—No. Nos hemos conocido hoy.

Emilio entrecerró los ojos.

—De modo que, ¿vive usted en esta zona o sólo está de paso?

Charity sofocó un grito. Emilio estaba interrogando a Nick, como si ella fuera su hija y Nick un pretendiente no deseado. Abrió la boca para

objetar cuando captó la mirada risueña de Nick. El le guiñó el ojo y sacudió la cabeza, indicándole que todo estaba bien.

—En realidad vivo en Manhattan, pero estoy pensando en mudarme y he estado explorando algunas zonas. También quiero realizar algunas inversiones. Hace un par de meses dejé mi trabajo en una de las agencias de bolsa más importantes del país e hice algunas operaciones con éxito. Me gustaría montar mi propia empresa y estoy decidiendo dónde lo haré. No hay nada que me retenga en Manhattan y no me importaría fijar mi residencia en otro lugar. Así que mi vida está en suspenso en este momento.

Muy inteligente por su parte, pensó Charity. Con sólo unas pocas frases se las había arreglado para dejar entrever que era soltero y que estaba dispuesto a asentarse allí. No tenía idea de si era cierto o no, pero aquello acabó con la resistencia de Emilio.

El rostro del restaurador se relajó.

—Bien, disfrutad de la velada. Ha sido un placer conocerle, señor... —se interrumpió con delicadeza.

—Ames. Nicholas Ames. Y el placer ha sido mío.

Emilio se puso en pie cuando el camarero llegó con una botella de Prosecco, dos copas altas y una fuente repleta de aperitivos que desprendían un aroma delicioso y que situó sobre la mesita de café.

Parecía que Nick había pasado alguna especie de prueba. Y no sólo con Emilio.

Charity se llevó a la boca una oliva rellena, empanada y ligeramente frita, y apenas consiguió no soltar un gemido.

—Prueba una de estas —le animó—. Son...

—Olivas ascolana —terminó Nick por ella. Charity lo miró, sorprendida, y él sonrió—. Tengo mi propio Emilio en Manhattan. Está frente a la calle Bleecker, sólo que se llama Mario y que proviene de Ancona. Hace unas olivas ascolana fabulosas y la mejor salsa boloñesa del mundo. —Masticó pensativamente—. Pero estas olivas son mejores que las de Mario. Deberá ser nuestro secreto.

—Le guiñó de nuevo el ojo—. No me atrevo a contárselo a Mario. Me vetaría la entrada para siempre.

Uno de los troncos de la enorme chimenea se partió, convirtiéndose en ascuas en medio de una lluvia de pavesas. El calor inundó la habitación, tiñendo la piel de Charity con su destello.

No era sólo el fuego lo que la hacía acalorarse, aunque era una excusa conveniente para el calor que había surgido en su interior debido al guiño de Nick; incandescente, casi sorprendente por su intensidad.

Podía sentir el calor que emanaba del cuerpo masculino, más ardiente que el que desprendía el fuego. O, al menos, así lo sentía.

Charity no era ninguna ingenua. Nick estaba flirteando con ella, y pese a que lo hacía de forma discreta, se trataba inconfundiblemente del antiguo juego entre hombre y mujer, al que tan bien y con tanta ligereza había jugado hacía tiempo y que casi había olvidado. ¿Cuánto tiempo hacía que no salía a cenar con alguien atractivo y que no flirteaba? Demasiado, a juzgar por su exagerada reacción.

¿Lo había notado él? Aquellos oscuros ojos azules parecían muy observadores. Lo más probable era que se hubiera sonrojado. La piel de la joven era igual que un faro, anunciando todos sus estados de ánimo.

Aquello no era conveniente. A pesar de tener los nervios a flor de piel, Charity se obligó a recostarse y a sonreír al tiempo que miraba a Nick a los ojos cuando, sorprendentemente, lo que en realidad quería hacer era subirse a su regazo, acariciarle esa mandíbula con la nariz,

averiguar con sus manos si estaba duro debajo del elegante traje tal como sospechaba. Posar los labios justo en su garganta, allí donde podía apreciar el final de su incipiente barba. Saborear aquella suave piel bronceada.

Basta. Piensa en otra cosa.

Para cuando hubieron dado cuenta de las bolas fritas de mozzarella, los diminutos calamares y de las enormes alcaparras de Pantelleria, la mesa estaba preparada.

Darío apareció como por arte de magia y los acompañó a su mesa con grandes aspavientos. Era la mejor mesa del restaurante y le llevó sus buenos diez minutos acomodarlos. Sentó a Charity como si fuera una emperatriz, le retiró con presteza un vaso de agua que tenía una motita como si hubiera estado lleno de cucarachas, y les aconsejó con sus pedidos. Incluso les sugirió que le permitieran a él ocuparse de elegir el vino.

—Algo especial para usted, señorita Charity.

Regresó con una botella de Barolo proveniente de su reserva especial, la descorchó hábilmente y sirvió un dedo en la copa de Nick. Y, aunque éste asintió con placer, Darío no se relajó hasta que Charity no hubo tomado un sorbo y sonreído.

No tenía de qué preocuparse. Aquel vino era igual que beber felicidad embotellada.

—Maravilloso —murmuró la joven.

Darío sonrió de oreja a oreja y desapareció dentro de las cocinas.

—Bueno. —Nick se recostó en su silla. No había dejado de mirarla durante el tiempo que llevó el servicio del vino—. No me había percatado

de que había invitado a la realeza a cenar. ¿Por qué no me dijiste que eras la reina de Parker's Ridge?

—Ha sido un poco exagerado, ¿no? —admitió sonriendo.

—Del todo. —Nick lanzó una mirada a Emilio por encima del hombro, quien estaba charlando con algunos clientes, y luego retornó a ella—. ¿Estáis emparentados de alguna manera?

—No, desde luego que no. —Aunque en ocasiones, pertenecer a la bulliciosa y gran familia Luraghi parecía maravilloso. Ella era hija única y sus padres habían fallecido. Su única familia eran sus frágiles y enfermizos tíos—. Yo, esto... ayudé a la hija de Emilio el año pasado, cuando vino a la biblioteca para hacer una investigación.

—Por lo que he visto, están agradecidos por algo un poco más serio que explicar el sistema decimal Dewey a una estudiante —comentó antes de tomar otro sorbo de aquel maravilloso vino.

—Utilizamos el sistema de clasificación de la Biblioteca del Congreso.

—Charity...

Ella dejó escapar un suspiro y le contó una versión edulcorada de la verdad.

—La familia de Emilio es estupenda. Es grande y están muy unidos. Pero, algunas veces, pertenecer a un clan así puede ser un tanto... apabullante. Su hija menor, Anna, se sentía asfixiada y venía mucho por la biblioteca para sus proyectos de documentación. Nos hicimos amigas. Había estado teniendo problemas con el alcohol, pero después de un tiempo, volvió al buen camino.

Lo que no le dijo fue que Anna Luraghi se había estado saltando las clases, coqueteando con las drogas, y encaminándose directamente hacia

el abismo. Había creído estar enamorada de un compañero, de quien Charity sospechaba que era un camello.

Charity se había volcado con ella. Había pasado horas y horas charlando con Anna, que necesitaba la guía de un adulto que no perteneciera a su familia, a quien pudiera respetar y con quien hablar. Emilio era un padre maravilloso, comprensivo y que se involucraba, pero su idea de enfrentarse a un problema era discutir a voces hasta que el conflicto desaparecía.

Anna estaba ahora en el Instituto de Ingeniería de Cambridge, haciéndolo magníficamente bien, y salía con el estudiante de informática más brillante y atractivo de la costa Este. Desde entonces, Emilio y su familia la trataban como si pudiera caminar sobre las aguas.

Nick la había escuchado con una ligera sonrisa en los labios, y los ojos entrecerrados y penetrantes. Sus ojos eran sencillamente magníficos. De un profundo azul cobalto, enmarcados por unas densas pestañas negras por las que cualquier mujer mataría. Eran hermosos, pero de algún modo lograban encajar en su rostro puramente masculino.

—Hay más, pero ya que no vas a contármelo, podemos pasar a otro tema de conversación. ¿De qué podríamos hablar? ¿Del tiempo? ¿Sobre libros? ¿De cine? Preferiría descartar la política y la religión en principio. Aparte de eso, me parece bien cualquier cosa que elijas.

Eso resultaba sorprendente. Charity no estaba acostumbrada a que un hombre prestase verdadera atención a lo que decía, que dejara que fuera la mujer quien llevara el rumbo de la conversación.

La mayoría de los hombres que conocía escuchaban a medias hasta que la conversación giraba en torno a su tema de conversación preferido: ellos mismos. Hacían excepciones para hablar de sus empleos, de coches y, últimamente, sobre televisores de plasma, pero eso era todo.

De modo que Nick Ames no sólo era el hombre más sexy que jamás había conocido, sino que también era inteligente y perspicaz. Lo cual significaba que debía reprimir el leve tono irónico que solía emplear de cuando en cuando, y que siempre planeaba sobre las cabezas de sus citas.

Charity sonrió.

—Bueno, siempre está bien hablar de libros.

—Ya lo imagino, puesto que eres bibliotecaria.

—Nada de chistes sobre *Marian la bibliotecaria** —le advirtió, alarmada. Los había oído todos.

* Hace referencia a un musical de Broadway llamado *The Music Man*. *Manan the labrarían* es una de sus canciones. (N. de la T.)

Nick levantó una mano grande, con los dedos índice y corazón extendidos, sin apenas poder contener una sonrisa.

—Ni uno solo, palabra de Scout.

—¿Eras Boy Scout?

—Sí. Pertenecía a la categoría de los Águilas y fui el que más puntos consiguió de mi tropa. Pero, volviendo a ti, ¿cómo acabaste de bibliotecaria en Parker's Ridge?

No te extiendas con la historia, pensó Charity.

—Bueno, me encantan los libros y tiendo a tener una mente razonablemente organizada, así que me pareció bien decantarme por biblioteconomía en la universidad.

Después de licenciarse le hubiera gustado ir a París, su sueño de toda la vida. Y casi lo había conseguido, gracias a una beca para estudiar literatura francesa en Francia y un billete de ida en clase turista. Había almacenado sus escasas posesiones y estaba a punto de tomar el avión cuando el tío Franklin había telefoneado para decirle que su tía ya no podía recordar los nombres de los días de la semana.

No había tenido la menor duda de qué era lo que debía hacer. Al día siguiente estaba de regreso en Parker's Ridge, después de devolver el billete, solicitando el empleo de la anciana señora Lambert.

—¿Y por qué estás aquí? —La escuchaba con tanta atención, que uno pensaría que le estaba contando alguna historia emocionante—. ¿Por qué asentarse en Parker's Ridge? Es bonito, aunque pequeño.

Charity se abstuvo de suspirar. Sí, era pequeño. Y aislado. Y desde luego, no era París.

Estaba allí porque era su deber. Pero resultaba demasiado deprimente decirlo, sobre todo en esos términos. Charity había aprendido que en el mundo moderno era necesario utilizar la palabra «deber» con parquedad, por lo que eludió dar una respuesta directa:

—Mi familia lleva más de doscientos años residiendo aquí. — Carecía de importancia que hubiese ansiado escapar de cualquier vínculo, pues precisamente eso era lo que le había hecho regresar.

Nick rellenó las copas y alzó la suya.

—Bueno, si ha sido capaz de mantener feliz a la familia Prewitt durante más de doscientos años, esta ciudad debe tener una buena cantidad de virtudes ocultas. Un brindis por Parker's Ridge.

Ella también levantó su copa y brindó con Nick. El fino cristal sonó con nitidez, y Nick le regaló una sonrisa por encima de las copas, llenas de vino color rubí intenso.

Su sonrisa la atravesó como si de un rayo se tratara y la sacudió por entero. De pronto, todo pareció magnificarse. El fuego de la estancia ardía con más fuerza, los deliciosos olores de las mesas de alrededor eran más potentes, la vajilla de plata brillaba con mayor intensidad. Era consciente de todo lo que la envolvía y, sobre todo, del hombre alto sentado frente a ella que la observaba detenidamente.

No había modo de confundir el interés masculino. Lo había visto en muchos hombres para equivocarse, aunque últimamente no con demasiada frecuencia. Era como si en los últimos tiempos hubiera estado viviendo en una zona en la que el sexo hubiese quedado congelado. Pero en ese preciso instante, en el restaurante Emilio's, el sexo flotaba en el ambiente... y Charity estaba dispuesta a ello.

El corazón de la joven dio un vuelco ante la idea y se asombró de sí misma. Estaba pensando en mantener relaciones sexuales con aquel

hombre, en aquel mismo instante. Nunca le había ocurrido nada igual. Ni siquiera una sola vez.

Le llevaba algo de tiempo sentirse preparada para acostarse con un hombre. Semanas, en algunos casos.

Pero ahora, con una claridad que la aturdí, sabía que iba a acostarse con Nick. A no tardar mucho. Quizá incluso esa noche. En lugar de irse a la cama con una bolsa de agua caliente y el último libro de Michael Connelly, podría acostarse con aquel hombre tan sexy y atractivo que acababa de conocer esa misma mañana.

Sus tensos músculos internos se contrajeron de solo pensarlo. Resultaba inquietante y estimulante a la vez.

Su mente se tornó precavida de inmediato, confeccionando una lista con todas las razones por las que no debería hacerlo. No le conocía. Podría tener una enfermedad... aunque, francamente, dado su aspecto... ni siquiera su preocupado subconsciente contemplaba dicha posibilidad seriamente. Irradiaba salud y fuerza. O... podría ser un asesino en serie. Tal vez hallaran su cadáver en un charco de sangre y ninguna pista. Interrogarían a Emilio y él diría que Nick no le pareció raro, y mucho menos un monstruo.

O... o podría irle algún tipo de perversión, algo que ella detestara, como por ejemplo el sadismo.

Afortunadamente, su cuerpo no estaba prestando la menor atención a su inquieta y neurótica mente. En realidad no tenía por qué hacerlo, pues cualquier posibilidad de peligro estaba únicamente dentro de su cabeza. Su cuerpo no captaba ninguna vibración de que Nick pudiera ser un asesino en serie o un perverso. Tan sólo percibía a un hombre apuesto y saludable con un sano interés por ella, lo cual era recíproco.

Sostuvo la copa en alto y vio que le temblaba la mano. El líquido se bamboleaba contra las paredes de centelleante cristal. El la estaba

observando con detenimiento. Aquellos penetrantes ojos azules eran perspicaces. La miraba como si pudiera pasearse por su mente, de modo que podía ver su mano temblar y percatarse del rubor que ascendía desde sus pechos. Tenía que esforzarse por regularizar de nuevo su respiración.

Aquello la asustaba un poco. Charity era una lectora compulsiva y tendía a vivir en su propio mundo. Se sentía más cómoda viviendo al margen, observando. Por consiguiente, estaba acostumbrada a estudiar a la gente sin someterse a cambio a su escrutinio. Resultaba desconcertante pensar que él estaba descifrando su deseo. Que él pudiera descifrarla a «ella».

Aquello debía retomar un cariz liviano e impersonal.

—Yo también propongo un brindis. Sus copas entrecucharon de nuevo, con un nítido tintineo de cristal: Por... por Nick Ames. Y porque se quede un tiempo en Parker's Ridge.

CAPÍTULO 3

Furgoneta de vigilancia

A una milla de la mansión de Vassily Worontzoff 18 de noviembre

John Di Stefano levantó una lata de cocaola y deseó con toda su alma que fuera cerveza. Pero estaba de servicio, y, a su pesar, el alcohol y el trabajo no se mezclaban. Sin embargo, en aquellos momentos, tomarse una cerveza parecía una idea estupenda. Al menos serviría para deshacerse del sabor a frustración que inundaba su boca.

Por una misión imposible. Sostuvo la lata en alto el tiempo suficiente para realizar un brindis en silencio, bebiendo a continuación su contenido.

Llevaba desde la semana anterior escondido en una furgoneta de vigilancia junto a Nick Ireland, alias Iceman, y Alexei Nestrenko; y el interior del vehículo tenía todo el aspecto y el olor del prolongado encierro. Había cajas apiladas de pizza rancia encima de recipientes de cartón de comida para llevar y fideos chinos, y una penetrante peste a sudor impregnaba el ambiente cerrado. Además, el frío era cada vez más intenso, pues encender el motor con demasiada frecuencia para poner la calefacción produciría una reveladora columna de gases de combustión.

La furgoneta de vigilancia estaba pintada con motas en tonos verdes que se fundía bien con los pinos que la rodeaban. Estaban a algo más de kilómetro y medio de la mansión de Vassily Worontzoff, en lo alto de las colinas, con un ángulo directo de visión que les permitía que el rayo láser de micro frecuencia recogiera las vibraciones de las ventanas francesas del despacho de Worontzoff y las transformara en sonido.

Los teléfonos estaban intervenidos, pero Worontzoff raras veces utilizaba la línea de tierra. Iceman había deseado que diez antenas más circundaran la mansión. Había llamado a una buena cantidad de despachos, lo cual solía funcionar —un agente de sus características era sumamente apreciado—, pero esta vez todas las puertas habían permanecido cerradas. Un solo dispositivo de escucha. Uno solo. Larry, de la sección tecnológica, había dicho que era el mejor modo de mantener una vigilancia a distancia.

Habían escuchado todas las conversaciones que Worontzoff había mantenido en su despacho, así como las llevadas a cabo por la línea terrestre. Todavía no se había dicho nada concreto, pero según Alexei, algo estaba a punto de ocurrir. La NSA había interceptado un mensaje entre dos terroristas en Islamabad acerca de «el ruso de Vermont» y un topo dentro de una red de la mafia en Bulgaria, dirigida por la organización de Worontzoff, había afirmado que había algo grande en marcha. Pero todo ello no eran más que piezas inconexas.

Alexei era el analista más inteligente de la Unidad y sabía hablar ruso, georgiano, búlgaro, polaco y ucraniano. Se había pasado más de una semana sentado, con unos pesados auriculares puestos, escuchando todos los movimientos de Worontzoff y su personal. Y oyendo música.

Había probablemente cerca de tres mil personas de ascendencia rusa en Vermont, pero sólo un «ruso». El gran hombre en persona. Vassily Worontzoff no era el literato que todos creían, sino el jefe de la mafia rusa en América, llegado para poner orden entre sus compatriotas desorganizados y mal avenidos de Brighton Beach, que ganaban apenas unos millones cometiendo fraude fiscal con el carburante y explotando chicas, cuando se podían sacar billones traficando con medicamentos falsos y transplantes de órganos y miembros.

Cuanto mayores fueran los beneficios, mejor.

Di Stefano casi se atragantó con un bocado de nachos rancios al escuchar sonidos provenientes de los auriculares de su compañero. ¡Algo sucedía! ¡Al fin!

—¿Qué? ¿Qué es lo que dice? —preguntó Di Stefano a Alexei con la boca llena, conteniendo el impulso de agarrar de la sudadera al sucio hombrecillo y zarandearlo para sacarle las palabras.

Lenta y pausadamente, Alexei se apartó el auricular de la oreja. La otra quedó tapada por un receptor de gomaespuma. A Alexei le habían ofrecido audífonos e incluso unos relucientes y caros auriculares Bang & Olufsen que conducían el sonido a través del tímpano, pero lo había rechazado. Quería oírlo todo, dijo, y para eso necesitaba las viejas esponjillas que le cubrían por completo las orejas.

No podían utilizar el rayo láser por la noche, pues su luz era visible en la oscuridad. Pero desde que salía el sol hasta que se ponía, Alexei estaba de servicio, escuchando con la oreja pegada en todo momento mientras comía, bebía, y cumplía con sus funciones corporales.

Así se trabajaba en la Unidad: una agencia secreta del gobierno con la función de estudiar y combatir los crecientes contactos entre el terrorismo y el crimen organizado internacional, formada por antiguos soldados y agentes de la ley.

Alexei parpadeó como si saliera de un trance.

—No mucho. Ha cogido el teléfono y ha saludado, ha escuchado y luego ha dicho «excelente», después ha escuchado un poco más y a continuación ha dicho «que tengas buen viaje, amigo mío». Eso es todo.

La cabeza de John no cesaba de dar vueltas.

—Bien. Está contento por algo que está en marcha. O por alguien, mejor dicho. —Di Stefano cerró los ojos ante la idea de todos los pertenecientes al crimen organizado que podrían estar desplazándose—.

Así que ahora sólo tenemos que averiguar por qué está tan feliz, si viene hacia acá y cuándo.

Alexei, que era un excelente jugador de videojuegos, sonrió de oreja a oreja y tomó su lata de cocaola.

—Considéralo hecho.

CAPÍTULO 4

Parker's Ridge Da Emilio 's

Nick alzó su copa y bebió a su salud. O más bien, a la de Nicholas Ames, exitoso corredor de bolsa a la búsqueda de una nueva inversión, pese a no existir.

Ames se estaba llevando la mejor parte, sentado a la mesa en ese elegante restaurante, frente a una de las mujeres más bellas que había visto en su vida.

No cabía la menor duda de que aquello superaba con mucho su última misión encubierta, bajo la identidad de Seamus Haley, ex combatiente de un grupo terrorista, que se vendía al mejor postor como mercenario después de que se declarara la paz en Belfast. Nick logró incluso adquirir un acento norirlandés muy creíble —probablemente lo llevara en los genes—, pese a que Guillermo González no pudiera distinguir la diferencia entre un irlandés y un francés. Por lo que a González concernía, Nick era otro gringo corrupto al que pagaba para romper piernas y entregar paquetes.

Nick había pasado doce largos meses ascendiendo en la organización de González, peldaño a peldaño. Viviendo, respirando y representando el papel de un mercenario.

Incluso había tenido que follarse a Consuelo, la hermana de González. Dios, qué duro le había resultado. No porque fuera fea; no, Consuelo era preciosa y, además, se esforzaba por serlo. Gastaba una cantidad más elevada que el presupuesto en educación de cualquier país tercermundista en ropa, joyas y cirugía estética.

En cuanto puso los ojos en él, le había reclamado para sí. A Guillermo aquello le resultaba gracioso. Una vez se había tropezado con Consuelo mientras hacía una mamada y se había quedado a mirar, criticando su estilo.

Nick había practicado más sexo en esos doce meses que una estrella adolescente del pop, y cada segundo había sido un verdadero infierno. A Consuelo le excitaba el dolor extremo: su propio dolor, no el de Nick. Ahí había trazado su límite.

Con todo, «su» dolor había sido bastante malo. Adoraba ser atada con brutalidad, los látigos, y que utilizaran con ella un infernal surtido de juguetes y artefactos sexuales peligrosos que guardaba en un gran cofre rojo. Le gustaba el sexo tan extremadamente duro que algunas veces se pasaba el resto de la noche en el baño cuando finalmente lograba arrastrarse hasta su cuarto.

Nick jamás se acostumbró a ello y nunca le resultó fácil. Cuando la follaba de forma brutal, sabiendo que le estaba haciendo daño, el rostro de la mujer enrojecía, los ojos se le ponían vidriosos, gruñía y luego gritaba mientras se corría, alentándole para que le causara más dolor.

Aquello había sido lo más penoso que había hecho en toda su dura vida.

Ya había visto demasiado dolor durante su infancia. Su misión era impedir que los inocentes sufriesen cualquier daño. Verse obligado a infligir dolor a una mujer le revolvía el estómago, le ponía enfermo.

Estaba considerando seriamente abandonar cuando de pronto, con vertiginosa actividad, González organizó el mayor trato de intercambio de armas por cocaína que Nick había visto nunca. Dos toneladas de polvo blanco a cambio de armas suficientes para mantener durante años viva una guerra civil, que había sido, precisamente, el objetivo.

Tenían un sistema dispuesto para que Nick hiciera correr la voz y González había caído en el transcurso de la redada, atrapado en un fuego cruzado tan encarnizado que lo único que quedó de él fue un charco de sangre y carne chamuscada.

La cocaína había ido a parar a un almacén en lugar de al consumo humano, el arsenal había sido destruido y cincuenta y siete personas fueron encarceladas. Suficiente trabajo para mantener ocupado durante los próximos diez años a un ejército de la DEA. En términos de resultados, no había estado mal para tratarse de su primera misión con la Unidad. Pero había sido un infierno. La misión había durado un año, sin embargo, le había parecido un siglo. Esta misión era mejor. Mucho mejor.

El camarero se acercó con un carrito hasta su mesa y comenzó a servir la comida, que desprendía un olor celestial. Nick inspiró profundamente y Charity le brindó una sonrisa.

—Te va a encantar.

—No puede oler mejor.

Aguardó a que ella cogiera el tenedor, y después hundió el suyo en lo que parecía un abultado ravioli que en el menú se denominaba fagottino. Cuando se lo llevó a la boca, estuvo a punto de gemir: nata, champiñones y trufa, finamente picados, dentro de una pasta ligerísima.

También Charity tenía los ojos cerrados, masticando delicadamente. Ella había elegido un risotto con setas.

La joven tenía los modales más exquisitos que había visto jamás. Paladeaba su comida y, a diferencia de muchas de las mujeres que conocía, no la trataba como si fuera algo radioactivo. Sin embargo, a pesar de que el placer que sentía era palpable, cada uno de sus movimientos era delicado.

Nick observó la suave y esbelta garganta femenina moverse mientras ella ingería, y él tragó con fuerza. Fue incapaz de dejar de mirar de forma voraz cómo la joven tomaba el siguiente bocado. Sus ojos estaban clavados en el tenedor de Charity al tiempo que sus puntas ensartaban el trocito de seta, y lo siguieron centímetro a centímetro hasta llegar a su boca. A esa bonita, deliciosa y suave boca rosada.

De repente le asaltó una imagen de Charity abriendo esa preciosa boca sobre su polla. Era una visión inquietantemente intensa y muy, muy detallada. Podía verlo con la misma nitidez que si estuviera sucediendo en aquel preciso instante, justo delante de sus ojos.

Estaban desnudos, tendidos sobre una alfombra delante de una chimenea, igual a la que había en el restaurante. Nick estaba de espaldas y Charity se hallaba inclinada sobre él. Las lisas y brillantes puntas de su cabello le hacían cosquillas en los muslos, mientras lo observaba con sus felinos ojos claros alzados hacia él. Ella abrió su suave boca y Nick pudo sentir su aliento contra la sensibilizada piel de su polla. Le lamió una vez y...

¡Maldita sea! ¿Qué estoy haciendo?

Nick dejó a un lado su fantasía; una fantasía tan lujuriosa y tentadora que su miembro se había sacudido con fuerza dentro de sus pantalones. ¡Por Dios! Con tantos lugares y momentos... tenía que excitarse como nunca en un restaurante elegante mientras cenaba con una mujer a la que necesitaba sonsacar información.

Sin embargo, su mente se vio inundada con otra visión. Esta vez era una imagen de Charity tendida bajo él mientras su grueso miembro la penetraba una y otra vez.

Era igual que si estuviera en el techo, mirando hacia abajo. Lo veía todo. Los delgados muslos de Charity rodeándole las caderas, sus

esbeltos brazos en torno a su cuello, su propio trasero contrayéndose mientras entraba y salía de su cuerpo...

Nick se puso completamente erecto.

Justo allí, en el elegante comedor de Emilio's, en mitad de al menos otros cincuenta clientes que estaban cenando y bebiendo plácidamente, ajenos a que uno de los comensales se hallaba completamente empalmado. Por suerte tenía el regazo cubierto con el mantel de lino color melocotón, pero no se atrevía a moverse.

Si hubiera llevado puestos sus vaqueros, tal vez hubiera podido disimularlo, pero vestía unos carísimos pantalones ligeros de pura lana virgen que se ajustaban a sus caderas como una segunda piel.

Si alguien gritaba «¡fuego!», era hombre muerto.

Aquello era inaudito. Su polla le obedecía en todo momento; cuando le decía «adelante», ésta lo hacía. Cuando le decía «para», se detenía. Cuando le decía «abajo», se mantenía así.

No estaba desesperado por tener sexo. Ciertamente que no había estado con una mujer desde hacía un par de semanas, a excepción de la chica que le había recogido en un bar la noche posterior al asalto, cuando la adrenalina todavía fluía por todo su ser. Cuatro whiskys y estaba más que dispuesto para la morena que se había acercado furtivamente a él y le había dicho justo lo que deseaba. Sin embargo, despertar a la mañana siguiente junto a ella había sido deprimente, sobre todo dado que no podía recordar su nombre.

Si pensaba en ello, todo el sexo que había practicado durante el último año había sido deprimente.

El sexo con Consuelo había sido infernal, y la morena, como se llamase, lo había dejado insatisfecho.

Follar con Consuelo bien podría pasar a formar parte de un capítulo de un manual de psiquiatría de perversiones sexuales. Casi había conseguido que Nick repudiara el sexo. Sólo pensar en ello le provocaba náuseas.

La idea de mantener relaciones sexuales con Charity Prewitt era algo completamente distinto.

Todo en Charity era exquisito: su piel; su voz; sus modales; su aroma. Era femenina y elegante. Absolutamente tentadora.

No era de extrañar que su polla estuviera dura y deseosa de poseerla.

—Me estás mirando —señaló Charity turbada. Él cruzó la mirada con esos asombrosos ojos, como si mirara directamente un claro cielo estival al mediodía.

—Sí, así es —confesó—. Pero es que eso es lo que hacemos los hombres: mirar a las mujeres que nos atraen. Es lo que nos diferencia de, digamos, los árboles.

Ella sonrió. Charity parecía carecer del gen para la coquetería con el que nacían algunas mujeres. No sonreía como una tonta, ni agitaba las pestañas pese a su extraordinaria longitud, ni respiraba profundamente para mostrar sus pechos. Nick había sido el receptor durante años de todos y cada uno de esos ardides y podría escribir un guión. Charity simplemente continuó comiendo de forma serena. Era necesario que Nick se centrara y comenzara a sonsacarle información. Había un motivo para estar allí, y no era el de quedarse mirando los preciosos ojos de Charity Prewitt y fantasear con estar dentro de ella. Y muchísimo menos se encontraba allí para comer los deliciosos fagottini de Emilio's, aunque ése fuera otro afortunado beneficio extra. Nick debería estar con sus compañeros en una fría furgoneta de vigilancia, lavando sus calcetines y sus calzoncillos en un cubo de agua fría, y realizando sus funciones

corporales más básicas en un bote o en el bosque, tal y como hacían sus compañeros. La razón de que no lo estuviera, era que tenía fama de que se le daban bien las mujeres.

Y, por supuesto, porque era extraordinariamente bueno mintiendo. Un trabajo duro, pero alguien tenía que hacerlo.

Sin embargo, el que toda su sangre se apresurara a abandonar su cabeza para dirigirse a su pene no eran buenas noticias. Necesitaba que esa sangre se mantuviera por encima de su cuello para poder sacar información a Charity. Algo difícil de hacer con una potente erección que resultaba dolorosa.

Piensa en Worontzoff, se dijo. Piensa en todo lo que ha hecho. Vassily Worontzoff. Hombre de letras, novelista, el último de los intelectuales rusos enviado al Gulag. La Unión Soviética había terminado por desintegrarse, pero al igual que un escorpión que conserva aún un aguijón en su moribunda cola, ésta se había agitado, llevándose a Worontzoff por delante.

Se suponía que no debía de haber sido así. Cuando fue hecho prisionero soplaban vientos de Perestroika y apertura. Los periódicos florecían, el muro de Berlín había caído. Los intelectuales eran la sal de la vida.

Pero algo salió mal y Worontzoff y su amante, Katya, fueron enviados a un lugar donde la humanidad se olvidaba: Kolyma. El más célebre de los campos de Stalin, donde los prisioneros eran utilizados como esclavos en las minas de oro. Habían muerto tantos hombres en aquel lugar que el camino a Kolyma se denominaba «carretera de los huesos». Incluso se decía que cada gramo de oro costaba una vida humana. A Katya le había costado la suya.

Nick casi podía sentir lástima por Worontzoff, salvo por el hecho de que en el campo se unió a los *Vory V Zukone*, los Ladrones de la Ley.

Una organización de marginados cuya obsesión era vengarse de la sociedad. Los Vory rechazaban todo lo que tenía que ver con las leyes y la sociedad preestablecida.

Después de la caída de la Unión Soviética, los Vory clamaron por el poder; una máquina que había estado parada, aguardando a que cayeron los frenos. La Rusia postsoviética era un gigante que había sido derribado, exponiendo su cuerpo maduro para ser destripado. Y eso es lo que hicieron.

La mafia rusa hizo eclosión. En poco más de una década y media, había acaparado más poder que el Estado. Poseía fábricas y ferrocarriles, compañías telefónicas y pozos petrolíferos. Ostentaban el poder sobre la vida y la muerte de algo más de doscientos millones de ciudadanos. Incluso firmaban contratos y tratados como si se tratara de un país independiente.

Los poderosos Vory —los capos de la mafia rusa—, surgieron de las cenizas de la Unión Soviética, tal como el ave fénix. Los Vory mantuvieron la boca cerrada, pero los chechenos y azerbaiyanos no habían jurado mantener el secreto, y la información se había filtrado paulatinamente. El Vory más importante de todos era un *kulturny chelovek*, un hombre culto; un superviviente del Gulag. Tenía las manos inutilizadas y llenas de cicatrices, sin posibilidad de recuperación.

Tan sólo había un hombre que encajara con esa descripción: Vassily Worontzoff, un hombre reverenciado dentro de Rusia, una leyenda en todo el mundo. El escritor, cuya obra «Dry Your Tears in Moscow» era considerada como una de las novelas clásicas del siglo veinte. Después del Gulag, nunca había vuelto a escribir otra palabra para consumo público. Muchos especulaban acerca del motivo, pero Nick sabía el porqué. Los Vory juraron que jamás volverían a desempeñar un trabajo legal. De modo que la leyenda de Worontzoff crecía mientras él tiraba de los hilos de una cada vez más poderosa red mañosa.

A medida que se expandía su poder y su alcance, así lo hacía su leyenda. Su nombre sólo era pronunciado en susurros por las esquinas. Estaba protegido por decenas de abogados y lacayos, y pocos conocían su verdadera identidad.

Uno de ellos había sido Sergei Petrov, un ex agente de las Fuerza Especiales Rusas con quien Nick había trabajado para acabar con el funcionamiento de la red nuclear de Khan en Uzbekistán. Hermanos de armas. Un tipo directo que manejaba a la perfección su GHs18. Un buen hombre al que le gustaba demasiado el vodka y que no tenía rival como guardaespaldas.

Se encontraban en una misión en Waziristan, rastreando posibles nidos de Al Qaeda cuando Sergei se topó con una operación de drogas que según su contacto en Peshawar, estaba organizada por la mafia rusa. Sergei husmeó un poco y obtuvo el nombre de Worontzoff, el cual a su vez le pasó a Nick. Husmear un poco más resultó letal. Al cabo de cuarenta minutos de pasarle el nombre a Nick a través de un teléfono móvil, le habían rebanado el cuello con tal profundidad que el cuchillo le había cortado ligeramente la columna vertebral. Le habían seccionado el pene y se lo habían introducido en la boca; el símbolo universal para hacer callar a los delatores.

El recuerdo de estar arrodillado sobre la sangre de Sergei ayudó a Nick a aflojar su erección.

Había dos modos de delinquir y Worontzoff cubría ambos. Podía destruir cosas o a personas. A Nick no le importaban los delitos contra la propiedad, pese a que Worontzoff encabezaba la lista de los diez hombres que más daños causaban a la economía mundial. Gracias a él, la economía rusa estaba ávida de dinero, habían quebrado varios bancos y un par de economías tercermundistas habían quedado en bancarrota mientras que sus presidentes vitalicios se dedicaban a jugar con sus pollas y con su dinero en Ginebra. Estafas de contrabando de petróleo, billones en dinero blanqueado, reventa de Mercedes robados; todo ello

eran prácticas delictivas, sin duda, pero Nick podía vivir con ello. Con lo que no podía vivir, aquello contra lo que se había dedicado a luchar toda su vida, era con que se hiciera daño a la gente.

Por lo que Nick sabía del informe, Worontzoff había ido a un campo de prisioneros como escritor y había salido convertido en un monstruo. Durante los últimos quince años, había sido personalmente responsable de muerte y sufrimiento a una escala inimaginable.

Niñas moldavas de doce años secuestradas y vendidas para la trata de blancas, usadas brutalmente a nivel industrial, y muertas a los veinte. Montañas de armas de última generación puestas en manos de niños soldado de Sierra Leona apenas lo bastante grandes para soportar su peso. Heroína cortada para asegurarse de matar a los adictos que se drogaban en las calles de cientos de ciudades.

Nick iba a acabar con él. Aquélla era su misión. Vivía para ello. Había dedicado su vida a acabar con tipos como Vassily Worontzoff.

Era una lástima que el sendero de destrucción de Worontzoff condujera directamente hasta la bella mujer que estaba sentada frente a él, sonriéndole.

—¿Y bien? —Dejó el tenedor y se inclinó ligeramente hacia adelante. Podía sentir el calor de la llama de la vela en su rostro—. ¿Qué haces para divertirte en Parker's Ridge? ¿Cuáles son las atracciones locales?

Charity meneó la cabeza. Era físicamente imposible, pero parecía que su aroma cubría a Nick cuando se movía, igual que si de una fina capa de polvo perlado se tratase.

Deja de pensar estupideces. ¡Ahora mismo!

—Parker's Ridge no es Manhattan, Nick. —Sus labios dibujaron una tierna sonrisa—. Aquí los placeres son más provincianos de lo que tal vez

estés acostumbrado. Pese a todo, disponemos de algunas atracciones. Y siempre nos quedan las veladas musicales de Vassily Worontzoff. Se las arregla para atraer músicos de talla mundial a nuestro pequeño rincón del mundo.

Ni siquiera un leve parpadeo delató emoción alguna en Nick. Frunció el ceño, como si se tratase de un ejecutivo sin la menor idea que trata de ubicar un nombre que sabía debería conocer, pero sin lograrlo.

—Worontzoff —repitió ceñudo—. ¿No es el ruso que... el ruso que era qué? ¿Músico? ¿Bailarín?

—Escritor. —Charity rió—. Un escritor ruso. Un grandísimo escritor, autor de *Dry Your Tears in Moscow*, una de las mayores obras maestras de la literatura del siglo veinte. Todos los años es nominado al premio Nobel de literatura. Fue uno de los últimos disidentes enviados a un campo de prisioneros soviético. No ha vuelto a escribir nada desde que fue liberado.

El rostro y la voz de Charity se habían tornado serios. Bajó la mirada al mantel, trazando un dibujo con su uña pintada de rosa, y levantó la vista hacia él con los ojos igual que gemas brillantes de emoción.

—Nunca habla de ello. Es un hombre maravilloso y nos hemos hecho amigos desde que se mudó aquí. Casualmente, el jueves da una velada musical.

Nick sintió que el corazón dejaba de bombear. Amigos. ¿Qué demonios significaba eso? ¿Se la estaba «follando»? Ya era bastante malo que fuera a pasar el próximo jueves en el cuartel de la mafia, para además imaginarse a Charity debajo de Worontzoff, rodeando las caderas de aquel cabrón con sus esbeltas piernas.

Era un mal asunto. Ni siquiera deseaba pensar en ello. Aquello era peor que el arcón de los juguetes de Consuelo, muchísimo peor.

Nick observó a Charity con atención. Ella le miró a los ojos con calma y serenidad, y Nick se relajó. Si hubiera sido la amante de Worontzoff, habría mostrado algún signo. Un leve rubor, la mirada esquiva, una ligera sonrisa. Algo. Pero no había nada.

De modo que ese bastardo no se la estaba tirando. Aunque no es que a él le importara.

No demasiado.

O quizás sí.

Mierda. El vello de la nuca se le puso de punta. Acababa de lograr sacar el tema para lograr ser invitado a casa de Worontzoff gracias a Charity. Era una oportunidad de oro, el motivo por el que estaba allí y no en la maloliente furgoneta de vigilancia, y lo primero que se le había cruzado por la mente no había sido que estaba a punto de conseguir su objetivo, sino si el maldito hijo de puta se la estaba follando.

Se había apartado completamente de la misión; algo que iba en contra del adiestramiento que había recibido toda su vida, por no hablar de que era un excelente modo de conseguir que le mataran.

El trabajo encubierto es igual que la proctología. Uno mete el dedo buscando algo malo y luego lo destruyes. Su trabajo requería de concentración absoluta, día y noche.

Si Nicholas Ames cometía un error grave, perdía dinero. Nick Ireland pagaba sus errores con sangre. Era el momento de retomar su misión, rápidamente.

—No he leído nada suyo, lo siento. ¿Cuánto tiempo lleva ehh... cómo se llama? ¿Worontzoff? Charity asintió.

—¿Cuánto tiempo lleva Worontzoff viviendo en Parker's Ridge? Parece un lugar extraño para que se asiente un ruso exilado.

—Bueno, tal vez no tan extraño. Me han dicho que el norte de Vermont se asemeja mucho a la zona que circunda Moscú, solo que nuestras hayas tienen las hojas más grandes. Y Vassily no es un exilado ruso. En Moscú, tuvo la misma acogida que un rey cuando fue liberado. Todavía lo recuerdo. Acababa de leer *Dry Your Tears in Moscow* y seguí lo que le sucedía por los periódicos.

Nick hizo los cálculos rápidamente.

—Santo Dios, debías de tener...

—Doce años. —Se encogió de hombros, y Nick volvió a sentirse fascinado por ella—. Era una niña muy precoz. Y... ese verano dispuse de... mucho tiempo para leer.

Muy cierto. El verano de 1993, cuando Worontzoff fue liberado para regresar igual que un héroe conquistador a Moscú, Charity Prewitt había estado en el hospital. Su padre la había arrojado por la ventana de la habitación de un tercer piso en un intento desesperado por salvarle la vida durante el incendio de un hotel. Los Prewitt perecieron, y Charity sufrió una fractura en la vértebra T12. Había sido sometida a tres operaciones y se había pasado el verano y la mayor parte del invierno escayolada de pies a cabeza.

Nick esperó a que ella le contara su historia, pero no lo hizo.

Muy interesante.

Según la experiencia de Nick, la gente que había sufrido un trauma estaba siempre ansiosa por hablar de ello. Era como llevar una medalla al honor y todo el mundo quería mostrarla.

La historia de Charity era particularmente dramática. El fuego lo originó un empleado descontento que irrumpió en la quinta planta del hotel de cinco estrellas en Boston donde ella se hospedaba junto a su familia. Su padre la envolvió en mantas y la arrojó por la terraza tratando

de salvarla, luego regresó rápidamente adentro para hacer lo mismo con su esposa. Era demasiado tarde. La habitación tardó dos días en enfriarse lo suficiente para recoger los huesos calcinados y llevar a cabo el funeral. Charity no llegó a asistir al entierro. Para entonces, ya había sido sometida a dos operaciones y estaba sedada.

¿Por qué no le hablaba sobre aquello?

No decía nada, y tampoco se sentía incómoda con el silencio, como lo harían la mayoría de las personas. Tan sólo tomó otro sorbo de vino y le observó con tranquilidad. Nick rompió finalmente el silencio.

—¿Así que deja Rusia y se muda a los Estados Unidos? ¿Por qué? Me refiero a que, después de todo, ya había caído el régimen soviético. ¿Por qué no quedarse? Sobre todo teniendo en cuenta que allí era una celebridad.

Nick sabía exactamente el motivo por el que Worontzoff estaba allí. En ese preciso instante lo tenía frente a sí. Charity Prewitt. El vivo retrato de una mujer muerta hacía mucho tiempo, la amante de

Worontzoff, Katya Amartova, que había perecido en el campo de prisioneros.

Nick había visto fotos de Amartova, y el parecido con Charity era extraordinario. Un hombre normal jamás esperaría que una mujer que se parecía a aquélla a quien había amado pudiera ser ella, pero Worontzoff hacía años que no era normal.

Charity guardó silencio durante un instante más, y luego apoyó la cabeza sobre un puño.

—En realidad no sé por qué Vassily se mudó aquí. Nunca habla de ello. Tan sólo supuse que quería iniciar una nueva vida, y que emigrar aquí era el primer paso para dejar atrás el pasado.

Bueno, también para levantar un imperio criminal. «Eso» era todo.

—No hablamos de su pasado —prosiguió la joven con voz queda—. Principalmente charlamos sobre libros. Vassily tiene una mente excepcional. Es un privilegio pasar una tarde en su presencia.

Hijo de puta, pensó Nick con amargura. Luego se percató horrorizado de que estaba divagando de nuevo. El secreto del trabajo encubierto es continuar metido en el papel, incluso en la propia mente. Había estado sosteniendo un monólogo interno todo ese tiempo, y de haber estado charlando con alguien menos inofensivo que Charity Prewitt, como Guillermo González, ya estaría muerto.

Aquello no había sucedido jamás. Nick era una máquina de precisión. Siempre. Cuando formaba parte del ejército y ahora que era miembro de la Unidad.

Tenía que pensar con la cabeza fría y fingir que estaba muerto de cintura para abajo de ahora en adelante.

Charity volvió la cabeza hacia los amplios ventanales. La nieve había comenzado a caer ligeramente, cubriendo las plantas de hoja perenne del iluminado jardín que se extendía fuera del restaurante; una escena sacada de una postal navideña. Suspiró y apartó su plato de tiramisú sin terminar. Se limpió los labios con la gran servilleta de lino y la dejó sobre la mesa.

No era necesario que se hubiera molestado en limpiarse la boca, pero aun así, lo hizo. Nick ni siquiera podía imaginarla siendo descuidada con sus modales. Sus movimientos eran tan gráciles que sólo observarla era un placer.

Para de pensar en ella. Si continuaba repitiéndoselo lo bastante a menudo, puede que sucediera así.

—Nick.

Él levantó la cabeza bruscamente. Charity acababa de retirarse de la mesa y su lenguaje corporal era claro. ¡Maldición! Todavía no le había sonsacado la suficiente información sobre Worontzoff y su polla volvía a estremecerse dentro de los pantalones.

Bajó la mano izquierda hasta su regazo, preguntándose si debería pellizcársela. Tal vez sintiera dolor suficiente para que desapareciera su erección.

¿Sí?

Charity le brindó una sonrisa.

—Está empezando a nevar. No tengo neumáticos de nieve, así que debería llegar a mi coche antes de que las calles se vuelvan demasiado resbaladizas.

Una gota de sudor bajó rodando por la espalda masculina. No deseaba que terminara la velada. Por supuesto, no había obtenido tanta información como hubiese querido, pero tampoco... deseaba que concluyera la noche. Era la mejor velada que había pasado desde hacía... ¡mierda! Desde antes de la misión de González, que había durado una eternidad. Y antes de eso había estado en Afganistán durante años.

Relajó el semblante.

—Yo te llevaré a casa, no te preocupes. Acabo de instalarle al coche neumáticos de nieve. Todavía podemos tomar café. ¿O prefieres un coñac?

Charity sonrió. Tenía unos ojos tan claros, que era como mirar dos límpidos pozos de agua.

—Eres muy amable al ofrecerte, pero mañana necesitaré mi coche. Así que, si me acercas hasta la biblioteca, me vendrá bien.

¿Y conducir con unos neumáticos no aptos? se dijo Nick. Ni hablar.

Pero esa bonita y puntiaguda barbilla parecía un tanto terca, de modo que, por mucho que quisiera hacerlo, no podía prohibirle conducir a su casa con aquel pésimo tiempo sin unos neumáticos adecuados.

También Nick echó un vistazo al ventanal. La nieve caía ya con mayor densidad. Se volvió hacia ella.

—Te diré lo que vamos a hacer. Me encanta tomarme un café después de comer. Ofréceme una taza y no sólo te llevaré a casa, sino que mañana por la mañana me pasaré a recogerte y te llevaré a la biblioteca.

Charity parpadeó, indecisa por un instante.

Nick era todo un especialista en encontrar pequeños puntos débiles para conseguir que la gente hiciera lo que él deseaba. Era un don que poseía desde siempre.

—Por favor —dijo con suavidad, inclinándose hacia delante—. No puedo soportar la idea de que conduzcas a casa sola en la oscuridad con un tiempo tan malo y sin los neumáticos adecuados. Mi madre me metió por la fuerza ese tipo de cosas en la cabeza y se revolvería en su tumba si te dejara hacerlo. De cualquier forma, conduciré detrás de ti para asegurarme de que llegas bien a casa, así que me estarías haciendo un gran favor si dejas que te lleve yo. Charity dejó escapar una risa contenida.

—Bueno, si lo pones así...

—Así es. Dime a qué hora quieres que pase a por ti para acercarte a la biblioteca y recoger tu coche, y allí estaré.

Ella sacudió la cabeza; las suaves puntas de su cabello rubio oscuro se balancearon y desprendieron un olor a champú repleto de feromonas.

—¿No tienes nada que hacer mañana? Nick la miró directamente a los ojos.

—Nada importante. —Su voz era baja, seductora—. No tan importante como esto.

Aquél era su primer movimiento directo. Su significado no podía ser más claro: estaba dejando que fuera ella la que decidiera si pasaban juntos la noche.

Charity no sonrió como una tonta, ni se sonrojó o apartó la mirada. Le miró a los ojos durante un prolongado momento, y finalmente susurró:

—De acuerdo.

Ya era suya.

CAPÍTULO 5

Voy a acostarme con él, pensó Charity aturdida. Con Nicholas Ames, el ejecutivo neoyorquino al que he conocido hoy. Sí, iba a acostarse con él.

Y no en un momento impreciso del futuro, después de pensarlo infinitamente, dándole vueltas a varios escenarios en su cabeza, tal y como solía hacer, sino aquella noche. Tal vez. Probablemente.

No había hecho nada semejante en toda su vida. Ni siquiera se creía capaz de ello. Su compañera de habitación en la universidad decía que era una estrecha. Y lo era. Algunas veces tardaba semanas en decidir si quería o no acostarse con alguien que la atrajera, y si el hombre perdía interés antes de eso, pues qué pena.

Su última aventura había tenido lugar en la facultad, después de salir durante dos meses con un compañero, y no había sido nada memorable. De hecho, no lograba recordar su rostro o tan siquiera su nombre. Mickey. Se llamaba Mickey... no sé qué.

Eso había sido justo antes de que, supuestamente, tuviera que partir hacia París. Unos pocos días después, un afligido tío Franklin había llamado para decirle que la tía Vera estaba enferma, así que Charity había vuelto apresuradamente a Parker's Ridge, y eso había sido todo. El nuevo novio, Mickey no sé qué, se había desvanecido en el aire, junto con su viaje a París.

Su empleo, sus tíos... Era demasiado para ella. Desde entonces no había tenido tiempo ni fuerzas para casi nada más. Sin duda alguna, no para las aventuras amorosas.

Con una lentitud tal, que ella apenas se había percatado, el mundo se había cerrado a su alrededor. Un aburrido y lúgubre mundo gris.

Ahora no era aburrido ni gris. Se sentía como si un rayo eléctrico le hubiera sacudido una descarga que había despertado sus sentidos. Su piel estaba tan sensibilizada que podía sentir los movimientos en el aire de la mano de Nick cuando el camarero se acercó. Era consciente de cada prenda de ropa que llevaba puesta y de que sus braguitas de encaje se le clavaban levemente en las caderas, de la sensación de sus medias con ligas, del sujetador contra sus duros pezones.

Cuando él la miraba, era como si la tocara con sus manos. Aquellas grandes manos, toscas, tan poco acordes con su profesión a pesar de sus cuidadas uñas.

El mundo estaba saturado de color. Las llamas de la enorme chimenea del comedor matizaban el lado izquierdo de la cara de Nick de un tono rosa violáceo. Su cabello negro brillaba como reluciente ébano y sus ojos eran de un ardiente azul. Tenía la boca masculina más hermosa que jamás había visto: firme, flexible y de un vivo tono rojo. Más roja después de que comenzara a coquetear con ella. Había sido algo fascinante ver cómo la observaba.

No cabía duda de que estaba excitado. El fuego azul de sus ojos al mirarla era igual que recibir un puñetazo en el estómago.

Lo que resultaba asombroso era que ella correspondía a aquel deseo. Fue entonces cuando Charity comprendió que había estado viviendo en una pequeña burbuja de tristeza, en un mundo donde no entraba el color ni el deseo.

De pronto advirtió que se encontraban junto a la puerta. Nick debía habérselas arreglado para pagar la cuenta, recoger su abrigo y ayudarla a ponérselo, porque salieron de Da Emilio's sin más.

Se detuvieron un instante bajo el alero y Nick bajó la mirada hacia ella.

—No han dejado que pagara la cuenta —comentó irritado. Charity dejó escapar un suspiro.

—Pensé que podría ocurrir. A mí tampoco me dejan que pague. Por eso intento no venir muy a menudo. Es una pena, porque la comida es realmente buena.

El alargó una de sus grandes manos y le acarició la mejilla con el dorso del dedo índice.

—Creo que les tienes embrujados. —Su profunda voz ronca se tornó suave—. Lo comprendo perfectamente.

—No. —Charity luchó contra el impulso de frotar la mejilla contra su mano, al igual que hacía Folly, el gato de tía Vera, cuando alguien le rascaba la cabeza—. Me parece que tiene más que ver con una adopción que con un hechizo.

Un copo de nieve descarriado cayó sobre su mejilla y Charity levantó la mirada. Gruesos copos, que parecían salir de ninguna parte, flotaban en el negro cielo nocturno. Completamente satisfecha, alzó la cabeza e inspiró hondo.

Nick pareció salir de su ensimismamiento. Miró al cielo, luego de nuevo hacia ella, y después se quitó la bufanda.

—Toma. —Antes de que Charity pudiera protestar, le puso la prenda al cuello y le dio dos vueltas—. Comienza a helar. Y por bonito que sea tu abrigo, me temo que es demasiado fino.

La bufanda, increíblemente suave, era de color azul medianoche. Cachemir, triple hebra. Todavía albergaba el calor de su cuerpo y su aroma; un aroma esencial, almizcle masculino y pino, con una leve nota de limón.

—Ya está. —La anudó fuertemente, le dio un toquecito y dio un paso atrás, satisfecho—. Así está mejor.

De hecho, así era. Charity no se había abrigado lo suficiente.

—Gracias, pero ahora tú tendrás frío —protestó.

El simplemente la miró, pero era una mirada que decía mucho; la clase de mirada que un hombre ya no le lanzaba a una mujer. Charity la reconoció como la misma que su padre le dirigía a su madre cuando ella trataba de levantar algo pesado y él se apresuraba a quitárselo de las manos.

Era la mirada que cierta clase de hombre podía lanzarle a una mujer y que hacía demasiado tiempo que no había visto. Una mirada políticamente incorrecta, y tremendamente sexy.

Nick volvió a hacer gala de sus exquisitos modales. La acompañó a la puerta del pasajero, le ayudó a subir como si fuera en efecto la reina de Parker's Ridge —tal vez debería comprarse una tiara y acabar con aquello—, le abrochó el cinturón y a continuación subió al coche.

Ella le indicó la dirección y se pusieron en marcha. Aquel coche escandalosamente lujoso y potente iba a unos cincuenta kilómetros por hora.

Pese a que el corazón de Charity latía con fuerza, tenía las manos firmes, dobladas en su regazo. Sin embargo, una sensación de anticipación recorría su cuerpo como un rayo. No lograba recordar sentirse tan viva. O tan increíblemente femenina.

Nick apenas la había tocado, pero tenía la sensación de haber disfrutado ya de los preliminares. Sus pechos estaban tan sensibilizados que podía sentir las copas de encaje de su sujetador cada vez que respiraba. Cuando el coche doblaba una esquina notaba la presión entre sus piernas. Incluso era completamente posible que ya estuviera húmeda.

Si la velada acababa con sexo, estaría emocionada. Si no era así, seguiría emocionada. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido «algo» parecido. Esa noche, Nick había conseguido que se sintiera femenina, suave y... viva.

Se deslizaron con lentitud a través de una densa zona boscosa de regreso a la ciudad. Los ligeros copos de nieve que caían suavemente formaban dos columnas horizontales iluminadas por los potentes faros. El paisaje parecía encantado, atemporal. Podrían haber sido un príncipe y una princesa en un carruaje tirado por caballos.

Las ideas que se formaban en su cabeza hicieron sonreír a Charity, tan diferentes al zumbido de fondo causado por la preocupación y deber que formaban parte de su día a día.

Volvió la cabeza para observar el delgado y contundente perfil de Nick, delineado por la tenue luz del salpicadero. Fuera lo que fuera que estaba pasando entre ellos, debía darle las gracias por el regalo de aquella velada.

Sonrió cuando él la miró fugazmente.

Nick no dijo palabra alguna. El silencio en el interior del vehículo continuó. A Charity le agradó que él no sintiera la necesidad de charlar. Había algo mágico en el aire y, las palabras, las palabras equivocadas, podrían romper la magia.

Nick alargó el brazo y la tomó de la mano, llevándosela a los labios y depositando un beso en su palma. Estaba tan excitada que se había olvidado de ponerse los guantes. Su aliento era cálido, como si fuera vapor, y sintió ese pequeño beso en lo más profundo de su alma. Él volvió a colocarle la mano en el regazo y Charity la cerró allí donde la había besado y esperó, con el corazón desbocado, lo que la vida le depararía a continuación.

Era igual que estar encerrada en una burbuja mágica. Algo grande, algo maravilloso estaba a punto de suceder y aquél era justo el momento previo. El ambiente mismo estaba cargado de anticipación. Incluso el tiempo estaba ayudando, consciente de que era una noche muy especial.

Charity detestaba el mal tiempo, pero aquella noche el tiempo era... perfecto. Grandes copos de nieve flotaban en el cielo y se posaban suavemente sobre el suelo formando una delgada capa. La visibilidad no era buena, pero no parecía importar mientras el coche recorría con parsimonia la calle. Era igual que una bola de nieve, incomunicada del resto del mundo.

Él se las arregló para dirigirse sin vacilar hasta su casa, sin necesidad de que Charity tuviera que darle más indicaciones. El coche subió el pequeño camino de entrada y Nick apagó el motor.

La farola de la calle que se encontraba a unos tres metros arrojaba la luz suficiente para poder descifrar su expresión cuando se giró hacia ella, con un brazo apoyado sobre el volante. Nick no estaba sonriendo, intentando seducirla con su encanto. Estaba pálido, la piel aparecía tensa en sus pómulos y podía notar la intensidad de su mirada a pesar de la oscuridad reinante.

—¿Y bien? —dijo él en voz baja—. ¿Qué hay de esa taza de café que me prometiste?

Charity esperó un instante, pues el corazón le latía desaforadamente y sentía la garganta oprimida. Abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella. Nada en absoluto. Incluso si hubiera sabido qué decir, no habría encontrado el aliento necesario para hacerlo. La excitación había encendido una bola de fuego en su pecho, haciendo que le fuera imposible hablar. De modo que asintió.

En lo que pareció un segundo, Nick salió del coche y se encontró en la puerta del pasajero, ayudándola a bajar con una fuerte mano.

Permanecieron inmóviles durante un momento junto al vehículo. Nick debía haber activado el cierre automático a su espalda, pues todas las puertas del Lexus se cerraron con un silencioso y aparentemente caro clic, muy diferente al ruido que emitía su coche.

Estaba tan cerca de ella que Charity tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, que la estaban observando. Grandes y esponjosos copos rozaban su piel como si de fríos besos se tratase, pero tenía tanto calor que se fundían de inmediato.

El silencio se volvió denso, como si el mundo entero estuviera aguardando a que dieran un salto a lo desconocido. Cierto era que Charity vivía en una calle tranquila, pero no se escuchaba ruido alguno. Podrían haber sido los últimos habitantes de la tierra.

Nick inclinó la cabeza con tanta lentitud que Charity podría haber objetado o vuelto la cabeza de haber querido, pero tal idea no se le pasó por la mente. En todo caso, se puso ligeramente de puntillas para salir a su encuentro.

Ninguno de los dos movió las manos, pese a que la joven tuvo que cerrar los dedos para contenerse y no tocarle. Parecía que hubiera deseado tocarle toda la noche, acariciar aquel cuerpo atlético, tan atípico de un hombre de negocios, oculto bajo el formal traje de ejecutivo.

Sus labios se rozaron apenas un instante y después se unieron. Charity abrió la boca para él mientras sus ojos se cerraban pausadamente. No quería que nada le impidiera sentir su boca sobre la suya, cálida y suave a la vez. Cuando la lengua de Nick tocó la suya, nada más que un mero roce, Charity lo sintió por todo su ser.

Sobre todo entre las piernas.

¡Dios! Un beso suave, un ligero roce de su lengua, y Charity estaba más excitada de lo que lo había estado en toda su vida.

Nick giró la cabeza para conseguir un mejor acceso a la boca de Charity. Ella estaba de puntillas y se tambaleó. O lo habría hecho si Nick no la hubiera rodeado de inmediato con los brazos, atrayéndola fuertemente contra sí y terminando de desequilibrarla. Pero Charity no se cayó. Antes siquiera de tener tiempo de percatarse, su mundo se ladeó y él la tomó en brazos.

—No quiero que se estropeen esas botas tan bonitas —susurró Nick contra su boca antes de echar a andar.

Aquel gesto tan romántico la conmovió. No puso objeciones, no forcejeó ni gritó. Esa sensación de ingravidez era demasiado exquisita. Había leído demasiados libros y probablemente demasiadas novelas románticas, lo sabía. Así que no era de extrañar que, en su cabeza, aquel amable ejecutivo neoyorquino y una seria bibliotecaria de una pequeña localidad de Vermont se transformaran en un caballero que lleva a su dama hasta su castillo.

Nick la sostenía sin esfuerzo, como si no pesara nada, lo que le reveló que era tan fuerte como parecía. El no bajó la mirada, pese a que el suelo estaba resbaladizo y helado. Ni siquiera miró al frente, de camino hasta la puerta. Sus ojos continuaron clavados en los suyos, su mirada era tan intensa que parecía como si mentalmente se dirigiera allá donde tenía que ir.

Todo parecía mágico, especial...

Charity era consciente de que la magia no existía y sabía en lo que se estaba metiendo. Seguramente aquello no sería más que un revolcón de una sola noche. Dos noches, tal vez, si tenía suerte. Después de todo, comenzaba el fin de semana. Pero cuando terminara, Nick Ames subiría a su flamante Lexus negro y se largaría de Parker's Ridge, que no tenía demasiado que ofrecer a un sofisticado neoyorquino.

De modo que Charity estaba decidida a exprimir cada gota de placer mágico a esa noche, temiendo que no volviera a repetirse.

Todos sus sentidos se centraron en Nick. Su calor, su olor. Sus brazos, que eran más cómodos que la más blanda de las camas.

Todo era tan increíblemente tentador. Sin pensarlo, posó la mano sobre su hombro y cerró los ojos para poder sentirlo con más intensidad. Tenía la barbilla apoyada contra el suave cachemir de su abrigo. Cuando abrió los ojos, pudo ver el lugar donde comenzaba su barba. La línea de su mandíbula era tan contundente que casi formaba dos ángulos rectos, y sus pómulos eran marcados. Como era de esperar, lo único blando en él era su abrigo. Frotó la mejilla contra la prenda, sintiendo el sólido músculo que cubría. Bajo sus manos también había músculo duro como una roca, contrayéndose y relajándose mientras la llevaba por el helado camino de entrada, con la misma desenvoltura que si paseara bajo el cálido sol estival.

Su respiración no se había alterado, pese a que llevaba en brazos a una mujer adulta con tanta facilidad como si fuera un niño.

Cuando bajó la mirada hacia ella, Charity le sonrió sin ocultar que había estado observándolo detenidamente.

—¿Tienes las llaves a mano? —preguntó Nick en voz baja.

Sí, las tenía en un bolsillo aparte en su bolso. El las tomó y acto seguido subió los cuatro escalones que llevaban al porche. Inclínándose con ella todavía en brazos, abrió la puerta principal y cruzaron el umbral.

Puede que aquélla fuera la única vez en su vida que un hombre cruzaba con ella en brazos el umbral y Charity deseaba grabarlo en su memoria. Deseaba grabarlo todo. Absorbió hasta la última sensación, percatándose de que todo su cuerpo estaba vivo y despierto, captando cada detalle de ese momento.

Era maravilloso sentirle bajo sus manos, fuerte y duro, cubierto con el suave atuendo de un ejecutivo, aspirar su masculino aroma, más potente ahora que le tenía más cerca. Resultaba difícil no ceder a la tentación de lamerle para probar su sabor.

La puerta estaba abierta a su espalda, visible tras los anchos hombros de Nick. Era la viva imagen de un cuadro antiguo; la amarillenta luz de la calle perfectamente centrada en la entrada, la puerta enmarcando una escena nevada sacada de una postal, copos de nieve cayendo igual que estrellas ligeras del negro cielo nocturno...

Nick cerró la puerta con el pie y la hizo resbalar por su cuerpo hasta dejarla en el suelo. No había modo alguno de confundir su erección, a pesar de sus pantalones y su abrigo. El estomago de Charity se contrajo al sentir aquella dura columna de acero y se estremeció.

Un segundo más tarde, la bufanda y el abrigo de la joven yacían sobre el suelo de parqué y Nick enmarcaba su rostro entre las manos mientras la besaba, esta vez con besos más duros y prolongados. Exquisitos, intensos y electrizantes.

Charity estaba casi de puntillas, asida a sus gruesas muñecas cuando él levantó la cabeza y aquellos hipnóticos ojos azul cobalto se clavaron en los suyos. Tenía las aletas de la nariz levemente dilatadas y bajo su intenso bronceado se apreciaba color en las mejillas. Su hermosa boca presentaba un aspecto enrojecido y húmedo. Con todo, a pesar de la firme erección que se apretaba contra su vientre, parecía controlado por completo.

En cambio, Charity temblaba visiblemente. Por dentro estaba excitada, vibrante de deseo, apenas capaz de tomar aliento a causa de la presión que comprimía su pecho. Lo único que la mantenía en pie eran sus manos en torno a las muñecas de Nick. De otro modo se derrumbaría a sus pies.

Algo estaba sonando en algún lugar en la distancia, una especie de campanilla. El broche final. Una campanilla festiva era la banda sonora idónea para lo que estaba teniendo lugar en el interior de la joven. Su aturdido cerebro tardó casi un minuto en percatarse de que lo que sonaba era el teléfono. El contestador automático de la sala de estar saltó y pudo escuchar su propia voz pidiendo a quienquiera que llamase que dejara un mensaje. Fuera quien fuera, no podría tratarse de nada importante, pues se oyó un clic cuando colgaron.

Por suerte no se trataba de su tío Franklin llamando para contarle otro problema con su tía. A Charity le agradaba pensar que «podría» haber roto el hechizo del momento si sus tíos la hubiesen necesitado, pero se alegraba de no tener que hacer la prueba.

Nick se comportaba como si el teléfono no hubiera sonado. La estaba observando intensamente, con la mirada fija en su rostro, como si estuviese buscando algo.

Cualquier cosa que deseara sería suya.

—Charity —dijo con su profunda voz grave. Luego se detuvo. En realidad, no había nada más que añadir. Lo que deseaba estaba claro. Todo su cuerpo estaba tenso de deseo.

Sólo había una respuesta posible.

—Sí —susurró ella.

Mansión de Vassily Worontzoff

Vassily utilizó su puntero óptico para marcar el número de teléfono de Charity y escuchó, con creciente aprensión, el silencio al otro lado de la línea desocupada y el pitido ausente, seguidos de la preciosa voz de la joven pidiéndole que dejara un mensaje. No deseaba dejar un mensaje; deseaba hablar con ella.

No estaba en casa. ¿Por qué no estaba en casa? ¿Dónde estaba? Charity apenas salía. Podría estar con sus tíos, pero había pasado la noche anterior con ellos. Además, eran tan mayores que cenaban a las seis y a las nueve ya estaban acostados.

Y ya eran casi las diez.

Colgó el teléfono ceñudo y su mano en forma de garra quedó suspendida sobre el auricular. No se atrevía a llamar de nuevo. Debía racionar sus llamadas a Katya... No, a Charity.

Se limitaba a no realizar más de dos llamadas a la semana y a espaciarlas. Dos, tres veces al mes. No se atrevía a más. Todavía no.

Pero eso pronto cambiaría.

Ya habían quedado para tomar el té ese mes, y se había dejado caer por la biblioteca para llevarle un paquete de piroshki que había pedido especialmente y hecho traer desde Moscú sólo para ella. Charity lo ignoraba, por supuesto. Le había dicho que un amigo había traído varias cajas y que demasiados dulces no eran buenos para su salud.

Y luego, por supuesto, quedaba la velada que estaba organizando para el jueves. Sus veladas eran para ella, sólo para ella. Adoraba la música, pero poseía una vastísima colección de CDs y viajaba a Nueva York o a Boston cada vez que deseaba escuchar música en directo. Nueva York en particular había resultado ser muy satisfactoria a ese respecto. Mantenía un apartamento en Park Avenue, propiedad de una corporación con diez empresas pantalla. Nadie sabría jamás que le pertenecía a él.

El apartamento había sido decorado con los colores pastel que Charity adoraba, abastecido con sus CDs de música preferidos y con un surtido de su té predilecto. Había comprado todo un guardarropa de diseño de su talla, que estaba esperando a que ella llegara. Todo estaba preparado. Su nueva vida estaba allí, resplandeciendo más allá de su alcance. Con cada día que pasaba, su sueño se hacía más y más sólido, más consistente.

Pronto. Muy pronto.

Pronto ella vería y comprendería. Pronto sería suya. Había estado esperando, esforzándose por aquello desde que se había mudado hacía cinco años. Charity estaba hecha para él... Su Katya reencarnada. Había estado trabajando para lograrlo, sin darse cuenta, desde el 12 de diciembre de 1989, cuando el KGB había ido a por ellos. Aquella era una fecha grabada con ácido en su corazón. Nunca olvidaría el día en que había dejado de ser humano.

Katya y él acababan de hacer el amor. Había descubierto que con ella no le era suficiente una sola vez, de modo que mientras estaba tumbado a su lado, su polla estaba todavía medio erecta, resbaladiza a causa de ella la habitación olía a su perfume y a sexo.

La deseaba continuamente. Hacía un año que eran amantes, y sabía que podía tenerla tanto como deseara, pero el deseo de poseerla siempre estaba presente. Aquella primera ansia frenética con la que se había acostado con ella tantas veces como le fue posible, durante horas al día, se había atenuado un tanto. No porque la deseara menos, sino porque sabía que era suya. Lo único que tenía que hacer era tender la mano, y allí estaba ella.

Katya, su hermosa Katya, se encontraba boca abajo, saciada, sonrojada y sonriente. Él se hallaba tumbado de lado junto a ella, con la cabeza apoyada en una mano y la otra posada en la parte inferior de su espalda. Estaba componiendo un poema mentalmente, una oda a la mujer,

pues en aquel momento le parecía que Katya encarnaba a todas las mujeres hermosas y deseadas del mundo.

El aire estaba impregnado de aroma a mujer, y era consciente de que generaciones de hombres habían vivido y muerto por aquel olor; el olor del esquivo y ardiente amor.

Había comenzado a componer perezosamente una «Oda a la mujer», un poema que brotaba en su interior. El primer poema de su vida que había surgido perfecto y completo, por entero, de una sola vez.

Esa tarde había sido tocado por la mano de los dioses.

Las palabras habían llegado, poderosas y doradas, con una cadencia perfecta. No necesitaba escribirlas; las palabras estaban grabadas en su corazón cuando acudieron a él. Llevó el ritmo del poema con su dedo índice, sobre la elevación de la perfecta nalga blanca de Katya, igual que el compás de una canción; la música de la poesía contra la piel de su mujer.

Ella sabía lo que estaba haciendo, desde luego. Katya le conocía bien, le conocía hasta el fondo de su alma. No le habría sorprendido que ella pudiera leer las palabras en su mente.

Acababa de finalizar el poema, lo mejor que había escrito nunca, cuando llamaron bruscamente a la puerta.

Ni siquiera le había dado tiempo para levantarse, para ponerse algo de ropa y armarse de dignidad. Los sicarios del KGB echaron abajo su puerta a patadas, con las armas preparadas, y se lo llevaron a rastras del lado de Katya.

Es imposible, pensó frenéticamente. ¡No! ¡Este país ha cambiado! ¡El mundo ha cambiado! ¡Acaba de caer el muro de Berlín!, gritó, antes de que la culata de un rifle le golpeará en la cabeza, haciéndole caer.

Sacudió la cabeza, aturdido. Aquello no estaba pasando, no podía estar sucediendo. Gorbachev había introducido el aperturismo, la Perestroika. La Unión Soviética se estaba abriendo, por fin. La larga pesadilla estalinista se había acabado.

Y, en cualquier caso, Vassily no era disidente. Era apolítico. Un escritor. Un escritor de la nueva Rusia, sin más propósito que escribir buena literatura. Era buscado en las esferas intelectuales, un nuevo ruso, un hombre libre del yugo del pasado.

Pero los hombres que habían echado abajo su puerta eran reliquias: hombres brutales y crueles, saliendo del vestíbulo al oscuro pasillo, igual que si fueran monstruos emergiendo de una tenebrosa cueva, de las tinieblas, antes de tiempo.

Aquello era un error. El era Vassily Worontzoff. *Dry Your Tears in Moscow* era un bestseller. Una de sus historias cortas había sido llevada al cine y había ganado un León de oro en el festival de Venecia. Había sido entrevistado en televisión en muchas de las nuevas cadenas que se estaban abriendo en la sociedad soviética. Se codeaba con los nuevos empresarios, con los preferidos por los medios de comunicación.

Le habían nombrado Caballero de la República en Francia.

Tenía que contactar con alguien, conseguir que se aclarara todo, pensó, mientras los esbirros le arrojaban los pantalones y, acto seguido, le sacaban a rastras al vestíbulo con el pecho desnudo.

Y entonces su corazón se detuvo, así, sin más, cuando el tercer oficial regresó al interior de la casa y arrastró a Katya, que no dejaba de gritar, al vestíbulo.

Sus miradas se cruzaron.

El gran escorpión soviético estaba muriendo, pero su cola envenenada todavía tenía poder para llevarse unas cuantas vidas. El sería

acusado de escribir propaganda antisoviética; una absoluta ridiculez, teniendo en cuenta que la Unión Soviética se estaba desintegrando. Todos los días se desgajaban partes de ella, como témpanos de un enorme iceberg que flotaban a la deriva por las mareas de la historia.

Sería acusado y conducido a un campo de prisioneros; una sentencia segura de muerte. Una larga y prolongada sentencia de muerte. No saldría vivo.

Pensó que lo peor que podría pasarle era que le arrestara el KGB. Pero había estado equivocado. Lo peor era que ahora tenían a Katya. Aquello superaba su peor pesadilla.

Gritando, rabiando, luchando cada paso del camino, desesperado por proteger a Katya, les sacaron por la fuerza del edificio a la calle Arbat y les metieron en un vehículo para prisioneros.

El doce de diciembre de 1989. El día en que murió Vassily Worontzoff.

CAPÍTULO 6

Nick sabía que la respuesta a su pregunta tácita sería sí. Invitarle a tomar café en su casa en aquellas circunstancias significaba que Charity conocía sus intenciones y las aceptaba. La respuesta era sí. Sí.

Nick no pensaba en otra cosa mientras conducía hasta su casa. Ella le había dado las señas en un murmullo, pero no las necesitaba. Había conducido con tanta frecuencia a casa de Charity durante su operación de vigilancia, que podría encontrar el camino con los ojos cerrados.

Y ahora que había pasado una velada con la joven, probablemente podría encontrarla a «ella» con los ojos cerrados, sólo por su olor. Su aroma lo enloquecía. Todo el coche estaba impregnado de él. Un perfume fresco, primaveral, mezclado con champú, jabón y calidez de mujer. Único, embriagador.

En el coche, había bastado con su aroma para hacer que su polla se irguiera y prestara atención, aunque no es que necesitara estimulación alguna. Menos mal que llevaba puesto su caro abrigo de cachemir.

Nick era buen estratega. Se fijaba metas y descubría cómo alcanzarlas con las herramientas de las que disponía. Ésta era la fase previa, anterior a la batalla. El momento en que su cuerpo comenzaba a prepararse para el combate. Sus sentidos se agudizaban, aminoraba el ritmo de su corazón, veía y escuchaba con inusitada claridad.

La fase siguiente era crucial. Tenía que convencerla para que confiara en él. Gracias a su vasta experiencia, sabía que llevarse a una mujer a la cama era el mejor modo de conseguirlo. De modo que debería estar poniendo las cosas lentamente en marcha para poseerla.

Nick sabía con precisión cómo se suponía que debía llevarlo a cabo. Acompañarla hasta la puerta, un beso ligero antes de que ella abriera,

sólo para romper el hielo otro después de que Charity hubiera servido dos tazas de café. Sentarse en el sofá, escuchar la música que ella pusiera, charlar despreocupadamente. Otro beso ligero, luego otro, más apasionado esta vez, con algo de lengua...

Todo lentamente, con clase, dándole tiempo para que se acostumbrara a él.

Podía hacerlo. Lo había hecho con anterioridad en innumerables ocasiones. Siempre se había mantenido frío durante el sexo. Con Consuelo podría haber recitado de memoria pasajes enteros del manual de campo del ejército mientras follaba, tratando de no hacer muecas de dolor mientras las afiladas uñas de la colombiana se clavaban en su espalda. Mantenerse frío antes, durante, y después del sexo era sencillo; llevaba haciéndolo toda su vida.

Daba igual lo apasionado que fuera el polvo; parte de él permanecía alejado y a veces incluso era capaz de comentar los trámites, como si estuviera en un espectáculo.

En esos momentos necesitaba dicha frialdad. Era su trabajo. Un trabajo placentero, sin duda, y que se merecía después de las circunstancias por las que había pasado en Afganistán y de pasarse un año trabajando para un capo de la droga, salido de las pesadillas de Dante, y para su hermana, una loca depravada. Conocía la dinámica, se la sabía a la perfección de tanto ponerla en práctica; conocía las palabras, todo ello formaba parte de su arsenal. Aquella noche con Charity sería una de las partes más sencillas de la misión.

Mantener relaciones sexuales, asegurarse de darle placer, granjearse su confianza, sonsacarle información sobre Worontzoff mediante la seducción, obtener una invitación a la velada musical que el maldito ruso estaba organizando... ésa era su misión. Había hecho cosas mucho más difíciles en su vida, y ésta podría hacerla sin complicaciones.

De modo que, ¿por qué encontraba tan complicado centrarse en la misión mientras la tenía entre sus brazos?

Se detuvo nada más entrar y retrocedió contra la puerta sólo por un instante. Las rodillas le flaqueaban cuando ella encontró su lengua. Era una locura. Tal vez se debiera a la botella de vino que había tomado durante la cena, pese a que era famoso por tolerar bien el alcohol. Después de todo, era irlandés.

Así que tal vez no fuera por el vino, sino por su boca. Su sabor, especiado, sexy, con un toque a nata y chocolate del postre.

Retiró la boca un momento para mirarla. Su cabello se derramaba por encima del cuello de su abrigo, en claro contraste con el color oscuro de la prenda. Sus labios estaban enrojecidos, levemente inflamados; los ojos grises muy abiertos, las pupilas dilatadas. Una vena palpitaba en su cuello y Nick deseó, desesperadamente, sentir aquel pulso contra sus labios.

Ella le estaba observando, captando sus señales, aunque la única señal que podría obtener en esos momentos era lo poco que faltaba para que la llevara a la cama. ¿Debería hacer que las cosas fueran más despacio? Charity cerró los ojos lentamente y alzó la boca hasta la suya en un beso que fue demasiado breve.

Tal vez no tenía que ir más despacio. Lo cual, con todo, estaba muy bien, pues no sabía si podría hacerlo.

—¿Te apetece un café? —susurró la joven finalmente, retrocediendo y mirándolo a los ojos.

¿Quería un café? Joder, no, no quería café, no necesitaba ningún estimulante. Tal y como se sentía en ese momento, lo que necesitaba era una ducha helada.

—No —respondió entre susurros.

Dios, qué guapa era. No, no era simplemente guapa. Era hermosa. No había demasiadas mujeres hermosas, a pesar de los artículos de las revistas que decían lo contrario. Se arreglaban, y muchas de ellas, que no eran nada especial, lo hacían tan bien que en realidad no sabías qué aspecto tenían debajo de tanto maquillaje. Y, por supuesto, estaban el bisturí y la aguja, que proporcionaban a la mitad de la población femenina de América la misma naricita respingona y los mismos labios carnosos e hinchados.

Charity poseía una belleza natural que no llamaba la atención. Sin embargo, una vez la mirabas, era prácticamente imposible apartar los ojos de ella.

Su maquillaje casi había desaparecido, pero no lo necesitaba. Esa fina e inmaculada piel de porcelana, que parecía más suave de lo que podía ser algo humano, sus grandes y claros ojos sesgados y felinos, la delicada forma de sus pómulos y mandíbula... eran igual que un imán.

—Eres jodidamente hermosa —susurró—. Ehh... Lo siento.

—Gracias —musitó riéndose con suavidad—. ¿Por qué estamos susurrando?

Lo hacían porque era momento para hablar en susurros. De hecho, era un momento mágico. Era una sensación tan agradable sentirla en sus brazos... Todo era agradable. La noche, la mujer...

Los rodeaba un pesado silencio, como si fueran las únicas personas en un mundo nevado y silencioso. Ella le sonreía cálidamente, hermosa y acogedora.

Aquél era el mejor lugar en el que había estado desde... mierda, ni lo recordaba.

Nick se apoyó contra la puerta con ella en sus brazos, porque estaba allí y porque le temblaban las rodillas.

No se debía al peso de Charity. Ella era esbelta, ligera incluso. Se apostaría los impuestos de un año a que no pesaba más de cincuenta y cinco kilos, a lo sumo. Nick había escalado una montaña en el Kush, cargando con una mochila de más de treinta y seis kilos de parafernalia militar, dieciséis litros de agua, y su arma con nueve cargadores, que pesaban más de nueve kilos. No había sido fácil pero lo había hecho.

Sostener a Charity no era nada en comparación. Así que, ¿por qué sus piernas tenían problemas para sostenerle?

Sus miradas se cruzaron y se movieron como una sola persona. Nick se inclinó de nuevo hacia ella al mismo tiempo que Charity alzaba la cara hacia la suya. El beso fue largo y profundo, y su polla se erguía dolorosamente cada vez que sus lenguas se rozaban. Nick levantó nuevamente la cabeza y le brindó una sonrisa.

—¿Y bien... nos vamos a la habitación? —No estaba de más preguntar, pero necesitaba que la respuesta fuera sí. De lo contrario, iba a ponerse a aullar. Aquella noche necesitaba hundir su tremenda erección en Charity.

Ella asintió.

«¡Sí!»

Se dieron otro beso que hizo que los músculos de sus muslos se contrajeran. Estaba a punto de llevarla al dormitorio cuando las tres neuronas que le quedaban dieron la voz de alarma.

La casa era amplia, sobre todo para una mujer soltera. Había pertenecido a su familia y era lo bastante grande para tener que preguntar dónde se encontraba la habitación.

Nick sabía perfectamente dónde estaba. Había entrado dos veces en su casa, forzando las cerraduras mientras la joven se encontraba en la

biblioteca. Era necesario registrar la casa en busca de pistas sobre quién era ella.

En principio, había sido para hallar un punto débil, cosas que pudieran servirle para obtener información. No habría estado mal encontrar drogas. Tampoco toneladas de alcohol. Tal vez un alijo de pesados vibradores y juguetes sexuales, pese a que en su momento sinceramente había esperado que no fuera así.

Adicciones, afición al champán o un presupuesto para cerveza, perversión sexual: todos eran puntos débiles, que no dudaría en utilizar.

Sin embargo, no había encontrado nada. Y, en realidad, Consuelo le había hecho aborrecer todo aquello. Si jamás volvía a ver unas esposas forradas de piel, si no volvía a follarse a otra mujer drogada en toda su vida, moriría feliz.

Resultó que en casa de Charity no había otra cosa que bonitos muebles, libros y cuadros. Su vida era tan fácil de leer como un libro, algo apropiado, dado que la casa estaba repleta de ellos. También de CDs, originales, lo cual le parecía exagerado para una honrada ciudadana. El era agente de la ley y no había comprado música desde el 2001. Charity sí lo hacía, lo cual decía mucho.

Había acuarelas por doquier, firmadas por Clarissa Prewitt. Su madre.

La casa, se percató ahora, era un reflejo de ella: elegante, con clase, femenina.

Otro beso y sus muslos volvieron a contraerse.

—¿Por dónde se va a tu cuarto? —preguntó contra su boca, a pesar de conocer la respuesta.

—El pasillo de la izquierda —contestó ella—. Primera puerta de la derecha. —Nick se puso en marcha tan pronto dijo aquellas palabras. Charity alzó la mirada hacia él, con los ojos como platos—. ¿Es que vas a llevarme en brazos hasta mi habitación?

—Oh, sí. —Era el mejor modo de llegar allí. Tenía que darse prisa porque estaba a punto de explotar. Debía apresurarse antes de que sus rodillas cedieran y cayera de bruces con ella al suelo.

Si caían al suelo, se la follaría allí mismo, cosa que no estaba bien. No era romántico, y esto tenía que serlo. Podía hacer que resultara romántico, ¿o no? ¿Desde cuándo había perdido el control?

Desde hacía cinco minutos, al parecer. Para cuando entró en el dormitorio la estaba besando entre jadeos y se obligó a dejarla en el suelo con cuidado. Sería más sencillo quitarle la ropa si lograba dejar de besarla, pero eso parecía imposible. Con una mano le sujetaba la parte trasera de la cabeza y con la otra se afanaba torpemente con la ropa.

¡Maldita sea! ¿Por qué no tendría «tres» manos para poder desnudarse él al mismo tiempo?

Trabajó deprisa. Suéter, sujetador, falda, medias —¡con ligeros! «¡Bien!»—, braguitas y zapatos. Charity ya estaba desnuda. Volvió a cogerla en brazos y la depositó sobre la cama. Un observador poco caritativo habría dicho que la había arrojado a la cama con tanto ímpetu que rebotó.

Ahora era su turno.

Batió el récord en tierra de desnudarse. Abrigo; camisa; camiseta interior; pantalones; calzoncillos; zapatos y calcetines. Se puso un condón en apenas un instante.

Menos mal que no llevaba encima su ropa de trabajo, porque entonces hubiera tardado minutos en quitarse la mochila de la espalda,

deshacerse de la pistolera del tobillo, desenganchar los cargadores de repuesto y las granadas de mano, deshacerse del cuchillo de combate y enfundar...

No era de extrañar que los soldados no follaran en el campo. Necesitaban una hora para desvestirse.

Por fin estaba desnudo y mirando a Charity, que estaba en el mismo estado, tendida sobre la cama como una exquisita delicia, dispuesta únicamente para su deleite.

Por muy excitado que estuviera, por mucho que deseara abalanzarse sobre ella, se detuvo tan sólo un instante para mirarla, para contemplar su pálida perfección. Además de ese delicado y esbelto cuerpo, pleno de femenina elegancia, la expresión de sus hermosos ojos bastó para que se detuviera. Encontró en ellos suavidad, humor, afecto...

Aquello no era lo que estaba acostumbrado a ver en sus compañeras sexuales. Estaba habituado a ver lujuria y deseo, y ninguna emoción en absoluto.

Nick frunció el ceño. ¿Estaba excitada? ¿O se encontraba completamente sumida en aquella romántica fantasía que había creado para ella?

Tan sólo había un modo de averiguarlo.

Nick se sujetó a la cama, se inclinó y le asió del tobillo tirando un poco de su pierna. Se distrajo por un segundo al ver su hermoso pie emergiendo de su oscuro puño.

Dios, incluso su pie era bonito. Arqueado y de dedos estrechos con las uñas pintadas de rosa. Para comérselo. Pero si empezaba por los dedos de los pies, le llevaría toda la noche.

Lo dejaría para otro momento.

Sus ojos la recorrieron desde sus bonitos pies, subiendo por los estrechos tobillos, la amplia longitud de sus piernas y... oh. Ahí estaba, la fuente de todo placer.

Allí, también, era la perfección misma. Una pequeña nube de pálido vello púbico rodeando el inflamado y brillante tejido rosado. Ya era oficial. Charity estaba excitada; podía continuar.

Bueno, una última cosa.

Nick le soltó el tobillo y las yemas de sus dedos ascendieron por su pierna, disfrutando de cada centímetro del recorrido. Ella era dulce, cálida y fascinante. Su mano fue más despacio para saborear las sensaciones, observando sus párpados descender levemente.

Oh, sí. Ahora sus mejillas estaban teñidas de rosa, al igual que sus pezones. Podía apreciar el latido de su corazón en el pecho izquierdo, estremeciendo su exquisita piel. Se estaba excitando con el dedo de Nick sobre su pierna.

Oh, y tal vez por lo que podía leer en sus ojos.

—Nick —susurró.

—Ya llegamos ahí —respondió.

Dios, Charity era una verdadera delicia.

Su mano llegó finalmente donde deseaba estar, contra su suave feminidad. Estaba húmeda y se mojaba más con cada segundo que pasaba. Su dedo bastaba para hacer surgir la humedad de su cuerpo, que extendió sobre los labios de su sexo. Hundió el dedo en su interior, sólo un poco, y la sintió estremecerse y suspirar. Apretó la otra mano contra su rodilla, empujándola contra la cama, abriéndola más para poder tocarla.

En el mismo instante en que Charity comprendió lo que él deseaba, separó las piernas. Nick apenas podía apartar los ojos de ella; rosa, inflamada y húmeda.

Ahora ella tenía los ojos cerrados y Nick supo que debía estar concentrándose en la sensación que le producía tener su mano sobre su cuerpo. Charity dejó escapar un suspiro.

Podría continuar con aquello eternamente, acariciarla tan sólo en el silencio de la noche, pero cuando bajó la mirada hacia su palpitante miembro, comprendió que sería mejor hacerlo a la antigua usanza antes de que se corriera sobre su vientre y pusiera a ambos en una situación embarazosa.

El pene de Nick era enorme, rojo, hinchado y duro como el acero. Su mano lo estaba pasando en grande y también su cabeza, pero su polla estaba protestando. Siempre había sido inflexible, así que él tuvo que ceder.

Con la mano derecha cubriendo su pubis por entero, apoyó la izquierda sobre el colchón, justo al lado del pequeño hueso sobresaliente de su cadera y se colocó a horcajadas sobre ella.

Ahora las sensaciones cambiaron. Ya no sentía un placer etéreo, como si estuviera aturdido. En ese momento las sensaciones eran más potentes, más violentas y agudas. Profundas y definidas.

Dejó atrás los movimientos pausados y sutiles, que habían satisfecho a casi todos sus sentidos. Ahora tenía un único sentido y estaba concentrado entre sus piernas.

La abrió utilizando dos dedos, se posicionó y embistió con mayor fuerza de la que pretendía. Rechinó los dientes a causa del placer, manteniendo erguido su estremecido torso con el apoyo de un brazo a fin de no aplastarla, mientras respiraba fuertemente por la nariz.

Dios, que apretada estaba. Increíblemente apretada. La cabeza de su pene emergió ligeramente manchada de sangre. Nick frunció el ceño. «Demasiado» apretada.

Bajó la mirada hacia ella. Charity parecía incómoda, casi como si sintiera dolor. ¡Maldita sea!

—Charity —la instó con voz ronca—. Por favor, dime que no eres virgen.

Ella levantó la mirada hacia él, horrorizada.

—Oh, Dios —susurró—. Eso no crece más, ¿verdad?

Una carcajada rompió desde el amplio pecho masculino, haciendo que de algún modo su polla se saliera, y Nick se derrumbó encima de ella, riendo y corriéndose como nunca.

CAPÍTULO 7

Vassily clavó la mirada en el fuego, escuchando el silencio de la casa. Normalmente oía música por las noches. Algunas veces eso le relajaba lo suficiente para poder dormir. Pero por lo general se sentaba en su butaca, esperando mantener a raya los recuerdos.

No quería música o vodka, ni siquiera la compañía de uno de sus hombres.

La necesitaba a «ella», necesitaba hablar con ella. Cuánto anhelaba esa conexión con Katya... con Charity. Esa suave energía femenina envuelta en un paquete tan hermoso era verdaderamente un regalo de los dioses. Katya había sido su alma gemela; había conseguido que siguiera adelante cuando se hundía en sus depresiones.

Se sentía incompleto. Había creído que su alma y su corazón habían muerto con Katya, pero esta nueva Katya los hacía revivir. Ahora volvería a estar completo. En cuanto Katya fuera enteramente suya una vez más, haría retroceder el tiempo. Poseía el poder para hacer lo que podían hacer los dioses, para traer de nuevo a su Katya.

«Charity».

Lanzó una maldición. Últimamente se había pillado varias veces llamando Katya a Charity. Se interrumpía en la primera sílaba y Charity pensaba que estaba llamando a su gato.

El lo disimulaba diciendo que le recordaba a una gata: elegante, independiente, grácil, con unos brillantes ojos claros. Ella siempre sonreía.

Y sin embargo... y sin embargo ella «era» Katya. Nada podría convencer a Vassily de que Charity no era la reencarnación de su mismo corazón.

No fue capaz de salvar a Katya. Había sido arrojada a un oscuro agujero con unos monstruos voraces de afilados dientes.

La escena acudía a él todas las noches, acompañada de sudor resbaladizo y dolor persistentes. La imagen era siempre la misma: la tundra helada extendiéndose infinitamente, gris y monótona; la valla más resistente imaginable, mas de dieciséis mil kilómetros de gélida nada. Jamás nadie había logrado escapar con vida por aquella infinita verja helada.

Los prisioneros —en su mayoría enfermos, deshidratados, medio muertos de hambre y sin ropa suficiente para soportar las temperaturas bajo cero—, habían sido sacados de los vagones del tren como si fueran ganado. Parpadeando con aturdimiento en la escasa luz solar del invierno, la primera que habían visto desde hacía diez días, salieron a trompicones del vagón de carga con los miembros temblorosos, medio muertos por las terribles condiciones del trayecto.

Vassily había intentado proteger a Katya lo mejor que pudo durante el interminable viaje. Le había dado su abrigo y con esfuerzo había logrado llevarla contra la pared, dando él la espalda al grupo para proporcionarle un mínimo de privacidad.

No tenía comida ni agua que darle, ni comodidades. Ambos eran conscientes de lo que se avecinaba. Habían oído historias. Vassily había entrevistado en una ocasión a un zek de los campos de Stalin para el artículo de un periódico.

Los dos los sabían; Katya lo sabía.

Hablaron poco durante el eterno viaje; no había mucho que decir.

Vassily había hecho lo imposible por ocultar a Katya de los guardias cuando bajaron la rampa a trompicones, pero fue en vano... no podía funcionar. Katya se movía como una mujer hermosa.

Le había cubierto la cabeza con su abrigo y ordenado que caminara encorvada, como si fuera una anciana. Pero los hermosos tobillos de Katya habían quedado a la vista. Y mechones de su glorioso cabello claro se habían escapado del apretado moño para curvarse en torno a sus orejas.

A Vassily se le paró el corazón cuando oyó gritar al primero de los guardias, como un lobo oliendo carne fresca. Al cabo de un segundo, todo el grupo se echó sobre ella, arrancándola de sus brazos y llevándosela, como carne para la cena.

Vassily aún podía escuchar sus gritos, ver su esbelto brazo blanco estirado, ahogándose en una espiral de violencia. Él había luchado con todas sus fuerzas. Pero se trataba de hombres brutales, que se encontraban un peldaño por encima de los prisioneros a quienes custodiaban, y hacían uso de una brutalidad demoledora. Un golpe con la culata del rifle de un guardia le hizo caer al suelo igual que un toro derribado.

Recuperó la consciencia al escuchar los gritos de Katya, que se prolongaron incesantemente durante todo el día y toda la noche. A través de una pequeña ventana en la barraca helada donde los prisioneros habían sido hacinados, Vassily pudo ver a los guardias en fila, la mayoría con los pantalones abiertos y las vergas fuera, esperando su turno para violar a la bella intelectual moscovita. Riendo y fumando, y colocándose de nuevo al final de la cola una vez que acababan su turno.

Algunos no habían visto una mujer en décadas. Al segundo día, los gritos cesaron.

Vassily había sido completamente incapaz de salvar a Katya. Un zek en un campo de prisioneros no era nada, ni siquiera digno del aire que respiraba. Menos que la sucia nieve en la suela de las botas del guardia de la prisión. Menos que la mierda de las letrinas.

Había perdido a Katya, pero ahora había vuelto a encontrarla. El amor de su vida había vuelto a él. Y ya no era un zek desamparado, ya no. Era rico e increíblemente poderoso. Poseía billones de dólares, miles de hombres y mujeres. Compraba gobernantes de países y los doblegaba a su voluntad.

Era el Vor.

Y pronto tendría en sus manos el poder para destruir ciudades, para destruirlo todo en su venganza contra el mundo. Todo era posible con Katya a su lado.

Parker's Ridge

19 de noviembre

Nick despertó en el paraíso, o al menos así le pareció. Una suave música de arpa sonaba de fondo, tan dulce y armoniosa como había imaginado que sería la música celestial, aunque no es que alguna vez hubiera imaginado realmente que conseguiría escapar del infierno.

Sí, sin duda se encontraba en el paraíso, con un mullido edredón de plumas con grandes capullos de rosas cubriendo con ligereza su cuerpo desnudo y la cabeza apoyada sobre un almohadón de plumas más mullido aún.

Dios, incluso olía al paraíso. A rosas y a lavanda. Hasta él llegaba el aroma a sábanas limpias y a muebles pulidos, a bollos de canela recién horneados y a algo ligero y floral, absolutamente femenino. Y sobre todos aquellos aromas, prevalecía el olor a sexo. Oh, sí. Si existía el paraíso, habría sexo como el que había disfrutado toda la noche. Exactamente igual.

Nick sonrió, pasó la mano por encima del colchón y abrió los ojos cuando no encontró nada más que la lisa sábana. Bueno, casi era el paraíso. Faltaba algo; alguien.

Retiró el edredón perfumado con lavanda y se incorporó, echando un vistazo a su alrededor. La noche anterior había estado demasiado consumido por la lujuria como para fijarse, pero ¿cómo había pasado por alto la belleza del dormitorio femenino cuando había entrado en la casa para registrarla?

Parecía algo sacado de una revista, sólo que habitado, no un espacio vacío. Suelo de parqué pulido. Una gran cama alta con un cabecero antiguo de madera tallada, una antigua y reluciente cómoda con cajones, dos pequeñas sillas de color rosa de té en torno a una coqueta mesita redonda. Bonitos frascos de crema y perfumes, pequeños capullos de rosa en un jarrón, algunos preciosos paisajes a la acuarela, una estantería repleta de libros... Todo bien ordenado. El fiel reflejo de un precioso dormitorio femenino. Echó un vistazo por la ventana; había estado nevando toda la noche y fuera había al menos treinta centímetros de nieve. En el jardín, había incluso un gran arce que parecía una esponjosa nube. Sí, era el paraíso.

Nick bajó de la cama, se puso de puntillas y se desperezó, sintiéndose como nuevo, acelerado incluso. No sólo se debía al sexo fabuloso de la pasada noche, pese a que no había nada mejor para poner en funcionamiento el organismo. A diferencia de la horrible experiencia que había compartido con Consuelo y que le dejaba con una sensación de

vacío y agotamiento, el sexo con Charity era como estar dentro de un cohete, despegando.

Además, había dormido. Dormido «de verdad», por primera vez en lo que parecía una eternidad. Un sueño profundo que borró todo rastro de la punzante fatiga que había estado obstruyendo su cabeza durante el pasado año.

Nunca había dormido toda la noche de un tirón durante el tiempo que pasó infiltrado en el clan de González. Cada segundo que pasaba podía surgir algo que hiciera saltar la tapadera de Nick, algo completamente fuera de su control. Y si González decidía atacarle, lo haría por la noche.

Nick se obligaba a dormitar en lugar de dormir y a despertarse a intervalos regulares, a escudriñar su entorno en busca de señales de peligro, y luego volvía a sumirse en un sueño tan poco profundo que podía estar preparado para el combate en un segundo.

Así era como dormía un soldado en el campo, bajo el fuego. En combate, un sueño poco profundo podía salvarte la vida. En una situación de peligro, uno estaba operativo en cuestión de segundos. No obstante, como estilo de vida, inflaba el cuerpo de cortisol, consecuencia del estrés, que seguramente debilitaba los riñones si se prolongaba demasiado. En el caso de Nick, la situación se había prolongado durante mucho tiempo; en Afganistán y durante el año viviendo con González. Probablemente tenía los riñones tocados.

Iba a morir joven, de todos modos; era algo que sabía en el fondo de su alma. Siempre había sido consciente de ello. Era lo que le hacía tan temerario como soldado. Bien podría caer luchando.

De modo que la noche de sueño había sido como un pequeño regalo de vida. Sabía por qué había dormido tan profunda y plácidamente, aparte de la increíble experiencia sexual que había compartido con Charity. En

lo más profundo de su ser, esa parte de él que le decía que se agachase una milésima de segundo antes de que la bala pasara silbando, que le susurraba que volviera a comprobar su arma y su paracaídas por enésima vez, le decía que en casa de Charity no había peligro para él. Ninguno en absoluto.

Nada había allí con intención de causarle ningún mal, a diferencia de lo que sucedía en el mundo en el que había pasado la mayor parte de su vida.

Su cuerpo lo había sabido incluso antes que su mente. A juzgar por la falta de tensión muscular sabía que se encontraba en un entorno seguro. Seguro, hermoso y acogedor.

Nadie sabía dónde estaba. No le habían seguido; se había asegurado de que fuera así. Y aunque Di Stefano y Alexei pudieran sospechar que había seducido a la bonita bibliotecaria, no podían estar seguros. De modo que nadie conocía su paradero, y esa casa no albergaba peligro para él.

Ningún peligro en absoluto. Ni siquiera había bordes afilados. Tan sólo finos muebles en tonos pastel, bonita música, agradables olores y una mujer increíblemente hermosa. Hablando de lo cual...

Nick divisó su ropa en el suelo. No sentía el menor deseo de ponerse su atuendo formal: pantalones y camisa de vestir, chaqueta... Tenía unos vaqueros y un jersey en una bolsa dentro del maletero del coche; se los pondría hoy. Pero en esos momentos, deseaba a Charity.

El leve estrépito proveniente de la cocina le indicó dónde se encontraba ella. Cruzó desnudo la sala de estar y se detuvo en la puerta de la cocina, observándola. La joven estaba de espaldas, tarareando en voz baja.

Nick había sido adiestrado con dureza para moverse con sigilo; Charity no tenía ni la menor idea de que él estaba allí, así que pudo mirar a placer.

Había puesto un CD de música celta variada. Nick reconoció la canción que estaba sonando, pese a que ignoraba el título. Hablaba sobre campos verdes y el regreso a casa, que era más o menos lo que decían casi todas las canciones irlandesas que había oído. Los irlandeses no eran muy dados a las canciones de amor. La música celebraba la supervivencia y la camaradería, los elementos básicos de la vida de Nick hasta el momento.

Charity se sabía la letra y estaba cantando en voz baja. Llevaba puesto un chándal rosa que se amoldaba a sus esbeltas curvas y su cabello rubio oscuro se movía sobre sus hombros al tiempo que meneaba la cabeza al ritmo de la música. Aquel bonito trasero también se contoneaba mientras se afanaba en la cocina.

La habitación era tan bonita como ella. Baldosas color crema y melocotón, una hilera de florecientes ramilletes dentro de tarros color beige en la repisa de la ventana, cortinas de tono claro y grandes botes de cerámica a lo largo de la encimera contra la greca de baldosas antisalpicaduras del fregadero.

Y los olores eran casi mejores que los que impregnaban el dormitorio. El sorprendentemente atrayente olor a té se entretejía con los aromas de algo con canela que se cocinaba en el horno. Había dos servicios dispuestos en una pequeña mesa de madera de pino, con rebanadas de pan, mantequilla, un surtido de mermeladas y confituras, y trozos de manzana. Nick podía predecir un fantástico desayuno en su futuro inmediato.

La observó meciéndose al ritmo de la música y la escuchó cantar. Pese a que su voz era suave, resultaba sorprendentemente afinada. La escena entera era preciosa.

Una mujer hermosa; una música hermosa; una habitación hermosa: puro deleite.

Nick sintió algo extraño removerse en su interior, algo que no reconoció. Le recorrió de arriba a abajo y, fuera lo que fuese, a su paso dejó paz y satisfacción.

Se quedó allí parado, dándole vuelta a aquello. Paz y satisfacción. No eran cosas que hubiera sentido a menudo en su vida. Jamás las había buscado y nunca las había deseado. Su vida era una larga misión y hacía lo que fuera necesario para cumplirla. La paz y la satisfacción simplemente no contaban.

Su misión en el orfanato y, posteriormente, en algunos brutales hogares de acogida, había sido la de salvar a Jake y la de sobrevivir. Más tarde, como agente Delta, su objetivo era el de llevar a cabo una misión, fuera la que fuera. Por lo general, la operación conllevaba peligro en grandes dosis. Y ahora, desde que había pasado a formar parte de la Unidad, la misión era acabar con la mafia rusa.

Así pues, ¿qué era aquello? Apoyarse contra el marco de una puerta, observando a una mujer cocinando delante del horno, ¿qué era? ¿La misión? ¿Una operación?

No, era algo más, algo completamente diferente. Algo que le hacía sentirse cómodo con lo que estaba sucediendo en su interior. Sabía lo que deseaba en la vida y, por lo general, iba a por ello directo como una bala. Pero esto parecía... diferente.

Y parecía bueno. Definitivamente bueno. De hecho, se sentía mejor de lo que recordaba haberse sentido nunca.

Charity se dio la vuelta como si de pronto hubiera sentido su presencia, y le brindó una sonrisa.

Al cabo de un instante, esa sensación sobrenatural de bienestar desapareció como si jamás hubiera existido. En su lugar apareció el ardiente, apremiante impulso de tocarla, de acariciar aquella suave piel cremosa que sabía se encontraba debajo del fino algodón rosa del chándal. De ponerle las manos encima y no soltarla nunca.

—Hola, ya estás despierto... —Su voz se fue apagando cuando su mirada descendió y su rostro pasó de tener el leve rubor de alguien que está cocinando a un rojo vivo. La flexible boca de Charity formó una «O».

Oh, sí, claro que estaba despierto. Pero que muy despierto. Era como si su polla se estuviera estirando para tratar de cruzar la habitación hasta ella.

No podía hacerlo, por supuesto, pero él sí. Tardó uno o dos segundos en enderezarse y acto seguido fue hacia ella, sin apartar la mirada de la suya. Charity bajó de nuevo la mirada hacia él y Nick se sintió arder, como si caminara delante de la puerta abierta de un horno. El calor reverberaba incluso por sus venas.

Tenía la mandíbula apretada con tal fuerza que le dolían los dientes.

Se trataba de sexo, pero iba mucho más allá. No estaba desesperado por tener relaciones sexuales como lo había estado prácticamente toda la noche. Sin la menor duda, debería estar agotado.

En ese preciso instante, en cambio, era como si nunca antes hubiera follado, como si no hubiera tocado a una mujer en toda su vida. Era una sensación apremiante, su cuerpo estaba repleto de toda la adrenalina del campo de batalla, moverse era tan necesario como agacharse bajo el fuego enemigo o escapar a rastras de un incendio o de las balas.

Aquello era algo que jamás había experimentado, una zona desconocida. Nick no se dejaba llevar por el deseo acuciante y urgente. El era Iceman.

Siempre que follaba, parte de él —una gran parte—, permanecía distante, observando. El sexo hacía a los hombres bajar sus defensas. Eran muchos los que habían muerto mientras echaban un polvo. Nick no. No había modo de que nadie pudiera atacarle mientras mantenía relaciones sexuales porque siempre era consciente de lo que sucedía, siempre se mantenía frío. Gélido.

Pero ahora no era Iceman. Estaba ardiendo, respiraba con dificultad, y todo su ser se centraba en Charity.

Ni siquiera pensaba en lo que estaba haciendo. Su cuerpo había asumido completamente el control.

Se movió a toda prisa, enganchando una silla con el pie y sentándose pesadamente en ella al tiempo que tendía las manos hacia Charity. En un abrir y cerrar de ojos, le había quitado los pantalones y las bragas, la había colocado sobre él, abierto con los dedos y penetrado. Justo dentro de su suave sexo.

¡Dios!

Nick tenía la cara empapada de sudor. Una gota resbaló por un lado de su rostro y cayó sobre el hombro de Charity. La sujetaba con tanta fuerza que probablemente ella tenía dificultades para respirar, pero parecía no poder soltarla, o ni siquiera aflojar su abrazo. Se aferraba a ella igual que uno se aferra a un salvavidas, no a una mujer hermosa.

Inclinó la cabeza contra la de ella, con los ojos fuertemente cerrados.

—Lo siento —susurró con voz ronca.

Joder. No estaba húmeda, no estaba preparada para la penetración. Se meneaba levemente para hallar una posición cómoda, tratando de adaptarse a él. Los dedos de sus pies apenas tocaban el suelo, de modo que estaba hundida en él con prácticamente todo el peso de su cuerpo. Mierda, esperaba no estar haciéndole daño, pero no iba a arriesgarse a dejarla escapar.

—No lo sientes —le respondió Charity en un susurro—. No lo sientes en absoluto.

Nick abrió los ojos. Había mantenido los ojos fuertemente cerrados porque lo que estaba sucediendo en su interior resultaba abrumador, pero también porque lo que quedaba de su cerebro le decía que ella estaría furiosa. Uno no se abalanza sobre una mujer, la desnuda y le mete la polla sin tan siquiera dedicar unos segundos a los preliminares. En parte esperaba que Charity le dijera que se largara y que no quería verlo más.

Pero, contra todo pronóstico, no estaba cabreada. ¿Cómo había sucedido? Cuando abrió los ojos, estaban a escasos milímetros de los de ella. La miró fijamente, hipnotizado, observando aquellos cristalinos ojos grises claros, igual que el cielo a primera hora de la mañana. Pequeñas arruguitas se formaban en torno a ellos, como si estuviera sonriendo. La mirada de Nick se posó en su boca, ligeramente curvada. No cabía duda de que eso era una sonrisa.

La besó, en lo que fue un prolongado saqueo a aquella sonrisa. Cuando su lengua acarició la de ella, Charity se apretó en torno a él, jadeando en su boca.

No estaba furiosa por haberla tratado con dureza, por la brusquedad con la que la había agarrado, por sujetarla con ferocidad.

—No, tienes razón. No lo siento —reconoció con voz ronca cuando se incorporó en busca de aire. Joder, no, no lo lamentaba. Mataría por

permanecer justo donde estaba, desnudo sobre una silla de madera con la polla hundida en la mujer más encantadora que jamás había conocido.

Nick le devolvió la sonrisa. O trató de hacerlo. Su boca apenas lograba realizar los movimientos adecuados. ¿Cómo podía sonreír cuando cada molécula de su ser estaba concentrada en ella, en sentir su cuerpo contra el suyo y, por encima de todo, en la acogedora y cálida sensación de las tensas paredes de su vagina rodeando su polla?

Algo en aquel pensamiento hizo saltar la alarma en algún rincón de su cabeza. Sentirla... tensa y algo más mojada ahora, y cálida...

Había algo raro. O, mejor dicho, la sensación era demasiado buena. Mejor que nada de lo que hubiera sentido antes.

Joder. No se había puesto preservativo. La cabeza estuvo a punto de explotarle.

Aquello era imposible. Nick nunca follaba sin ponerse un condón. Nunca. Jamás. Sabía bien lo que había y aunque esperaba morir joven, quería hacerlo de un balazo o una cuchillada y no conectado a unas máquinas en un hospital. Era mejor morir por una bala que por una enfermedad, sin la menor duda.

Ponerse el preservativo era un hábito arraigado, que formaba parte del acto sexual. Era algo tan natural como cepillarse los dientes. No iba a ninguna parte sin condones e incluso se los había llevado a Afganistán, pese a no existir la menor oportunidad de utilizarlos en aquel infierno. Habían caducado en su bolsillo y probablemente ya no eran más que polvo en su chaleco antibalas en el sótano de su casa.

Había varios paquetes de condones de gran calidad esperándole en el bolsillo de sus pantalones, en el suelo del dormitorio de la joven. El mejor modo de ir a por ellos sería salir de dentro de Charity, levantarse e ir hasta allí, pero todo su ser rechazaba la idea. No podría salir de ella aunque le apuntaran con una pistola en la cabeza.

Por no mencionar a su pene... ése sí que era inestable. Sí, Nick Ireland, mister Hielo, el mismísimo Iceman, que se había follado a Consuelo durante horas mientras calculaba las probabilidades de que el capullo de su hermano estuviera planeando su muerte, estaba casi a punto de explotar.

Podía sentirlo, una presión volcánica surgiendo de su ingle, la leve punzada eléctrica a lo largo de su espalda, reacciones con las que estaba familiarizado. Tan sólo la respiración de Charity provocaba un pequeño murmullo en su organismo, acercándole peligrosamente a eyacular. El más mínimo movimiento haría que perdiera el control.

Salirse de ella significaría fricción, deslizarse fuera de aquellas resbaladizas, suaves y cálidas paredes...

Oh, Dios. Tuvo que contraer los músculos de su entrepierna para evitar correrse de solo pensarlo. Si se retiraba, haría el ridículo eyaculando en el aire. O peor, encima de ella.

La miró con fijeza a los ojos, temblando levemente debido al esfuerzo de no correrse.

—No me he puesto preser... —Su voz sonó ronca, como si hubiera pasado horas gritando. Tenía la garganta tensa. Unas enormes bandas de acero le constreñían el pecho—. Lo siento muchísimo.

Si Charity quería quitárselo de encima, estaría en todo su derecho. Ni siquiera podía hacer una mueca, porque cualquier movimiento le haría correrse. Lo único que podía hacer era mirarla fijamente a los ojos y aguantar como un hombre. Charity guardó silencio.

—Lo siento —dijo una vez más, prácticamente resollando. Con cada segundo que transcurría, todo en él se tensaba. Su polla se alargó y engrosó dentro de ella, y entonces... Charity se apretó a su alrededor. Su polla respondió de inmediato con un potente estremecimiento. Apretó los

dientes con tal fuerza que resultaba sorprendente que no se le partiera alguno.

Le iba a explotar la cabeza. Y justo después, la polla.

Estaba temblando, tratando de contenerse.

—Dios, Charity, voy a...

—Está bien. —El rostro de la joven estaba a un par de centímetros del suyo. Parecía seria, pero su cuerpo se estremecía. Las estrechas paredes de su sexo se contrajeron nuevamente por iniciativa propia y ambos gimieron—. No es el momento adecuado del mes, así que no debería haber ningún proble...

Fuera lo que fuera lo que iba a decir se perdió en la firme boca masculina. Nick puso fin a la distancia que los separaba abrazándola fuertemente y saqueando sus labios, embistiendo en su interior con ferocidad mientras se corría en largos, casi violentos espasmos que le hicieron sacudirse de pies a cabeza. Devoró su boca, como si su vida dependiera de ello. Tal vez así fuera. Sintió un interminable y cálido chorro de semen salir de su cuerpo, desde sus testículos hasta su polla, inundándola.

Nick se sacudió y gimió durante todo el tiempo que duró el climax, clavándose en su interior, completamente fuera de control. Se separó de su boca porque temía morderla a causa de la excitación, y hundió la cara en su cabello, aferrándose a ella como si se estuviera ahogando y Charity fuera su tabla de salvación.

Nunca había sentido su piel tan sensible y su corazón latía desbocado; estaba ardiendo vivo. Se sentía especialmente caliente en la entrepierna, justo allí donde se unía a ella. Caliente y mojado. Había eyaculado con tal fuerza que ambos tenían los muslos mojados. La experiencia no le hubiera gustado con otra mujer, pero con Charity

resultaba enormemente excitante. Saber que su semilla estaba dentro de ella y, en particular, saber que Charity estaba mojada.

No mojada porque hubiera logrado realizar ciertos preliminares, no, no era ese tipo de humedad. Pero cierto era que estaba mojada, fuera como fuera. Y eso significaba que podría moverse dentro de ella sin hacerle daño.

Sin embargo, primero tenía que reparar la ofensa.

—Lo siento —susurró. Su aliento hizo moverse un mechón de su brillante cabello rubio oscuro. Nick no creía en Dios, pero de ser así, se merecía que lo fulminara un rayo inmediatamente porque no lo lamentaba. No lo lamentaba en absoluto.

No sólo no lamentaba ni por lo más remoto estar hundido hasta la empuñadura en la vagina más caliente y apretada en la que recordaba haber estado, sino que no lamentaba la situación. Sus suaves pechos estaban aplastados contra su torso, frotándose contra él cada vez que respiraba y sus brazos la rodeaban fuertemente a la altura de la caja torácica.

—No pasa nada —consiguió decir ella de forma entrecortada. Pese a que le costó, Nick aflojó levemente su abrazo. Charity tenía que respirar.

Dado que su boca estaba allí mismo, retiró de su cuello otro perfumado mechón de su cabello soplando, y comenzó a besarla recorriendo con los labios aquel suave lugar, demorándose en la todavía más suave piel detrás de la oreja. El cabello de Charity le cayó sobre la cara y fue como estar en una mullida y perfumada nube de color rubio oscuro.

Captó con sus labios el ritmo de su corazón, rápido y ligero. También podía sentir ese latido bajo su pecho izquierdo. ¿Acaso era excitación?

Sólo había un modo de averiguarlo.

Se inclinó levemente hacia atrás, preguntándose qué mano emplear, pues ambas se sentían felices justo donde estaban. Si hubiera justicia en este mundo, le crecería una tercera mano para poder tocarla allí donde sus cuerpos se unían sin necesidad de soltarla, pero hacía mucho que había aprendido que no era posible.

De modo que, ¿qué mano utilizar? ¿La que se ahuecaba en la parte posterior de su cabeza o la que rodeaba su estrecha cintura? Dios, menuda elección.

Finalmente y de mala gana, su mano derecha abandonó la cintura de Charity, pasó por su espalda, por encima de su muslo y se posó sobre su pubis.

Charity se movió levemente sobre él, y Nick se inflamó y expandió en su interior. Al sentirlo, la joven contuvo el aliento de forma audible en el silencio de la cocina.

—Todavía estás, mmm... —Se meneó nuevamente y sus movimientos fueron tan excitantes que a Nick se le contrajeron los músculos del abdomen—. Todavía estás... duro —concluyó sin aliento.

¿Duro? Y tanto que lo estaba.

Acercó la boca hasta la de Charity y la besó profundamente, igual que si se sumergiera en un mar cálido perfumado de flores. Abrió más la boca, saboreándola con mayor intensidad.

Charity le rodeó el cuello con los brazos, al tiempo que su mano jugueteaba con el vello de su nuca.

Nick le agarró el pelo con la mano y tiró con delicadeza. La cabeza de Charity cayó hacia atrás y así pudo admirar la larga línea de su blanca garganta, que le incitaba a hundir con fuerza sus dientes en ella. A falta

de aquello, le mordisqueó justo donde el cuello convergía con la suave línea de su hombro.

Charity se estremeció por entero. Las paredes de su sexo se contrajeron bruscamente y Nick se dilató aún más en su interior. Ella jadeó y enganchó las piernas en torno a las patas de la silla, empalándose más profundamente en él.

Eso era todo cuanto él necesitaba. Abrazándola estrechamente, Nick comenzó a moverse en su interior con envites violentos y cortos, que no la dañaron gracias a que poco antes se había corrido con tal intensidad que la había anegado con su semen.

Era una sensación tan intensa que resultaba imposible que durase. Cuando ella sollozó salvajemente y comenzó a correrse, él gruñó y embistió con fuerza una última vez antes de explotar.

Nick desconocía por completo cómo era posible que tuviera tanto semen en su interior, a juzgar por el orgasmo que acababa de tener. Tal vez su columna vertebral se había fundido e ido a parar directamente a su polla. Tal vez estaba agotando todo el líquido que tenía en el cuerpo y acabaría por secarse y convertirse en polvo. A saber.

—¡Vaya! —susurró Charity. Apoyaba la mejilla sobre su hombro, tenía los brazos alrededor de su cuello y el cuerpo completamente relajado contra el de Nick.

Sus entrepiernas estaban completamente empapadas por los fluidos de ambos. Y, sin embargo, Nick todavía estaba lo bastante duro para permanecer en su interior. Si ella se movía, se saldría.

Pero por ahora Charity estaba inmóvil y Nick adoraba estar dentro de ella.

Era... agradable. Más que agradable. Charity era lo más suave que jamás había tenido en sus manos, dulce, cálida y fragante. Nick tenía la sensación de que podría estar así para siempre.

Charity posó la mano sobre su espalda en una pequeña caricia, y luego se detuvo, desconcertada, mientras frotaba la mejilla contra su hombro.

Nick sabía demasiado bien qué estaba sintiendo: una cicatriz circular fruncida frente a otra exactamente igual en la espalda.

—Esa es mi cicatriz más vergonzosa —comentó a la ligera, acariciándole la espalda—. Nunca le he contado a nadie la historia, pero te la contaré a ti si me prometes darme un poco de lo que sea que has horneado.

—Cuenta con ello. Son bollos de canela. —Nick podía sentir los labios de Charity moverse cuando sonrió contra su hombro—. A menos que se hayan quemado. En cuyo caso, es culpa tuya.

—Muy justo. —Depositó un beso en su cabello—. Los bollos bien merecen que te cuente mi historia. Cuando tenía dieciocho años, mi tía Milly se mudó a vivir al lado de mi casa. Sólo se quedó unos meses, pero durante ese tiempo me eligió para que fuera su esclavo personal. Ayudé a los de la mudanza a meter los muebles y me cargó con un montón cosas que debía llevar al baño de arriba. A uno de los operarios de mudanzas se le cayó una pastilla de jabón en las escaleras, yo tropecé y caí justo sobre la barra de acero de las cortinas. Me atravesó. Charity se estremeció.

—Oh, lo siento. —La joven siguió la cicatriz de su espalda con el dedo, y después depositó un tierno beso en su hombro—. Debió de dolerte.

Endiabladamente.

Y no había sido causada por la barra de unas cortinas; había sido provocada por una bala de 9 milímetros. El proyectil había rozado el pulmón y terminó con su carrera en el ejército.

Nick se echó hacia atrás y sonrió mirándola a los ojos.

—¿Y ahora, qué hay de los bollos?

CAPÍTULO 8

*Parker's Ridge**19 de noviembre*

Nick siguió a Charity de regreso a su casa, mirando fijamente la parte trasera de su coche como si pudiera hacer que se detuviera, saliera y le dejara a él ponerse al maldito volante.

Detestaba aquello. ¿Por qué no podía Charity haber dejado el coche donde estaba? El se lo había insinuado unas cuantas veces, incluso había contemplado la idea de ordenárselo, pero, a pesar de que ella comunicaba sus deseos sin alzar la voz, Charity era como una roca. Se limitaba a levantar aquella barbilla puntiaguda y eso era todo. Quería su coche e iba a ir a recogerlo, con o sin él. Con el tiempo que hacía, ir sin él no era una opción, de modo que Nick la había llevado con los labios formando una fina línea hasta su vehículo, aparcado cerca de la biblioteca, y ahora la seguía hasta su casa.

Que el tiempo hubiera empeorado —las carreteras estaban resbaladizas a causa del hielo y del aguanieve—, era una circunstancia que Charity había pasado completamente por alto. Nick había tenido que aferrarse con fuerza al volante para evitar adelantarla y obligarla a reducir la velocidad.

No esperaba que a su refinada bibliotecaria le encantara la velocidad. Eso estaba bien, pero no en un día de perros como aquél y no cuando, según sospechaba Nick, ella podría no ser capaz de manejar su coche. Este patinaba cuando Charity frenaba y tomaba las curvas, y Nick apretaba la mandíbula cada vez que eso pasaba.

Miró con anhelo el teléfono móvil que se encontraba sobre el asiento de pasajero. Podía llamarla y decirle que fuera más despacio. Hacer que pareciera que no podía seguirla, lo que era ridículo para cualquiera que le conociera. No existía vehículo en el mundo que no pudiera conducir tan rápido como se le antojara, cualesquiera que fueran las condiciones climatológicas. Era un instructor de combate cualificado; uno de los mejores.

Su teléfono móvil vibró, pero no era Charity. Nick sonrió al ver la pantalla. Se trataba de Jacob Weiss, su mejor amigo. Pulsó la tecla de manos libres del móvil y habló:

—Hola, Jake. ¿Cómo lo llevas? —Aquél era su saludo habitual y por lo general la respuesta no era apta para todos los oídos.

—Hola, grandullón, ¿sabes? ¡lo he conseguido! —Jake estaba demasiado emocionado para bromear como de costumbre. Nick podía apreciarlo en su voz—. «¡Yujuuuuuuuuu!» o «¡uauuuuu!» o como digáis los militares. ¡Lo he conseguido!

Nick puso los ojos en blanco. En un momento dado, Jake era capaz de conseguir cualquier cosa, y amasar más dinero que un país tercermundista no era la menor de ellas. «Lo he conseguido» podía significar que había comprado Microsoft, duplicado los ingresos de un príncipe saudí, o elevado el valor mundial del oro sin ayuda de nadie. Jake era uno de los mayores genios financieros del mundo, y no era Nick el único que lo pensaba, sino también Bloomberg.

Fuera lo que fuese que había conseguido, tenía a Jake eufórico.

—Eso es genial. Me alegro de oírlo. —Jake no podía ver a Nick encogerse de hombros pero probablemente podía apreciarlo por su voz. A Nick no le preocupaba tanto el dinero, para perpetuo pesar de su amigo—. ¿Qué es lo que has conseguido? ¿Comprar Córcega?

—No, aunque he comprado un complejo turístico en... No importa. Escucha, ¿recuerdas esos bonos rusos de los que te hablé? —Jake esperó a que su amigo hiciera memoria. ¿Debería Nick mentir y decir que lo recordaba? No, Jake era demasiado listo y no colaría. Sabía cuando Nick estaba mintiendo. Aunque, sí, recordaba algo... vagamente.

Jake no dejó que aquel recuerdo cristalizara.

—Si tuvieras un móvil decente en lugar de esa basura por satélite, me verías poner los ojos en blanco. Hace seis meses te hablé de invertir en bonos rusos. Me pasé «dos horas» hablándote de ello, Nick. Ni siquiera tú eres capaz de olvidarlo.

Ah, sí. Nick se había tomado una tarde libre cuando todavía trabajaba como infiltrado en el clan González y había pasado a ver a

Jake y a su familia. Estar con Jake y con Marja era igual que un soplo de aire fresco, salvo cuando Jake hablaba de dinero, que era el momento en que Nick se dedicaba a divagar.

—Lo recuerdo, más o menos. Pensabas que sería un buen negocio, ¿no?

—Resultó ser un negocio excelente, gracias. Se han pagado cuatro a uno. No esperaba que eso sucediera hasta la primavera que viene, pero estoy viendo la confirmación por email ahora mismo.

Nick, por el contrario, observaba el guardabarros trasero de Charity. ¿Eso había sido una sacudida? Si estaba teniendo dificultades para seguir la carretera, iba a pedirle por señas que se detuviera y a obligarla a volver a su coche. Podían dejar allí el de Charity y él pasaría a recogerlo tan pronto se despejara el tiempo. Observó con atención cuando la joven dobló la esquina, exhalando al fin el aliento retenido. De acuerdo, Charity lo había hecho bien. Pero, maldita sea, sus neumáticos no era adecuados para ese tiempo. Les había echado un buen vistazo

antes de que ella subiera al coche y tuvo que morderse la lengua para no decir nada al respecto.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido eso? —Jake había dicho algo que le tenía sumamente emocionado. Nick le prestó parte de su atención; la otra estaba centrada en Charity.

Los bonos eran sin duda menos importantes para él que asegurarse de que la joven no se estrellara con el coche.

—Si me hubieras estado «escuchando» —le recriminó Jake, con un tono exageradamente paciente—, me habrías entendido a la primera. Pero te lo repetiré. ¿Recuerdas que te dije que te haría millonario? ¿Y que tú me diste todo tu dinero?

Nick sonrió. El bueno de Jake.

—Claro.

¿El, millonario? Nunca se preocupaba por la gestión del dinero. Gastaba muy poco y el resto lo tenía en el banco, acumulando polvo.

Llevado por la exasperación, Jake le había hecho sacar todo y dárselo a él. Se trataba de una buena cantidad; Nick había ahorrado su salario íntegro mientras estaba en Afganistán, donde se había mantenido a base de agua rancia y raciones del ejército, no habiendo ningún lugar donde gastarlo. A eso había que añadir el salario que se había acumulado mientras estaba con el clan de González.

Claro, Nick lo recordaba. Ciento cincuenta mil. Más o menos todo lo que tenía y probablemente lo que ganaba Jake en un minuto.

—¿Lo has perdido?

—¡No, te lo acabo de decir! ¿Es que no me has escuchado? Invertí tu dinero en bonos rusos y en el mercado del oro en Hong Kong. Se han

mantenido durante un tiempo, y no me importa decir que... —Nick frunció el ceño. Charity conducía de nuevo a demasiada velocidad. Volvió a prestar atención a lo que Jake le estaba diciendo—... y he estado invirtiendo y retirando tu dinero en acciones públicas hindús, que te ha reportado un gran beneficio. De hecho, en estos momentos... —Nick podía escuchar un teclado de ordenador—, tu valor neto es de un millón tres mil dólares. Felicidades, Nick. Ahora eres millonario. He quintuplicado tu inversión, tío. Dios mío, qué bueno soy. Soy el mejor. Espera un momento que hago el baile de la victoria.

Nick le oyó zapatear y sonrió. Jake se había sometido a once operaciones durante los diez últimos años para enderezar su columna; y ser capaz de caminar sin sentir dolor y moverse rápidamente eran dos enormes victorias.

Pero, ¿qué era lo que había dicho sobre un millón de dólares?

—Rebobina, ¿quieres? —Nick finalmente se concentró en lo que su amigo le decía—. ¿Qué has dicho? Me ha parecido oír que decías que...

—Que eres millonario. Rico, grandullón, eres «rico». Bienvenido al club de los millonarios —dijo rompiendo a reír. De hecho, Jake era multimillonario, pero Nick apreciaba su delicadeza.

—Dios... —Nick inspiró profundamente una vez, luego otra—. Soy... rico. —La cabeza le daba vueltas—. Soy rico. —Soltó una carcajada casi sin aliento.

—Sí. No te lo gastes todo de una vez, y dime lo bueno que soy.

—Eres un genio —afirmó Nick, poniendo en cada palabra la mayor seriedad—. Eres un puto genio. —Jake rió de nuevo.

Nick tragó saliva y le vino a la cabeza el momento en que conoció a Jake.

El tenía once años y aparentaba dieciséis, mientras que Jake tenía nueve y aparentaba cinco. Jake había aparecido de pronto en el orfanato; un niño traumatizado, demacrado y de aspecto extraño, con la espalda encorvada y piernas extremadamente delgadas. Su familia había emigrado desde Israel el año anterior y sus padres acababan de morir en un terrible accidente. No le quedaba más familia, que el Estado supiera, y les era imposible encontrar una familia dispuesta a acoger a un lisiado, de forma que fue arrojado al orfanato, donde sería una víctima segura.

Apenas chapurreaba el inglés, estaba poco desarrollado y la escoliosis había transformado su espalda en una enorme ese. La muerte de sus padres le había traumatizado tanto que no podía hablar.

Aquello había sido igual que arrojar un pez lisiado en un estanque de pirañas. Al cabo de cinco minutos de haber llegado, Jake estaba sangrando.

Nick había estado fuera, haciendo ejercicio, cuando vio al mayor de los matones del orfanato dando patadas a un bulto pequeño y blanco que se encontraba en el suelo. Un minuto más tarde, estaba quitando de encima a los matones, rompiendo un brazo y una nariz y llevando a un inconsciente Jake a la enfermería. Apenas pesaba nada.

La enfermería, impuesta por ley, estaba atendida por una diplomada mediocre que, según sospechaba Nick, traficaba con analgésicos. No tenía el menor deseo de cuidar de Jake y tan sólo lo hizo cuando Nick se encaró con ella.

Curó a Jake y Nick se aseguró de permanecer cerca del muchacho la mayor parte del tiempo y de que todos supieran que meterse con él suponía hacerlo con el propio Nick. Jake era una víctima, pero no así Nick. Nadie se metía con él o con aquellos a quienes protegía.

Durante los años que siguieron, Nick tuvo una sombra pálida y silenciosa. Jake no hablaba, apenas comía, y sólo conciliaba el sueño si Nick se encontraba en la misma habitación.

Pasaron de un hogar de acogida a otro. La asistente social era una mujer mayor con un empalagoso acento sureño y ojos mezquinos, que ganaba el diez por ciento del beneficio de los hogares de acogida en los que asignaba a los niños.

Ella deseaba separarlos. Jake iría a una casa que estaba especializada en niños con discapacidades físicas y mentales. Daban un extra del quince por ciento para esos niños. Nick había oído historias sobre esa casa que hacían que se le pusiera la carne de gallina. Dos chavales habían muerto allí en los dos últimos años, así que puso a la asistente social contra la pared con una navaja apuntando al costado y le dijo que le sacaría un riñón si Jake no iba con él. Después de eso, nunca más los separaron.

Cuando Nick tenía diecisiete y Jake quince, llegaron unos estudiantes de sociología al lugar en el que se encontraban en ese momento. Los estudiantes estaban realizando un seguimiento de los niños asignados a hogares de acogida que habían pasado un tiempo en un orfanato. El seguimiento consistía en un test para averiguar el coeficiente de inteligencia, un test de personalidad Rorschach, y en una entrevista. Jake se negó a responder a las preguntas y se mantuvo en silencio cuando le realizaron el Rorschach.

El test de inteligencia fue otra historia.

El equipo de seguimiento se negó a creer los resultados iniciales e hicieron a Jake repetir la prueba. Una y otra, y otra vez.

Cada vez, el equipo de seguimiento era más numeroso, hasta que finalmente, un profesor del instituto tecnológico de Massachusetts llegó y se llevó a Jake.

Los resultados de Jake se salían de los gráficos, sobre todo en matemáticas. El término «genio» no bastaba para describirlo. De ahí en adelante, las fundaciones competían por tener el privilegio de educarle. A los dieciocho ya tenía un master en económicas y en matemáticas; a los veintiuno un doctorado en económicas. También por aquel entonces, Jake sabía lo que quería. Dinero, en grandes cantidades.

Y lo tenía, pensó Nick con satisfacción. A montones. Toneladas de pasta. ¡Bien por él! Se había ganado cada penique.

—Ahora eres rico, amigo —le dijo Jake en voz baja—. ¿Y bien? ¿Qué vas a hacer con tanto dinero? No tiene sentido morir joven cuando eres rico, ¿no? Los tipos ricos mueren viejos. En sus camas, con una mujer al lado.

Nick hizo una mueca de dolor. En una ocasión, entre una misión y otra, se emborrachó con Jake. Habían muerto cuatro hombres que estaban a sus órdenes, y él veía sus caras todas las noches en sueños. En sus pesadillas.

Jake se había sentado a escucharle en silencio, tomándose una copa por cada diez que se tomaba Nick, hasta que éste había tocado fondo. No había quedado nada de él, tan sólo un hombre exhausto y desgarrado. Y fue entonces cuando le confesó a Jake que estaba convencido de que moriría joven.

Después de eso, Jake se negó a dejarlo pasar, como si de un perro con un hueso se tratase. Decía que convertiría el sacar a su amigo del ejército en la misión de su vida. Cuando Nick fue herido y licenciado en el ejército, Jake compró una bodega entera de champán para celebrarlo... y luego se pilló un cabreo de mil demonios cuando Nick pasó a formar parte de la Unidad y comenzó con las misiones secretas.

De pronto la voz de Jake sonó ronca:

—No voy a dejar que mueras joven, Nick. No pienso permitir que ocurra, y punto. Morirás en tu cama, siendo un hombre rico y no hay más que hablar. Acostúmbrate.

Sin decir más, colgó el teléfono.

Nick continuó conduciendo, concentrado en observar a Charity por delante suyo y en lo que Jake acababa de decir.

No morir joven. Menuda idea. Aunque bien pensado, ya tenía treinta y dos años. Tal vez fuera demasiado viejo para morir joven.

Por primera vez en su vida, Nick pensó en el futuro. No en el futuro inmediato, sino a largo plazo. Tener cuarenta, cincuenta, sesenta... Dios, tal vez setenta y ochenta. La idea de que iba a morir joven estaba tan arraigada en su cabeza que jamás se había parado a pensar en llegar a ser un hombre de mediada edad y más tarde anciano. Eso no iba a suceder.

Pero... supongamos que sucedía. Supongamos que vivía y que tenía dinero a espuestas. Bueno, eso cambiaba las cosas.

Y supongamos que, tal y como Jake insistía, dejaba de realizar misiones peligrosas y se casaba, asentándose y creando una familia.

Claro, para Jake era muy fácil hablar. Tenía la esposa más hermosa del mundo y tres estupendos hijos. Marja era una belleza espectacular. Una rubia platino que le sacaba una cabeza a Jake, una madre magnífica y una esposa fantástica. Todos daban por hecho que, con sus billones, Jake se había comprado una esposa trofeo, pero lo cierto era que había conocido a Marja, una estudiante sueca de intercambio, mientras todavía estaba estudiando y tratando de sobrevivir con una beca del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Marja y él eran una pareja enamorada.

A Nick jamás se le había ocurrido que pudiera tener algo así. Menos mal, porque nunca había conocido a nadie por quien pudiera sentir lo mismo que Jake sentía por Marja.

Pero, ¿y si...? Echó un vistazo al vehículo que tenía delante, el que conducía Charity a demasiada velocidad para su habilidad y sus neumáticos. Su coche era igual que ella: inesperadas llamaradas de una hoguera bajo una fachada dulce y sencilla.

¿Y si se asentaba? ¿Y si simplemente sentaba cabeza con Charity? Vivir con esa hermosa mujer, en esa preciosa casa, en una bonita y tranquila ciudad.

Nick esperó a que apareciera la sensación de opresión, de claustrofobia que siempre se apoderaba de él cuando pensaba en sentar cabeza. Pero no hizo acto de presencia.

Charity bajó su calle como una bala y tomó demasiado aprisa el camino de entrada hasta su casa. Nick rechinó los dientes y aparcó pegado a su guardabarros trasero. Si ella quería salir de nuevo, iba a tener que pedirle que retirara el coche. Y por lo que a él respectaba, no iba a coger el volante hasta que el tiempo se despejara.

Llegó hasta su puerta antes de que ella pudiera apearse del vehículo, tendiéndole la mano.

—Conduces demasiado deprisa —la regañó. Maldita sea, aquello parecía una queja.

Ella se echó a reír y le hundió un dedo en las costillas.

—Y tú conduces demasiado despacio. Para el caso, podrías conducir un carro en lugar de un precioso coche.

Nick había pasado un verano trabajando como piloto de pruebas para una empresa de coches, y en una ocasión había puesto un coche a más de doscientos ochenta kilómetros por hora en un tramo recto.

Pero se limitó a dedicarle una sonrisa a Charity.

—Supongo que tendré que mejorar mis habilidades de conducción.

CAPÍTULO 9

*Parker's Ridge**Medianoche, 20 de noviembre*

—¿Más? —susurró Nick al oído de Charity el domingo por la noche. Desde su espalda, retiró a un lado un mechón mojado de su cabello y lamió la piel de detrás de su oreja.

La joven se estremeció.

¿Más? Dios, Nick estaba profundamente sepultado en su interior y casi, aunque no del todo, le dolía. ¿Cómo demonios podía ella querer más? ¿Más de lo que él pudiera darle?

Ya era completamente suya; estaba completamente en su poder. Nick estaba arqueado sobre su espalda, con un musculoso muslo entre los de ella, separándole las piernas. Una de sus manos estaba posada sobre su pecho mientras que la otra mantenía abiertos los labios de su sexo en torno a su pene.

—Me gusta tanto esta sensación, que ni siquiera quiero moverme —murmuró. Sus labios estaban tan cerca de su oído que Charity podía sentir las vibraciones de su voz en el torso de Nick contra su espalda—. Pero tal vez... —movió la mano que torturaba sus delicados pliegues, abriéndola aún más—... tal vez quieras más.

Nick se tensó sobre ella y, por imposible que pareciera, se deslizó un poco más allá, hasta un lugar profundo de sí misma que no sabía que existiera.

Un intenso calor emanaba del lugar en el que se unían sus cuerpos y podía sentir cómo con cada segundo que pasaba se humedecía más y más, tan sólo teniendo a Nick allí, dentro de ella, caliente, pesado e inmóvil. Tan inmóvil que Charity podría haber jurado que ni siquiera respiraba.

Todo en él era maravilloso. Sus manos grandes, fuertes y poderosas, aunque delicadas, capaces de tocarla con una ternura extrema. El vello de su pecho haciéndole cosquillas en la espalda y el áspero vello de su ingle raspándole el trasero. Sus fuertes y velludas piernas contra las suyas. Y, por supuesto, su enorme pene enterrado en ella hasta la empuñadura.

Charity cerró los ojos mientras su cuerpo se convulsionaba involuntariamente alrededor de él. Nick reaccionó al instante, alargándose y engrosándose más todavía en su interior en menos de un segundo.

Más. Nick le había preguntado si quería más y se lo estaba dando. Ella no le había respondido, pero sí su cuerpo. Y el de Nick reaccionó al instante.

El se retiró sólo un par de centímetros, pero la fricción que se produjo contra las paredes de su vagina era igual que fuego indoloro. Luego volvió a hundirse en ella. Oh, Dios bendito, Charity comenzaba su exquisito camino hacia el orgasmo. ¿Cómo lo conseguía Nick?

Charity siempre había sido algo lenta en alcanzar el orgasmo. Uno o dos amantes se habían quejado incluso por ello. Ahora no era lenta. Nick sólo tenía que tocarla, penetrarla, y estaba lista para estallar.

Nick comenzó entonces a moverse con pausados y lánguidos envites, de forma lenta y perezosa, con la barbilla apoyada sobre su hombro. Respirando sosegada y profundamente. El corazón le latía fuerte y tranquilo contra su espalda. Tenía los músculos duros, pero no tensos.

Sin embargo, Charity no podría seguir así durante horas. El corazón se le desbocó en un instante, el calor se apoderó de sus venas, de todas las partes donde él la tocaba, dentro de su vagina... contra su espalda... El olor almizclado a sexo impregnaba el aire. Comenzaba a deslizarse hacia...

Sonó el teléfono.

Nick cesó de cabalgarla durante un instante y a Charity le entraron ganas de ponerse a gritar. ¡Estaba tan cerca! Necesitaba que volviera dentro, ahora. Un quejido escapó de sus labios. Sus muslos temblaron. Se ciñó alrededor de él y sintió que su grueso miembro vibraba en respuesta.

El teléfono sonó de nuevo. Nick continuaba inmóvil. ¿A qué estaba esperando? Su pene apenas seguía dentro de ella, estaba justo en su entrada y su apretado canal se contrajo violentamente, ansioso por ser invadido una vez más.

El teléfono sonó otra vez. Estaba situado lo bastante lejos como para que no pudiera estirarse a cogerlo. Si lo hacía, se alejaría del pene de Nick. Impensable.

Sonó nuevamente.

El corazón de Charity latía con fuerza y sentía tirantes los pulmones. Temblaba de pies a cabeza. Estaba tan cerca. Estaba tan jodidamente cerca...

Su mirada se posó en el gran reloj que había sobre la cómoda. Las doce y cuarto. Pasaba de la medianoche. ¿Quién demonios...?

De pronto, la realidad golpeó a Charity, enfriando sus sentidos.

La única persona que la llamaría a esas horas era su tío Franklin. Y sólo existía un motivo para tal cosa: la necesitaba.

Charity se movió retirándose completamente del pene de Nick, mientras la preocupación aumentaba como si de una oscura marea se tratase, tan abrumadora que ni siquiera tuvo tiempo para lamentar dejar su abrazo.

—Lo siento —jadeó al tiempo que se abalanzaba sobre el inalámbrico—. Tengo que cogerlo. —¿Cuánto tiempo llevaba sonando? ¿Acaso llegaba demasiado tarde?

—¿Hola? —Su voz le pareció exhausta hasta a ella misma.

—¿Charity? —La temblorosa voz de tío Franklin sonó débil, como si hablara desde el fondo de un pozo.

La ansiedad de Charity aumentó un poco más.

—¿Tío Franklin? ¿Qué sucede?

Sosteniendo el auricular entre la oreja y el hombro, la joven se afanó en vestirse. Fuera lo que fuera que hubiera pasado, no era bueno. Tenía que vestirse. Bragas... estaban en el rincón donde Nick las había arrojado. Pantalones... sobre una silla. Suéter... al pie de la cama.

—Es tu tía, cariño. Se ha ido. Yo no... —La trémula voz de tío Franklin se fue apagando, como si la última palabra hubiese sido dicha desde lejos del teléfono.

—¡Tío Franklin! —gritó Charity con voz aguda a causa de la preocupación—. ¿Dónde? ¿Dónde se ha ido la tía Vera?

Silencio.

Saltando desesperadamente sobre sus pies para ponerse los pantalones, Charity se tomó un segundo para echar un vistazo por la ventana de la habitación, hacia los gruesos copos de nieve que caían del

cielo. Era una preciosa visión si te encuentras en la cama con tu amante secreto; y una pesadilla para una mujer anciana y confundida.

La voz de su tío Franklin volvió a escucharse con algo más de claridad.

—Lo siento, cariño. Creí verla por la ventana, pero me equivoqué.

—¿Cuánto hace que se ha ido? —Las botas. Charity miró frenéticamente por la habitación en busca de sus botas. Se abalanzó al armario y sacó un par de botas de agua, temblando por la urgencia.

—No-no lo sé. —La voz del anciano temblaba tanto que la joven apenas le entendía—. Me desperté porque quería un vaso de agua. Pero había olvidado dejar como de costumbre mi botellita sobre la mesilla porque tuvimos una fuga en el cuarto de baño de abajo y tuve que llamar a un fontanero, y cuando éste se marchó, ya era hora de cenar y se me fue por completo de la cabeza.

Su tío podría seguir con el tema eternamente. Por un instante, Charity añoró al tío Franklin de toda la vida. El juez Franklin Prewitt, con su mente despierta y su lengua mordaz. Su férrea inteligencia envuelta en una conducta recta; su agudo ingenio, que a menudo sacaba a relucir en el tribunal. El infortunio se abatía sobre el abogado defensor que no hubiera hecho los deberes, viéndose obligado a abandonar el tribunal con el rabo entre las piernas. Charity veía cada vez menos a ese hombre. Y en cuanto a su tía Vera: elegante, irónica y culta. Devota de la música de cámara y del teatro, que leía a Rimbaud en francés y a Isabel Allende en castellano. Esa tía Vera se había ido para siempre.

—I-iré a bus-buscarla...

—¡No! —exclamó Charity con aspereza. Dios, lo que menos necesitaba era que su tío también se perdiera en la nieve—. No te muevas de donde estás. Voy enseguida.

Colgó el teléfono para que él no tuviera tiempo de protestar. Era muy posible que su tía estuviera en el sótano o deambulando por la bodega. No sería la primera vez.

Charity sacó su parka del armario de un tirón, haciendo vibrar la percha, y se dio la vuelta con el corazón encogido. En medio de la ansiedad, todavía podía sentir a Nick en su interior, la caliente columna de dura carne que le hacía arder, sus grandes manos aferrándola, su poderoso pecho contra su espalda. Su cuerpo mostraba aún las señales del sexo: sus bragas estaban empapadas y sus hipersensibilizados pezones rozaban el suéter que acababa de ponerse, pero su cuerpo se sentía vacío, perdido y frío sin Nick.

De hecho, ése podría ser el punto de ruptura. El momento en que Nick decidiera que no valía la pena todas las molestias que le causaba. No había tiempo para explicar que tenía que marcharse a toda prisa, que era su deber. Él estaría en todo su derecho de enfadarse. Se suponía que los compañeros de cama no desaparecían en mitad de la noche. Mucho menos mientras hacían el amor.

Nick era demasiado bueno para ser real, en cualquier caso. Tal vez fuera mejor que se marchara antes de que comenzara a abrigar esperanzas de...

Subiéndose la cremallera de la parka, volvió la cabeza hacia él mientras se apresuraba hacia la puerta.

—Nick, lo siento, de verdad. Tengo que...

Pero él no estaba en la cama. No se le veía en la habitación. ¿Se había «largado» mientras ella corría de un lado a otro en la oscuridad? ¿Acaso no pensaba despedirse?

Encendió el interruptor de la luz y allí estaba él, completamente vestido, esperando junto a la puerta. Dios bendito, se marchaba.

—Nick, lo siento muchísimo, pero mi tía Vera ha desaparecido y tengo que irme. Créeme si te digo que no me iría a menos que tuviera que hacerlo. —Tragó saliva con dificultad—. Pero, ¿no te gustaría quedarte a pasar la noche? Puede que no tarde mucho.

La sola idea de volver y encontrarse la casa vacía hacía que se le encogiera el corazón.

Él no respondió, limitándose simplemente a abrir la puerta.

—Vámonos, Charity. —Tenía una expresión adusta que no pudo descifrar. La joven tenía prisa, pero se detuvo al ver su rostro. ¿Era ira? No, ira no. ¿Pero qué era?

—¿Irnos?

La nieve ya se acumulaba en el parqué del vestíbulo a través de la puerta abierta.

—No pienso dejar que conduzcas con este tiempo. Puedes contármelo todo en el coche. Vamos, muévete.

Charity se sobresaltó al oír el tono de su voz.

—Pero... —Hablaban al aire. Nick había desaparecido de repente.

La joven lo siguió tan rápido como pudo por el resbaladizo camino cubierto de hielo hasta la calle, donde estaba estacionado el coche de Nick. Qué pesadilla de noche.

Con el corazón encogido, rogó a la Virgen de las mujeres buenas y ancianas que su tía sólo hubiera deambulado hasta el sótano o el garaje.

Pareció transcurrir una eternidad, aunque probablemente no fuera más que un minuto, antes de que el reluciente guardabarros negro del Lexus apareciera entre capas de nieve.

Al parecer iban a llevarse el coche de Nick. Aquello tenía sus ventajas y desventajas. El Lexus estaba indudablemente mejor equipado que su coche para enfrentarse al mal tiempo. Era potente y aguantaría mejor el viaje por carretera. Ésas eran las ventajas. La desventaja era que Nick conducía muy despacio y era demasiado cauto. Charity deseaba llegar a casa de sus tíos lo más rápido posible y Nick tardaría un siglo en hacerlo.

Haciendo buen tiempo se tardaban veinte minutos en llegar. Con un tiempo como aquél, serían cuarenta. Siendo Nick un conductor cauteloso, podría tardar casi una hora en realizar el trayecto. Y en esa hora, su tía podría morir.

Nick se encontraba al volante, con el motor encendido, los limpiaparabrisas conectados emitiendo un ruido susurrante, y la puerta del pasajero abierta. Charity asomó la cabeza.

—Nick, ehh... ¿quieres que conduzca yo? Conozco el camino y...

—No —respondió cortante, con los dientes apretados.

—Pero...

—Sube. Date prisa. —Su voz desprendía un verdadero tono autoritario, rotundo e imperativo—. Ahora, Charity. La miró fugazmente. Eso bastó.

La joven obedeció de forma instintiva, subiendo al asiento del pasajero tan rápido como pudo. Con el potente motor en marcha, las vibraciones eran igual que un grave murmullo bajo ella, como si estuviera sentada sobre un tigre en el momento antes de que éste saltara.

—Abóchate el cinturón. —Charity giró la cabeza. Nick mostraba un semblante impasible, desprovisto de expresión. Ella estaba tan desorientada y asustada que se había olvidado por completo de

abrochárselo. Ir en coche en medio de una tormenta de nieve sin llevar puesto el cinturón de seguridad era buscarse problemas.

—Dime adonde vamos. —El tono de Nick era taxativo, distante.

—A Ferrington. Es una pequeña ciudad a veinticuatro kilómetros...

—Sé dónde está Ferrington. Sujétate.

¿Que se sujetara? Charity así lo hizo, preguntándose por qué tenía que agarrarse, cuando el coche echó a andar de repente, pegándola al respaldo del asiento como si fuera un astronauta durante el despegue. Al cabo de lo que pareció un segundo, se encontraban al final de su calle, sorprendentemente todavía vivos. Lo cual era un milagro, teniendo en cuenta que ella jamás se había atrevido a conducir tan rápido durante un día seco y soleado, y que era una mujer a quien le gustaba conducir deprisa.

Por carreteras heladas y en mitad de la noche, aquella velocidad era suicida.

Un grito rondaba su garganta pero Charity apretó los labios fuertemente. Dar rienda suelta a ese grito podría distraer a Nick y eso podría resultar fatal a la velocidad a la que se movían, en medio de aquel tiempo infernal. Un movimiento en falso y morirían.

Nick continuó pisando a fondo el acelerador del coche grande y pesado, sabiendo de algún modo el momento en el que se acercaban a la siguiente curva, pese a que la visibilidad era casi nula. Tan sólo podía verse la carretera al frente en algunos momentos, cuando la cortina de nieve se abría durante muy breves instantes. El Lexus iba disparado a una velocidad imposible, doblando la esquina hacia Wingate en un par de segundos. La joven apretó los labios con fuerza para evitar gritar. Estaban patinando violentamente fuera de control. No.

No patinaban fuera de control. El coche se enderezó y permaneció firme en la carretera, yendo a demasiada velocidad, pero en línea recta.

Preparada para morir, Charity inspiró profundamente al fin. Era la primera vez que lo hacía en lo que le parecía una eternidad. Nick conducía tan deprisa que le aterrorizaba, pero parecía tener un control absoluto. Justo cuando creyó que iban a chocar contra una furgoneta aparcada en la calle o a subirse a la acera y a estrellarse contra un árbol, Nick se las arreglaba para enderezar el coche sin pisar los frenos. Parecía poseer un sexto sentido para saber de lo que era capaz el Lexus en las carreteras heladas y lo llevaba hasta esos límites, pero nunca más allá.

—¿Qué hay en Ferrington y por qué vamos allí? —La voz de Nick se oyó completamente serena mientras evitaba una placa de hielo en el instante justo en que las ruedas patinaban. Era una suerte que no hubiera más lunáticos en la carretera aparte de ellos, o ya habrían muerto. Charity se armó de valor cuando doblaron otra esquina y Nick tomó lo que reconoció como un atajo hasta Ferrington.

La joven tenía que recordar respirar, paralizada como estaba por las brillantes columnas de luz de los faros, que creaban dos túneles amarillos en mitad de la blanca pesadilla.

Nick le había preguntado algo...

Charity había estado absorta mirando la carretera que se extendía por delante de ellos, lista para darle a Nick indicaciones inservibles a voz en grito. Giró la cabeza al escuchar su voz serena y le observó durante un segundo —tranquilo, absolutamente controlado—, y se relajó un tanto, justo lo suficiente como para recomponer sus pensamientos.

—Mis tíos viven en Ferrington, o más bien en el campo, a las afueras de la ciudad. Son mayores. Mi tío ha llamado para decirme que mi tía ha desaparecido. No puede encontrarla por ninguna parte.

—¿Cómo de mayores?

—Mi tío Franklin tiene ochenta y siete, y tía Vera ochenta y cuatro.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Nick.

—Así que, ¿me estás diciendo que podría haber una mujer de ochenta y cuatro años a la intemperie con este tiempo?

Por imposible que fuera, el coche cobró mayor velocidad aún, haciendo que a Charity se le subiera el corazón a la garganta.

—Sí —susurró—. De cuando en cuando, mi tía se siente un poco... desorientada.

Era una situación muy dura. Su tío Franklin se negaba incluso a aceptar la idea de que su amada esposa se estuviera deteriorando mentalmente. Cada vez que sucedía algo, lo achacaba a que ella tenía la gripe, a que no había dormido bien, o a que se había olvidado de algo sin querer. Se negaba a reconocer su deteriorada salud mental ante los demás, ante ella y, tal vez lo más trágico de todo, ante sí mismo.

Por eso había llamado a Charity en lugar de a la policía cuando su esposa había desaparecido en medio de una tormenta de nieve. Charity lo comprendía. La policía de Ferrington consistía en un sheriff con sobrepeso, que se mantenía sobrio muy pocas veces y vivía a treinta y dos kilómetros de distancia. El estúpido de su ayudante sería incluso de menos ayuda. El sheriff Hodgkins no sería capaz de encontrar a su tía Vera ni en un millón de años. Apenas podía encontrar el camino a su casa después de pasar una noche en la ciudad.

Y para cuando su tío llegara hasta la patrulla de carretera o hasta algún agente de la ley que pudiera ser realmente eficaz, habrían transcurrido horas y su esposa podría estar muerta.

—¿A qué te refieres con desorientada? —Nick no la miró, pero podía sentir su atención como si se tratara de una mano que la tocara.

¿Que a qué se refería con desorientada? Muy buena pregunta. Su tío Franklin quedaría destrozado si le daba demasiada información. Lo que le sucedía a su esposa le estaba devorando por dentro. No deseaba que la mujer que amaba quedara expuesta a las críticas o las burlas.

—Ella, esto, es sonámbula. Algunas veces.

—¿Algunas veces? ¿Con cuánta frecuencia?

Últimamente, cada vez más.

—Con cierta frecuencia. Creo que es lo que debe de haber pasado esta noche. Mi tío se despertó y ella no estaba. Espero de todo corazón que no haya salido con este tiempo. Una vez la encontramos en el sótano. Otra había... subido al ático. Mi tío me necesita para que le ayude a buscar porque no tiene bien las rodillas y tanto las escaleras que bajan al sótano como las que suben a la buhardilla son muy empinadas.

Nick estaba frunciendo el ceño.

—¿No hace saltar la alarma cuando sale de la casa?

—Mmm. —La joven inspiró profundamente—. La casa no tiene alarma.

—Maldita sea. —El ceño se hizo más marcado, y unos profundos surcos surgieron entre sus cejas.

Dios, hasta sus cejas eran bonitas: gruesas, negras y elegantemente arqueadas. ¿Cómo podía estar tan increíblemente guapo incluso cuando fruncía el ceño y conducía a un millón de kilómetros por hora a través de una ventisca? ¿Y cómo podía ella fijarse siquiera en ello

cuando estaba aterrada por su tía y, francamente, por ella misma, volando por las carreteras heladas?

Fue entonces cuando Charity comprendió lo mal que el sexo le sentaba a su mente. Estaba muerta de preocupación por su tía y le aterrorizaba morir en un accidente de coche. Y pese a todo ello, dichos pensamientos desaparecieron por un segundo cuando observó el rostro adusto de Nick a la luz del moderno salpicadero.

La tenue iluminación resaltaba sus hermosos pómulos, el fuerte contorno de su mandíbula, los músculos de su cuello, tensos por la adrenalina que producía el conducir a tanta velocidad con el tiempo que hacía. Era tan guapo que el corazón se le encogía al mirarle.

Incluso después de salir de la cama y vestirse, parecía listo para entrar en una sala de juntas. Charity estaba segura de que ella tenía aspecto de hacer pasado la noche durmiendo en el suelo y que tenía esas pequeñas arrugas causadas por la preocupación que sólo sus tíos podían hacer que aparecieran.

—¿Dos ancianos viviendo solos en medio de ninguna parte y ni siquiera cuentan con un sistema de alarma? —Nick apartó los ojos de la carretera durante un segundo para lanzarle una mirada—. Eso está muy mal, Charity.

Sí, estaba muy mal. Le había pedido a su tío un millón de veces que instalara una alarma antirrobo, más por tía Vera que por prevenir una supuesta oleada delictiva. En Ferrington no abundaban los ladrones, pero una alarma impediría que su tía se pusiera a deambular.

Charity dejó escapar un suspiro.

—Mi tío siempre me promete que instalará una. Pero no sale a menudo y no sabe mucho de sistemas de alarma.

—Yo sí. —Los músculos de la mandíbula de Nick volvieron a contraerse—. Invertí en... una empresa de seguridad y me informé a fondo, así que sé bastante sobre el tema. Mañana tendrán un sistema de seguridad. Lo pediré y me ocuparé personalmente de instalarlo.

¡Increíble!

—Eso... eso es muy amable de tu parte. —Charity parpadeó. El interés de Nick era un territorio completamente inexplorado, que no estaba reflejado en ningún libro de etiqueta sexual que ella supiera.

Los amantes ocasionales no asumían esa clase de responsabilidades. Mucho menos con los parientes ancianos de un compañero de cama de hacía tres noches. Era increíblemente generoso por su parte. No tanto por el aspecto económico, el cual, sin duda, no era problema para él, sino desde el punto de vista del tiempo perdido. Ignoraba por completo cuánto ganaba por hora un ejecutivo rico, pero seguramente, comprar un sistema de seguridad y ocuparse después de su instalación, consumiría miles de dólares de su tiempo. Si es que su tío aceptaba, que podría no ser así.

—Aunque no estoy muy convencida de que mi tío acep... ¡Gira a la izquierda! —indicó con brusquedad.

Había estado tan ocupada fantaseando con Nick y sobre su oferta que casi se le había pasado por alto el giro. Habrían perdido un tiempo precioso dando la vuelta.

Ahora que estaba cerca de la casa de sus tíos, el corazón de Charity comenzó a latir con fuerza. Por primera vez, deseó con toda su alma que el coche fuera más rápido, pese a que eso fuera imposible. Nick iba tan deprisa como cualquier ambulancia. Más, incluso.

Echó un vistazo por la ventanilla consumida por la ansiedad. La nieve había aumentado durante el viaje. Grandes capas blancas caían del cielo en oleadas cada vez más rápidas. Se había levantado un viento

cortante, que arrojaba heladas partículas de aguanieve contra el parabrisas.

Su tía podía estar en alguna parte de la enorme casa o en los edificios de alrededor. O caminando por la calle, sola y aturdida.

Tal vez muerta.

La garganta de Charity se cerró a causa de las lágrimas no derramadas. Abrió la boca para decirle a Nick que girara a la derecha, pero no pudo articular palabra. Agitó la mano para indicárselo y él comprendió. Doblaron la esquina hasta el camino de entrada de Hedgewood, la casa de sus tíos, con Nick conduciendo prácticamente a ciegas.

—Para —susurró Charity. Pese a que apenas era capaz de ver la oscura silueta de la casa en la agitada noche, el repentino descenso de los neumáticos en el lugar donde los residuos líquidos de las alcantarillas habían grabado una depresión en el suelo, le indicó que habían llegado a la entrada. Tragó saliva con dificultad—. Ya hemos llegado.

Nick apagó el motor de inmediato.

—Quédate aquí —le ordenó. Antes de que ella pudiera objetar, Nick abrió su puerta y bajó como un rayo. La puerta tan sólo estuvo abierta un par de segundos, pero en ese tiempo, el calor del coche se disipó en el gélido viento. Al cabo de un segundo, su puerta se abrió y Nick la levantó por la fuerza.

Tuvo que hacerlo porque ella se quedó petrificada nada más salir del coche. La reticencia de su cuerpo a enfrentarse a la temperatura extrema era instintiva. Partículas de hielo punzaban sus mejillas y sus ojos, y tuvo que levantar el brazo para protegerse el rostro. Confusa, trató de averiguar dónde estaba el camino que conducía a la puerta principal. Era imposible distinguir nada.

Algo fuerte a su espalda la instó a avanzar, una fuerza tan apremiante que no fue capaz de resistirse a ella. Fue obligada a caminar mientras sus pies se escurrían sobre una placa de hielo. Antes siquiera de que tuviera tiempo de gritar, la agarraron de un brazo y la apremiaron a continuar.

Nick prácticamente la subió en volandas por los grandes escalones de mármol hasta la entrada; sus pies apenas tocaban los peldaños.

Su tío debía estar alerta, pues la gran puerta principal se abrió enseguida.

—¡Charity! ¡Lo has conseguido! —La rodeó con los brazos y ella le devolvió el abrazo, alarmada por su delgadez y fragilidad. El hecho de que no fuera impecable y elegantemente vestido la asustó aún más. Nunca antes le había visto ataviado con un batín. Era un hombre al que le gustaba arreglarse, ir siempre recién afeitado y peinado, y oliendo a un agua de colonia especial que elaboraban para él en Inglaterra.

Ahora llevaba puesto su batín, y una incipiente barba blanca sombreaba su enjuto rostro. Olía a miedo y a leche agria. Charity pudo sentir temblar su cuerpo al abrazarle.

Dio un paso atrás.

—Tío Franklin, te presento a Nick Ames, un... un amigo. Nick, éste es mi tío, el juez Franklin Prewitt. —No debería haberse molestado en considerar cómo explicar la presencia de un hombre después de medianoche. Su tío ni siquiera reparó en ello.

—Juez Franklin. —Nick tomó la mano del hombre y la estrechó rápidamente—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su esposa?

El anciano parpadeó. Por primera vez en su vida, Charity pudo ver a su tío perdido. Sacudió la cabeza con tanta brusquedad, que el pellejo suelto en torno a su mentón se agitó.

—Suelen acostarse a las nueve o nueve y media —intervino la joven—. ¿No es así, tío?

Él asintió, agradecido.

—Sí. —Su voz era fina como el papel, trémula—. Nos acostamos poco después de las nueve y media. Yo me desperté a las once y media porque tenía sed. Busqué a tías a Vera y ella... no estaba. —Levantó la mirada hacia Nick como si fuera su salvador—. No estaba —repitió.

—¿Qué llevaba puesto?

El anciano parpadeó al escuchar el apremiante tono de Nick. —Oh, un camisón rosa y unas zapatillas a juego.

—De acuerdo. —Nick asintió—. ¿Ha comprobado todas las puertas?

El juez parecía estar en blanco. —No. No, no se me ocurrió... Nick se volvió hacia la joven.

—Charity —ordenó—. Muéstrame todas las puertas que den a la calle. Rápido. Si ha salido, está en peligro. Si no, si continúa en la casa, estará bien durante un tiempo. De modo que tenemos que eliminar la posibilidad de que haya salido de la casa.

Charity le condujo por la enorme mansión. Él comprobó cada estancia con minuciosidad antes de proseguir. Las puertas francesas del estudio del tío Franklin estaba ligeramente entreabiertas y el viento hacía que las gruesas cortinas de color burdeos se mecieran con suavidad.

Nick se volvió hacia ella con el rostro adusto.

—Ha salido por aquí. Quédate con tu tío. Haz que beba algo de whisky, se encuentra en estado de shock leve.

Charity jadeó, inquieta.

—¡Voy contigo! Tenemos que buscarla juntos. Conozco bien estas tierras y tú no. Y de todos modos, dos siempre es mejor que uno.

—No. —Nick sacudió la cabeza enérgicamente—. En este caso, dos es peor que uno. Tan sólo harás que vaya más lento. Confía en mí; sé lo que hago. Tu deber es cuidar de tu tío. Cuando encuentre a tu tía, estará en un estado de hipotermia. Será leve o severo, dependiendo de cuánto tiempo haya estado expuesta. Así que necesito que te asegures de tener muchas mantas calientes a mano. Pon a hervir una olla grande con agua y asegúrate de tener preparada una taza de té caliente con azúcar.

Charity abrió la boca para discutir, pero él la sujetó por los hombros con sus grandes manos y la zarandeó.

—Mantas. Una olla grande de agua hirviendo. Té con azúcar. Y no se te ocurra venir conmigo. No quiero tener que acabar persiguiendo tu bonito trasero ahí afuera.

Nick desapareció antes de que ella pudiera responder y se perdió en medio de la violenta tormenta.

Nick había aprendido a rastrear del mejor de todos los rastreadores. El coronel de instrucción Lucius Merle se había criado en los Orzarks con una escopeta en las manos y tenía cinco generaciones de cazadores Merle a sus espaldas. Rastrear formaba parte de su ADN. Por extraño que fuera, el coronel había realizado su labor de rastreador profesional en las calles de la ciudad y ésa era la tradición que le había pasado a Nick en Bagdad y Basra, en Kabul y Kandahar, en Caracas y Cartagena.

Le había enseñado que una pista, por leve que fuera, era importante.

Nick exploró el suelo justo al otro lado de las puertas francesas. Estas daban a una terraza cubierta, de modo que la nieve no se había acumulado en grandes cantidades. Había pisadas claras en la nieve un centímetro menos profundas que las del terreno circundante. Nick las siguió cuando se desviaron bruscamente hacia la izquierda.

Ojala conociera mejor el terreno. ¡Maldita sea! No se le había ocurrido echar un vistazo a la casa de los parientes de Charity mientras la había investigado a ella. Ahora deseaba haberlo hecho. Era necesario encontrar rápido a la anciana. Después de haber pasado unos minutos en el exterior, ya estaba helado, y eso que él era joven, tenía buena salud y estaba en forma. No se atrevía a pensar en lo que le estaba pasando a la frágil y anciana mujer.

El corazón se le había encogido al ver al tío de Charity temblando e indefenso, casi aterrado.

Los niños y los ancianos siempre le conmovían. Los adultos podían valerse por sí mismos; la vida era como era, y uno la aceptaba tal cual y seguía adelante, pero sentía debilidad por los ancianos y los más pequeños.

El viento deslizaba sus gélidos dedos a través de su grueso abrigo. El frío era increíblemente intenso.

Por un instante, Nick recordó la sensación de poseer a Charity. Lo cálida y mojada que la sentía. Se contraía violentamente a su alrededor, de una forma tan ardiente que era igual que meter la polla en un pequeño horno. Tan sólo el recuerdo hizo que una ráfaga de calor se apoderase de él para desaparecer a continuación.

Deja de pensar con la polla, Ireland, se dijo a sí mismo. ¡Ya!

Por suerte, la nevada estaba amainando. Donde antes estaba prácticamente cubierto por una manta blanca, ahora podía distinguir grandes sombras oscuras, salpicadas por el débil resplandor de las

farolas. Al menos el anciano había mantenido las luces de fuera encendidas. Los delincuentes del lugar simplemente asumirían que los acaudalados ancianos tenían un sistema de seguridad a toda prueba que acompañara al alumbrado. De lo contrario habrían allanado la casa hacía mucho tiempo.

Nick no creyó ni por un segundo la tontería que había dicho Charity de que aquél era un lugar carente de delincuencia. No existía tal cosa. Donde había humanos, había robos, crímenes y violaciones. Esa pareja de ancianos que vivía sola sin seguridad de ninguna clase era la víctima perfecta para un robo o algo mucho peor. Nick no había pasado más que un par de minutos dentro de la casa, hablando con Charity y su tío, pero era un buen observador.

Los Prewitt eran millonarios. Dinero viejo, con montones de cosas caras pidiendo a gritos que algún desgraciado, que prefería robar a trabajar, se las llevara. Gruesas y antiguas alfombras persas, auténticas obras de arte en las paredes, montones de plata antigua... Eran afortunados de seguir aún con vida.

Siguió las pisadas que bajaban de la terraza a los jardines y durante un segundo perdió el rastro. ¡Joder! La mujer llevaba al menos una hora fuera con aquel frío, probablemente más. Con cada minuto que transcurría, sus posibilidades de sobrevivir se reducían.

Nick se acuclilló, sacando la potente linterna que siempre llevaba guardada en el coche. Esta poseía un estrecho y potente haz de luz, que enfocó sobre la superficie nevada.

Vislumbró una pequeña hendidura en la nieve y apretó los dientes. Sabía lo que una pequeña depresión así significaba: que a tan sólo unos pocos pasos de la casa, ella ya iba arrastrando los pies. Probablemente ya había perdido la sensibilidad. Eso no era bueno.

Todavía en cuclillas, sosteniendo la linterna en un ángulo oblicuo, siguió las depresiones mientras el suelo se hundía bajos sus pies. Había un gran roble a tres metros a su derecha y un edificio que parecía un garaje a su izquierda. Más allá se divisaba otra edificación.

Volvió a perder el rastro durante un aterrador momento, y luego reparó en un pequeño jirón de tela rosa que colgaba de una mata de laurel y, junto a éste, otra pequeña hendidura. Las huellas corrían en paralelo a los densos arbustos que acababan abruptamente junto a otro amplio edificio. Este estaba hecho de cristal y se apreciaba una tenue iluminación en el interior. Nick pudo distinguir hileras e hileras de plantas en macetas de terracota.

Un invernadero. El invernáculo, tal como lo habría llamado la generación del juez Prewitt.

Siguió las poco profundas depresiones en torno a la edificación, esperando que le llevaran hasta el invernadero. Aquellos edificios solían estar caldeados. Era el único lugar en el que una anciana podría tener esperanzas de sobrevivir a una tormenta de nieve.

Nick abrió la puerta lateral del invernadero, tratando de distinguir sombras en la penumbra. La temperatura interior era al menos quince grados más cálida que el gélido infierno de afuera, pero continuaba siendo fría. Tenía que revisar el lugar a toda prisa. De no encontrarse allí, se le acababa el tiempo.

Recorrió rápidamente los pasillos, del mismo modo que si estuviera despejando una habitación en combate, explorando en cuadrícula. Al cabo de cinco minutos, había vuelto a la puerta con los dientes apretados. La anciana no estaba allí. Era muy posible que ya estuviera muerta. Charity quedaría desolada.

Se quedó inmóvil con la mano en la puerta, todavía en silencio. Tenía que actuar deprisa, sin embargo, algo le detuvo. Un presentimiento. Confiaba en sus corazonadas, pues le habían salvado la vida en más de una ocasión.

Algo...

Contuvo la respiración durante casi un minuto. El sonido del aire en sus pulmones le estaba distrayendo.

Había algo... ¡Otra vez! Una... una especie de quejido. A las dos en punto.

Nick se dirigió hacia el sonido a la carrera, haciendo que sus pesadas botas resonaran formando un eco estrepitoso en el amplio espacio.

De pronto vio un largo y huesudo pie blanco dentro de una zapatilla rosa. Ahí estaba la anciana, acurrucada detrás de unos sacos.

La parte animal que vivía en ella había hallado el único lugar en el que podría sobrevivir fuera de su casa. En el rincón noroeste había una pila de sacos de arpillera vacíos y otros llenos de fertilizante. Había hecho su nido en ellos, y le habían salvado la vida.

Nick levantó un saco y se la encontró hecha un ovillo, delgada como un junco. Debió ser una mujer muy bella en otra época, aunque ahora estaba demacrada, tiritando de frío, perdida y desamparada. Pero, pese a todo, estaba viva.

La mujer giró la cabeza; sus pálidos ojos azules tenían un aspecto vidrioso y estaban desprovistos de expresión.

—¿Franklin? —Parpadeó rápidamente, la boca le temblaba—. Franklin, quiero irme a casa. Llévame a casa. Tengo frío.

Nick se agachó a su lado y ella alargó el brazo y le tocó la cara. Tenía una mano delgada, de dedos largos, piel fina como el papel y llena de manchas. Tiritaba cuando la posó sobre la curtida mejilla masculina.

—Franklin —suspiró. Una lágrima rodó por su arrugada mejilla—. Llévame a casa.

Nick sentía el pecho encogido.

—Sí, soy Franklin —dijo en voz queda, quitándose el abrigo y cubriéndola con él—. Ya te tengo. —La tomó en brazos con la misma facilidad que si fuera una niña y se encaminó con paso firme hacia la puerta—. He venido para llevarte a casa.

CAPÍTULO 10

Charity jamás olvidaría aquella visión en toda su vida. Había descorrido las cortinas de la sala de estar y encendido la luz del porche antes de disponerse a consolar a su tío.

Estaba envejeciendo muy deprisa. La piel le colgaba en la mandíbula a causa de la pérdida de peso que había sufrido durante la semana que hacía que no le veía y estaba lívido. La estructura ósea interna era fácilmente visible. Si perdía más peso, su cabeza se asemejaría a una calavera. El se pasó una huesuda mano por la cara y Charity pudo escuchar el sonido rasposo de su incipiente barba.

—¿Por qué tarda tanto?

Charity le tomó de la mano e hizo una mueca al notar su temblor.

—Sólo han pasado diez minutos desde que se fue, tío Franklin, aunque parezcan más —le tranquilizó—. No te preocupes. Nick la encontrará.

En cierto modo, las palabras no eran más que un consuelo vacío, pero Charity se quedó atónita al darse cuenta de que en realidad lo decía en serio. ¿Cómo era posible? ¿Cómo demonios podía estar segura de que Nick supiera lo que hacía? No podía saberlo. Y sin embargo el instinto le decía que podía confiar en que él encontrara a su tía.

Era un hombre de negocios que llevaba una vida plácida, haciendo dinero en la ciudad. Nada en él sugería que hubiera crecido en una granja o que se dedicara a la caza. Según su experiencia, la mayoría los cazadores eran proclives a hablar de sus armas. Nick no había mencionado ni una sola vez que cazara o realizara safaris. ¿Qué podría saber un agente de bolsa sobre rastrear a alguien en la nieve?

Y pese a eso, cuando le había dicho que no se moviera, le había obedecido de forma instintiva e inmediata, aunque aquello estuviera en contra de su buen juicio. Ella conocía a su tía y la zona que rodeaba la gran casa, y Nick no. Y, sin embargo, de no tener el claro presentimiento de que él era el único que podía encontrar a su tía, jamás se hubiera quedado en la casa.

Había sido un instante, el destello de algo metálico. Charity había clavado la mirada en sus serios y hermosos ojos, y sentido el poder que mantenía bajo control. En el momento en que le dejó marchar fue como si algo se hubiera encendido en su interior, como si de algún modo le hubiera liberado. Igual que un animal salvaje al que sacan de una jaula para que haga lo que mejor sabe hacer: cazar.

Era una locura, pero era cierto. Se había producido una especie de... explosión. Algo casi aterrador. Potente, primitivo y completamente masculino. Como si Nick hubiera estado poseído por un extraño poder y sólo en ese momento se permitiera mostrarlo.

Charity sacudió la cabeza. El sexo en grandes cantidades y la falta de sueño la estaban volviendo loca.

Pese a todo, hizo lo que él le había pedido. Sobre el fogón había una olla grande con agua casi hirviendo. Dos tazas de té con tres cucharadas de azúcar esperaban en el microondas a ser calentadas, y un montón de mantas, un camisón limpio y varias toallas aguardaban sobre una silla de la cocina.

—Siéntate, tío Franklin —le indicó Charity con cariño. Acompañó al anciano hasta una silla, posándole las manos ligeramente sobre los hombros. El tomó asiento de repente, como si le empujaran. O como si las piernas ya no le sostuvieran.

Con la cabeza gacha, se cubrió los ojos con la mano, exhausto y desesperado. Su voz fue como un susurro:

—Mira por la ventana, cariño, y dime si ves algo. Charity se acercó a la ventana de la cocina, más por darle el gusto que por otra cosa. Las luces de fuera estaban todas encendidas, incluyendo el farol bajo el enorme roble del jardín trasero. La tormenta había dejado casi treinta centímetros de nieve sobre el césped. Había descargado durante la última media hora y ahora estaba amainando. Las oscuras ramas desnudas de los árboles destacaban en el blanco campo.

—¿Y bien? ¿Puedes ver algo?

Charity se volvió hacia su tío, afligida por el abatimiento que traslucía su voz. Anímate, se dijo. Lo último que necesitaba el anciano era escuchar su propia desesperación.

—No. —Trató de infundir confianza en su tono—. Pero estoy segura de que...

Se interrumpió mientras miraba por la ventana. ¿Podía ser que...? Oh, Dios, sí.

El terreno descendía abruptamente en aquel lado de la casa, de forma que lo primero que vio fue la cabeza de Nick al aproximarse.

Era una escena que jamás olvidaría, por muchos años que pasasen: Nick subiendo la ladera en mangas de camisa, con su tía Vera envuelta en su abrigo y estrechada entre sus brazos. La tenue iluminación y la nieve empañaban la perspectiva, de modo que él parecía surgir de las entrañas de la tierra en lugar de caminar hacia la casa. La nieve le llegaba casi a las rodillas, pero él avanzaba sin dificultad, como un guerrero que regresa a casa después de la batalla, llevando a un camarada herido en sus brazos.

Por favor, Dios mío, que esté herida y no muerta.

El movió a la anciana en sus brazos y Charity vio con claridad que su tía se aferraba con fuerza al cuello de Nick.

¡Estaba viva!

El aliento de la joven surgió de sus pulmones con fuerza y las piernas le temblaron. Alargó el brazo y se aferró a la encimera para evitar caer de bruces al suelo. Por primera vez, reconoció ante sí misma lo aterrada que había estado de encontrar un cadáver en la nieve. Le ardían los ojos y parpadeó para contener las lágrimas.

—Ahí vienen... —Las palabras surgieron estranguladas, inaudibles. Se aclaró la garganta y tosió para intentar aliviar la tensión y hablar, pero no fue necesario. Supo que su tío podía verlos por la ventana de la cocina al escucharle inspirar súbitamente.

Charity perdió la batalla contra las lágrimas y sintió la fría humedad en sus mejillas cuando abrió la puerta, en el preciso instante en que Nick subía los escalones del porche.

Un segundo más tarde, estaban dentro y Nick no dejaba de lanzar órdenes.

—Quitadle esa ropa mojada y envuélvela con tantas mantas como os sea posible. Charity, trae esa olla con agua a la mesa con una toalla grande.

Charity y el juez se afanaron en desvestir a la tía Vera. Nick se las arregló para ayudarles mientras se aseguraba de no ver el cuerpo desnudo de la anciana.

Fue entonces cuando Charity se enamoró de él. Por embelesada que hubiera estado por él hasta el momento, había logrado mantener cierta distancia.

Resultaba abrumador que un hombre tan escandalosamente atractivo y con tanto éxito la conquistase y le diese el mejor sexo de su vida. En el fondo de su corazón, Charity sabía que Nick era demasiado bueno para ser real.

¿Qué podía esperar? El estaba de paso en Parker's Ridge por asuntos de negocios y seguramente ya tenía la cabeza en otra cosa. Charity estaría loca si pensara que el tiempo que pasaran juntos era algo más que una breve aventura.

Además, ya había sufrido suficiente para toda una vida. Había perdido a sus padres a los doce años y se había pasado casi un año hospitalizada, con el cuerpo hecho pedazos, y haciendo rehabilitación durante toda su adolescencia para poder volver a caminar. Oh, sí, ya había sufrido bastante. Aunque no por amor, porque no se había entregado de un modo profundo a nadie. El sexo no había significado apenas nada hasta ahora. Había sido agradable, reconfortante en ocasiones, un poco aburrido a veces. Siempre se había bajado de la cama siendo la misma persona que había sido al subir a ella.

Sin embargo, el sexo con Nick cobraba una magnitud superior a todo lo que había experimentado con anterioridad. Era abrumador, envolvente, alarmantemente intenso. Y había tenido que esforzarse por mantener la cordura, por hacer que todo continuara siendo tan informal como fuera posible.

Pero ahora, contemplado a su amante entrar en la cocina con tía Vera en sus brazos, ayudando a desvestirla de forma tierna y discreta, Charity sintió que un enorme agujero se abría en sus entrañas y que las defensas que había erigido se resquebrajaban.

En el espacio de un par de minutos, su tía estaba arropada con un grueso montón de mantas y bebiendo té caliente mientras Nick le buscaba el pulso en la otra muñeca.

—El pulso es casi normal —afirmó mirando a Charity a lo ojos—. Pero la temperatura está un poco baja. Tenemos que subirle la temperatura interna.

—¿Cómo?

Nick dejó la gran olla de agua hirviendo sobre la mesa y cogió una toalla con la mano. Suavemente, colocó a la anciana de forma que inhalara el vapor. Luego le puso la toalla sobre la cabeza para que entrara en calor lo más rápido posible.

—Respire hondo, señora.

Para alivio de Charity, la anciana hizo lo que Nick le indicaba. Milagrosamente, la nubes que poblaban la mente de su tía se habían abierto y las palabras había calado. Uno nunca sabía cuándo iba a entender lo que se le decía y, de hacerlo, si respondería o no.

Tal vez algo en el tono de Nick penetró aquello que nublaba su mente, pues sus profundas inspiraciones eran audibles a través de la toalla.

—Muy bien, señora —le dijo Nick, de manera consoladora—. Continúe inhalando.

El juez Franklin se mantuvo sentado, agotado y pasivo, con la cabeza inclinada.

—¿Por qué es necesario que haga esto? —preguntó Charity.

—El calor corporal se recupera mediante la inhalación. El calor se propaga directamente a la cabeza, al cuello y a la zona pectoral, el punto crítico del cuerpo. Calienta los pulmones y el hipotálamo, que es lo que regula la temperatura del cuerpo. Tendrá que hacer esto durante al menos diez minutos.

Nick se sentó al lado de la anciana y continuó comprobando su pulso. Charity se acercó a su tío y le puso una mano en el hombro de manera consoladora. Los huesos bajo ésta parecían frágiles, como si fueran los de un pajarillo. Conmovida, se inclinó y le susurró al oído:

—Se pondrá bien, tío Franklin.

El alzó la mirada y esbozó una sonrisa forzada. A Charity se le pasó por la cabeza que ahora tendría que preocuparse por él, no sólo por su tía. Su tío había sido un gran apoyo para ella durante toda su vida, pero sobre todo tras la muerte de sus padres. Ahora ya no lo era. Ahora era un hombre angustiado y mayor, que apenas podía seguir adelante.

Muy bien. Había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Despejó su mente para incluir en los parámetros de su vida cuidar casi a tiempo completo de su familia.

Era un panorama desalentador. No tenía más que veintiocho años y apenas había comenzado a vivir. No había viajado tanto como deseaba y ahora sabía que jamás lo haría mientras vivieran sus tíos.

Si su vida amorosa había sido complicada hasta entonces, ahora sería imposible, pues sus prioridades consistirían en procurar cuidados a sus tíos. ¿Qué hombre iba a aguantarlo? En cuanto Nick se marchara, podría despedirse con un beso de cualquier cosa que se pareciera a una vida amorosa.

La idea estuvo a punto de hacer que dejara escapar un suspiro.

Cuando alzó la mirada, Nick atrajo su atención y le guiñó un ojo. Lo cierto era que, por el momento, tenía a Nick. El se marcharía, pero no iba a hacerlo enseguida, por lo que podría disfrutar de un magnífico sexo en un futuro inmediato. ¡Bien!

A doce kilómetros de Montenegro

5 a.m., 21 de noviembre

El buque era un herrumbroso carguero que navegaba bajo bandera de la Unión de Comoros. Apestaba a pescado y coles putrefactas. La Estrella del norte no era más que una entre cientos de miles de naves que se ganaban la vida de manera ilícita, practicando la pesca de arrastre en aguas abarrotadas de pescado, destinada a ser retirada del servicio por sus propietarios tan pronto los gastos de tenerla operativa superaran a los beneficios.

Nadie prestó atención a la nave, que se perdía entre una multitud de enormes cargueros relucientes que alcanzaban los veinte nudos por hora.

En aquel instante, el carguero estaba tranquilamente anclado en una cala desierta, meciéndose con suavidad en el sereno mar Adriático. Era el momento más oscuro de la noche, justo antes del alba.

Los satélites americanos poseían unas excelentes dotes de rastreo, pero las maniobras nocturnas se les escapaban. De modo que el traslado del camión al barco se realizó en la oscuridad sin ser detectado. La tripulación parecía tener una habilidad sobrenatural para ver en medio de la noche, pues no necesitaron linternas para moverse de forma silenciosa y eficaz. La luna estaba en cuarto menguante y eso parecía bastar.

Después de pasar veinticuatro horas en la parte trasera del camión por oscuras carreteras secundarias, Arkady se sentía entumecido y algo desorientado. Tropezó dos veces, la primera bajando de la parte posterior del camión y la segunda en la pasarela de subida al buque.

Se sentía como si tuviera miles de años, sobre todo delante de la tripulación, que estaba compuesta por hombres jóvenes y fuertes. Los cuatro tripulantes que le precedían se dirigieron de nuevo al interior del barco como si de ágiles monos se trataran.

Abajo, en la escarpada costa, los peones manipulaban los botes, trasladando la mercancía del camión al oxidado barco pesquero.

Nadie se pararía a mirar la Estrella del norte. Lo cual estaba bien, porque debajo de los tablones podridos de la cubierta yacía un reluciente corazón de acero inoxidable gobernado por un motor de dos tiempos diesel Wärtdilä-Sulzer RTA96C turboalimentado y una reformada bodega diseñada para el transporte humano.

La finalidad no era transportar el cargamento humano con comodidad, sino de forma segura, para ser entregados con vida en el puerto de destino. Después de todo eran artículos y valían dinero. De modo que había aseos y grifos con los que lavarlos al final del viaje, antes de la entrega.

La bodega estaba diseñada para albergar 150 pasajeros. Su último cargamento había consistido en doscientos senegaleses, que habían sido embarcados al norte de Kayar y mantenidos encerrados durante dos semanas. El hombre responsable de almacenar los alimentos había huido con el dinero y los pasajeros se habían alimentado a base de unas pocas raciones durante el viaje. Dos habían embarcado con tuberculosis; tan sólo sobrevivieron ocho.

Las disposiciones del Vor habían sido muy claras. La bodega había sido limpiada por completo y desinfectada. Arkady podía captar el tufo a desinfectante entre el olor a comida de una pequeña mesa.

Una comida sencilla. Salchichas del lugar, queso de cabra, pan, una botella de vino Vranac, y rakija, el coñac montenegrino. El Vor estaba en todo.

Un espacio construido para albergar a ciento cincuenta personas era un espacio sobradamente amplio para un único científico nuclear.

Dos marineros introdujeron el bote y se dispusieron a fijarlo a unos soportes especiales en las paredes. Conversaban en voz baja entre ellos mientras trabajaban. Arkady reconoció algunas palabras gracias a las muchas óperas que había escuchado.

Hablaban en italiano, aunque no el utilizado por Verdi. Se trataba de un tosco dialecto italiano, probablemente el pugliese, que era el lenguaje empleado por la Sacra Corona Unita, la mafia local de Apulia, la zona que se encontraba justo al otro lado del estrecho.

El Vor había formado alianzas estratégicas con todos los grupos criminales del mundo y establecido asentamientos de la mafia a lo largo de todo el globo. Vassily era el nuevo *Tamerlán** y llevaba camino de convertirse en el hombre más poderoso de la tierra. Ayudar al Vor a alcanzar dicha posición era el deber de Arkady, así como un placer.

Los dos marineros se marcharon y Arkady regresó a cubierta. Se acercó a la barandilla y se quedó allí por un momento. El familiar olor a pino prevaleció sobre el aroma del mar. Únicamente había visto el mar una vez en su vida, durante un viaje familiar a Crimea, antes de que se llevaran a su padre a un campo de prisioneros y le destruyeran. Nunca averiguaron en cuál. Incluso ignoraba dónde yacían los restos de su padre.

Arkady pertenecía a la segunda generación de zeks. Casi todas las familias habían perdido a un miembro en cada generación desde la revolución.

Respiró hondo, saboreando el aire nocturno, antes de encerrarse de nuevo abajo. Sabía que el viaje llevaría en torno a una semana y ésta podría ser su última oportunidad de ver las estrellas e inspirar aire puro durante un tiempo.

*Líder militar y político turcomongol. Está considerado como el último de los grandes conquistadores de Asia Central. (N. de la T.)

Sacó el teléfono móvil de color azul, marcó el número y esperó, imaginando la señal saltando de un satélite hasta una pequeña localidad de Vermont.

—Hola. —El corazón de Arkady dio un vuelco al escuchar la voz de Vassily. Era tan fuerte como siempre, a pesar de ser las tres de la madrugada. El momento del Vor. Su maestro estaba bien, pero no dormía.

A ningún zek le resultaba fácil conciliar el sueño. Los recuerdos acudían mientras dormían. Pese a que nadie escuchaba, Arkady colocó la mano en forma de bocina para proteger el móvil y bajó la voz.

—Soy yo. Todo va bien hasta el momento. Las cosas van sobre ruedas. El mar está en calma.

—Bien. Muy bien. —Después de decir aquello, Vassily cortó la conexión.

Arkady sonrió y se inclinó sobre la barandilla. El reflejo de la luna dejaba un sendero brillante hacia el horizonte. Italia quedaba a tan sólo unas pocas millas de distancia. No había estado nunca en aquel país, pero le encantaba el arte y la música, y siempre había soñado con ver Florencia y Venecia.

Todavía quedaban cien latas de cesio 137 en Krasnoyarsk, y Vassily tenía planes para cada una de ellas, por un total de un billón de dólares. Pero después de que todas hubieran desaparecido, Arkady le pediría permiso al Vor para pasar tiempo en Italia. Tal vez para ser el embajador del Vor en los distintos asentamientos de la mafia por todo el país.

Bajó la vista. El Adriático estaba completamente en calma. Asomó la mano por encima de la barandilla y soltó el móvil. Un segundo más tarde, éste desapareció en el mar con un suave sonido.

Arkady observó como iban expandiéndose los anillos que se habían formado en el agua a causa de la agitación hasta que todo quedó de nuevo en calma.

Tras echar un último vistazo a la noche estrellada, se dirigió abajo, preparado para el largo viaje.

CAPÍTULO 11

Parker's Ridge

21 de noviembre

Los quitanieves ya habían despejado las carreteras, de modo que el camino de regreso no entrañó ninguna dificultad, comparado con el viaje de ida. Pero Nick se las hubiera arreglado aunque no hubieran limpiado las carreteras. No había casi nada que Nick no pudiera acometer al volante.

No era una habilidad que hubiera tenido intención de mostrarle a Charity, pero se había visto obligado a utilizarla de camino a casa de sus tíos. Eso le había salvado la vida a una anciana, y esperaba que la preocupación que sentía Charity permitiera pasar por alto el hecho de que no era normal en un aburrido corredor de bolsa saber conducir un coche a casi ciento treinta kilómetros por hora en medio de una tormenta de nieve.

De modo que se propuso realizar el viaje de vuelta a poca velocidad, aunque cada célula de su cuerpo deseaba regresar a la casa de la joven lo antes posible para poder volver a penetrarla tan pronto como pudiera.

—Muchísimas gracias, Nick —susurró Charity. Él no apartó la vista de la carretera. No por el posible peligro, sino porque si la miraba, no podría dejar de hacerlo.

Ni siquiera podía recorrer las heladas carreteras con la cabeza girada para mirar fijamente a la mujer más deseable que había conocido en toda su vida. Ya era bastante complicado tener que conducir con una erección tan enorme que los músculos de su abdomen y los largos músculos de sus muslos estaban tensos. Parecía que cada célula de su cuerpo estaba centrada en su entrepierna. Así como toda su sangre.

Si se quedaba mirándola del modo en que deseaba hacerlo, acabarían con el parachoques delantero incrustado en un árbol, cubiertos de cristales. No era así como deseaba que terminara la noche. Bueno, no la noche, pensó después de echar un veloz vistazo al salpicadero. Eran las tres de la madrugada y el fin de semana había concluido oficialmente.

—De nada. —Mantuvo un tono de voz tan quedo como el de ella.

—Te estoy tan agradecida... No sé cómo podré compensarte por ello.

—¿De veras? —Las manos de Nick apretaron el volante—. Está bien saberlo. Y ya que hablamos del tema... ¿cómo de agradecida estás?

—¿Cómo dices?

Nick sintió el aire removerse cuando ella giró la cabeza de pronto para mirarlo. Mantuvo la vista en la carretera de forma decidida, pero tenía una visión periférica excelente. La preciosa boca de Charity estaba fruncida formando una sorprendida «O».

—Ya me has oído. ¿Cómo de agradecida estás?

—Oh. Mu-mucho.

—Eso está bien. Porque la llamada de tu tío nos interrumpió en un momento muy importante. Te acuerdas de por dónde íbamos, ¿no es así, Charity?

Nick casi podía sentir el calor del rostro de la joven, brillando en la oscuridad.

—Oh, sí —admitió en voz baja.

—Me alegra. ¿Por dónde íbamos?

—Estábamos, mmm...

Ahora todo su cuerpo resplandecía a causa del calor. Emanaba de ella en olas. Nick no sabía por qué la estaba presionando. Charity estaba muy incómoda con aquella conversación. Por caliente que fuera en la cama, también era pudorosa. Jamás le había escuchado decir una palabrota, y estaba seguro de que nunca había pronunciado la palabra «follar». De modo que aquello no era fácil para ella.

Pero, ¡joder!, tampoco era fácil para él. Además de estar duro como una roca, sentía la piel demasiado tirante para su cuerpo, le hervía la sangre y fluía espesa por sus venas. Era una lástima que tuviera tantos conocimientos acerca de la hipotermia, porque el instinto le decía que frenara, apagara el motor, le bajara a Charity los pantalones, la arrastrara al asiento trasero y la montara.

Eso haría que retomaran el asunto donde lo habían dejado. Oh, sí. Un segundo después de penetrarla, estaría follándola como un salvaje. A Nick se le daba extremadamente bien visualizar, igual que a todos los soldados. Repasaba los pasos de una misión, uno por uno, visualizando el éxito con total claridad. Era el único modo de enfrentarse al peligro. De modo que podía imaginar a la perfección cómo sería hacerla suya en aquel momento, con todo lujo de detalles. Charity, tendida en el asiento trasero, sus largas piernas alrededor suyo y él encima de ella, follándola con tanta fuerza que incluso el pesado Lexus se sacudiera con sus embestidas.

Por desgracia, sabía lo peligroso que sería. Una vez que estuviera dentro de ella, sería ajeno a todo lo demás. Si se quedaban parados,

tendrían que encender el motor para mantener la calefacción en funcionamiento. No llevaba demasiada gasolina y en cuanto se quedaran sin combustible, podrían quedarse atrapados en un coche congelado, esperando a que la tormenta amainase. Charity podría morir.

La idea impidió que pisara el freno, pero no le enfrió la sangre.

Se había portado como un caballero. Había dejado que ella se retirara mientras estaban follando, había acudido al rescate y salvado a su tía.

Era hora de la venganza.

—¿Por dónde andábamos? —la animó.

—Estábamos... haciendo el amor —respondió con un hilo de voz.

Los nudillos de Nick se tensaron sobre el volante.

—Eso es. Estábamos haciendo el amor. Nos iba muy bien, hasta que nos interrumpieron. Y ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en volver al punto donde lo dejamos. Daría mi huevo izquierdo por parar y hundirme otra vez en ti, pero el tiempo es demasiado malo para eso. Así que tendré que esperar. Pero en cuanto crucemos tu puerta, voy a estar dentro de ti, ni un segundo después. Y quiero que estés preparada. Ella inspiró bruscamente.

—¿Preparada, en qué sentido? Nick apretó los dientes.

—Me parece que ya lo sabes. Si no es así, permíteme que te lo explique con detalle. Quiero que estés toda mojada para mí. Quiero tu exquisito coño suave, caliente y húmedo para recibirme. —Su voz era áspera, ronca. El lenguaje soez le salía de forma natural, como una expresión directa de sus más profundos deseos. Su excitación se reflejó en ella, pues pudo oír cómo a Charity se le aceleraba la respiración en medio de la oscura quietud del coche—. Quiero todo eso antes de llegar.

Porque estoy bien seguro de que no tendré tiempo de andarme con preliminares una vez estemos en tu casa.

—Va-vale —susurró.

Nick se movió en su asiento, con la mirada clavada al frente. Durante el camino de ida había mantenido el control del coche y de sí mismo. A no ser que una granada de mano hubiera impactado contra el Lexus, no habrían sufrido ningún accidente. En ese momento, no sentía que tuviera el control sobre nada, y mucho menos sobre su polla.

Sin embargo, a pesar de que la agonía de la ardiente lujuria se había apoderado de él, era amo y señor del coche. Siempre era así. Se trataba de una habilidad profundamente arraigada en él, como si formara parte de sus huesos, como si hubiera nacido con ella. En una ocasión había conducido desde Kandahar a Kabul, después de ser alcanzado por la onda expansiva de un artefacto explosivo casero que había volado por los aires el coche que tenía delante. Había estado confuso, perdido temporalmente la audición en un oído y sangraba con profusión por encima del ojo izquierdo, debido a un trozo de metralla que le había producido un corte en la frente como si fuera un escalpelo. La carretera estaba cuajada de grandes socavones provocados por bombas caseras previas, habían caído dos veces bajo el fuego enemigo y en todo momento había llevado a su equipo a salvo, como si viajaran en una autocaravana alemana.

De modo que sí, tenía una erección y casi sentía dolor al moverse para cambiar de marcha. Todos sus pensamientos giraban alrededor de la hermosa mujer sentada en el asiento contiguo, pero eso carecía de importancia. Aunque sólo le quedaran dos neuronas, le bastaban para conducir. Sus músculos podían arreglárselas por sí solos, sin que su cabeza los guiase.

—Quítate los pantalones. Y luego las bragas.

Al girar la cabeza hacia él, el cabello de Charity susurró perceptiblemente al rozar contra los hombros.

—¿Qué? —musitó.

—Ya me has oído. —Incluso los músculos de su garganta estaban agarrotados. Apenas podía articular palabra y su voz surgía ronca y gutural—: Quiero que te quites los pantalones y las bragas. Y de paso, quítate también el sujetador. Puedes dejarte puesto el jersey. —Aquella fue una concesión difícil de hacer, pero sus bonitos pechos blancos al descubierto podrían ser demasiado para él. Poseía una gran cantidad de autocontrol, eso era cierto. Pero, joder, todo tenía sus límites—. Fuera pantalones y bragas. Fuera el sujetador.

Bajó la mano y subió la calefacción. Quería que Charity llorara de excitación por él, que estuviera caliente y receptiva. No quería que se pusiera azul a causa del frío y que su piel se erizara.

El coche quedó en silencio durante un prologado momento. Nick flexionó los dedos sobre el volante y mantuvo la vista clavada en la carretera.

—Yo... necesito desabrocharme el cinturón de seguridad —murmuró la joven.

Nick apretó los dientes mientras reducía la velocidad del coche.

—Hazlo.

Charity se desabrochó el cinturón, sosteniéndolo sobre su cuerpo, dudando.

Finalmente se movió y, ¡sí! Ahí estaban esos encantadores ruiditos que hacía una mujer al desvestirse, muy diferentes de los que generaban los hombres. Una mujer desnudándose era un milagro de la naturaleza.

Nick recordaba muy bien lo que era vivir en barracones. Sus compañeros de equipo y él entraban en el habitáculo después de una carrera de veinticinco kilómetros, envueltos en una nube de sudor. Se desnudaban entre chistes de mal gusto, mientras las armas, los chalecos antibalas y las botas de combate caían pesadamente al suelo con gran estruendo, seguido por el sonido de doce manos velludas rascándose doce pares de peludas pelotas.

¿Cómo lo hacían las mujeres? ¿Cómo se las apañaban para hacer esos ruiditos tan suaves y atrayentes? Todo tan delicado y tierno.

Nick pudo seguir el proceso tan sólo por el sonido. El ruido de la cremallera de sus pantalones al bajar. El leve crujido del asiento cuando se alzó para bajarse los pantalones por los muslos. El sedoso sonido de sus pantalones al deslizarse. El pequeño golpe seco de sus botas al quitárselas. Pulcra como de costumbre, Charity dobló los pantalones con cuidado por las costuras y los colocó a los pies.

—Las medias. —Las palabras salieron a través del nudo que sentía en la garganta—. Las bragas.

Oh, sí. Más sonidos deliciosos aún. El susurro de las piernas rozándose una contra otra al tiempo que se despojaba de las medias.

Casi estaba. Sintió una gota de sudor resbalar por su sien y caer sobre su suéter. Hacía calor en el coche después de haber subido la calefacción, pero aunque hubiera estado congelado, se hubiera puesto a sudar de solo pensar en que Charity estaba prácticamente desnuda.

Ella volvió a elevarse y Nick vio una tira de seda de color amarillo pálido descender suavemente por su cuerpo. ¡Bien! —Quítate el sujetador de debajo del suéter. —Sí.

Oyó cómo ella tragaba saliva. Estaba temblando pero también muy excitada. Nick podía olerlo. Sobre el cuero de los asientos y el perfume

de Charity predominaba el aroma de su excitación. Lo reconocería en cualquier parte. Estaba caliente.

Tenía que estarlo, porque iba a follarla con un loco en cuanto estuvieran en un lugar en el que no corrieran peligro de chocar contra un árbol.

Charity se llevó la mano entre los pechos por debajo del suéter y, con unos pocos y elegantes movimientos, se quitó el sostén, del mismo color amarillo claro que las braguitas. Este se unió al resto de su ropa a los pies.

Nick habría dado lo que fuera por hacer que se quitara el suéter. Le encantaban sus pechos, tan claros y suaves, con las puntas rosadas que adoptaban un tono cereza cuando estaba caliente. Apostaría todo su dinero a que ahora tenían ese color. Pero no deseaba que agarrara una pulmonía, y no sabía si podría mantener los ojos en la carretera con sus pechos desnudos a unos centímetros de él, de modo que, en contra de su voluntad, dejó que continuara con el suéter puesto.

Sin embargo, éste desaparecería al segundo de entrar en su cálida casa. Iban a poca velocidad, y ahora que ella se había despojado de la mayoría de la ropa, tenía que ir más deprisa.

—Ponte el cinturón de nuevo —Pisó el acelerador nada más escuchar el leve *click*. Quedaba otro cuarto de hora antes de llegar a la casa de Charity. Disponía de quince minutos para prepararla. O mejor dicho, ella tenía quince minutos para prepararse.

Apretó los dientes. En su visión periférica podía ver el largo y elegante contorno de sus piernas contrastar pálidamente con el asiento de cuero negro, y el claro vello entre sus muslos.

Charity desnuda era igual que un sueño húmedo. Completamente vestida, era la mujer con más clase que jamás había visto. Sin ropa, se

convertía en sexo puro. Sexo puro y con clase. Lo más erótico que había visto en toda su vida.

—Dime qué sientes.

Ella dejó escapar un leve suspiro.

—De acuerdo. —Se meneó ligeramente, logrando que la excitación y su aroma aumentaran con cada leve movimiento. Las manos de Nick se aferraron con fuerza al volante, resbaladizas a causa del sudor—. Bueno, mmm..., el asiento estaba terriblemente frío al principio, pero ahora se está calentando. Siento... Siento el calor del aire acondicionado sobre mi piel. Jamás había sentido eso en un coche. Quiero decir, sobre mis... mis partes íntimas.

—Abre las piernas —le ordenó con aspereza—. Coloca la rejilla de modo que el aire caliente vaya directamente a tu clítoris.

Otro pequeño jadeo y duda. No reticencia. Tan sólo sorpresa.

También él estaba un tanto sorprendido consigo mismo por lo mucho que la estaba presionando. Era igual que una fiebre, un extraño y ardiente anhelo, justo debajo de su piel.

De pronto comprendió que se trataba de la excitación posterior a una operación.

Siempre tenía una erección que no disminuía al final de una operación. Toda la adrenalina tenía que ir a parar a alguna parte, y siempre acababa en su polla. Era una excitación de la que raras veces podía deshacerse follando, por mucho que lo intentara. Las mujeres que encontraba después de una misión, sobre todo si había tenido lugar un enfrentamiento armado, eran folladas violentamente. Nick podía pasarse horas haciéndolo.

No había estado en una operación, pero sin duda sí en una misión. Nada había amenazado su vida, pero la anciana sí había corrido peligro, igual que si fuera un compañero herido que necesitaba ser rescatado. La tensión se había apoderado de su cuerpo mientras la buscaba, comprendió a posteriori. Todos sus sentidos se habían agudizado, intensificado, completamente centrados en encontrarla y ponerla a salvo.

De modo que había tenido una descarga de adrenalina que estaba buscando salida de su organismo a través de su polla. Eso explicaba su férrea erección y su absoluta incapacidad de contemplar siquiera la idea de disfrutar de los preliminares o de nada que no fuera arrancarle la ropa a Charity y penetrarla tan pronto como fuera seguro hacerlo.

Lo que «no» explicaba era que, en esta ocasión, no le servía cualquier mujer. Oh, no.

Por lo general, lo único que necesitaba era a alguien razonablemente atractiva. De todos modos, procuraba mantener los ojos cerrados durante el sexo. Siempre que ella estuviera lo bastante húmeda, le daba igual quién fuera.

Pero esta vez, sólo quería estar con Charity. Con nadie más. «¡Joder!» Durante un solo segundo, Nick trató de visualizarse aliviando su erección con otra mujer y, por primera vez en su vida, aquella idea le repelió. Colocó a un par de mujeres a las que se había tirado, y cuyas caras podía recordar, en su cama imaginaria, y su erección, de hecho, menguó un poco. No. No le valdría con cualquier mujer.

Tenía un serio problema en qué pensar, más tarde, cuando parte de su sangre hubiera regresado a su cabeza.

En esos momentos, tenía que asegurarse de que cuando llegara a casa de Charity, ella sería capaz de acogerle en su interior.

—Tócame —le ordenó—. Ponme la mano en la polla. Siente lo que provocas en mí. —Por suerte detestaba conducir con el abrigo puesto.

Tan sólo sus vaqueros y calzoncillos se interponían entre la mano de Charity y su erección.

La joven alargó el brazo de forma vacilante y posó la mano sobre su entrepierna. El grueso miembro de Nick se alargó de inmediato cuando una corriente de sangre lo atravesó al sentir el contacto de Charity. La mano de la joven tembló a causa del poder que percibía bajo sus dedos. Se encontraban en una amplia avenida y Nick se tomó un segundo para mirarse.

La pálida mano femenina brillaba a la tenue luz proveniente de los lectores digitales. Después de su sorpresa inicial, amoldó su palma en torno a él. Nick podía sentir el calor de la piel de la joven a través de las dos capas de tela. Su polla y la mano iniciaron una pequeña danza. Ella le apretaba ligeramente y su tenso miembro respondía con entusiasmo, con lo que ella volvía a apretarle, obteniendo la misma respuesta de su polla.

Aquello era una tortura. ¿Por qué se hacía aquello a sí mismo? A Nick no le gustaba demorar en exceso el placer, pero si eso era lo único que podía tener, pues bien, lo aceptaría.

Tuvo que concentrarse ferozmente en la carretera y se esforzó por mantener la respiración regular. Charity le estaba volviendo loco, pero se suicidaría si ella dejaba de tocarle.

—Tócate tú. —Los ojos de Charity se abrieron como platos—. Tócate —repitió con gravedad—. Con la otra mano. Abre las piernas y acaríciate. —Por el rabillo del ojo observó cómo su mano derecha dudaba sobre sus muslos. Luego, lentamente, éstos se abrieron y Charity introdujo la mano entre ellos, pasando su dedo índice a lo largo de su hendidura.

Dios, recordaba haberlo hecho él mismo; deslizar su dedo a lo largo de su sedosa abertura, tierna y expectante, inflamada y de un rosado claro. Preciosa.

—¿Estás húmeda? —Estaban pasando junto a la mansión McBain, una enorme y decadente monstruosidad victoriana rodeada de bosques que pedían a gritos una poda. Eso significaba que tan sólo quedaban unos minutos para llegar a su casa—. Por favor, dime que lo estás, porque si no me pegaré un tiro.

Charity dejó escapar una pequeña carcajada entrecortada.

—No, está bien. Vivirás un poco más. Estoy húmeda, pero... —hizo una pausa delicadamente—, no es por tocarme, sino por lo que te estoy haciendo. —Sus dedos se tensaron sobre su polla. Los músculos de sus fuertes muslos se contrajeron con violencia, y una ráfaga de fuego bajó por su espalda. Durante un asombroso segundo, Nick creyó que se correría en su mano. Logró contenerse en el último momento, temblando y apretando la mandíbula.

Charity le recorrió una vez más, arriba y abajo.

—¡Vaya! —exclamó, sabiéndose poderosa. Nick podía verla mirándole—. Algo ha estado a punto de pasar.

—Sí. —Le lanzó una mirada fugaz y apretó los dientes. Casi habían llegado a casa—. Pequeña bruja.

Vio el asomo de su sonrisa antes de concentrarse de nuevo en la carretera.

—Más vale que eso te haya excitado —le advirtió Nick.

—Oh, sí —le aseguró con voz queda. Sus muslos se separaron más y Nick pudo escuchar el leve sonido de sus fluidos cuando introdujo el dedo en su interior, para sacarlo lentamente después—. Estoy muy... dispuesta.

Nick sintió que aquella frase le llevaba directamente al orgasmo. ¡No! Aquí no, ahora no. Una vez más, tuvo que emplear todo su autocontrol para contenerse.

Ya habían llegado. Subió el camino de entrada, apagando el motor justo cuando el guardabarros delantero del Lexus rozaba la puerta del garaje. Se volvió a mirarla, haciendo una mueca de dolor. Cada movimiento resultaba jodidamente doloroso.

—Ponte los pantalones y las botas. Deja aquí la ropa interior. Ten la llave preparada.

Ella se dio prisa, eso debía reconocérselo. Para cuando llegó a abrirle la puerta, Charity se había puesto los pantalones, las botas y el abrigo. Las braguitas, el sujetador y las medias eran un pálido destello sedoso en la parte de los pies.

La joven tendió los brazos hacia él con absoluta confianza, luciendo una enigmática sonrisa en su rostro.

—Estaba esperando esto con ansia —susurró, una vez que estuvo entre sus brazos, el lugar al que pertenecía.

—No tanto como yo. —Le sonrió. Su erección todavía le dolía, pero por un mero segundo, fue capaz de olvidarse de ello. La sentía tan ligera y suave, tan... «perfecta» en sus brazos. Su polla estaba rígida dentro de sus vaqueros y, de pronto, sintió que algo se expandía en la zona de su pecho.

Sus sentidos se agudizaron. Los pinos del bosque que rodeaba la casa desprendían un embriagador aroma a resina que se mezcló con el olor de la nieve y el de la gasolina proveniente del capó caliente. Pero el aroma de Charity prevalecía sobre todos ellos.

Podía ver con claridad meridiana, como si llevara puestas unas gafas de visión nocturna. La débil luz que proporcionaban las farolas a

noventa metros de distancia y la tenue iluminación del porche le bastaban para abarcarlo todo. Podría haber realizado un disparo de francotirador.

Y su piel... Dios santo. Su piel estaba en tensión, era una enorme zona erógena de la cabeza a los pies. Cada copo de nieve que caía sobre él era como una pequeña explosión. Todas las texturas de su ropa y la de ella, el ligero viento que sentía como un vendaval... Absolutamente todo parecía haberse magnificado.

Subió el camino de entrada y las escaleras tan rápido como pudo sin patinar en el hielo y sin romper el cuello de ninguno de los dos. Un segundo después, habían cruzado la puerta, y al cabo de otro la tenía contra la pared, con las manos enterradas en su cabello, besándola ferozmente.

Se llevó la mano a los pantalones y se liberó. Charity se puso de puntillas para poder acoger su erección y eso provocó un segundo de alivio. No fue suficiente, pero era mejor frotarse contra su suavidad que contra sus vaqueros.

Nick abandonó su boca durante el segundo que tardó en subirle y quitarle el suéter, añorando terriblemente sus labios, gimiendo cuando volvió a capturarlos.

Disponía de otro segundo para desnudarla y ponerse un preservativo. No podía hacer ambas cosas en tan poco tiempo.

—Quítate los pantalones —susurró contra su boca, dando un paso atrás—. Rápido.

Sacó un condón del bolsillo y se lo colocó, haciendo una mueca de dolor al sentir su mano alisando el látex sobre sí mismo. Se sentía a punto de explotar.

Charity le sostuvo la mirada mientras se desabrochaba los pantalones. Se los bajó hasta los tobillos y se quitó las botas, se sacó los pantalones y los arrojó al suelo.

Nick la apretó contra la pared antes de que éstos aterrizaran, la levantó y se introdujo entre sus piernas. Charity se abrió para él, un gesto reflejo de bienvenida, y su polla rozó su suave vello púbico. Nick apretó los clientes.

Nick estaba vestido por completo, a excepción de su polla, que se erguía fuera, mientras que Charity estaba completamente desnuda. Él ya estaba lo suficientemente excitado, parecía desprender vapor tal y como estaba, pero ver el cuerpo desnudo de Charity contra sí hizo trizas el poco control que todavía le quedaba.

Las manos de Nick sujetaron su trasero, levantándola, y se hundió fuerte y rápidamente en su interior. Ella le acogió. Él tembló con violencia, apoyando la frente sobre su hombro. Por suerte, Charity podía acogerle dentro sin dolor. Se había ocupado de excitarse y estaba dando resultado.

Nick respiraba con dificultad, los pulmones le ardían, y se estremecía tratando de mantener el control. Ella se ciñó a él igual que un cálido y apretado puño. Tenía que esperar tan sólo un segundo antes de follarla, asegurarse de que se acostumbraba a él.

Charity echó la cabeza hacia atrás contra la puerta, exponiendo su largo y esbelto cuello. Una vez más, Nick deseó morderla. Comprendía a los vampiros. Entendía bien qué les hacía saltar. Ese cuello estaba hecho para ser mordido.

Movió la cabeza, acercando los labios a su garganta, y acto seguido la lamió y la mordió. Un mordisco delicado, aunque fuerte. Justo encima del punto donde latía su pulso.

Charity se estremeció, jadeando. Al mismo tiempo, su sexo se ciñó en torno a él, desde la base a la punta, apretado y caliente. Todo su cuerpo se contrajo y Nick perdió el control.

Con la boca pegada a su garganta, comenzó a embestir en su interior, sosteniéndola y manteniendo sus piernas abiertas con las manos. El mundo entero se reducía a su boca en su cuello y a su polla dentro de ella, completamente abierta a él. La espalda de Charity golpeaba contra la puerta de madera produciendo un ruido sordo y fuerte. Estaba siendo demasiado brusco con ella, pero no podía detenerse; parecía que hubiera estado esperando aquello toda la eternidad, igual que un dique que acabara de reventar.

No tenía la menor idea de si podría detenerse si ella se lo pidiera, su cuerpo había asumido el control por completo, tratando con todas sus fuerzas de penetrar tan profundamente en el cuerpo femenino como le fuera posible, hasta sus mismas entrañas.

Era demasiado intenso. El corazón le latía a un ritmo imposible y el sudor resbalaba por su espalda. Aceleró el ritmo durante un salvaje segundo, su polla hinchándose dentro de ella, y entonces estalló, corriéndose violentamente en medio de intensas convulsiones, estremeciéndose y gimiendo.

¿Ella se...? ¡Sí!

Con un feroz sollozo, Charity comenzó a correrse y sus pequeñas contracciones atrajeron hacia sí a Nick con fuerza, dilatando su orgasmo. Maldita sea, hubiera dado cualquier cosa por no llevar puesto un condón. Por derramarse en su cálido y acogedor cuerpo en vez de en la funda de látex, por sentir cada centímetro de ella, tal como había hecho el día anterior.

Un último y poderoso envite y todo terminó. Se apoyó pesadamente contra ella, jadeando y con las rodillas tan débiles que tuvo que enderezarlas.

Recobró el sentido lentamente. Podía oír su laboriosa respiración en la quietud de la habitación.

Torció el gesto con dolor. Sus dedos aferraban las suaves nalgas de Charity con tal fiereza que sin duda dejarían moratones. Aflojó los dedos, uno por uno. Aquello fue algo sorprendentemente difícil de hacer.

Estaba apoyado de tal forma contra ella, que la mantenía sujeta a la pared sólo con su peso. Retrocedió ligeramente y dejó que se deslizara hasta que sus pies tocaron el suelo.

También se permitió salirse de ella. No deseaba hacerlo, pero tenía que ser así. Charity estaría dolorida, y el preservativo no tardaría en comenzar a salirse.

Al levantar la cabeza descubrió que había estado succionando su cuello con tanta fuerza mientras se corría que le había hecho un chupetón.

Debería sentirse avergonzado. Debería hacerlo. Pero no lo estaba. El chupetón le sentaba bien a su cuello. Había dejado su marca sobre ella, como si fuera un mensaje para el mundo.

Mía.

CAPÍTULO 12

Parker's Ridge

21 de noviembre

El lunes a última hora de la mañana, Nick llamó a la puerta metálica de la furgoneta.

Estaba de un humor de perros. Se había pasado tres horas supervisando a los operarios de la compañía que instalaba un sistema de seguridad de última tecnología en la mansión de los Prewitt. La compañía era buena, pero el vendedor había intentado timar al anciano y confuso juez para que comprase aparatos que no necesitaba.

Aquello le ponía tremendamente furioso. En cuanto una persona se volvía débil, los lobos salían a cazar. Recordó un antiguo adagio en latín que venía a decir que el hombre era un lobo para el hombre. Bueno, eso resumía lo que era la humanidad.

Siempre, cada jodida vez que lo veía, le superaba ver que el fuerte se aprovechaba del débil. Jake hubiera muerto en el orfanato, bien por las palizas, bien por dejadez, de no haber estado él allí.

Nick había convertido en el objetivo de su vida interponerse entre el débil y esa parte de la humanidad que había nacido sin corazón. Eso le hacía ver a otros humanos con los mismos ojos con los que el carnicero ve a los cerdos. Resultaba útil, aunque sólo cuando había que matar.

Había luchado contra ellos en Irak, en Afganistán, en Indonesia. Y ahora luchaba contra ellos allí, en su patria.

Pero daba igual cuánto se esforzara en luchar, cuántos liquidara; siempre había más y más y más. Estaba tan familiarizado con esa clase de personas que hasta podía olerías.

De hecho, podía observar los procesos mentales del hábil vendedor de la compañía de seguridad. Tal vez el hombre fuera de la zona y conociera el apellido. O puede que hubiera reconocido la dirección. Fuera lo que fuera, pasó toda una mañana detrás del juez, esperando para hablar a solas con él.

Nick regresó a la casa y se encontró al juez Prewitt con un bolígrafo en su mano temblorosa y cubierta de manchas, a punto de firmar un fajo de papeles de dos centímetros y medio de grosor. Y a un hijo de puta junto al anciano, con la codicia y la anticipación reflejadas en su cara regordeta y despiadada.

Al cabo de cinco minutos, el estafador salía disparado por la puerta con la cara roja y las manos vacías.

De modo que Nick estaba de un humor de mil demonios cuando salió de la ciudad para dirigirse hacia la furgoneta de vigilancia. Por no mencionar que ya echaba de menos a Charity, algo nuevo para él.

Iceman nunca echaba de menos a nadie, jamás.

Di Stefano abrió la puerta trasera de la furgoneta y le hizo señas para que subiera. En cuando Nick entró, se vio asaltado por una envolvente nube, mezcla de sudor, ropa sucia, pizza rancia y todo tipo de mal olor proveniente de dos cuerpos sin lavar. Sólo con respirar profundamente una vez, ya se estaba asfixiando.

No había pasado más que unos días en compañía de Charity y ya no podía soportar algo habitual en una larga misión de vigilancia.

—Dios. —Agitó la mano para despejar el aire que tenía delante—. ¿Es que os pasáis el día comiendo judías? Con este olor basta para hacer que cualquiera caiga fulminado. No necesitamos armas. Deberíamos traer aquí a los hombres de Worontzoff y gasearlos.

Alexei estaba sentado en una silla, como de costumbre, encorvado, con las orejas cubiertas por los enormes y pesados auriculares. Levantó la mano a modo de saludo y acto seguido agachó nuevamente la cabeza, concentrado.

—Perdóoonenos, caballero. —Di Stefano puso los ojos en blanco—. No todos hacemos el papel de empresario multimillonario, Iceman. Algunos trabajamos de verdad. Llevamos aquí metidos todo el fin de semana y no hemos salido de la furgoneta ni una sola vez. Así que, no te quejes.

—No me vengas con eso. Yo también llevo todo el fin de semana de servicio.

—¿Ah, sí? —Di Stefano le miró de soslayo—. Seguro que sí. He visto las fotos. Esa bibliotecaria está bastante bien —comentó, echando mano a su lata de cocaola light—. ¿Cómo se lo monta en la cama? Me apuesto lo que quieras a que...

Di Stefano no tuvo oportunidad de acabar la frase, pues Nick le estampó contra el mamparo de la furgoneta, presionándole la tráquea fuertemente con el brazo. La lata de cocaola rodó, olvidada, por el suelo del vehículo.

—¡Iceman, basta! —Alexei se acercó como pudo hasta Nick y comenzó a tirar inútilmente de su brazo—. ¡Suéltale o lo matarás! ¡Suéltale! ¿En qué coño estás pensando?

No pensaba. Nick no tenía ni un solo pensamiento en la cabeza, lo único que había en ella era una tormenta de roja ira, que ahogaba todo lo demás.

Di Stefano se estaba poniendo morado, sacudiendo los brazos para tratar de alcanzar a Nick en un lado de la cabeza y tratando de quitárselo de encima a patadas. Tenía nociones de autodefensa —después de todo, era policía—, pero carecía del adiestramiento que tenía Nick, que había pasado diez años siendo entrenado para matar.

Normalmente, Di Stefano estaría muerto. Nick sabía bien cómo hacerlo. El coronel Merle se había pasado un mes entero enseñándole llaves de cuello y Nick era un experto. Sólo tenía que aplastar el hueso hioideo y, al cabo de un segundo, el adversario caía igual que un toro derribado.

Pero algo comenzaba a penetrar en su cabeza, más allá del muro de ruido estático. La voz de Alexei. No era un hombre musculoso, y pese a ello tiraba del brazo de Nick, aunque para el caso podría haberle dado unas palmaditas.

Nick miró fijamente a los ojos desorbitados de Di Stefano y aflojó la presión. Medio segundo más tarde, retrocedió, bajando los brazos.

Di Stefano cayó de rodillas, con la cabeza colgando, resollando y tratando de insuflar aire en sus doloridos pulmones.

—Desgraciado... cabrón —le insultó entre jadeos, pronunciado una palabra cada diez segundos. Con dificultad, se frotó el cuello, rojo y magullado.

Nick se sentó en una de las dos sillas que había en la furgoneta, y luego volvió a ponerse en pie como un rayo, como si la sucia silla blanca de plástico tuviera resortes neumáticos. No podía sentarse, estaba demasiado alterado. Incluso su respiración surgía acelerada.

Tenía el cuerpo sobrecargado de energía y tuvo que obligarse a quedarse quieto.

Era atípico en él. Le llamaban Iceman porque carecía de emociones. Las tenía, en grandes cantidades, lo que sucedía era que había perfeccionado su autocontrol desde que tenía dos años y se dio cuenta de que luchar contra un niño de ocho era una acción suicida. Cuando trabajaba no tenía problemas para dejar a un lado la humanidad que habitaba en su interior.

Emprenderla con Di Stefano había sido una locura, simple y llanamente. Apenas daba crédito a lo que había hecho. Se sentía avergonzado. Más o menos. Salvo que si Di Stefano hacía algún otro comentario inapropiado sobre Charity, se lanzaría a hacerle otra llave, lo cual venía a decir que posiblemente no lo sintiera tanto.

Di Stefano se estaba poniendo en pie, al tiempo que le fulminaba con la mirada y se frotaba el cuello de manera airada.

—¿A qué ha venido eso?

Nick le miró directamente a los ojos. Di Stefano era un compañero de equipo. En el ejército, uno defiende a sus compañeros de equipo con la vida, tanto si te caen bien como si no. A Nick le caía muy bien Di Stefano. Lo que sucedía era que éste tenía que aprender cuáles eran las nuevas reglas.

—Así es como va la cosa: de ahora en adelante, Charity Ames es una mujer de ochenta años, con cuatro papadas y verrugas. No vuelvas a unir jamás la palabra sexo y su nombre en la misma frase. A todos los efectos, es una persona asexual. Espero que haya quedado claro. —Se giró hacia Alexei—. Eso también va por ti.

Con los ojos como platos, Alexei hizo un gesto de asentimiento.

—¿Queda claro?

—Cristalino. —Di Stefano sacudió la cabeza como si quisiera despejarla—. Y yo también tengo una nueva regla. Si vuelves a poner en práctica esa maniobra, acabo contigo.

Nick adoptó una expresión feroz.

—Puedes intentarlo —le dijo con voz serena. Alexei se interpuso entre ambos, levantando las manos como si pidiera tiempo muerto.

—Basta. El pestazo a testosterona empieza a ser mayor que el olor a sudor. Sentémonos...

Se escuchó un leve zumbido proveniente de los cascos de Alexei y éste se lanzó sobre la consola, conectando el sonido en los altavoces. Se trataba del teléfono. Worontzoff descolgó al segundo tono.

—Hola. —Su voz era grave y tranquila.

—Hola, Vassily. ¿Qué tal estás? —Era Charity. Charity estaba llamando al bastardo. Nick se quedó completamente inmóvil, con todas las células de su cuerpo centradas en escuchar la llamada.

—Estoy bien, querida. ¿Has pasado buen fin de semana?

—Sí. —Nick casi podía sentir cómo ella se ruborizada a través de más de treinta y dos kilómetros de cable—. Sí, en realidad lo he pasado muy bien. Esto... he pasado un fin de semana estupendo. Vassily, me preguntaba...

—¿Sí, querida?

—La velada musical es el jueves, ¿verdad?

—Ah, la velada. Samuel Cha al violonchelo. Será delicioso. Justo el otro día organizamos la lista de las piezas que iba a interpretar, y le pedí

que incluyera el concierto para violonchelo en Si menor de Elgar, porque sé que es tu preferido.

—Oh, Vassily... —La voz de Charity se tornó cálida y afectuosa. Nick apretó los puños. Era el tono que empleaba cuando estaba dentro de ella y le susurraba al oído—. ¡Te has acordado! Me encanta ese concierto, gracias. Voy a disfrutar mucho oyendo tocar al señor Cha.

—Es un placer, querida. Será muy ameno escucharlo contigo.

—Sí que lo será. Y hablando de eso, mmm, Vassily...

—¿Sí, querida?

Escuchando con atención, Nick pudo detectar un tono subyacente, como si Worontzoff supiera lo que se avecinaba. Igual que el villano de una película que invita a la heroína a su guarida.

—Mmm, sé que te disgusta invitar a más de treinta personas a tus veladas, Vassily...

—Muy cierto. Demasiada gente echa a perder la acústica de la sala. La música de cámara debe ser disfrutada en la intimidad. En su mayoría, fue compuesta en los siglos diecisiete y dieciocho para las cortes reales. Nunca para consumo general. Para la familia real y, tal vez, algunos cortesanos, nada más.

—Bueno, está claro que yo no pertenezco a la realeza. Pero quería preguntarte si puedo llevar a un amigo. Es un hombre ocupado y ni siquiera sé si estará libre, pero de ser así, ¿podría invitarle? Quería preguntártelo antes de sacar el tema con él.

—¿Un amigo? ¿Quieres llevar a un amigo? ¿A mi velada? —¿Acaso Charity era incapaz de apreciar el torno gélido y mortífero de Worontzoff? Nick sí podía. Se le puso el vello de todo el cuerpo de punta

y se le aceleró el pulso. Se trataba de uno de los hombres más peligrosos del planeta y Charity acababa de enfurecerle.

Mierda, dile que lo olvide. Di que no era más que una idea tonta. Vamos, Charity, déjalo estar. Encontraré otro modo de entrar en esa maldita casa. No te cruces en su camino y no suscites su cólera.

Apretó los dientes con fuerza. Mirado desde una perspectiva profesional, aquello era un golpe de buena suerte, en un trabajo en el que raras veces se producía tal cosa. Era lo que habían estado esperando. El motivo por el que había orquestado su encuentro con Charity. Aparentemente, la razón por la cual se la había follado. Conseguir acceso a la central de la mafia rusa era trabajo, nada más que trabajo.

Di Stefano chocó la palma con Alexei, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Misión cumplida. Un plan complejo había dado sus frutos y un agente federal estaba a punto de acceder a la casa de un presunto criminal.

—¿Vassily? —De nuevo se escuchó la suave voz de Charity a través de los altavoces. Oír su voz le producía un extraño dolor a Nick, como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho. Por suerte ella había notado algo, a pesar de que malinterpretara el motivo—. ¿Supondrá un problema? ¿Van a asistir demasiados invitados? Porque podría renunciar a mi invitación en caso de que no puedas acomodar a todos.

—No, no, querida. Por supuesto que no será necesario. No se me ocurriría no contar contigo. Verte disfrutar es lo que me alegra la velada. Tu amigo es bienvenido, si es que puede venir. ¿Le gusta la música clásica?

Se produjo un silencio repentino. Nick se dio cuenta de que Charity ignoraba si le gustaba o no la música. El tema no había surgido. De hecho, no había surgido mucho más, aparte de su polla empalmada durante todo el fin de semana.

—Sí. Sí, claro que le gusta. —Mentir se le daba de pena.

—Entonces, perfecto, querida —dijo Vassily con suavidad—, naturalmente que puede venir. Cualquier amigo tuyo es amigo mío.

Ni en un millón de años, hijo de puta.

—Gracias, Vassily. Nos veremos el jueves.

—Sí, querida. Estoy deseando darte la bienvenida. —Hizo una breve pausa—. Daros la bienvenida a ambos. —Worontzoff esperó a que ella colgara y luego apretó un botón para poner fin a la conexión.

Se hizo el silencio. Luego sobrevino una explosión de sonido, una palabra de dos sílabas. Nick miró a Alexei.

—¿Que ha dicho?

—*Pizdets* —respondió el aludido.

—Gracias, Alexei —dijo Di Stefano, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y qué significa?

Los ojos de Alexei destellaban.

—Mierda.

Charity colgó el teléfono de la biblioteca, preguntándose si había hecho o no lo correcto.

Vassily no parecía contento. En absoluto. Conocía los diversos matices de su voz y su tono sugería que no le agradaba invitar a Nick. Vassily vivía en una casa amplia, en una mansión, en realidad, y lo que él

denominaba sala de música era enorme. Pero le había dicho que no quería a más de treinta personas y seguramente ya había invitado a tantas como creía que podría albergar la estancia de forma confortable. Contrataba un servicio de catering para las veladas y, con toda seguridad, la empresa ya habría sido informada del número exacto de asistentes.

Vassily era un hombre encantador. Había enriquecido su vida en tantos sentidos, que le era imposible enumerarlos. Sin embargo, también reconocía que tenía un lado oscuro, una dureza tan pronunciada que la sorprendía. Parte de ese lado oscuro era que no le gustaba que le contrariasen, en ningún sentido.

Charity lo respetaba. De su madre había heredado la habilidad de captar la naturaleza de las personas y de su padre la de evitar enojar a aquellos que tenían una personalidad complicada. Charity sabía bien cuándo debía tener la boca cerrada, y así lo hacía.

Con Vassily era más sencillo que con la mayoría de la gente con la que se relacionaba y que ponía a prueba su paciencia, como el alcalde o la señora Lawrence. Por testarudo que se mostrara, se había ganado cada defecto de su carácter, y tenía todo el derecho de tener ese lado oscuro.

Vassily nunca hablaba de su vida anterior, pero su cuerpo era prueba evidente de que había sufrido. Tenía las manos destrozadas y grotescamente surcadas de cicatrices, sin uñas. Una fina y profunda cicatriz le bajaba desde la sien hasta la mandíbula, esquivando su ojo. Estaba incapacitado para levantar el brazo derecho más arriba de su pecho y su cojera se agravaba en invierno a causa de la humedad. ¿Y cuándo no había humedad en Vermont durante el invierno?

Resultaba fascinante para todos los que le rodeaban; era, después de todo, uno de los más grandes escritores que había dado el siglo veinte. Un hombre cuya compañía buscarían en cualquiera de las grandes

ciudades del mundo, y que, inexplicablemente, había elegido recluirse en una pequeña localidad de Vermont.

No obstante, nadie podía devolverle los años perdidos y su mermada salud. Por famoso y rico que hubiera llegado a ser, había pasado por un infierno.

De modo que Charity le perdonaba todo a Vassily: su malhumor, su duro corazón de granito, su lado oscuro. No tenía derecho a juzgarle, y no lo hacía.

Tal vez no debería haberle preguntado si Nick podía acompañarla. Por lo visto, aquello era violar la etiqueta de Vassily. Lo que sucedía era que, con cada día que pasaba, estaba más segura de que Nick no tardaría en marcharse. Después de todo, ¿cuántas oportunidades de negocio podría haber allí para un inversor? Por inteligente que fuera, seguramente se estaba quedando sin lugares que explorar. Y una vez que eso sucediera, ¿qué más podría retenerle allí?

Charity no se hacía ilusiones sobre ellos dos como pareja. No había nada que lo atara a Vermont. Tenía dinero, salud, y era increíblemente atractivo. Un soltero asentado en Manhattan, con un encanto intensamente viril y con carisma. Por no decir que era un amante extraordinario.

Tenía el mundo a sus pies.

No existía ninguna razón para quedarse allí con una bibliotecaria de pueblo, que llevaba una vida tranquila y que era responsable de dos parientes ancianos y frágiles, que le consumían tanto tiempo, o tal vez más, que si fueran dos niños pequeños.

Charity tenía una vida limitada, restringida en todos los sentidos. No así Nick, que tenía todas las posibilidades a su alcance.

De modo que Nick no tardaría en marcharse. Puede que el jueves ya lo hubiera hecho, y tal vez se había humillado en vano, pidiéndole ese favor a Vassily en beneficio de un hombre que incluso podría haberse ido ya.

La sola idea de pasar una noche sin Nick, incluso una de las veladas musicales de Vassily, que tanto adoraba, resultaba doloroso en extremo. Lo que significaba, por supuesto, que iba a sufrir enormemente en un futuro inmediato.

CAPÍTULO 13

*Parker's Ridge**21 de noviembre*

Estaba pensando en Nick —fantaseando, en realidad—, cuando de pronto apareció, como por arte de magia.

Nick. «Su» Nick. Qué pensamiento tan reconfortante, por mucho que se reprendiera por tenerlo.

Su Nick.

No era suyo, y de serlo, tan sólo era algo temporal. Pero pese a todo... se sentía maravillosamente pensando en ello.

Había sido un día de poca actividad en la biblioteca. Había dejado de nevar alrededor del mediodía, pero el cielo plomizo prometía más, en cuanto la temperatura descendiera al caer la noche. Los pocos que se aventuraban a salir de sus casas y despachos lo hacían por motivos más acuciantes que el devolver un libro.

Entrar a trabajar esa mañana había sido un gran impacto después del intenso fin de semana compartiendo sexo e intimidad con Nick, los dos guarecidos en su casa, aislados del mundo exterior.

Aquellos días la habían cambiado por dentro y por fuera. Se sentía una mujer completamente diferente. Incluso se movía como una mujer diferente; como una mujer que había disfrutado de más sexo en las últimas cuarenta y ocho horas del que había practicado durante los últimos ocho años.

Todo en ella parecía diferente. Cada vez que se movía, sentía su cuerpo. Y, de hecho, «sentía» su vagina. Estaba algo dolorida, sí — Nick era demasiado grande, después de todo—, pero sobre todo, era intensamente consciente de la sensible zona entre sus muslos. Resultaba abrumador. Era una parte de su anatomía en la que jamás había pensado, perfectamente escondida dentro de su cuerpo. Oh, sentía esa extraña punzada cuando leía una novela romántica o veía a sus actores preferidos. George Clooney no fallaba nunca.

Pero aquello era distinto por completo. Cuando se movía, era como si todavía pudiera sentir a Nick, duro y caliente, profundamente dentro de su cuerpo.

Sentía los pechos pesados e hipersensibles. Llevaba puesto un sujetador de encaje que se había puesto al menos cincuenta veces antes sin tan siquiera pensar en ello. Hoy, podía sentir el dibujo del encaje contra sus pechos, y sus pezones estaban duros. Nick se los chupaba con frecuencia y también se habían vuelto hipersensibles.

Pero no sólo era cuestión de sus zonas erógenas, pese a que, naturalmente, habían sido estimuladas más de lo que jamás había experimentado. No, lo que le sorprendía era que otras partes menos obvias de su anatomía parecían haber cobrado vida.

Sus tobillos, esbeltos y frágiles al final de sus piernas. Nunca jamás había pensado en ellos. Y sin embargo, la noche anterior Nick los había besado una y otra vez, diciendo que no había visto en toda su vida un par más bonito. Desde entonces, se había pillado a sí misma bajando la vista a sus tobillos y sonriendo.

Su cuello. ¡Vaya! Había resultado ser uno de sus puntos más erógenos. ¿Quién iba a pensarlo? De algún modo, Nick lo había sabido. A Charity le entraban escalofríos cada vez que él posaba los labios en un punto en particular bajo su oreja.

Estaba pensando en eso, en la forma perezosa con que Nick le lamía el cuello esa mañana mientras le torturaba el pezón con el pulgar, cuando lo vio surgiendo de pronto de la gélida niebla.

Estaba mirando distraídamente por el gran ventanal de la biblioteca, pensando en él y, por un momento, la escena pareció sacada de una película.

El hombre corpulento y atractivo, de cabello negro y ojos azules, alto y fuerte, saliendo de entre la bruma. Caminaba igual que un pistolero, con su pesado abrigo arremolinándose en torno a sus piernas, mirando a derecha e izquierda, comprobando la situación. Nick era sumamente consciente en todo momento de su entorno, como si fuera un centinela o un soldado más que un empresario.

Mientras contemplaba cómo surgía de la niebla, por un segundo pensó en lo intensamente masculino que era. Y luego, en una intensa explosión de orgullo, pensó que aquel hombre tan atractivo era suyo. Señoras, aparten las manos de él. Es mío.

Mientras cruzaba la calle, Nick alzó la mirada y se encontró con la de Charity, cuyo aliento se atoró en su pecho.

El tiempo se detuvo. Su corazón palpitó con más fuerza, resonando con claridad en sus oídos. Le observó, paralizada, mientras él cruzaba la calle. Sus largas zancadas, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, con la cabeza descubierta. Caminaba justo debajo de una farola y su débil luz hizo brillar su pelo con reflejos azulados.

Cada zancada de Nick era seguida por un golpe sordo en el pecho de Charity a medida que él se aproximaba, más y más, sin apartar ni un solo momento la mirada de ella a través del ventanal de la biblioteca.

Mientras la joven contemplaba cómo Nick la observaba, su cuerpo se preparó para él. Sentía la piel febril, hormigueante. Su sangre corría densa por sus venas, al ritmo de las zancadas masculinas. Sus muslos se

tensaron y su vientre se contrajo. Notaba los pechos calientes e hinchados, presionando contra su sujetador. Podía sentir los músculos internos de su vagina suavizándose y lubricándose.

¿Acaso Nick sabía lo que estaba sucediendo en su cuerpo?

Parecía adusto, sus labios eran una fina línea y su mirada estaba clavada en ella. Sus ojos brillaban con un místico azul cobalto que la penetraba.

Durante un momento desapareció de la vista y luego apareció en la puerta, abriéndola para dejar pasar una ráfaga de viento frío. Charity agradeció el golpe de aire frío sobre su piel, refrescándola, porque cuando Nick cruzó la puerta, sintió un estallido de calor interno tan potente que era igual que andar por delante de una caldera.

Nick no alteró su paso y no la saludó. Abarcó con una sola mirada la biblioteca vacía y acto seguido la asió del codo, llevándola hacia la parte trasera.

Su mano no le hacía daño, pero era imposible soltarse. Charity tuvo que esforzarse por seguirle el paso.

Llegaron al fondo de la biblioteca antes de que pudiera aclarar sus pensamientos.

—¿Nick? ¿Qué estás...?

Lo que hacía quedó claro cuando la hizo entrar en el almacén y cerró la puerta. Tan sólo había una bombilla de 20 vatios en el techo, pero bastaba con eso para ver su expresión.

El corazón se le aceleró.

Nick avanzó lentamente y Charity retrocedió. No a causa del miedo, sino excitada al ver el deseo en sus ojos. Se detuvo cuando su espalda

topó con algo y, un segundo después, las manos de Nick golpearon contra la pared a cada lado de su cabeza.

Se inclinó sobre ella mientras los párpados de Charity se cerraban, echando la cabeza hacia atrás. Esperaba uno de sus demoledores besos, pero él se detuvo justo antes de amoldar su boca a la de ella. Charity podía sentir su cálido aliento sobre su rostro.

—Hola, preciosa —susurró.

Charity sonrió sin abrir los ojos.

—Hola —respondió con un hilo de voz.

—¿Me has echado de menos?

Todo su ser le había extrañado.

—No sabes cuánto.

Nick presionó todo su cuerpo contra el de ella.

—Oh, sí —dijo en voz baja—. Claro que lo sé.

Su abrigo helado causó impacto en la desnuda piel enrojecida de Charity. Contra las espinillas, las muñecas, las mejillas... Nick se apretó con mayor fuerza contra ella, introduciendo los pies entre los de Charity, de modo que se viera obligada a separar las piernas.

Le agarró la falda con sus grandes y frías manos y comenzó a subírsela, dejando un ardiente rastro en sus muslos con sus nudillos helados. Charity tuvo que aferrarse a las solapas de su abrigo para mantener el equilibrio.

No abrió los ojos; no podía. Todo su ser estaba concentrado en su interior, en todas las sensaciones que suscitaban el pesado, fuerte y frío cuerpo de Nick.

El calor consumía sus entrañas y el frío impactaba contra su piel. El suave tejido de cachemir del abrigo contrastaba con la aspereza de las manos de Nick.

Su falda comenzó a subir y pudo sentir la frialdad de sus ropas contra los muslos.

Nick la presionaba con tal fuerza ahora, que Charity podía sentir su poderosa erección a través de las capas de ropa. La joven lanzó una breve carcajada. —Has estado pensando en esto. El le acarició el cuello con la nariz. —Oh, sí —susurró.

Charity se movió un poco, rozando su pubis contra su erección, sintiendo cómo se alargaba y engrosaba aún más. Dios, iba a estallar.

—¿Pensabas...? —Inspiró profundamente cuando él le mordisqueó la piel detrás de la oreja—. ¿Pensabas en esto en la nieve?

Nick tenía la nariz en su cabello, la boca contra su oreja. Charity pudo sentir su aliento entrecortarse cuando descubrió que llevaba medias hasta el muslo. Su mano cesó de moverse y su pene vibró contra ella.

Se había puesto esas medias a sabiendas de que tendría frío cuando se marchara de la biblioteca, pero sabiendo, también, que a Nick le excitaría cuando llegaran a casa.

¡No se le ocurrió que lo descubriría en la biblioteca!

—Dios. —Sus manos, más calientes ahora, hallaron la piel desnuda entre el final de las medias y sus bragas. Ni siquiera el invierno de Vermont lograría que Nick tuviera frío por mucho tiempo—. Te las has puesto para volverme loco, ¿no es verdad?

—Mmm. —De hecho, así era.

Nick ahuecó la mano sobre los delicados tejidos de su sexo, presionando ligeramente con el dedo corazón. La seda de las bragas era una fina capa contra su húmeda hendidura y Charity tembló, lo que provocó que él volviera a estremecerse contra ella.

—Que conste que funciona.

Mantuvo la mano allí, ahora cálida, candente, incluso. Tan sólo la presión de su mano hizo que los muslos de Charity se contrajeran.

El la besaba lenta y profundamente, lamiendo su lengua, sus dientes, con movimientos pausados, imitados por la mano que la acariciaba perezosamente.

Le sentía por todas partes, apretado contra ella, oliendo a nieve, a pino, a Nick. Luego el olor a sexo impregnó el cuarto después de que él se desabrochara los pantalones, originando un débil sonido en la polvorienta habitación cuando su grueso pene emergió.

Charity deseaba abrir los ojos. Le encantaba verlo; una dura columna con gruesas venas, surgiendo de un denso nido de rebeldes rizos negros. Pero sus ojos no le obedecían, no mientras él la besaba con tanta pasión.

La joven retiró su mano de la solapa del abrigo y la bajó hasta amoldarla a su erección. Charity no podía verle, pero podía sentirle. Nick se tensó por entero cuando ella le tocó. Su pene se alargó y engrosó hasta lo imposible. El corazón le palpitaba fuerte y aceleradamente, y Charity pudo sentir su fiero latido, justo en su mano. Con el pulgar cubrió su enorme y redonda cabeza y también Nick se humedeció por ella.

Tal era el poder que Charity tenía sobre él. Apenas un instante después, Nick le arrancó las bragas con brusquedad, y su dedo se deslizó dentro. Charity jadeó y le temblaron las piernas. Oh, Dios, también él tenía poder.

Su dedo la abrió, imitando los movimientos que realizaba con la lengua dentro de su boca, y Charity gimió.

El olor a sexo se hizo de pronto más intenso, a causa de la excitación de ambos. Solamente llevaba un minuto tocándola, pero ella estaba suave y mojada. Su dedo no tuvo problemas para penetrarla. Charity se había pasado el día entero pensando en él y su cuerpo llevaba todo el día preparado.

Nick retiró el dedo, pasándole la yema alrededor del clítoris, preparándola.

—Tú también has estado pensando en mí, cariño. —La penetró lentamente con los dedos y luego se retiró. Charity gimió sintiéndose vacía cuando su mano se apartó del todo—. ¿No es así?

Le estaba preguntando algo y no tenía ni idea de qué. Pero cuando Nick la tocaba de ese modo, sólo había una respuesta posible.

—Sí.

Nick se estremeció. Ella lo sintió por todo su cuerpo.

Se escuchó el sonido de un envoltorio al rasgarse y ser arrugado, y Nick se colocó el preservativo. Sus besos eran ahora más febriles, tan apasionados que la joven casi no podía respirar, y tuvo que hacerlo a través de él. La respiración de Nick le entibiaba la mejilla y Charity pudo sentir cómo su amplio torso adoptaba un ritmo más acelerado.

—Levanta la pierna —susurró, bajando la mano por la parte posterior del muslo de Charity. Ella así lo hizo, mientras él la ayudaba a rodearle, abriéndola completamente.

Nick tuvo que doblar las rodillas para colocarse en su abertura, tratando de ir despacio.

Charity podía sentir su férreo control en las manos, pausadas y trémulas; en la gota de sudor que rodaba por su sien; en su áspera respiración. Empujó levemente en su interior y Charity se ciñó en torno a él.

—Dios —murmuró. Cayó otra gota de sudor—. Tiene que ser rápido y con fuerza, cariño, porque estoy a punto de explotar. Llevo todo el día pensando en esto, con una erección realmente incómoda.

Charity rompió a reír, embelesada ante la idea de que Nick se ocupara de sus negocios con una erección. Su risa se vio interrumpida de pronto cuando Nick la penetró hasta el fondo con una única y fuerte embestida.

La joven abrió los ojos de forma desmesurada. Nick tenía los párpados entrecerrados y la miraba de forma penetrante. Un músculo de su mandíbula se contraía con violencia.

—Joder. Lo siento. —Tardó un segundo en recobrar el aliento—. ¿Te he hecho daño? ¿Cariño? —Frunció el ceño al ver que ella no respondía—. Charity, respóndeme. ¿Te he hecho daño?

Charity apenas podía oírle, su voz le venía de un lugar muy lejano, como si estuviera a miles de kilómetros de distancia, en lugar de pegado a ella, hundido en ella. Estaba completamente cautivada con lo que estaba teniendo lugar en su interior, las desbordantes sensaciones que la inundaban y que hacían casi imposible que pudiera respirar. Todas sus terminaciones nerviosas entre sus muslos estaban en llamas al tiempo que se contraía una y otra vez alrededor de la enorme y dura polla que albergaba.

Nick empujó con algo más de fuerza y la tensión se rompió. El mundo de Charity giró sobre su eje, todo dentro de su ser se tensó más y más hasta que, con un suave sollozo, alcanzó el orgasmo en medio de

prolongadas y poderosas contracciones, como si su cuerpo tratara de atraerle más profundamente dentro de sí.

—Dios. —El cuerpo de Nick se sacudió por la sorpresa, y comenzó a moverse dentro de ella con breves y violentas embestidas, a diferencia de la cadencia serena y prolongada con la que habitualmente hacían el amor.

Nick tenía ambas manos en su trasero, sosteniéndola contra él mientras sus poderosos y bruscos envites la hacían golpear contra la pared. Se inflamó en su interior, sus movimientos se tornaron irregulares, casi frenéticos, y entonces también él comenzó a correrse. Apretó los dientes con fuerza cuando gimió, y un mechón de cabello negro le cayó sobre su empapada frente, rebotando contra su piel con cada uno de sus enérgicos movimientos.

Las contracciones de Charity disminuyeron y sus músculos quedaron laxos. Lo único que la sostenía era el pecho de Nick apretado contra el suyo, sus manos en las nalgas, y su pene dentro de ella. Sus brazos cayeron a ambos lados, sin ni siquiera la fuerza necesaria para abrazarse a él.

Se escuchó un ruido débil que fue incapaz de reconocer. Únicamente al sentir el aire frío contra la planta de su pie reparó en que había perdido un zapato.

Era el único lugar donde sentía frío. El resto de su cuerpo ardía de calor, sobre todo allí donde Nick seguía dentro de ella. El se había relajado un poco después de alcanzar el orgasmo, pero no demasiado. Todavía estaba duro en su interior, y le sentía como un fuego candente.

—Dios mío —masculló—. Ha sido... —exhaló—...increíble.

—Sin la menor duda —susurró ella. No podría haberlo definido mejor.

Se apoyaron el uno en el otro. De no haber sido por la pared, ambos habrían caído al suelo. Nick posó la mejilla sobre su cabeza y los labios de Charity dibujaron una sonrisa.

De pronto, el pene palpitó y su vagina se contrajo a su alrededor.

—No —suplicó Charity—. No puedo.

—Yo tampoco. —Nick dejó escapar un suspiro entrecortado contra su cabello, despeinando un rizo—. Me encantaría, pero no puedo. —Se movió ligeramente—. De hecho, será mejor que haga algo antes de que el condón gotee.

Se enderezó un tanto y comenzó a salir de su cuerpo.

—¿Charity? —La aguda voz femenina que les interrumpió desprendía un tono dictatorial, pronunciando el nombre sílaba a sílaba de manera rítmica: Charity. Remarcando la última sílaba—. ¡Charityyy! —Sólo había una persona que pronunciara su nombre de ese modo. La señora Lambert, la antigua directora de la biblioteca—. ¿Dónde estás?

La joven salió de su abstracción. Se quedó inmóvil, horrorizada, mirando los ojos divertidos de Nick.

Ni siquiera podía fingir estar ausente. La puerta no estaba cerrada con llave y su abrigo colgaba en el perchero. La señora Lambert conocía el lugar como la palma de la mano; había pasado cuarenta años trabajando allí.

Terminaría por revisar el almacén, y no había lugar donde esconder a un hombre que medía un metro y ochenta y nueve centímetros.

—¡Suéltame! —susurró Charity empujándolo.

Nick salió de su interior al tiempo que suspiraba y cuando retrocedió, Charity pudo ver su pene inclinado parcialmente erecto. Nick

se lo guardó dentro de los pantalones con otro suspiro, y se los abrochó, haciendo una mueca de dolor. La cremallera resonó en mitad del silencio.

—¡Charity! ¿Dónde estás, muchacha?

Las cómodas botas de la señora Lambert resonaban en el antiguo piso de madera noble. Charity podía seguir cada paso que ella daba. Estaba revisando la sala de visionado, la de lectura. Luego se oyó un discreto toc-toc en la puerta del aseo.

Tan sólo quedaba un lugar por revisar.

—Borra esa sonrisa de tu cara —le advirtió a Nick con un susurro feroz, dando saltitos mientras se ponía el zapato que había perdido, se enderezaba la falta y se peinaba el pelo con los dedos.

Nick adoptó una expresión de seriedad, mordiéndose los labios para no sonreír. Pero sus ojos estaban colmados de diversión.

No pasaba nada porque él se divirtiera; no tardaría en marcharse. Pero Charity iba a pasar allí el resto de su vida, y la señora Lambert era la mujer más cotilla de la ciudad.

La joven contaba incluso con una cláusula de moralidad en su contrato, lo cual le había parecido divertido cuando lo firmó; la idea de infringir la cláusula de su contrato laboral era tan imposible como viajar a Plutón.

Nick se aclaró la garganta y Charity se apresuró a taparle la boca con la mano. Él la miró con los ojos brillantes.

—Ni una sola palabra —dijo con ferocidad—. ¡Ni una sola! Cuando bajó la mano, Nick asintió con una sonrisa.

—Querida. ¿Dónde demonios estás? —Los pasos se aproximaron.

Charity comprobó su falda, se la alisó, se abanicó rápidamente con la mano en un esfuerzo por calmarse, e hizo una mueca de dolor al pensar en sus labios hinchados, y en que no llevaba nada debajo de la falda. Estaba convencida de que el olor a sexo salvaje la rodeaba como si de una nube se tratase.

Bueno, no había nada que pudiera hacer salvo lidiar con la situación.

Alzó la cabeza y tomó aire profundamente. Que comience el espectáculo, pensó. Abrió la puerta, cerrándola con rapidez después de salir.

—Hola, señora Lambert —dijo—. Qué agradable sorpresa. ¿En qué puedo ayudarle?

CAPÍTULO 14

Mansión de Vassily Worontzoff

Jueves noche, 24 de noviembre

En cuanto Nick subió los escalones de granito y atravesó la enorme puerta de la casa de Worontzoff —«palacio» sería un término más apropiado—, se le erizó el vello de todo el cuerpo.

No había ningún motivo obvio para ello, ni para que se le estuviera helando la sangre. Ni tampoco para la descarga de adrenalina que recorría su espalda.

Todos aquellos que subían la escalinata y entraban en la casa eran gente elegante y acaudalada. Ciudadanos modélicos. Expertos en cultura.

El vestíbulo estaba inundado por un murmullo de voces cultivadas que se mezclaban con el rumor originado por diestros sirvientes que recogían abrigo, ofrecían bebidas e instaban a los invitados a dirigirse hacia el gran hall de recepción.

Nick reconoció al gobernador de Vermont, a dos senadores de grandes Estados, a un magnate de la informática y a un famoso director de cine. Todos los demás parecían ser famosos. La edad media era de cincuenta años, y sus ingresos debían rondar varios millones de dólares al año.

Eso era todo.

Estaba en el vientre de la bestia.

Ahí era donde Nick destacaba. Daba lo mejor de sí en situaciones límite, en el centro del peligro. Ya había pasado por aquello en muchas ocasiones. Destruir el mal desde dentro era el objetivo de estar infiltrado.

Ahí era cuando aumentaban las excepcionales habilidades con las que había nacido, aquéllas que le habían hecho ganarse el apodo de Iceman. Era igual que poseer un sexto sentido y, una vez que se ponía en marcha, sus pensamientos, visión y audición se potenciaban. Era extraordinariamente consciente de su entorno y todo su cuerpo se transformaba en una máquina de rápida reacción. Podía mostrarse frío y sereno por fuera, mientras que por dentro su cabeza se abría paso a través de la compleja geometría de la traición.

Mientras los petulantes y ufanos asistentes al concierto engullían los entremeses y se bebían el champán francés de Worontzoff, felicitándose por estar invitados en casa del gran hombre, Nick los analizaba con minuciosidad.

El noventa y cinco por ciento de los asistentes eran inocentes cual corderitos, justo en el momento de entrar en el matadero. No tenían la menor idea de en qué se metían.

Creían estar entre sus iguales. No era así. Estaban en compañía de monstruos.

Le sorprendía cómo la gente podía estar cerca de un depredador sin siquiera imaginar que éste era diferente.

Un anciano caballero con un bastón de ébano coronado con un orbe de plata tomó una copa de la bandeja que le ofrecía uno de los acólitos de Worontzoff. No reparó en el tatuaje de alambre de espino visible bajo el puño de la camisa blanca como la nieve ni en el ligero bulto que se apreciaba bajo la axila del hombre que sostenía la bandeja. A buen seguro que el esbirro tenía una pistolera de refuerzo en el tobillo y una

navaja enfundada a la cadera. Por no mencionar una barra de acero en la elegante faja del frac.

Era un agente, no cabía duda. Cabello gris cortado al cero, cicatriz de navaja a lo largo de la mandíbula, de unos cincuenta años y más en forma de lo que cualquier veinteañero podía esperar estar.

El ingenuo anciano tomaba una copa de la bandeja que el cabeza rapada sostenía, sin ser consciente de que con una sola palabra de Worontzoff, aquel tipo le rebanaría el pescuezo.

Pero Nick sí era consciente. Se había pasado toda la vida cerca de personas como el camarero y todos sus sentidos estaban en alerta máxima.

De modo que se paseó con la mano en la parte baja de la espalda de Charity, no del modo en que lo haría un caballero, para guiarla con delicadeza y marcar su territorio, sino porque estaba preparado para arrojarla al suelo en cualquier momento y sacar su arma a la primera señal de peligro.

—¡Charity! Querida, me alegro de verte. —Nick se puso tenso cuando Worontzoff se apartó de un grupo formado por políticos, hombres ricos y periodistas que estaban al fondo de la estancia, para acercarse cojeando lentamente a Charity. Los hombres y mujeres con quienes había estado departiendo el anfitrión estiraron el cuello para ver quién podía ser más importante que ellos.

Nick había observado a Worontzoff desde la furgoneta y había estudiado cientos de fotografías. Éstas no le hacían justicia.

No era alto —Nick le sacaba una cabeza—, pero tenía una presencia impactante, magnética, que hacía que las cabezas se giraran y las conversaciones cesaran. Si no se tenían en cuenta sus manos, podía incluso considerársele un hombre atractivo, con un cabello leonino rubio canoso, ojos azul claro y altos pómulos eslavos.

Se dirigió directamente hacia Charity con sus extraños andares, ignorando a todo aquel que trataba de llamar su atención mientras cruzaba la enorme sala.

Charity estaba sonrojada de placer, dado que era claramente el centro de la atención del gran hombre. Se escuchó un murmullo de curiosidad por saber quién era la mujer, y seguidamente Worontzoff estuvo frente a ella, inclinándose para depositar un leve beso en su mejilla.

Nick apretó los dientes, pero no podía hacer nada al respecto sin parecer un estúpido. Fue un beso paternal, aunque no había nada de paternal en la cara de Worontzoff cuando se enderezó.

—¡Querida, estás radiante! Más hermosa que nunca. ¿Qué has estado haciendo?

Su tono era casual, pero la mirada que le lanzó a Nick era afilada como un sable. Sabía perfectamente lo que la joven había estado haciendo y por qué estaba radiante.

Charity se agarró al brazo de Nick.

—Vassily, me gustaría presentarte a mi amigo, Nicholas Ames.

Worontzoff sonrió mirando a Nick fijamente a los ojos. Estos eran claros como el cristal e igual de fríos.

—Es un verdadero placer conocerle, Señor Ames. Cualquier amigo de Charity es amigo mío, como suele decirse. Perdona que no le estreche la mano. —Sostuvo en alto una de sus destrozadas manos, surcada de manchas rojas y cicatrices—. En una ocasión tuve... una pequeña pelea con un guardia de la prisión.

No te preocupes, hijo de perra. No te estrecharía la mano aunque tuviera una pistola apuntándome a la cabera, pensó Nick.

Aquel pensamiento podría resultar peligroso. Estar encubierto significaba creer la historia de tu tapadera con cada fibra de tu ser. Comías, bebías y dormías con ello.

Nicholas Ames, ejecutivo neoyorquino, se sentiría absolutamente encantado de conocer a un hombre famoso, a alguien que no conocería normalmente. Los corredores de bolsa vivían a costa de sus contactos y éste era uno de los buenos. Como mínimo, Nicholas Ames podría jactarse de haber conocido a un candidato al premio Nobel.

Nick tenía que volver a meterse de inmediato en el personaje o pondría en peligro no solo a sí mismo, sino también a Charity.

Respiró tal como lo hacía cuando disparaba. Tomando prolongadas y relajadas bocanadas de aire, para asegurarse de disminuir su ritmo cardíaco y adoptando una expresión tan carente de emoción que pareciera que estuviera solo en la habitación.

Asintió con la cabeza al tiempo que miraba las manos de Worontzoff.

—No hay problema, señor. Estoy encantado de conocerle. Charity me ha hablado mucho de usted.

Worontzoff se volvió hacia Charity.

—¿Es así, querida? —Posó la pinza que tenía por mano sobre el antebrazo femenino.

A Nick se le erizó el vello de la nuca al ver la expresión del rostro de Worontzoff al mirar a Charity.

El instinto de Nick —feroz, inmediato, primitivo— le pedía que desviase la atención de Charity, del mismo modo en que una madre osa aleja a un cazador de la guarida donde están durmiendo los oseznos. ¡Aparta la mirada de ella, hijo de puta! ¡Mírame a mí!

—Sí. —Nick elevó la voz lo suficiente para ser escuchado. Lo suficiente para hacer que Worontzoff le mirara a él de forma instintiva—. Dijo que era como un padre para ella. Es muy amable por su parte dejarme venir esta noche, aunque, si le soy franco, no sé mucho sobre música clásica. Dejaré que Charity me cuente lo que va sucediendo.

Tras decir aquello sonrió ampliamente, actuando como un ejecutivo despiadado, interesado principalmente en la mujer cuya cintura estrechaba con firmeza.

—Sí, por supuesto. —Worontzoff clavó la mirada en la mano de Nick sobre la cintura de Charity, y luego la alzó hasta su cara. Asintió con gravedad, algo que no hubiera estado fuera de contexto en una corte imperial—. Bien, sólo me queda desearles que pasen una velada agradable. Espero que disfrute de la música, señor Ames. Charity.

Se alejó como si se tratase de un emperador que les hubiera hecho el honor de concederles una audiencia.

El plan había consistido en que Nick deambulase por la casa. La palaciega mansión era demasiado antigua para que existieran planos de ella. Tenían una idea general del trazado, pero la labor de Nick era explorar tanto como le fuera posible.

El traje hacía imposible llevar una cámara incorporada, pero llevaba una integrada en su reloj de pulsera, que descargaría las imágenes en el equipo de la furgoneta mientras Nick dibujaba la primera planta a partir de lo que hubiera logrado ver. Los mapas eran su especialidad.

De modo que lo que ahora necesitaba era moverse por el lugar, sin embargo, era reacio a dejar sola a Charity. Encontró un amplio grupo de hombres y mujeres de aspecto aburrido departiendo sobre la política presidencial y la dejó con ellos.

—Tengo que ir al baño —le susurró al oído—. Enseguida vuelvo. No te muevas.

Ella le sonrió y asintió en silencio.

Nick examinó a cada uno de los tipos que componían el círculo, mirándolos a los ojos y enviándoles un mensaje subliminal —«cuidad de ella»—, antes de dirigirse al fondo de la habitación.

Se le daba bien explorar cualquier tipo de terreno. La gran oportunidad en el caso del narcotraficante había surgido cuando se coló en su despacho por décima vez y descubrió el punto de embarque donde casi una tonelada de cocaína iba a ser intercambiada por diez mil rifles del ejército, que esa misma noche pasarían a manos de los rebeldes somalíes, con un margen de beneficio neto del cien por cien.

El equipo de élite de la Unidad había vigilado el intercambio, confiscado la cocaína y acabado con los terroristas involucrados.

Una operación perfecta. El director de la Agencia podía darse por satisfecho.

Moverse como un fantasma por la casa de Guillermo había resultado sencillo. El narcotraficante había carecido casi por completo de autocontrol, y las noches que no estaba hasta arriba de tequila, se ponía hasta las cejas de su propio producto, al igual que sus guardias.

Sortearlos había sido fácil.

Aquella situación era completamente diferente a la actual, en la que los guardias no tenían un solo gramo de cocaína en el cuerpo. Estaban por todas partes, sobrios y ojo avizor.

Nick apenas había cruzado el umbral de la sala cuando se le acercó un criado.

—¿Puedo ayudarle, señor? —le preguntó con acento de Inglaterra.

Nick se balanceó sobre los talones y se guardó las manos en los bolsillos mientras sonreía, cerciorándose de que la esfera de su reloj quedara expuesta y enfocara al hombre.

—Sí. —Miró a su alrededor con admiración—. Es una casa enorme y hay muchas obras de arte. —Sonrió de oreja a oreja como un bobo y se inclinó hacia delante, como si compartiera un secreto—: Busco el baño, ¿puede indicarme dónde está?

Bien, ya lo había grabado. Si el gorila estaba buscado en alguna parte del mundo libre, su cara daría como resultado un nombre.

El criado inclinó la cabeza con gravedad.

—Al final del pasillo, la última puerta a la derecha, señor.

—Bien —dijo Nick animadamente. Podría dar la vuelta a la esquina y ver qué otras habitaciones había. Avanzó y se encontró de frente a un hombre de acerados ojos gris oscuro, impertérrito e inamovible.

Acababa de toparse con un muro de ladrillo y Nick no podía atravesarlo sin desenmascararse.

—Permita que le muestre el camino, señor. —El hombre se giró sin esperar una respuesta y comenzó a caminar.

Las cosas no podían ir peor. Aquellos hombres no permitirían que nadie deambulara por la casa. Ni siquiera un solo segundo.

Tal vez se tratara tan sólo de protegerse contra un robo, debido a la enorme cantidad de obras de arte que contenía la mansión. Aquel lugar hacía que la casa del juez Prewitt pareciera una favela brasileña.

Jarrones antiguos iluminados en vitrinas, alfombras persas de seda delgadas como el papel, tapices de seda, cuadros de Monet y Picasso...

Muy civilizado, en efecto. La residencia de un hombre erudito y con buen gusto. La clase de casa que no se podía comprar sólo con dinero.

Todo el lugar le provocaba escalofríos, una sensación de incomodidad tal, que por un segundo pensó que iba a vomitar.

Cada objeto que veía había sido comprado con incalculable sangre y sufrimiento. Cada pieza del mobiliario, las paredes repletas de libros y cuadros, todo lo que allí había era fruto del crimen, comprado con el cuerpo de alguna víctima. Nick se sentía del mismo modo en que lo había hecho en casa de Guillermo: como si caminara sobre huesos humanos.

Sin levantar la cabeza, gracias a su visión periférica, vio diminutas cámaras de vigilancia empotradas en las molduras del techo cada metro y medio. En el baño vio otra, y se obligó a orinar unas gotas.

Vagar por la casa era del todo imposible, así como colocar micrófonos. Sólo iba a poder echar un vistazo al gran recibidor, al cuarto de baño y, supuestamente, a la sala donde tendría lugar el concierto. Eso era todo.

Cuando Nick salió del aseo, el tipo no se molestó en fingir que no le estaba esperando. Sin mediar palabra alguna, siguió a Nick hasta la estancia que todavía bullía de damas y caballeros de la alta sociedad que disfrutaban de la compañía de su anfitrión y champán. Veuve Cliquot, nada menos.

Nick no podía permitirse el lujo de tomarse ni siquiera media copa. No por razones de seguridad —de hecho, no beber nada en una reunión semejante llamaría la atención y comprometería la misión más que darse el capricho—, sino porque los ácidos que se revolvían en su estómago no le permitían tomar ni una sola gota del caro champán. Acabaría por vomitarlo, y eso no sería digno de un agente secreto.

Nick apenas reconocía su propio cuerpo. El peligro no hacía que perdiera el control, no le hacía sudar o que se le revolviera el estómago.

El peligro hacía que se centrara, que se mostrara impasible, frío y controlado, que sacara sus mejores cualidades. Que fuera el hombre de hielo que había sido siempre.

Pero, por primera vez en su vida, estaba hecho un manojo de nervios. Las señales que percibía del mundo exterior —guardias armados por doquier, cámaras de vigilancia—, no eran la causa. Esas señales tan sólo confirmaban que se enfrentaba a unos peligrosos criminales. Lo que le tenía inquieto era algo intangible, una incesante sensación de desasosiego que le resultaba imposible ignorar, y que tenía que ver con la presencia de Charity en aquel lugar.

Worontzoff había empleado el tiempo que él había estado ausente de la sala para separar a Charity de los otros invitados y llevarla a un rincón apartado. Nick los vio de inmediato, nada más cruzar el umbral.

La joven estaba de pie junto a la pared con Worontzoff, que estaba de espaldas a la multitud, aislándola de todos. Charity no veía la situación de ese modo, sino que le sonreía mientras conversaba animadamente con su bonita cara ruborizada a causa de la emoción.

Su lenguaje corporal no indicaba angustia en modo alguno, pese a encontrarse a escasos centímetros de distancia de un monstruo. Los monstruos no habían formado parte de su vida hasta aquel momento y ella creía que Worontzoff era humano.

De ningún modo le sonreiría si supiera la mitad de las cosas de las que aquel hombre era capaz.

Worontzoff le puso el brazo sobre los hombros y la sonrisa de la joven se hizo más amplia. Después se inclinó para susurrarle algo al oído y la risa de Charity se elevó en el aire, haciéndose audible en toda la estancia.

Todas y cada una de las células del cuerpo de Nick se rebelaron. Tuvo que detenerse y tomar aire, pues lo que deseaba hacer era echar a

correr, romperle el brazo a Worontzoff, echarse a Charity al hombro y salir de allí como alma que lleva el diablo.

Su sexto sentido vibraba por la necesidad de sacar a Charity de allí. Su mano fue a por un arma que no podía utilizar mientras la adrenalina fluía por su cuerpo sin una válvula de escape posible.

Por lo general, sus presentimientos eran bastante sutiles; una vaga sensación errática en vez de insistente. Pero no había nada de sutil en aquello. Era una alerta roja evidente, la sirena de un submarino sonando implacablemente justo antes de recibir el impacto de un misil.

Parte de aquello eran celos, naturalmente. Dos horas antes, había dejado un sendero de besos por los hombros de Charity, justo donde ahora descansaba el brazo de Worontzoff. Había besado y succionado ese bonito pecho que se apretaba contra la chaqueta del traje del ruso, con tanta frecuencia, que lo sentía suyo.

De modo que, sí, estaba celoso. Aunque los celos no eran algo que hubiera sentido con anterioridad, por lo que tardó un segundo en reconocer la sensación.

Odiaba que otro hombre la tocara con sus manos, que le hiciera reír, que invadiera su espacio.

Aun así, se trataba de algo más que celos. Le acompañaba un burbujeante terror subyacente, acusado y penetrante. Worontzoff estaba obsesionado con ella, con la mujer que podría haber sido la reencarnación de su Katya.

Pero era una fantasía. Charity sólo se parecía a Katya físicamente. Era otra mujer completamente distinta, y en el instante en que Worontzoff se diera cuenta al fin de que su Katya estaba muerta para siempre y que Charity jamás podría ocupar su lugar, todo estallaría.

Cuando Worontzoff se movió para poder acercarse más a Charity, que estaba de perfil a Nick, éste pudo ver con claridad lo que antes quedaba oculto.

Una erección. El muy cabrón tenía una erección. Esta quedaba parcialmente disimulada por su chaqueta, pero era inconfundible. Por suerte, la joven no reparaba en nada mientras sonreía y charlaba con Worontzoff. Conociéndola, estaría hablando sobre algún buen libro que hubiera leído, el concierto o su jardín. No tenía idea de nada.

La gente ingenua acababa muerta en compañía de monstruos, y lo hacían de manera terrible. La bonita cabeza de Charity estaba llena de literatura y música, de amor por sus tíos y amabilidad hacia sus amigos. Ignoraba por completo cómo era el mundo. Desconocía que el hombre con quien probablemente estaba discutiendo acerca de conciertos podría colgarla de un gancho de carnicero, tal como había hecho con la mujer que testificó contra su delegado en Belgrado, Milic.

Nick fue quien descolgó a la mujer del gancho y la bajó al suelo. El hombre que dirigía la red de prostitución respondía directamente ante Worontzoff.

Cuando la locura de Worontzoff se atemperara, cuando finalmente se diera cuenta de que Charity no era su amor perdido, sino una pequeña bibliotecaria, su venganza sería rápida y aterradora.

La imaginación calenturienta de Nick podía conjurar un buen número de horripilantes escenarios. Puede que cualquier día alguien descolgara el cuerpo de Charity de un gancho de carnicero.

La idea le volvió loco e hizo que todo su ser se estremeciera de terror, que su corazón se desbocara.

El no estaría allí para protegerla. De un modo u otro, no tardaría en marcharse, dejando a Charity a los lobos como si fuera un cordero.

Nick apretó los puños y, durante un segundo, se olvidó de mantener su reloj de pulsera en posición de grabar sus alrededores. Observó a Charity y deseó con toda su alma que se marchara. Que le diera la espalda al monstruo y se marchara.

Ahora podía protegerla. Destapar su tapadera y ponerla en custodia preventiva hasta que hubieran encerrado a esos cabrones. Aunque aquello significara arrebatársela para siempre su vida, merecería la pena. Una vez que la imagen del cuerpo quebrado y sin vida de Charity floreció en su mente igual que una planta venenosa, no pudo deshacerse de ella.

Déjale, le ordenó Nick en silencio desde el otro lado de la habitación. Sal de aquí. Huye, si en algo aprecias tu vida.

Como si pudiera presentir el peligro, la espalda de Worontzoff se puso rígida y volvió la cabeza demasiado deprisa para que Nick apartara la mirada, o borrara la expresión de odio de su cara.

Sus miradas se cruzaron y sostuvieron.

Nick pudo sentir la ráfaga de frialdad desde el otro lado de la sala y se le encogió el estómago cuando Worontzoff se giró de nuevo hacia Charity sonriendo y tendiéndole el brazo. Desde la otra habitación llegó el sonido de los músicos afinando sus instrumentos. Worontzoff le lanzó una mirada a uno de sus matones, vestido como un criado, y se escuchó el tintineo de una campanilla de metal.

—Damas y caballeros —dijo Worontzoff alzando la voz—, el concierto dará comienzo dentro de cinco minutos. Tengan la amabilidad de ocupar sus asientos.

Tras dirigirle una última mirada asesina a Nick, aguardó a que Charity posara su bonita mano sobre su brazo, y acto seguido la escoltó hasta la sala de música.

Nick los siguió rechinando los dientes y con las manos sudorosas y temblorosas.

El concierto había sido exquisito. Cha se había superado, haciendo que su arco obrara magia en la habitación. El mundo había dejado de existir para Vassily, quien sintió como si estuviera solo con Katya, escuchando la sublime música, igual que en los viejos tiempos.

Ahora descansaba en su sala de estar. Pese a que la enorme chimenea ardía, el fuego apenas era capaz de entibiar el frío que nunca le abandonaba. Vassily levantó su copa de vodka y tomó un trago, dejando que el recuerdo de la música le recorriera, marcando el ritmo con la mano sobre el grueso brocado de seda del reposabrazos del sofá.

Ah, dinero y poder. No había nada igual. Podía comprarlo todo, incluyendo el resucitar a Katya de su tumba.

Vassily cogió su púa y pulsó ligeramente un botón en la mesa que se encontraba a su lado. De inmediato, se escuchó una suave llamada a la puerta y entró Ilya.

—Ven, amigo mío —le apremió Vassily—. Sírrete una copa.

Ilya así lo hizo. Se rellenó la copa y después se sentó en la butaca que estaba junto al sofá. Apuró el vodka de un trago y se sirvió otra generosa copa. Vassily conocía el consuelo que el alcohol le proporcionaba a su amigo y empleado, y nunca le negaba su alivio. Ilya tenía mucho que olvidar. Ambos lo tenían.

Vassily sabía que su amigo le comprendía.

—¿Qué has averiguado esta noche? Uva respondió sin demora.

—Nicholas Ames. Treinta y cuatro años. Retirado de una corporación americana, Inversiones Orion. Conduce un Lexus con matrícula de Nueva York. Es propietario de un ático en Manhattan, en la avenida Lexington. Se le estima un patrimonio algo superior a dos millones de dólares. Sin antecedentes criminales. Es todo lo que tengo por ahora.

Era suficiente. ¡Bravo, Ilya!

—Necesito que se haga un trabajito —dijo Vassily. Trabajito; *Mokrie déla*. Asesinato. La especialidad del KGB—. Pero que lo haga alguien sin vínculos con nosotros.

Ilya asintió.

—Alguien eficaz, que pueda hacer que parezca un accidente. Quiero que mañana esté hecho. Su amigo le miró.

—Conozco a alguien en Brooklyn que puede ayudarnos, Vor.

—Utiliza un intermediario —le ordenó Vassily con brusquedad—. Nada debe conducirles hasta nosotros. ¿Queda claro?

—Así se hará, Vor. El hombre que tengo en mente no es de los nuestros. Se trata de un asesino a sueldo que trabaja por encargo. Nada nos unirá al incidente.

—Asegúrate de conseguir al mejor. Coge lo que necesites de la cámara acorazada. Dale al intermediario el diez por ciento de la suma final. Que todo se haga con limpieza.

Detrás de una pared falsa en el sótano de la mansión se encontraba una cámara acorazada con veinte millones de dólares en efectivo, divisas extrañas por valor de varios millones más y otros depósitos fantasma útiles para realizar canjes: drogas, diamantes, lingotes...

Vassily imaginaba que utilizar un profesional experimentado, que haría pasar el asesinato de Nick como un accidente, costaría al menos doscientos mil dólares, mas los veinte mil para el intermediario. Además de todo eso, se cercioraría de que Ilya fuera generosamente recompensado con un extra, sin necesidad de decir nada.

Aquello era una nimiedad. Apenas lo que sus empresas en el Caribe producían en una mañana. Katya merecía eso y más.

Katya.

Vassily miró la chimenea, con el corazón latiéndole fuerte y rápidamente. No pensaba cometer el mismo error dos veces. Esta vez se casaría con ella. Ojalá lo hubiera hecho antes. Había creído que tendrían todo el tiempo del mundo. Katya y él habían estado destinados al éxito. Su futuro sólo les deparaba gloria y fama en la nueva Rusia.

En vez de eso, el pasado les había clavado sus garras, hundiéndoles en un agujero lleno de víboras y monstruos. No había tenido tiempo de casarse con Katya, pero esta vez, haría lo correcto.

Esta vez, no la perdería.

Esta vez, Katya sería suya. Para siempre.

CAPÍTULO 15

*Viernes**25 de noviembre*

—¿Y bien? ¿Qué hacemos aquí, Nick? ¿Y por qué no podía ir hoy a trabajar?

Charity miró con preocupación a su amante. Nick tenía líneas de tensión marcadas en torno a la boca, los músculos maxilares apretados y sus manos grandes se aferraban al volante con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Parecía adusto y tenso, como si tuviera conocimiento de noticias nefastas, pese a que a Charity no se le ocurría cuáles pudieran ser.

Sólo mirarle hizo que también se pusiera tensa.

Nick se había mostrado enigmático y distante toda la mañana, aunque frenético con algún plan secreto. Misterioso y acelerado. Había insistido en que se pusiera su vestido más bonito y que llamara a sus jefes para decir que estaba enferma. Él la había presionado, y normalmente Charity hubiera cedido, pero fingir estar enferma era pasarse de la raya. Aquello era deshonesto, y se le daba mal mentir, aunque deseara hacerlo, que no era el caso.

Sin embargo, le debían días de vacaciones, de modo que cedió ante Nick y llamó a la señora Lambert para preguntarle si podía sustituirla.

Estaban aparcados cerca de Adams Square, en el aparcamiento de los juzgados, esperando... algo. Charity no tenía idea de qué ni por qué.

La noche anterior Nick le había hecho el amor de forma... intensa. Salvaje, de hecho. La había arrastrado a un territorio desconocido, a un lugar donde apenas podía reconocerse a sí misma. Si se movía en el asiento del coche, podía sentirle aún dentro de ella.

Parecía que hubiera hecho suyo cada centímetro de su cuerpo la noche pasada. Todavía podía ver su hermoso rostro sobre ella, un mechón de negro cabello cayendo sobre su frente, sus preciosos ojos azules mirando fijamente a los suyos. Su mirada no se apartó de la suya un solo momento mientras la penetraba una y otra vez, reclamándola de todas las formas posibles.

Charity se había sentido tan en sintonía con él, que sabía lo que Nick quería de ella antes de que se lo dijera. Durante toda la noche, se movieron juntos casi como un solo ser. Como una nueva criatura, una fusión de dos cuerpos. Sólo se había quedado dormida en sus brazos poco después del amanecer y se había sentido horrorizada cuando se despertó a las nueve. La biblioteca abría a las nueve y media.

Antes de poder saltar de la cama, Nick la había estrechado en sus brazos, dado la vuelta y penetrado con un único y fluido movimiento. Habían hecho el amor tantas veces a lo largo de la noche que todavía estaba húmeda. Sujetándola con su peso, Nick se había negado a moverse hasta que le prometió que no iría a trabajar y que se marcharía con él para que le diera una sorpresa. No consiguió que él se moviera por mucho que se retorció. Resultó tan frustrante, que al final aceptó y él comenzó a mover las caderas con los ojos brillantes. Nick se echó a reír cuando ella se corrió de inmediato.

Pero el Nick risueño había desaparecido, y un Nick adusto había ocupado su lugar. Había guardado un completo silencio de camino a la ciudad, y ahora estaba allí, sentado en el asiento del conductor, sosteniendo el volante como si le fuera la vida en ello y mirando en silencio por la ventanilla.

¿Qué podría estar mirando? El cielo tenía un color gris plomizo, estaba tan nublado que más parecía de noche que última hora de la mañana, confiriéndole una luz mortecina a todo. A la izquierda, perdida en la niebla, se encontraba el equivalente a la Quinta Avenida en Parker's Ridge. Reveré Street, tres manzanas de tiendas a la antigua usanza, sin una boutique a la vista. A la derecha estaba Kingsbury Square, donde la nieve hacía que los rododendros parecieran enormes nubes de algodón blanco rosado. Delante se encontraba la pared gris de los nuevos juzgados, una monstruosidad construida en 1960 que todos odiaban.

¿Debería contarle a Nick la historia de la campaña lanzada para hacer que lo derribasen? Normalmente le encantaban sus historias sobre Parker's Ridge, como si ella fuera una antropóloga que contara exóticas historias de la vida en una tribu de un país remoto.

No, quizá en esos momentos no estuviera de humor para las historias sobre Parker's Ridge. No cuando tenía los músculos de la mandíbula tan apretados que era un milagro que no se hubiera partido un diente.

Una de las muchas cosas que había tenido lugar la noche anterior, y que la había cambiado para siempre, era que Charity había sintonizado por completo con Nick y su humor. El sexo apasionado, el cegador placer, su cuerpo dentro del suyo durante horas, la habían transformado. Era sensible a cada aliento que él tomaba, a cada movimiento que hacía.

Justo en ese momento sabía que se había apoderado de él una fuerte emoción. Hasta las moléculas del aire del coche vibraban. Nick irradiaba algo y Charity no conseguía saber qué era. ¿Ira? No, no era eso. ¿Tristeza? No del todo. Fuera lo que fuera, le estaba perturbando profundamente.

Las fuertes manos se relajaron y apretaron una vez más alrededor del volante, como si se estuviera preparando para algo.

Charity repitió su pregunta.

—¿Qué es tan importante para que no pueda ir a trabajar esta mañana? Y más vale que sea bueno, porque no he faltado ni un solo día al trabajo en toda mi vida.

Los músculos de su mandíbula se contrajeron con fuerza cuando se giró hacia ella, con el rostro serio.

—Charity, yo... —Se detuvo.

Era la primera vez que la joven le había visto perdido. Que extraño; su cortés y elocuente Nick no daba con las palabras.

Y entonces se le ocurrió, igual que si de un mazazo en el corazón se tratase, seguido por un escalofrío que la hizo tiritar.

Por supuesto. Charity, qué estúpida eres, se dijo a sí misma. ¿Cómo demonios se le habían pasado las señales? Cualquier mujer con algo más de experiencia que ella en iniciar y poner fin a aventuras se habría dado perfecta cuenta enseguida. Iba a pagar un elevado precio por ser tan ignorante en esas lides.

El corazón le dio un violento vuelco en el pecho. Estaba segura de que el hombre que amaba se iba a marchar y no sabía cómo decírselo.

Nick era un caballero. No era de extrañar que no deseara que fuera a trabajar. No había querido decirle adiós en las escaleras de la biblioteca. Tal vez quisiera llevarla a comer, comunicarle las noticias con suavidad, y ahora le resultaba difícil hacerlo. Probablemente más difícil de lo que había previsto.

Del mismo modo que ella encontraba difícil respirar. Algo grande y pesado le presionaba el pecho. Tuvo que tragarse como pudo la pena que le atenazaba la garganta.

Siempre había sido consciente de que se iría. Era inevitable. Incluso se había armado de valor para mostrarse estoica cuando llegara el momento. Lo que sucedía era que no esperaba que el momento llegara tan... pronto.

Había aparecido en su vida hacía una semana y llevaban viviendo prácticamente juntos desde entonces. El sexo increíblemente intenso había precipitado las cosas en su corazón, pero el asombroso placer físico había venido acompañado de una serie de pequeñas cosas que le habían hecho enamorarse de él. Una especie de firmeza, una... una clase de varonil sosiego interior que tan sólo había asociado con su padre y su tío, dos hombres de épocas distintas, nunca con un hombre joven y viril. Un hombre sin la necesidad de impresionar, ni de hacer de menos a los demás. Poseedor de una bondad desinteresada, que él ni siquiera reconocía como tal, pero sí Charity. Una conducta masculina chapada a la antigua que le encantaba.

Aunque llegara a cumplir los cien años, jamás olvidaría verle surgir de entre la nieve con su tía en los brazos, y la forma afectuosa en que se ocupó de su tío, cerciorándose en silencio de que la casa contara con una alarma sin perturbar al anciano. Pocos hombres hubieran sido capaces de algo así.

Según su experiencia, los hombres de hoy en día no hacían nada semejante. Las responsabilidades les repelían, no les atraían.

Por supuesto, también estaba su aspecto. Una belleza enteramente masculina con la que jamás había tenido el placer de encontrarse antes. Charity era tan susceptible como cualquier mujer a la belleza. Siempre recordaría el increíble placer de tocarle por todas partes, de recorrer con la mano esos pómulos perfectos, de trazar el hermoso perfil de su boca, el fuerte contorno de su mandíbula. Aquellos habían sido momentos de perfección, grabados para siempre en su corazón, que desaparecerían tan sólo cuando cerrara los ojos por última vez.

Quizá hubiera sido consciente de que no duraría, de que no «podría» durar, pero aunque dicho conocimiento hubiera estado en lo más recóndito de su mente en todo momento, igual que nubarrones negros en el horizonte, había sido demasiado fácil olvidar. Olvidar que aquello era algo pasajero.

Para ella no lo era. Se había enamorado rápida, intensa y profundamente. Y eso era todo.

Había tardado veintiocho años en encontrar el amor, y ni por lo más remoto se le ocurría que aquello sucediera dos veces. No volvería a encontrarlo de nuevo en toda su vida.

Aquella era la maldición de los Prewitt. Que supiera, en trescientos años de historia de la familia Prewitt, jamás se había dado un divorcio. Los Prewitt eran como los lobos. Se apareaban una vez y para toda la vida. Aquello era bueno, a menos que tuvieras veintiocho años, enviudaras y pasaras los próximos setenta llorando a tu esposo, como había hecho su tataratataabuela.

Nick retomaría su vida en Manhattan, la cual era sin duda excitante, vertiginosa, repleta de personas y cosas fascinantes, y ella se quedaría allí, atendiendo a sus tíos y trabajando en la biblioteca, envejeciendo año tras año, con tan sólo los recuerdos de aquella extraordinaria semana para mantenerla con algo semejante a la vida.

Por dentro se sentía tan gris y deprimente como el tiempo. Pero era una Prewitt. Y, como mínimo, los Prewitt tenían orgullo. Nick no le había hecho promesas y no tenía derecho a esperarlas. Se enfrentaría al final de la aventura con dignidad. Ya tendría tiempo para llorar.

El resto de su vida, de hecho.

Y por eso, al volverse hacia él, lo hizo con una cálida sonrisa que ocultaba a la perfección su destrozado corazón.

—Sea lo que sea lo que te preocupa, Nick, puedes contármelo. Soy mayorcita, puedo soportarlo.

El palideció: El saludable color de sus mejillas desapareció. La cosa no pintaba nada bien. Nick sabía lo mucho que iba a herirla y eso le dolía.

Pese a que el estómago se le encogió a causa de la desesperación, la joven se obligó a mantener la sonrisa. Dignidad. Era lo único que le quedaba. Se armó de ella, esforzándose en que no le temblaran las manos, en mirarle a los ojos, en respirar a pesar del nudo que sentía en el pecho.

Nick inspiró brusca y profundamente y la joven apenas logró no estremecerse cuando él abrió la boca. —Charity... tengo que decirte una cosa. Ella asintió con gravedad.

—¿Sí, Nick?

—Charity, ¿quieres...?

¿Acaso iba a pedirle un favor antes de marcharse? Bueno, fuera lo que fuera, tan sólo había una respuesta posible. «Sí». Nick había entrado en su vida, la había seducido, y ahora se marchaba, pero no cambiaría ni un solo segundo de la última semana. Había vivido con mayor intensidad, sentido más profundamente en los últimos siete días que en toda su vida. Le había dado amor. Aunque sólo hubiera sido durante una semana, era más de lo que mucha gente tenía. Le daría cualquier cosa que estuviera en su mano si él se lo pedía.

Nick giró la cabeza, la miró a los ojos y contrajo de nuevo los músculos de su mandíbula. Desprendía una vibrante energía que Charity entendía, por discordante y completamente ajena a su naturaleza que fuera.

Otra brusca inspiración y todo salió de repente.

—Charity Prewitt, ¿quieres casarte conmigo?

Eso fue lo único que a Nick se le ocurrió para mantenerla a salvo. O tan a salvo como estuviera en su mano.

La entrada a la guarida de Worontzoff había cambiado las cosas. De algún modo había perturbado un estanque que era más profundo de lo que creía, con monstruos morando en el fondo. Había esperado entrar, realizar un reconocimiento y marcharse después. Nada que no hubiera hecho antes cientos de veces. Después de todo, estaba habituado, era su trabajo.

Pero algo iba muy mal y no sabía de qué se trataba exactamente.

Lo único que sabía era que aquello implicaba a Charity, y eso le asustaba como ninguna otra cosa. A él, un hombre que no se asustaba fácilmente.

Le traía sin cuidado la sensación de peligro que le invadía. Había elegido un camino arriesgado en la vida y su sexto sentido le había salvado la vida en más ocasiones de las que podía contar. Era una herramienta que utilizaba a menudo y que mantenía lista y a punto.

Worontzoff y sus acólitos eran hombres peligrosos, y estaba tan preparado como era posible estarlo para tratar con hombres así, en alerta las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Contaba con las herramientas, la destreza, el adiestramiento y la voluntad para devolver el golpe. Pero no estaba preparado para enfrentarse a la amenaza que pesaba sobre Charity.

La expresión de Worontzoff, el contacto posesivo de su brazo, la fría mirada que le había lanzado a Nick, esa maldita erección... Resultaba evidente que, en su cabeza, Worontzoff creía que Charity era suya. Estaba convencido de que Charity era Katya reencarnada.

Que la presencia de Nick hubiera hecho que Worontzoff se mostrara sin tapujos y reclamara a Charity hacía que resultara más escalofriante aún. La presencia de Nick había desatado algo frío y maligno que se cerniría sobre Charity y la dejaría aplastada y quebrada.

La noche anterior le había hecho el amor como si pudiera guarecer su cuerpo dentro del suyo, hacerla parte de su carne. Como si con sólo follarla con la fuerza suficiente, ella estuviera a salvo para siempre. Pero, naturalmente, no podía hacerlo, y la mañana llegó, trayendo consigo no solo un análisis cristalino de la situación, sino también una punzante y persistente sensación en sus huesos de que algo iba a suceder pronto. De que alguien iba a morir.

La casa de Worontzoff desprendía un aura de maldad, pese a toda la gente elegante, a las exquisitas obras de arte y la deliciosa música. Todo aquello, la belleza y la cultura, carecían de importancia. La fría mano de la muerte cerraba sus gélidos dedos alrededor de aquella mansión.

Desde antes de que pudiera hablar, Nick podía reconocer la maldad, y en aquel lugar la sensación había sido increíblemente intensa. Nick había sentido su propia muerte, o, al menos, la posibilidad. Ya lo había sentido antes, pero aquella era, sin lugar a dudas, la sensación de muerte más potente que jamás había tenido. La vaga impresión de que moriría joven se intensificó. Por primera vez en su vida, Nick tenía miedo de morir. Terror, incluso. Si él fallecía, Charity estaría sola. Había pasado el suficiente tiempo con ella para saber que estaba desprotegida en los aspectos más importantes. Dios, ni siquiera su casa estaba protegida. Estaría por completo indefensa ante Worontzoff cuando éste se volviera en su contra, tal y como inevitablemente sucedería. Su familia era una pareja de frágiles ancianos que confiaban en que ella les ayudase. Si él no estaba a su lado, la joven perecería. No poseía las herramientas mentales necesarias para sentir el peligro y defenderse.

Charity era pura luz; bondad y amabilidad, las mismas virtudes que eran las primeras en desaparecer cuando la maldad emergía de las sombras. Los tipos como Worontzoff se centraban en personas como Charity, con el deseo de borrarlas de la faz de la tierra. Porque podían hacerlo, porque todas las Charity de este mundo representaban algo que ellos jamás podrían tener ni controlar.

Nunca podrían comprar a Charity; antes moriría, y eso era lo que aterrizzaba a Nick.

Aquel cosquilleo de peligro inminente que sentía le producía náuseas. Se había pasado toda la mañana esforzándose en solucionar el problema.

De ahora en adelante, estaría a su lado. Mientras viviera, nadie la tocaría. Pero ¿y si él moría? ¿Cómo podría mantenerla a salvo si le mataban? ¿Cómo protegerla incluso desde la tumba? Aquello no dejaba de rondar por su cabeza; un dilema con afiladas aristas que cortaban y hacían sangrar.

Pese a que la noche pasada la había follado como un poseso durante horas, cuando finalmente paró porque ella estaba exhausta, continuó sin poder conciliar el sueño. Ni siquiera pudo dormirar.

Las primeras horas de la mañana las había pasado tumbado boca arriba, mirando con los ojos bien abiertos las sombras del techo, con Charity acurrucada a su lado y su cabeza apoyada en su hombro. No podía oírla respirar y hubiera sufrido un ataque de pánico de no haber sentido su angosta caja torácica elevarse y descender lentamente.

La línea que separaba la vida de la muerte era muy delgada. Había visto cruzarla a infinidad de hombres y mujeres. En batalla, esa frontera era cruzada en un microsegundo. En un momento estabas lleno de vida, y al siguiente eras cadáver.

Charity estaba cruzando un campo de minas, sin nadie que vigilara por ella. Podría cruzar esa línea entre la vida y la muerte en un instante.

Nick no soportaba siquiera pensar en ello. Su cabeza no cesó de dar vueltas toda la noche mientras repasaba escenarios improbables en su mente.

Y entonces, como si el cielo pasara de la negrura al color pizarra y más tarde al gris plata, se le ocurrió una solución. Había un modo de mantenerla a salvo incluso si él moría. Algo que la protegería sin importar lo que a él le pasara.

Casarse con ella.

O más bien, sería Nicholas Ames quien se casaría con ella. Carecía de importancia que ese hombre no existiera. Lo importante era que un miembro de la Unidad, un agente federal, se hubiera casado con ella.

Aquello violaba todas las reglas existentes, era incluso ilegal, pues Nick estaría utilizando una identidad falsa. No se tenía conocimiento de nada semejante, ni en la Unidad ni en ninguna agencia gubernamental. Un agente secreto hacía uso de la seducción, mentía, engañaba y mataba. Pero no se casaba, no mientras estuviera de incógnito.

El escándalo llegaría hasta las altas esferas. Si continuaba con vida, le impondrían un castigo severo, sus compañeros rechazarían trabajar con él y probablemente tendría que retirarse con deshonor, pero... funcionaría. Oh, sí que lo haría.

En caso de que le liquidaran, la Unidad y todos sus recursos, sus compañeros de equipo, incluso su jefe, protegerían a Charity. Tan pronto como anunciara el matrimonio, se aseguraría de que ellos lo comprendieran.

Charity le miraba fijamente con sus claros ojos grises abiertos como platos.

—Yo... —Se aclaró la garganta—. ¿Perdona? ¿Qué has dicho? Su estupefacción hizo que una sonrisa asomara a la cara de Nick, provocando en él una ligereza que no había sentido en toda la mañana. El camino que se extendía por delante estaba lleno de oscuridad y trampas, pero tal vez existiera un sendero que lo atravesara, si es que conseguía dar con él.

Nick le tomó la mano izquierda y le quitó con delicadeza el guante de niña que llevaba. Su piel era suave, cálida. Se la llevó a la boca y le besó los dedos, contemplando sus ojos, eligiendo las palabras con cuidado.

—Sé que parece una locura, cariño. Sólo hace una semana que nos conocemos. Pero ha sido una... semana muy intensa. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti, y eso no va a cambiar. En mi trabajo, me veo obligado a tomar decisiones rápidas y, hasta ahora, todas han sido buenas. Ésta lo es y el tiempo no va a cambiarlo. No quiero esperar. Te quiero y deseo pasar el resto de mi vida contigo.

Lo que le quedaba, en cualquier caso.

Nick la observó con atención. Su mano quedó laxa en la suya y, acto seguido, se tensó. ¿Qué estaba pensando Charity?

—Casarnos —susurró, buscando en sus ojos.

También a él le parecía una locura. Pero tenía que convencerla. Ahora que había trazado un plan, estaba impaciente por ponerlo en práctica.

Nick asintió.

—Casarnos. Ahora.

La mano que Charity mantenía entre las suyas tembló.

—¿Ahora? ¿Quieres decir... ahora mismo? —Dirigió la mirada hacia la pared gris de los juzgados—. ¿Entrar simplemente... y casarnos?

—Sí. Ahora mismo. —Deseó que ya lo hubieran hecho y le besó de nuevo la mano—. No estoy seguro, pero puede que tenga que ausentarme por negocios la próxima semana, y tal vez no vuelva en un... tiempo. —La semana siguiente podría estar muerto—. Cuando lo haga quiero saber que eres mía. Para siempre. —Y que estés viva, agregó para sí—. Tengo treinta y cuatro años y me conozco. Sé que lo que siento es real y que es para siempre. —Hizo una pausa—. Al menos lo es para mí. Espero que sientas lo mismo.

—Así es —dijo sin más, y el corazón de Nick se disparó. Su adorable Charity. Qué típico de ella. Sin coquetería, sin irse por las ramas, sin juegos—. Sí, siento lo mismo. Esto es real y para siempre.

—Exactamente. —Estaba exultante por dentro. ¡Iba a funcionar! No podía pensar en el momento en que tuviera que marcharse. En ese instante, estaba concentrado en introducirla en el abrazo protector de la Unidad—. Podríamos tener un largo noviazgo, salir durante seis meses, un año, y nada cambiaría, excepto que tendríamos un año más. Yo seguiría sintiendo lo mismo, y espero que tú también.

Ella asintió sin apartar los ojos de los suyos.

—Mi trabajo como agente bursátil consiste básicamente en comprender cuándo es el momento adecuado para hacer lo adecuado. Tengo instinto para ello. Y mi instinto me dice que esto es lo correcto. Ahora mismo.

—Nick —susurró con expresión preocupada, retirando lentamente la mano—. Debes comprender que no puedo mudarme a Manhattan, por mucho que quiera. Sería emocionante, y no puedo ocultarte que me encanta la idea, pero tengo responsabilidades aquí. Lo siento. No sé si puedes aceptarlo.

El corazón de Nick se encogió y por un segundo fue incapaz de decir nada.

Ella le amaba. Eso lo sabía, o de lo contrario jamás se le habría ocurrido aquella loca idea y nunca habría albergado la esperanza de que funcionara. Se apreciaba en la forma en que le miraba, en cómo le tocaba, en cómo follaba con él. No... en que hacía el amor con él.

Que Charity estuviera dispuesta a renunciar a casarse con el hombre al que amaba para cuidar de sus ancianos tíos decía mucho de su carácter.

—No es necesario que vivamos en Nueva York —dijo con ternura— Desde aquí puedo llevar a cabo la mayor parte de mi trabajo gracias a internet. Sólo realizaré viajes cortos de cuando en cuando.

Nick vio la dicha, ingenua y devastadora, iluminar su rostro con cada una de sus palabras. Aquello le hizo más consciente de lo que dejaría atrás después de su marcha. Iba a romperle el corazón.

Pero, aunque se sintiera triste cuando él desapareciera, desolada y rota de dolor, estaría viva, y nada más importaba. Ninguna persona moría por tener el corazón roto. Las personas morían cuando les atravesaban el corazón con un gancho de carnicero.

Nick era un tipo duro. Los tipos duros tomaban decisiones difíciles. Y él había tomado la suya.

—Ven conmigo —murmuró, alzando una mano para colocarle un rizo detrás de la oreja y señalando a través del parabrisas la gran puerta ubicada en la pared gris que tenían delante—, allí adentro. En una hora podemos estar casados. Y dado que vamos a hacerlo de un modo nada convencional, después podemos ir a comprar los anillos. Pronto, tal vez la semana que viene o cuando el tiempo se aclare, podríamos dar una pequeña fiesta para tus colegas y amigos. Estaba pensando en Da Emilio's. Te gustaría, ¿verdad?

Ella asintió, sonriendo.

—Sí, me gustaría.

—Siempre y cuando permitan que sea yo quien pague —agregó mientras le acariciaba la cara y le daba un beso rápido. Tenía una piel tan suave... Cálida y viva—. He de ocuparme de unas cosas esta tarde, pero regresaré a las cinco, a las seis, como muy tarde. Y luego disfrutaremos de nuestra noche de bodas. —Se puso duro sólo de pensar en ello.

La idea de que esa noche podría estar haciéndole el amor a su esposa le asaltó como un puñetazo en el estómago Su esposa. Unas palabras que jamás pensó que diría. Ni siquiera en su cabeza.

Aunque el matrimonio durase tan sólo una o dos semanas, y él desapareciera después para siempre, le quedaría eso. Más de lo que nunca creyó que tendría.

Nick señaló con la cabeza hacia las grandes puertas de acero que conducían a los Juzgados.

—¿Qué me dices, cariño? ¿Nos casamos?

Ella se mantuvo en silencio, limitándose a mirarlo. La cara de Charity era como un libro abierto y Nick siempre sabía lo que estaba pensando. Todas sus emociones eran visibles, salvo ahora, momento en que no podía leer nada en absoluto.

De pronto se dio cuenta de que Charity todavía no había dicho que sí.

El sudor afloró a lo largo de su espalda y bajo sus brazos. ¡Joder! No se le había ocurrido pensar que podría decir que no. ¿Qué demonios iba a hacer si ella le rechazaba?

La única otra opción sería ponerla en custodia preventiva. Encarcelarla, a todos los efectos. Y por Dios que lo haría. Le pondría las esposas si se veía obligado a hacerlo. La arrestaría, aunque se pusiera a dar patadas y a gritar, y la mantendría a salvo hasta que todo ese lamentable asunto estuviera solucionado.

—¿Y bien? —gruñó.

Nick podía sentir cómo se tensaban sus músculos. El grave y persistente runruneo del peligro inminente en la parte posterior de su cabeza aumentó un tanto. Si Charity decía que no, iba a llevársela de aquel lugar en ese instante. Al infierno con Worontzoff. Ya se las apañaría para atraparle por sus propios medios. Si no lo hacía, Nick se volvería loco de preocupación por ella y comprometería la misión, así pues, el único modo de poder continuar con aquello era retenerla y llevarla inmediatamente a Birmingham. La encerraría en una casa franca, bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. El problema era que, por lo general, las casas francas eran sucias y sórdidas. Había estado en más de una que tenía cucarachas, y cualquiera que estuviera bajo vigilancia en una casa franca subsistía a base de pizza y cerveza rancias. Vigilar un lugar así era el trabajo más tedioso imaginable y el único modo de que los hombres lo aguantasen era dejar que se relajaran. Al cabo de un día, cualquier casa franca del mundo parecía y olía igual que una leonera y el coeficiente intelectual de los hombres que la custodiaban descendía en veinte puntos.

Charity lo detestaría, acostumbrada como estaba a un bonito entorno, cuartos perfumados, flores recién cortadas en jarrones y a la fruta y las verduras frescas. Odiaría estar en una casa franca, sin disponer de privacidad, sin estar rodeadas de sus cosas, vigilada por algún guardia sin modales ni consideración.

—¿Y bien? —dijo de nuevo. Trató de mantener un tono de voz suave, tal como haría Nicholas Ames, pidiéndole a una mujer de la que se

había enamorado que se casara con él. No como Nick Ireland, dispuesto a secuestrarla si decía que no—. ¿Qué me respondes?

Charity sonrió de improviso, con los ojos brillantes.

—Sí —musitó—. ¡Oh, sí!

CAPÍTULO 16

Todo se desarrolló de forma rápida y fácil.

Nadie, aparte de ellos, deseaba casarse en un oscuro y gélido día de invierno, de modo que, después de rellenar los formularios y presentar las tarjetas de identificación, el empleado les aprestó a pasar a una amplia sala con un podio al fondo.

La estancia estaba repleta de restos de bodas pasadas. Grandes jarrones de flores marchitas flanqueaban el podio y formaban un pequeño recibimiento de honor a cada lado del pasillo. De las ventanas pendían blancos lazos de satén y el olor a velas aromáticas persistía aún en pequeñas bolsitas perfumadas. Las sillas vacías eran igual que fantasmas en la habitación.

Junto al podio, una risueña mujer y un hombre de cabello cano observaban con benevolencia a Nick y a Charity recorrer el pasillo de la mano.

Media hora más tarde, salieron como marido y mujer.

O más bien, Nicholas Ames salió como un hombre casado. Nick Ireland era aún... ¿Qué? ¿Soltero? Legalmente, sí, continuaba soltero. Pero ya no se «sentía» un hombre soltero, no cuando llevaba a una radiante Charity del brazo, que respondía alegremente a su nuevo apellido: Ames.

Era como si arrancara los pétalos de una margarita: casado; soltero; casado; soltero...

Todo el asunto del matrimonio era una farsa, naturalmente. El era un hombre que no existía, realizando el juramento de ser fiel hasta la muerte. Qué absurdo. Ni siquiera creía en el matrimonio. Nada en su vida pasada le había hecho creer que el matrimonio fuera otra cosa que un modo legal de follar. Un modo estúpido y caro, cuando existían tantos otros modos de darse un revolcón.

La mayoría de sus compañeros del Delta Forcé estaban divorciados. En varias ocasiones, además, lo cual demostraba que hasta los hombres más inteligentes del planeta podían dejarse llevar por sus pollas. Durante un tiempo, al menos.

Y en la Unidad... pocos conseguían mantener una novia, y mucho menos esposa. Un compromiso a largo plazo duraba veinte minutos. No llevaban un estilo de vida propicio para las relaciones. Aquello no era algo que le hubiese preocupado, hasta ahora. El matrimonio era para los civiles.

Y sin embargo... y sin embargo...

Cuando el hombre del cabello cano leyó en alto el pasaje de la Biblia en que se hablaba de ser fieles el uno al otro, haciéndoles después repetir los votos de cuidarse mutuamente en la salud y en la enfermedad, y declarándoles a continuación marido y mujer... Cuando Charity alzó su semblante radiante para besarle... Cuando un maldito rayo de sol se filtró inesperadamente a través del cielo gris para caer a sus pies como si de una condenada señal del Cielo se tratase... Había habido un momento allí adentro...

Entonces, justo entonces, todo pareció... real. Durante un instante pudo creer que realmente era Nicholas Ames, empresario, casándose con una mujer maravillosa, hasta que la muerte les separase. Vivirían en una hermosa casa que llenarían de niños.

Todos los inviernos pasarían una semana de vacaciones en Aruba. Plantarían rosas, fundarían una bodega y comprarían un maldito perro.

Era igual que una bifurcación en el camino y a lo lejos podía ver adonde le llevaría esa carretera: se convertiría en un hombre de familia, en un pilar de la comunidad que cortaría el césped los sábados, entrenaría en las ligas menores. Padre; marido; vecino...

No.

Nick no había nacido para llevar esa vida. ¿Qué sabía él de las familias? Nada. Su madre le había abandonado en un orfanato y probablemente ni siquiera sabía quién era su padre. Por sus venas corría sangre renegada. Y su educación, bueno... Charity no debía enterarse jamás de cómo había sido su infancia. Lo que había hecho, lo que había visto. Se apartaría, asustada. Cualquier mujer lo haría. Y lo que él era saldría a la luz tarde o temprano. Nadie podía representar un papel de por vida. De modo que un matrimonio real no estaba en su destino, jamás.

Pero, pese a todo, tan sólo por un minuto, allí adentro...

Después, la llevó a la única joyería que había en Parker's Ridge. No pasaría esa factura a la Unidad, eso era asunto suyo. Qué demonios, ahora tenía un millón de dólares, ¿no? Podía permitirse comprar un par de anillos.

La tienda no contaba con un gran surtido y estaba a punto de decidirse por una sencilla y corriente alianza de boda de talla extra grande y una con un diamante para Charity, cuando los vio.

Una par de anillos claddagh, dentro de una caja de terciopelo debajo de la vitrina. Una ancha banda grande de oro con el claddagh grabado para él, y el símbolo mismo en un anillo de oro para Charity.

El claddagh, el símbolo celta del amor verdadero, el único recuerdo que tenía de su madre.

La noche del veintiuno de diciembre de 1975, el guarda del orfanato escuchó sonar una campanilla. Esta sonaba tan sólo unas pocas veces al año y era el sensor de la única ventanilla para bebés de América de aquella época. Ahora había 150, fundadas en su mayoría por Jake.

La ventanilla consistía en una camita caliente de bebé, y era el motivo de que Nick hubiera sobrevivido a aquella noche, la más fría del invierno de 1975. Le habían colocado en un barreño de plástico barato, envuelto en una manta robada de un refugio para vagabundos del centro de la ciudad. Los médicos escribieron en su informe que, según su estimación, contaba con tres o cuatro días de vida y que había sido amamantado esporádicamente. El único objeto que había en el barreño era una pequeña baratija, como las que se vendían por millones en Irlanda. Un medallón claddagh.

Nick llevaba ese medallón en su bolsillo.

—Cariño —dijo—, ven aquí.

Charity dejó el anillo que había estado mirando y se acercó a él. Nick tomó el anillo más pequeño, hecho para una mujer, y se lo colocó en la palma de la mano.

—¿Sabes lo que es?

Charity lo cogió, dándole la vuelta. Dos estilizadas manos sujetaban un corazón rematado con una corona.

—No, pero es muy bonito. Aunque es un diseño poco corriente. —Levantó la mirada y frunció el ceño—. ¿Qué es?

—Un claddagh, un antiguo símbolo celta. Mira, ¿ves las manos que sostienen el corazón?

Charity asintió.

—¿Y qué es eso que hay encima?

—Una corona. —Nick sonrió de manera enigmática—. Te va a encantar la historia que hay detrás.

El joyero se había retirado de forma discreta a un lado de la tienda para concederles privacidad. El viento provocó que una ráfaga de aguanieve impactara contra el gran ventanal, haciéndolo vibrar, lo cual significaba que se trataba de un delgado panel de cristal suelto de su marco.

Increíble. Allí había una fortuna en oro y diamantes y cualquiera podía romper la ventana de un puñetazo y llevársela. ¿Qué le pasaba a esa gente?

Sin pararse a reflexionar, situó su cuerpo de modo que quedara entre el escaparate y Charity.

Colocó los dos anillos sobre la palma de su mano, la tendió hacia ella y le contó la historia del claddagh. Una de ellas, pues había docenas. Eligió la que creyó que más le gustaría a Charity.

—Hace muchos, muchos años, en Galway, Irlanda, un hombre llamado Richard Joyce dejó a la mujer que amaba para partir a las Indias Orientales en busca de fortuna. Le prometió que regresaría siendo un hombre rico y se casaría con ella. Pero fue secuestrado por unos piratas y llevado a Argelia, donde se convirtió en esclavo del orfebre más célebre del Mediterráneo. Joyce era un joven emprendedor y el orfebre le enseñó bien el oficio. —Hizo una breve pausa—. Un buen día, el rey inglés exigió la liberación de todos los prisioneros británicos retenidos en Argelia. El orfebre le ofreció a Joyce la mitad de su fortuna y a su hija en matrimonio si se quedaba. Pero Joyce deseaba regresar a su hogar para casarse con su amor verdadero, y así lo hizo. Siendo aún un esclavo, forjó un anillo que simbolizara su amor y, a su regreso, se lo entregó a su amada, que le había esperado fielmente todos esos años.

Charity le escuchaba con toda su atención y una expresión embelesada en el rostro.

—Cuando el anillo se coloca en la mano derecha, significa que nadie posee tu corazón. Cuando uno se lo pone en el dedo anular de la mano izquierda con el corazón apuntando hacia fuera, significa que la persona está comprometida. Cuando se lleva en el dedo anular de la mano izquierda con el corazón apuntando hacia el cuerpo, significa que esa persona está casada con el amor de su vida.

Nick tomó el anillo más pequeño y lo deslizó con delicadeza en el dedo anular de la mano izquierda de la joven, con el corazón apuntando hacia el cuerpo.

Encajaba a la perfección.

—Cuando Joyce se lo dio a su esposa, le dijo: «Con estas manos te doy mi corazón y lo coronó con mi amor». —Le sonrió y le apretó la mano—. Y eso es lo que también significa para mí.

—Nick —susurró. Tenía los ojos brillantes y su blanca garganta se agitó como si tragara saliva.

—No llores —dijo Nick, alarmado.

Dios, lo último que necesitaba era que llorase. Nada de lágrimas, no podía llorar, de ningún modo. Sentía su propia garganta tensa y ardiente. Si Charity se ponía a llorar conseguiría que él también lo hiciera, y él «nunca» lloraba. Jamás. Él era Iceman.

—Toma —se apresuró a decir, ofreciéndole el anillo de hombre—. Pónmelo en el dedo.

Charity así lo hizo y ambos se quedaron mirando su mano. Le venía un poco pequeño, pero eso podía solucionarse. O no. No iba a llevarlo por mucho tiempo, en cualquier caso. Otra semana, dos, a lo sumo.

La idea ensombreció parte de la felicidad y la apartó de su cabeza. Concéntrate en el momento. Y aquel momento era de los buenos, de los que recordaría durante mucho, mucho tiempo. Charity, con la mirada alzada hacia él como si Nick hubiera creado el sol y descubierto la cura para el cáncer, y el anciano joyero mirándolos a ambos como si fueran sus amados nietos.

El amor y la ternura flotaban a raudales en el ambiente. Nick estaba sorprendido de que no hubieran fundido la nieve en un radio de cien pasos. Pero tenía que dejar esos pensamientos a un lado. Había cosas que hacer, rápidamente.

Tenía que comunicar a sus compañeros, que llevaban muchos días viviendo en una incómoda furgoneta, la noticia de que se había casado con su principal contacto.

Nick era consciente de que iba a recibir un aluvión de críticas por ello. Le gritarían y amenazarían, puede que incluso le degradaran, y su jefe sufriría un infarto, pero al final, aceptarían proteger a Charity durante tanto tiempo como fuera necesario y eso era lo que contaba. El mejor equipo de hombres del país le cubriría las espaldas.

Qué gritasen; él era un tipo duro, podría soportarlo. Lo que no podía soportar era la idea de que Charity se quedara sola y en peligro. Acababa de proporcionarle a Charity la protección de toda una agencia gubernamental.

Pagó los anillos en metálico y condujo apresuradamente a Charity de nuevo al coche. Ella no se puso el guante en la mano izquierda, pues no dejaba de mantenerla alzada y de admirar el anillo. Conformaba una imagen preciosa.

Nick flexionó su mano izquierda. Sentía la ancha alianza pesada y aparatosa en su mano. No le gustaba la joyería masculina y jamás imaginó

que llevaría algún adorno, mucho menos un anillo de boda. Resultaba raro, incómodo, extraño.

La casa de Charity no quedaba lejos, incluso conduciendo con la parsimonia con la que lo hacía el aburrido de Nicholas Ames, y llegaron en diez minutos. Nick aparcó junto al bordillo y mantuvo el motor en marcha.

Levantó la barbilla de Charity con el dedo índice y se inclinó sobre ella. La boca de la joven se abrió al instante, rozándole la lengua con la suya en una tierna caricia que le bajó hasta los testículos.

Con la nariz contra su mejilla, inspiró con brusquedad una bocanada de aire que olía a champú, a crema y a su perfume. Ignoraba qué era, pero valía cada penique que Charity pagaba por ello. Era pura dinamita. Pese a que el aroma era ligero y primaveral, descendió directamente a su polla, en una reacción puramente condicionada. Era automático: olía el perfume de Charity y se empalmaba al instante.

Charity murmuró algo en su boca, exhaló un suave gemido y posó su mano desnuda sobre su mejilla. Se suponía que Nick sólo debía darle un pequeño beso, un «hasta luego, cariño. Sé buena, no tardaré en volver», pero la boca de Charity era una trampa de miel: cálida, húmeda y acogedora, casi tan excitante como su sexo.

Todavía no la había saboreado allí. A las mujeres les encantaba. Podía aceptarlo o no, pero hacía mucho que había descubierto que era un modo rápido y sencillo de hacer que una mujer se humedeciera y se preparara lo suficiente para acogerlo plenamente. De modo que básicamente era un pequeño bache hacia lo que él consideraba el sexo auténtico.

Pero de pronto, mientras sostenía la cabeza de la joven y devoraba su boca, sintió un ansia repentina y aguda de torturar su clítoris con la lengua. No como un prelude, sino como el plato principal. Era tan suave

en aquel punto... incluso su vello púbico lo era. Se imaginó a los dos en su cálida cama esa gélida noche invernal; Charity abierta de piernas sobre las sábanas de flores, con su cabeza entre los muslos y la lengua en su sexo tal y como en ese instante estaba dentro de su boca.

Podía verlo. El cuerpo esbelto y ligero tendido, sus marcados huesos pélvicos enmarcando la planicie de su vientre; sus senos pálidos estremeciéndose cada vez que tomaba aliento; su pulso visible en su pecho izquierdo.

Adoraba verla llegar al orgasmo, sentir las potentes contracciones de las paredes de su vagina alrededor de su polla. Dios, ¿cuánto mejor sería «saborear» su orgasmo, sentirla correrse en su boca?

La sola idea consiguió que se empalmara plenamente, cuando no era el momento de hacerlo.

Se apartó de ella respirando con dificultad, y se aferró al volante. Charity tenía la boca húmeda, un tanto inflamada, tal como probablemente estaría su sexo... Piensa en otra cosa.

Nick se imaginó a sí mismo contándole a Di Stefano y a su jefe que se había casado con Charity. Visualizó la reacción de ambos y la repercusión que tendría en Washington. Aquello fue igual que meter la polla en un vaso de agua helada.

Le brindó una sonrisa a Charity al ver su expresión confundida, y señaló hacia la casa con la cabeza.

—Entra ya, cariño, o nunca conseguiré ocuparme de mis asuntos. Volveré en torno a las cinco o las seis y pasaremos toda la noche... celebrándolo.

Ella se sonrojó con fuerza y Nick rompió a reír, alargando el brazo para abrirle la puerta.

—Piensa en ello. Charity se giró y le sonrió.

—Puedes apostar por ello —dijo suavemente antes de bajarse.

Nick se quedó allí hasta que ella entró en la casa y se encendieron las luces de la sala de estar; acto seguido, se puso en marcha.

Llamó a Di Stefano y se sintió aliviado cuando saltó el buzón de voz. Le dejó un mensaje breve diciéndole que iba de camino y luego llamó a Jake.

—Hola, grandullón —le saludó su amigo—. ¿O debería decir, tipo rico?

—Eso tiene gracia viniendo de ti, teniendo en cuenta que eres uno de los hombres más ricos del planeta. —Oyó a Jake reír entre dientes de forma complaciente, porque así era—. Podrías comprarme a mí con lo que te gastas en desayunar.

—Tal vez. Pero creo que voy a ponerte otra meta. ¿Qué te parece otro millón para el año que viene por estas mismas fechas? He estado haciendo muchos cálculos y leyendo algunas cosas interesantes sobre los bonos moldavos. Y está esa nueva empresa brasileña que fabrica coches híbridos. Voy a hacerte ganar tanta pasta, que te parecerá absurdo continuar con ese maldito trabajo y te dedicarás a algo en donde no consigas que te maten.

Sin saberlo, su amigo había dado justo en el blanco.

—Oye, Jake, hablando de que me maten...

—¿Qué? —Jake alzó la voz debido a la tensión, sin ningún rastro del buen humor anterior—. ¿Qué? ¿Tienes problemas? Maldito seas, Nick, ¿cuántas veces te he dicho...?

—Ahórratelo —le cortó Nick, cansadamente. ¿Para qué se había casado si Jake representaba tan bien el papel de esposa gruñona?—. No estoy en peligro. —Todavía—. Pero me parece que estoy casado.

—¿Te parece? ¿Te parece que estás casado? Eso es igual que estar un poco embarazada. ¿Qué está ocurriendo?

La promesa del plumizo cielo gris se cumplió y comenzó a nevar con fuerza. Los gruesos copos de nieve que cayeron de pronto redujeron la visibilidad justo a medio metro más allá del guardabarros. Incluso un hombre como él tuvo que prestar atención en una situación así. Dejó su teléfono móvil sobre el salpicadero y conectó el manos libres.

—Escucha, no tengo tiempo para explicaciones. Quiero cambiar mi testamento. Voy a desheredarte. ¿Te parece bien?

El día que entró en el ejército tan sólo contaba con 10,75 dólares, pero se los dejó a Jake en el testamento que le obligaron a hacer. Y también dio el nombre de su amigo cuando le pidieron el nombre de su pariente más próximo. Aquello no cambió con los años. Jake tenía poder notarial sobre todos sus asuntos y era su heredero. Pero ¿qué era un millón de dólares para su Jake?

Apenas nada.

—Joder. —La idea de perder el dinero de su amigo no era lo que hacía que la voz de Jake sonara sombría—. Tienes problemas, Nick. Puedo sentirlo. Va a suceder algo que no me gusta y tú estás en medio. ¡Joder! Acabo de imaginarme tu funeral. A la mierda lo que estés haciendo. —Elevó la voz a causa de la ansiedad—. ¡Estés donde estés, «sal ya de allí»!

Un hilillo de sudor descendió por la espalda de Nick. Las corazonadas de Jake eran certeras, casi tanto como las suyas. Su amigo era un genio de las finanzas, pero su increíble éxito era también fruto de su don para oler los problemas y poder esquivarlos con rapidez. Tal y

como decía el Wall Street Journal: «Jacob Weiss, JLW, ha demostrado poseer un sexto sentido para los mercados emergentes en el mundo volátil en que vivimos hoy en día, y un sentido todavía más útil para los mercados en descenso. JLW convierte en oro todo lo que toca; sabe, hasta el día de hoy, cuándo abandonar el barco».

Cuando Jake hablaba, los mercados escuchaban. Para ser más precisos, cuando Jake hablaba, Nick escuchaba. Pero no podía hacerlo ahora. La única manera de salir de aquel problema era destruir a Worontzoff.

Nick ni siquiera intentó convencer a Jake. Era demasiado listo para tragarse sus falsas palabras tranquilizadoras.

—Sea lo que sea que vaya a pasar, Jake, me enfrentaré a ello. Ya me conoces. Soy difícil de matar. Pero ahora hay un elemento nuevo.

Una... una mujer. Me he... casado con ella. —Las palabras salieron con dificultad. Parecían surrealistas y huecas.

Sí, estaba casado. No, no lo estaba.

Se estaba haciendo un lío.

Sin embargo, lo importante no era si estaba o no casado. Lo que importaba era dejar sus asuntos arreglados para poder enfrentarse al combate con la mente despejada.

—¿Sí? Ya era hora. —Los genes de niñera que poseía Jake entraron en escena. Se había pasado casi diez años machacando a Nick para que se casara—. Ya era hora de que te echaran el lazo, idiota. No sé a qué estabas esperando, ¿a que se congelara el infierno? Así que dime que eso significa que vas a asentarte, a buscarte un trabajo que no haga que te maten...

Aquello era el sermón preferido de Jake. Nick se sintió tentado de ignorarle y dejar que se desahogara por millonésima vez, pero deseaba conducir tan rápido como le fuera posible hasta la furgoneta y el tiempo estaba empeorando con cada minuto que pasaba. La nieve había amainado un poco, pero la temperatura estaba bajando y se estaba formando hielo. Tenía que prestar atención a la carretera. Aquellas condiciones climatológicas ponían a prueba incluso su destreza al volante.

—Cállate un segundo, Jake. —Nick forcejeó con el volante cuando una potente ráfaga de viento bamboleó el coche—. Tengo prisa, así que no puedo explicarte toda la situación. Créeme si te digo que es... complicada. Lo único que necesitas saber es que un tal Nicholas Ames, que soy yo, se ha casado con una tal Charity Prewitt hace un par de horas. —Dio el nombre completo de Charity, que resultó ser Charity Prudence Prewitt. Aquello le había hecho esbozar una sonrisa en el juzgado y le hizo merecedor de un codazo en las costillas. También le proporcionó a Jake la fecha de nacimiento de la joven, su número de la seguridad social y su dirección—. Si algo me ocurre, lo sabrás. —Jake era la única persona a la que el gobierno notificaría su defunción—. ¿Puedo cambiar mi testamento por teléfono? ¿Ahora mismo? Quiero que ella sea mi única beneficiaria. Lo siento, Jake. Cuando muera, Marja tendrá que apañárselas con su quincuagésimo abrigo de piel.

—Vivirá —fue la respuesta irónica de su amigo.

—De acuerdo. Ahora necesito saber si puedo hacer esto por teléfono de forma legal. Como mi representante legal, ¿puedes cambiar mi testamento y convertir a Charity P. Prewitt en mi única beneficiaria? ¿Es posible hacerlo ahora mismo?

Se oyó ruido de teclas de fondo. Nick esperó pacientemente, luchando con el volante y tratando de concentrarse en la carretera.

—Hecho. Permite que te lo lea.

Jake leyó el nuevo testamento, que era idéntico al antiguo salvo por la fecha, el nombre del beneficiario y una cláusula a efectos de que Jacob Weiss, que tenía poder de representación en los asuntos de Nick Ireland, reconocía la voz de Ireland y estaba dispuesto a declararlo así bajo juramento ante un tribunal.

—Haré que lo certifique un notario, sólo para asegurarnos. Pronto.

—Ahora —dijo Nick.

El silencio cayó sobre ellos mientras Jake asimilaba lo que significaba aquello.

—De acuerdo, salgo ahora mismo del despacho. Conozco a un notario muy agradecido en Lexington que se compró una casa de vacaciones en Tuscany con lo que ganó gracias a mí, así que me lo debe. Dentro de una hora estará certificado por un notario. Te doy mi palabra.

Nick sabía que podía darlo por hecho.

—Gracias, amigo. —Nick sintió una abrumadora sensación de alivio, como si le hubieran quitado un enorme bloque de granito de la espalda que no sabía que llevaba—. Te debo una.

—Págame siguiendo vivo.

—Haré todo lo que pueda, y gracias.

Nick pulsó la techa de colgar y dedicó toda su atención a la carretera. Pese a que era primera hora de la tarde, el cielo estaba casi negro. Los pocos coches que circulaban por la carretera llevaban los faros encendidos y conducían de manera poco fluida, a poco más de treinta kilómetros por hora.

La furgoneta de vigilancia estaba estacionada a unos cuarenta kilómetros de distancia, en un peligroso tramo del camino lleno de curvas

muy cerradas que subía una escarpada colina. La carretera estaría repleta de placas de hielo. Quería llegar, pelear con Di Stefano y con Alexei, y regresar antes de que cayera la noche.

Estaba centrado en las curvas de la carretera, pero, a la vez, no podía dejar de pensar en Charity, y en lo que le haría cuando al fin volviera a su lado.

Aquella noche era seguramente lo más cerca que iba a estar de tener una noche de bodas, y pensaba asegurarse de aprovecharla al máximo. No tenía intención de dormir. Iban a follar hasta el amanecer, interrumpiéndose sólo para comer y tal vez darse una o dos duchas.

Una fuerte sacudida sacó a Nick de sus agradables pensamientos. Adoptando al instante actitud de combate, comprobó el espejo retrovisor y vio acercarse peligrosamente las luces de unos faros.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que había reparado en el todoterreno negro desde el principio, solo que había dado por supuesto que se trataba de algún conductor nervioso que seguía a otro conductor en una noche con malas condiciones de visibilidad.

No se trataba de eso, sino de una persecución. Debería avergonzarse por haber tardado tanto en percatarse.

Nunca había permitido que nadie le siguiera durante tanto tiempo. Siempre se mantenía extremadamente alerta, dentro y fuera de un coche. Que ese tipo hubiera sido capaz de seguirle le demostraba que había estado pensando con la polla.

Dios, si lo mataban, se lo tendría más que merecido.

De su cabeza desapareció todo pensamiento sobre Charity o cualquier otra cosa cuando el bastardo que le seguía volvió a arremeter contra él. Nick se apartó rápidamente. El todoterreno llevaba lunas tintadas. Lo único que podía distinguir tras el parabrisas era una figura

masculina, alta y de hombros anchos, que se cubría con un gorro de punto. La placa de la matrícula estaba embadurnada de barro.

Nick adoptó una expresión feroz cuando el todoterreno volvió a impactar contra el Lexus, solo que esta vez lo hizo con más fuerza.

Los que habían enviado a aquel cabrón para matarlo habían cometido un error a la hora de ejecutarlo. Nick era un buen tirador, pero los había mejores. Era bueno peleando, pero nunca había ganado ningún premio en artes marciales. Había sido un excelente soldado y se entrenaba para ser un buen agente de la ley, pero no era el mejor.

Sin embargo, nadie, absolutamente nadie podía ganarle en un coche. Si pretendían librarse de él así, saldrían malparados.

El conductor del todoterreno viró con brusquedad a la izquierda y le embistió de nuevo manteniendo el contacto. Estaba tratando de empujar a Nick al otro carril y sacarlo de la carretera. Aquel tramo de la tortuosa carretera tenía un estrecho guardarraíl que protegía de una abrupta caída de más de ciento veinte metros. La barandilla protectora no aguantaría el impacto de un coche pesado y grande como el Lexus.

Otra sacudida, más potente aún, justo cuando estaba llegando a una curva.

¿Conocía aquel hijo de puta la carretera? Nick sí; a la perfección. Además de sus excepcionales habilidades para conducir, su cabeza era como una brújula. Nunca se perdía. Lo único que tenía que hacer era recorrer una vez una carretera para encontrarla de nuevo, y si pasaba un par de veces por ella, era como si lo hubiera hecho toda la vida. Había recorrido esa carretera hasta la furgoneta de vigilancia varias veces al día durante los diez últimos. Podía hacerlo con los ojos cerrados.

Con algo de suerte, habrían contratado a alguien que no fuera de allí. Y no tenía dudas de que era Worontzoff el que estaba detrás de

aquello, ya fuera porque tomaba a Nick por un policía o simplemente porque estaba loco de celos por Charity.

No era probable que Worontzoff hubiera enviado a uno de sus matones para que se ocupara de un asesinato. Eso comprometería a los suyos en caso de que algo saliera mal. Los criminales como Worontzoff pensaban con frialdad y de modo racional, y lo racional sería contratar a un asesino a sueldo a través de un intermediario que negara toda implicación.

Pero aun cuando el asesino que intentaba sacarle de la carretera hubiera nacido y crecido allí, acababa de firmar su sentencia de muerte.

Muy bien, veamos lo bueno que eres, pensó Nick con ferocidad. Se estaban acercando al primer trecho de una gran curva pronunciada con forma de «ese», y Nick pisó los frenos en seco con el siguiente impacto, como si tuviera un ataque de pánico. Como si fuera alguien que acabara de darse cuenta de que los golpes no eran meros accidentes y que el otro conductor trataba de sacarle de la carretera. Lo primero que haría un civil sería frenar. Nick casi podía sentir la sonrisa de satisfacción del asesino a sueldo detrás del oscuro parabrisas.

Disfrútalo mientras puedas. Te quedan cinco minutos de vida. El todoterreno volvió a arremeter violentamente contra su guardabarros trasero, y esta vez mantuvo el contacto con el Lexus. Cuando el conductor aceleró, Nick pisó los frenos a fondo. El Lexus contaba con unos frenos excelentes, y Nick se detuvo casi por completo. Lo único que le impulsaba hacia adelante era el todoterreno. Incluso con el sonido del viento, podía oír rugir el motor del coche que le perseguía cuando acusó la carga de propulsar dos vehículos pesados colina arriba en la nieve.

Nick esperó a la primera curva de la carretera, justo el tiempo suficiente para que el conductor se acostumbrara a la sensación de

esfuerzo de su vehículo, justo el tiempo suficiente para hacer que se sintiera satisfecho consigo mismo.

En el momento en que el todoterreno cambió de marcha para tomar la abrupta curva ascendente, Nick aceleró, haciendo que el Lexus saliera disparado, pasando de cero a noventa y cinco kilómetros por hora en cuestión de un par de segundos. Tomó la curva, dejando atrás al todoterreno, y a continuación tomó la siguiente a tanta velocidad como el coche se lo permitió, desapareciendo de la vista de su perseguidor.

Tan pronto dobló la segunda curva, realizó un giro de ciento ochenta grados, de modo que el enorme morro quedó apuntando hacia el lugar por donde había llegado. Se apartó al lado izquierdo de la carretera y esperó con el motor en marcha.

Al cabo de unos segundos, apareció el todoterreno abriéndose paso en la oscuridad con los brillantes faros. Vio a Nick demasiado tarde, y pisó los frenos. No le sirvió de nada. El asesino a sueldo no contaba con la experiencia de Nick conduciendo en condiciones extremas y perdió el control del pesado vehículo. El todoterreno dio prácticamente un giro de ciento ochenta grados en el hielo, y después el Lexus arremetió violentamente contra él.

Nick aprovechó el impulso de su pesado coche para mantener inmovilizado el todoterreno, y acto seguido, viró bruscamente a la izquierda contra él.

El viento no impidió que se escuchara el impacto del guardabarros delantero del todoterreno cuando se salió de la carretera, estrellándose a pocos metros contra un árbol. El airbag interior se activó y Nick pudo ver al conductor desplomarse sobre él. Los airbags saltaban a trescientos veinte kilómetros por hora en las primeras fracciones de segundo. Como distracción, no era tan efectivo como una bomba de humo, pero tendría que servir. El conductor estaría desorientado durante al menos un par de minutos, justo el tiempo que Nick necesitaba.

Veinte segundos más tarde, había salido del Lexus y forzado la cerradura del todoterreno, que había quedado casi intacto. El airbag se estaba desinflando poco a poco mientras el asesino gemía y se movía lentamente, todavía en estado de shock. Agudizó la mirada a causa del pánico al ver a Nick y se afanó por alcanzar la Sig Sauer P210 del asiento del pasajero. Un arma cara; sólo lo mejor para los secuaces de Worontzoff.

Pero el airbag dificultaba sus movimientos y no tuvo la menor posibilidad.

Había una forma rápida de hacerlo. Nick colocó una mano contra la sien derecha del hombre, la otra al lado izquierdo de la mandíbula, y con un rápido movimiento, le rompió el cuello.

Sacó su linterna y buscó los papeles del vehículo.

El todoterreno era alquilado. El nombre que figuraba en el contrato de alquiler era Stephen Anderson; sin duda se trataba de una identidad falsa. El interior del vehículo estaba limpio, casi esterilizado. Registró las bandejas, debajo de los asientos y dentro de los departamentos laterales. Nada. Ni colillas de cigarrillos, ni envoltorios de comida, ni mapas marcados. No había pistas, ni huellas, ya que el individuo llevaba guantes, y seguramente tampoco había ADN.

Le cacheó rápidamente. No encontró ninguna tarjeta de identificación ni etiquetas en la ropa. Tenía más o menos la misma altura y peso que Nick.

Perfecto; aquello funcionaría.

Nick corrió de nuevo a su coche, abrió el maletero y sacó su maleta y su equipo de emergencia oculto debajo del neumático de repuesto. Siempre guardaba un bidón de gasolina, que también sacó.

¡Vamos, vamos, vamos!

Incluso con el tiempo que hacía, en cualquier momento alguien podría aproximarse por la carretera. Agachándose junto al todoterreno, levantó al hombre como lo haría un bombero, le llevó hasta el Lexus y le colocó detrás del volante. Tenía el cuello roto, pero eso podría atribuirse a la caída del vehículo desde ciento veinte metros de altura. La ropa se quemaría y, con algo de suerte, también lo haría la piel de sus dedos, por lo que no podrían sacar las huellas. Tal vez algún juez de instrucción receloso quisiera comprobar las fichas dentales, pero Nicholas Ames carecía de ellas, ¿y quién iba a pedir las? En el Lexus hallarían el cadáver de un hombre de metro ochenta y nueve carbonizado y Nick Ireland desaparecería.

Nick colocó su teléfono móvil sin relación con la Unidad en el bolsillo del cadáver, por si la tarjeta SIM sobrevivía al fuego. De todos modos, nadie contactaría nunca más con Nicholas Ames.

Trabajando aprisa, agarró el bidón de gasolina, y vertió parte en el hueco de los pies del conductor, y en el maletero, cerca del depósito del combustible. Comprobó el nivel. Por suerte estaba lleno. Supuso que habría más de ochenta y un litros de combustible en ese depósito. Básicamente una bomba sobre ruedas.

Abrochando el cinturón de seguridad sobre el cadáver desplomado en el asiento del conductor, Nick lo revisó todo. Estaba a punto de arrojar el Lexus por el precipicio cuando se detuvo, levantó la mano izquierda del tipo y le quitó el guante. Se sacó el anillo claddagh y se lo puso al muerto en el dedo anular de la mano izquierda. A él le había quedado apretado, pero al asesino le quedaba perfectamente.

El tiempo apremiaba, pero se tomó un momento para mirar su anillo de boda en la mano del muerto.

Siempre supe que no estaba hecho para el matrimonio, pensó. Alargó el brazo, encendió el motor del Lexus y metió la marcha, colocó el pie del muerto sobre el acelerador y empujó hacia abajo la rodilla del

tipo. El Lexus echó a rodar. Perfecto. En el último segundo posible, antes de que el coche cayera por el precipicio, Nick arrojó una cerilla encendida al hueco de los pies, cerró la puerta y echó a correr al otro lado de la carretera.

El Lexus se incendió en el aire. Nick observó la feroz bola en su largo descenso hasta el valle de abajo, iluminando el oscuro cielo vespertino.

El vehículo tardó varios segundos en llegar al fondo. Cuando lo hizo, explotó, y el sonido se propagó por todo el valle.

No tardaría en acudir alguien a comprobar lo ocurrido. Nick tenía que salir de allí a toda prisa, así que bajó de nuevo al lugar donde había impactado el todoterreno.

El empresario Nicholas Ames estaba muerto, para siempre.

Se sujetó la pistolera del hombro, lanzó el arma del asesino dentro de la guantera, arrojó su maleta y equipo de emergencia a la ahora destrozada parte trasera del todoterreno, arrancó, y realizó las maniobras necesarias para poder dirigirse de nuevo hacia la furgoneta.

Ahora no sólo iba a tener que contarle a Di Stefano, a Alexei y al jefe que estaba casado, sino que también tendría que comunicarles la noticia de su muerte.

CAPÍTULO 17

*Parker's Ridge**25 de noviembre*

Charity levantó la mano izquierda y admiró su anillo de casada por millonésima vez. Lo primero que había hecho al llegar a casa fue encender el ordenador y buscar cualquier referencia a anillos claddagh en Internet. Después de todo, era bibliotecaria. Conseguir información era su especialidad. Al cabo de una hora, sabía todo lo que había que saber sobre el símbolo claddagh.

La historia que Nick le había contado estaba allí, junto con otras, cada una más bonita y romántica que la anterior. Era el anillo de bodas perfecto.

Y también la boda había sido perfecta.

Con el transcurso de los años, Charity había asistido a un buen número de bodas de amigos del instituto, de la facultad y compañeros de trabajo. Parecía que a todos les había entrado la fiebre por las bodas. No por casarse —muchos de los matrimonios ya habían llegado a su fin—, sino por alguna extraña compulsión de transformar la ceremonia de la boda en un espectáculo absurdamente caro y pretencioso.

Había acompañado a algunas amigas a probarse vestidos de novia de 50.000 dólares, que jamás volverían a ponerse, y ayudado a elegir trajes de dama de honor de más de 10.000. Se había desesperado con ellas por los arreglos florales estrafalariamente extravagantes y debatido las virtudes de las tartas de diez pisos de merengue de vainilla glaseado

en contraposición a las de ocho pisos de garnacha de trufa de chocolate, con un monograma en oro macizo en lo alto del pastel.

La habían obligado a hojear como loca revistas de novias tan gruesas como Guerra y paz. Por no hablar de las interminables charlas sobre la orquesta, los recuerdos y la carta del menú del banquete de bodas —una amiga había tenido veintidós platos—, y el traje para partir a la luna de miel, junto con la lencería, las medias y los zapatos especiales. Ah, y la esteticista y peluquera a domicilio... Los detalles eran el cuento de nunca acabar.

Durante una sesión normal de planificación, sus amigas se peleaban con sus madres, sus prometidos, las damas de honor... para acabar hechas un mar de lágrimas. Algunas perdían más de cuatro kilos, mientras que otras ganaban nueve a causa de la ansiedad. Había reído y hecho planes con ellas y dejado que se desahogaran, sin dejar de pensar un solo momento lo estúpido que era todo el alboroto que se formaba por un evento que se suponía era el más solemne de la vida de uno. Un acto privado de amor entre dos personas. Una declaración de fidelidad para toda la vida.

El final de la vida de soltero y el comienzo de otra de pareja. Salvo por la paternidad, era el vínculo más sagrado de todos.

Su matrimonio era el único que jamás se hubiera atrevido a planear por su cuenta —al fin y al cabo, una vivía en sociedad—, pero había sido perfecto. Sobre todo cuando Nick dijo que celebrarían una recepción en Da Emilio's más tarde. Sus tíos estaban demasiado absortos con sus problemas como para que se sintieran desplazados por no asistir a la ceremonia y sus amigos se contentarían con la fiesta posterior.

La boda en sí, a la que sólo habían asistido Nick y ella, había sido perfecta.

Deseaba tanto que el resto del día y la noche fueran tan perfectos como la propia ceremonia... Nick le había dicho que no regresaría hasta después de las cinco o las seis, de modo que disponía de mucho tiempo para hacer preparativos.

Bendita fuera la señora Marino, el ama de llaves de sus tíos, que lideraba una cruzada para hacerle coger algo de peso. Charity no tenía que ensuciar ni llenar la casa de olores cocinando una comida nupcial. Parecía que la señora Marino hubiera tenido conocimiento de ello y cocinado un festín sólo para ella. En el congelador había exquisitos canapés, fuentes de lasaña, ternera con salsa Marsala, verduras gratinadas, e incluso pastel de boda en forma del mejor tiramisú que se hacía lejos de Roma. También contaba con salmón ahumado y caviar en la nevera y dos botellas de excelente champán chileno en la bodega, cortesía del señor Hernández, propietario de la única empresa de paisajismo de Parker's Ridge, a cuyo hijo había dado clases de inglés.

Podían disfrutar allí de su luna de miel. Una semana en casa sin tener que salir siquiera a tomar el aire.

Y tenía el conjunto perfecto. Un camisón de exquisita seda en tono melocotón con escote pronunciado y largo hasta los pies, a juego con un negligé, todavía dentro de su envoltorio. Nunca se lo había puesto. Había sido la guinda de una escapada de compras al Rincón de Finele mientras visitaba a una amiga en Boston. Había estado buscando unos prácticos jerseys para trabajar y se había detenido, impresionada, cuando vio el precioso conjunto.

Mary, su amiga, le había animado a comprarlo. Era demasiado caro, pese a que había sido rebajado de 700 a 300 dólares, ¿y para qué? En esos momentos no había ningún hombre en su vida y hacía años que era así. ¿Para quién iba a ponérselo?

Estuvo a punto de negarse cuando Mary la tomó de la mano y la obligó a tocar la falda. La seda parecía agua fría bajo sus dedos. Era sexy y elegante, confeccionado para una vida más excitante que la suya.

Cuando se lo probó, fue como si lo hubieran hecho para ella. De modo que cedió y lo compró, sintiéndose culpable, y lo colocó al fondo del cajón de su tocador, pensando que nunca se lo pondría.

¡Y ahora iba a ponérselo para su noche de bodas! La idea era tan tentadora que se estremeció.

Puso la mesa con esmero, sacando el pesado mantel blanco de Flandes, la vajilla de Limoges de la abuela Prentiss, y la cristalería Waterford de sus padres. Y por supuesto, la plata de la familia. La leyenda familiar sobre el gran y pesado candelabro de plata decía que su bisabuela lo había utilizado para romperle la crisma a un intruso a principios del siglo veinte.

Colocó las velas correspondientes en el candelabro y luego puso algunas más por la habitación. Le encantaban las velas y las tenías de todas las formas y tamaños, con aroma a vainilla en su mayoría. Cubrió con ellas el aparador, la repisa de la chimenea y la mesita de café, y dio un paso atrás, satisfecha.

Alrededor de las cinco, apagó todas las luces y encendió las velas. Nick regresaría y se encontraría la casa iluminada por una tenue luz. Sería verdaderamente maravilloso.

En el dormitorio, colocó velas en el tocador, la mesilla de noche y el alféizar de las ventanas. La pequeña y acogedora habitación parecía un precioso cenador, listo para una noche de amor entre marido y mujer.

La idea la llenaba de felicidad.

Cambió la ropa de cama por su mejor juego de sábanas: gruesas, almidonadas, perfumadas con olor a lavanda y confeccionadas con algodón egipcio de 300 hebras.

Por fin sacó el camisón y la negligé. Eran tan bonitos como los recordaba. Tocó con los dedos la pesada y hermosa seda, imaginando la cara de Nick cuando la viera con ella. Ninguna princesa de este mundo tendría un conjunto más delicado para su noche de bodas.

Todo estaba más o menos preparado, salvo ella.

Preparó un baño de espuma con olor a rosas, un poco demasiado caliente, se recogió el cabello con dos pinzas y se metió en el agua con un suspiro de satisfacción. El agua caliente distendió sus músculos. Echó la cabeza hacia atrás contra el borde de la bañera y cerró los ojos, inhalando el perfumado vapor y vaciando la mente, completamente satisfecha con su vida.

Cuando abrió los ojos, las burbujas se habían disipado y pudo verse a sí misma dentro del agua. Inspiró una profunda bocanada de aire, y contempló sus pechos elevarse. Sus pechos. Nick le había hecho el amor a sus pechos con tal intensidad y determinación, que uno pensaría que también eran una fuente de placer para él. Si se concentraba, podía sentir su boca en ese instante, succionando suavemente su pezón.

Pudo ver que sus pezones se endurecían y adoptaban un tono rosa oscuro a causa del recuerdo.

Cada centímetro de su piel estaba sensibilizado por Nick. Trató de pensar en una parte de su cuerpo que no hubiera tocado, pero no se le ocurrió ninguna, a menos que sus órganos internos contaran. Los dedos de los pies, la parte posterior de sus rodillas, los codos, el ombligo, la piel detrás de sus orejas. Su mente se vio inundada por recuerdos e imágenes y sintió un hormigueo, ahora familiar, entre los muslos. Ese hormigueo estaría asociado a Nick hasta el fin de los tiempos.

Le asombraba que su cuerpo pudiera albergar esas sensaciones. ¿Dónde se había «metido» su cuerpo todos estos años? Volviendo la vista atrás, se dio cuenta de que toda su vida había pensado básicamente en su cuerpo como en una extensión de su cabeza. Requería descanso, buena alimentación y ejercicio regular, pero eso era todo.

¿Quién iba a pensar que su interior albergaba un asombroso mundo de inimaginable placer? Y Nick sólo tenía que pedirlo y era suyo.

Le venían tantas imágenes a la mente... El rostro de Nick mientras entraba y salía lentamente de ella. En ocasiones se apoyaba en los brazos, con los bíceps contraídos, y bajaba la mirada hasta el lugar donde se unían sus cuerpos. También ella había mirado, observando cómo su enorme pene salía con lentitud, empapado con sus jugos, grueso y surcado de venas. Podía sentirle plenamente en todo momento, dejando un vacío tras de sí. El se retiraba hasta que ambos podían ver la gran cabeza purpúrea de su polla, que se volvía de un rojo oscuro mientras hacían el amor, y esperaba hasta que ella le miraba a los ojos y dejaba escapar una anhelante súplica. Entonces, y sólo entonces, Nick volvía a hundirse en ella.

Una vez, Charity le había clavado las uñas en sus duras nalgas e impulsado hacia arriba llena de frustración debido a que él se lo estaba tomando con demasiada «tranquilidad».

Sus uñas ni siquiera dejaron marca en su piel. Daba igual la fuerza con que se las clavara, sabía que no le hacía daño, que no podía hacerle daño. El cuerpo de Nick estaba sorprendentemente musculado en todas partes. El decía que se debía a que recibía clases de artes marciales para librarse del estrés.

Los labios de su sexo se ceñían alrededor de la gran cabeza, pero el resto de su cuerpo estaba tan vacío...

«Ya basta, Nick», le había susurrado y la media sonrisa que él lucía se esfumó. Sus ojos se habían tornado de un azul ardiente mientras se hundía en ella con tal fuerza que la había dejado sin aliento. Había comenzado a hacerle el amor en serio, con potentes, prolongadas y profundas embestidas que hicieron crujir la antigua cama, con tal velocidad que Charity creyó que ardería a causa de la fricción.

Con un sollozo, Charity alcanzó el climax en el agua, con intensas y rápidas contracciones que se prolongaron casi durante tanto tiempo como lo hacían cuando Nick la poseía.

Se dejó llevar, como siempre hacía, mientras el calor fluía por su cuerpo y se condensaba entre sus muslos como si de un sol en miniatura se tratara. Toda su piel estaba enrojecida, hasta los senos, por el efecto del agua caliente combinado con el orgasmo.

Increíble.

No era la primera vez que tenía un orgasmo por sí misma, naturalmente. Al fin y al cabo, hacía muchos años que no había tenido un amante. Pero sin duda era la primera vez que había llegado al climax sin tocarse. Y no fue su orgasmo habitual autoinducido y tenso, que terminaba casi antes de comenzar y la dejaba con un sentimiento de agotamiento, inquietud y soledad. No, fue uno de esos orgasmos majestuosos, palpitantes, que hizo que se sintiera como la reina del mundo. Una reina muy relajada.

Increíble. Nick estaba con ella aunque no estuviera presente. Le llevaba en el corazón y siempre lo guardaría allí.

Con aquel feliz pensamiento, sacó su cuerpo satisfecho de la bañera y comenzó unos preparativos dignos de una geisha. Se embadurnó de crema hidratante perfumada, extendiéndola a conciencia hasta que todas las células de su cuerpo quedaron fragantes. Se hizo la pedicura, la manicura y se puso una mascarilla.

Volvió a recogerse el cabello, esta vez con mayor esmero, dejando que unos pocos mechones cayeran de forma ingeniosa sobre sus hombros y se aplicó un maquillaje ligero, pues en cuanto Nick comenzara a besarla, todo desaparecería de inmediato. No se aplicó rímel.

Se puso el camisón por la cabeza con todo el cuidado y solemnidad con el que un caballero medieval se vestiría la armadura, y acto seguido se colocó la negligé.

Tenía un par de sofisticadas zapatillas de noche, regalo de una amiga, y se preguntó si eso sería excederse, decidiendo a continuación que no pasaba nada por excederse en la noche de bodas. Su primera y única noche de bodas. Aquello no volvería a repetirse. Cualquier extravagancia estaba justificada.

Se dio una vuelta delante del espejo, encantada con lo que veía. Estaba sonrojada y tenía los ojos brillantes. Esa noche estaba hermosa, tal y como debían estarlo todas las novias en su noche de bodas.

Eran las cinco y había oscurecido completamente para cuando finalizó con los preparativos. La mesa estaba puesta, los platos preparados para ser calentados y Charity se dispuso a recorrer la casa, encendiendo lenta y ceremoniosamente todas las velas de su dormitorio y del cuarto de estar.

Pidió un pequeño deseo con cada vela que encendía. Tenía tantas cosas por las que pedir: una vida larga y feliz con Nick; hijos saludables y la paciencia y la sabiduría para enseñarles a crecer como seres humanos honrados; coraje para enfrentarse a las vicisitudes de la vida, y, por último, deseó serenidad para su tía Vera.

Listo; todo era perfecto. La casa resplandecía, lo mismo que ella. Ahora lo único que tenía que hacer era esperar. No obstante, resultaba difícil ser paciente. Se había sentado y, acto seguido, puesto de nuevo en pie de un salto, como si la silla se hubiera movido para expulsarla.

Después de pasarse una hora paseándose de un lado a otro, finalmente tomó asiento con una copa de vino blanco para calmar sus nervios. Lo bebió con lentitud, disfrutando del frío líquido afrutado a medida que descendía por su garganta. Hubiera agradecido una segunda copa de vino, pero no deseaba que Nick llegara a casa y la encontrara ebria.

Pasó otra hora. El fuego de la chimenea debía ser avivado. Se arrodilló para poner ramitas y un tronco pequeño sobre las ascuas, y oyó un coche en la calle.

Con el corazón acelerado, se levantó de un salto y fue apresuradamente hasta la puerta, pero el coche pasó de largo. No era Nick. Su cuerpo se vio asaltado por la decepción.

El corazón comenzó a palparle con fuerza al pensar en Nick recorriendo el camino de entrada y tuvo que esperar a que se tranquilizara. ¡Qué «duro» era tener paciencia! Qué duro estar sola.

¡Vaya!

Tuvo que sentarse para pensar en eso, en no ser capaz de entretenerse sola. Depender de otra persona para mantener el equilibrio emocional, era algo completamente nuevo. Como hija única, estaba acostumbrada desde que nació a estar sola. La soledad nunca le había causado ningún pesar. Si acaso, disfrutaba con ello, y nunca le pesaba.

Si Charity hubiera tenido que hacer una descripción de sí misma ante alguien que no la conociera, uno de los primeros atributos que habría mencionado hubiera sido su independencia emocional e intelectual.

Una semana con Nick y todo se había descontrolado. Amante nuevo, vida nueva, Charity nueva.

Echó un breve vistazo a su estantería, totalmente indiferente a lo que contenía. Había dos libros nuevos de sus autores favoritos, pero no

lograba sentir la más mínima emoción. Tenía CDs de sobra en una de las paredes, pero la idea de escuchar algo sola, sin que Nick la estrechara entre sus brazos, resultaba casi dolorosa de considerar.

Ni libros, ni música, ni películas podían, ni por lo más remoto, compararse con Nick. El se había convertido en su referente en tan sólo una semana. En su razón para vivir. Aquélla era una idea aterradora y excitante. Aterradora porque comprendía que ahora dependía de otra persona. Excitante porque Nick la amaba y nunca volvería a estar sola.

Otro coche pasó lentamente por allí, pero tampoco se trataba de Nick.

Charity no llevaba reloj —¿quién quería saber la hora en su noche de bodas?—, pero los minutos pasaban en el reloj de pared mientras ella contemplaba cómo las manecillas marcaban las horas. Las ocho en punto. Las nueve en punto.

No cabía duda de que el asunto de negocios o lo que fuera, le estaba llevando más tiempo de lo habitual. ¿Debería telefonearle?

Comienza tal y como pretendes continuar. Charity no tenía intención de ser una esposa pesada y empalagosa, de modo que decidió no hacerlo.

Las diez en punto. Aquello era... extraño. Nick era un hombre cortés. Sabía bien que llevaba más de cinco horas esperándole. Parecía imposible que no la avisara de que llegaría tarde. Aunque estuviera inmerso en su trabajo, una llamada rápida no estaría de más. O podría haberle pedido a alguien que la llamara, a una secretaria o a otra persona.

Las once en punto. Charity perdió finalmente la compostura y le llamó a su teléfono móvil, pero no consiguió más que escuchar un

mensaje grabado que decía que el número que estaba marcando no estaba disponible y que lo intentara más tarde.

Muchas de las velas se estaban derritiendo, e incluso algunas se habían apagado. Se había excedido. El aroma de todas esas velas perfumadas competía con el olor de la comida y hacía que le estuvieran entrando náuseas. Tenía el estómago revuelto y sentía que la bilis y el vino blanco comenzaban a subírsele a la garganta. Logró no vomitar de milagro.

Eso le enseñaría a no beber vino blanco con el estómago vacío. A medianoche estaba paseándose en círculos, pensando todo tipo de cosas y apretando y relajando los puños. Acababa de coger el teléfono para llamar a los hospitales locales cuando llamaron a la puerta.

No podía ser Nick, porque él tenía llave. Se asomó a echar un vistazo por las cortinas del cuarto de estar y vio un coche de policía aparcado en el bordillo, con las luces encendidas. Corrió a la puerta y se encontró con un policía de tráfico en su porche. El hombre no era demasiado alto, tenía el cabello negro y lo llevaba cortado al estilo militar. Aparentaba pocos años y sostenía nerviosamente un gran sombrero gris parduzco, que no dejaba de retorcer entre sus manos.

—¿La señora Charity Prewitt?

—¿Sí? —Se llevó la mano a la garganta y lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos—. En realidad, soy la señora de Nicholas Ames. ¿Qué sucede, agente?

El hombre tragó saliva.

—Lamento informarle de que ha habido un accidente, señora. Charity apenas podía asimilar sus palabras.

—¿Un... accidente?

El agente parpadeó y tragó saliva de nuevo. —Sí, señora. Esta tarde cayó un Lexus por el precipicio de Hillside Drive, atravesando el guardarraíl. El vehículo quedó... destrozado. Encontramos el número de registro del motor y comprobamos que estaba a nombre del señor Nicholas Ames. Nuestro archivo informático nos indica que se ha casado usted con él esta mañana. ¿Es correcto?

Charity clavó la mirada en el agente, sin encontrar sentido a sus palabras.

—¿Cómo dice?

Sintiéndose incómodo, el hombre bajó la vista a la libreta que llevaba en la mano.

—¿Se ha casado usted esta mañana con el señor Nicholas Ames, señora?

—Sí, yo... —Tenía la garganta áspera. Trató de tragar saliva, pero se le había secado la boca. Aquello no podía estar pasando. Nick era inteligente y fuerte. Seguramente había salido del coche antes de... —. Sí, nos casamos esta mañana. ¿Mi... mi marido... está...?

Las palabras no acudían a su boca. Su garganta se había cerrado y Charity tan sólo podía mirarle fijamente.

Como respuesta, el agente metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y tendió el brazo hacia ella con algo en la palma de la mano. Al ver el objeto que le enseñaba, las rodillas de Charity cedieron y tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caerse.

—Lamento mucho tener que darle malas noticias, señora —dijo el agente, compungido—. Hallamos esto dentro del coche. No quedó nada más que pudiera proporcionarnos su identidad. ¿Lo reconoce?

Sobre su mano tosca, el anillo claddagh relucía a la fuerte luz del farol del porche.

CAPÍTULO 18

Parker's Ridge

28 de noviembre

Hoy he enterrado a mi marido.

Charity Prewitt Ames se abrazó las frías rodillas con sus brazos helados y se estremeció.

Su marido. ¿Cuánto tiempo había sido su marido? ¿Cinco horas? ¿Tal vez seis?

No había sido novia durante mucho tiempo. Y ahora su esposo yacía en su tumba, fría y dura, y Charity deseaba poder seguirle.

El teléfono sonó de forma insistente una y otra vez. Y otra y otra. Charity Prewitt Ames no podía cogerlo. No había atendido el teléfono desde el funeral. No quería que le dieran el pésame, ni que se interesasen amablemente por cómo se sentía. Todos le preguntaban si necesitaba alguna cosa.

Pues sí, claro que necesitaba algo, gracias. Necesitaba que su marido regresara, vivo.

Las condolencias no eran más que palabras. Meras palabras. No harían que su marido regresara. Aparte de devolverle a Nick, nada de lo que pudieran ofrecerle cambiaría las cosas.

Sus tíos, benditos fueron, se mantuvieron a distancia porque les había dicho que quería estar sola. Les quería, pero no podía enfrentarse

a ellos en esos momentos. Aun sabiendo que su tía Vera probablemente estaba fuera de control, y que su tío Franklin se enfrentaba a ello solo, no podía hacer frente a sus necesidades en esos momentos.

Ahora mismo, no podía hacer frente a nada. Lo único que deseaba hacer era acurrucarse en el sillón, hecha un ovillo de dolor, pena y desconsuelo. No tenía nada que darle a nadie. Estaba destrozada, rota. Casi podía sentir su caja torácica hundiéndose, absorbida por el colapso de su corazón. Cada célula de su cuerpo se negaba a creer que Nick estuviera en el pedregoso y helado suelo. Que ya no era más que un conjunto de huesos calcinados en vez de su atractivo y vital marido. Se había pasado los tres últimos días vomitando a causa de esos pensamientos. Pero por mucho que vaciara su estómago, la realidad no cambiaba.

El teléfono sonó de nuevo. Contó diez tonos antes de que quienquiera que llamase colgara otra vez, sin dejar un mensaje. El inalámbrico estaba cerca, tan sólo tenía que estirar la mano, coger el frío plástico y pulsar el botón para atender la llamada.

Únicamente había conseguido asimilar alguna palabra suelta de lo que le habían dicho desde que recibió la noticia: «Terrible», «horrorizada». Las palabras de costumbre. «Lo lamento», formaba parte del lote.

Existían respuestas apropiadas; susurros en voz queda para decir que lo estaba sobrellevando, que el dolor pasa con el tiempo, gracias por el interés.

Sin embargo, las pocas ocasiones en que había contestado al teléfono antes de que tuviera lugar el funeral, las palabras se negaron a salir de su boca. Simplemente se quedaban en su garganta, igual que pequeñas navajas ardientes, cortándola en pedazos.

El teléfono sonó una vez más.

Su mano no se movió de donde estaba.

La casa estaba fría; Charity odiaba el frío. En invierno, las facturas de la calefacción eran desorbitadas porque le gustaba que la casa estuviera agradablemente caldeada. La chimenea estaba encendida casi todas las noches hasta bien entrada la primavera.

Pero ahora estaba fría. Tras el funeral no le habían quedado fuerzas para encender la calefacción o la chimenea. Solamente le habían quedado fuerzas para dejarse caer en el sofá y hacerse un ovillo, desolada.

La última vez que se había sentado en ese sofá, Nick la tenía entre sus brazos.

La crueldad de perder a alguien tan repentinamente, sobre todo a un hombre tan vital como lo era Nick, era que resultaba imposible aceptar el hecho de que estuviera muerto. Poco tiempo antes, había estado tumbada en ese sofá con Nick encima de ella, besándole el cuello y los pechos.

Agarró uno de los grandes cojines del sofá y hundió la cara en él.

Todavía guardaba su aroma. Podía apreciar el olor a madera quemada del fuego que Nick había encendido, el olor de su champú y su jabón, y de algo más que era simplemente... él.

Si cerraba los ojos, casi podía imaginar que Nick estaba allí, el hombre que se había convertido en su amante y, más tarde y de forma alocada, en su esposo en el breve espacio de una semana.

Su esposo. Ahora muerto.

Medianoche,

28 de noviembre

A noventa y seis kilómetros de St. John, New Brunswick Canadá

El Vor había dicho que el viaje transoceánico llevaría cerca de una semana y no se había equivocado. Por supuesto.

Arkady era científico. El rigor de la ciencia, el hecho de la que las leyes que regían el mundo resultaran comprensibles mediante la razón, había impedido que se volviera loco en el Gulag. Pero si el Vor se despertaba un buen día y decía que el sol iba a salir por el oeste, entonces Arkady se levantaría por la mañana y miraría en aquella dirección en busca del sol.

Estaba en la cubierta, su primer soplo de aire fresco en una semana. Le habían llamado hacía una hora, tal como sabía que harían. Un suave toc-toc en la puerta de acero para avisarle de que estaban llegando a su destino.

Ahora se estaban aproximando a tierra. La costa resultaba visible únicamente gracias a que se veía más oscura que el océano circundante, en cuya superficie se reflejaba la luz de la luna creciente. Aquella parte del litoral estaba tan desierta como Siberia. No había nadie que les viera llegar o marcharse.

Arkady inspiró profundamente. El aire estaba impregnado del aroma que desprendían los más de mil seiscientos kilómetros de pinares. No había ningún rastro de industrialización. Allí la mano del hombre no era agresiva, igual que en Siberia. La tierra estaría mejor si la humanidad desaparecía sin más. El ingeniero creía en ello con toda el alma que le quedaba.

El capitán conocía bien su trabajo. Las luces del barco habían sido apagadas, pero condujo la nave por una angosta cala con maestría. Arkady echó un vistazo por la borda y se sorprendió al ver un largo embarcadero. No había más barcos, ninguno en absoluto, de hecho, tan sólo se veía el solitario embarcadero que se extendía hasta el mar.

En la costa les esperaba un camión anónimo, algo abollado y con salpicaduras de barro que cubrían las matrículas. Arkady no tenía la menor duda de que el corazón del camión, su motor, era de primera clase.

Bajó la escalerilla y esperó en silencio mientras dos miembros de la tripulación sacaban el contenedor y lo cargaban en una carretilla de cuatro ruedas. Trabajaban rápida y cuidadosamente, maniobrando en la oscuridad como si fuera mediodía.

Arkady observó cómo colocaban el contenedor en un compartimento especial de la parte posterior del camión. El compartimento secreto no fue visible hasta que no hubieron abierto la mampara. Los recelosos guardias fronterizos tendrían que tomar las dimensiones interiores y exteriores del vehículo para descubrirlo. Arkady no había estado nunca en Estados Unidos, pero comprendía que, por estrecha que pudiera ser la vigilancia de los aeropuertos, los controles fronterizos con Canadá no lo fueran tanto.

Apenas había espacio suficiente para una silla cómoda y seis litros de agua mineral. Arkady no viajaría con tanta comodidad como hasta el momento, pero no sería un viaje largo. Y había sobrevivido a cosas muchísimo peores.

Conseguirían cruzar; el Vor se había ocupado de todo. En mitad del frío glacial de la medianoche canadiense, con la Vía Láctea cruzando el cielo como si de una soga se tratase, Arkady se sintió por un segundo unido al universo.

Arkady tenía que realizar una última llamada telefónica. El conductor del camión le dijo que, pese a que estaba nevando ligeramente en Vermont, las carreteras estaban despejadas. Deberían llegar a Parker's Ridge la tarde del día siguiente, al cabo de unas dieciocho horas. Sacó el teléfono móvil desechable rojo, el último que le quedaba.

Como siempre, se emocionó al escuchar la voz del Vor cuando éste respondió.

—Continuamos en racha con el tiempo. —Alzó la mirada al negro cielo invernal—. Brilla el sol, una brisa cálida. La previsión climatológica prevé que el tiempo no cambiará en otras dieciocho horas.

—Excelentes noticias, amigo mío. Entonces, nos vemos pronto.

El teléfono rojo corrió la misma suerte que los anteriores. La tarjeta SIM fue enterrada bajo un enebro, y el resto del aparato aplastado bajo el tacón de su bota y arrojado al Atlántico.

Arkady observó cómo las ondas causadas por el plástico se hacían más amplias, y luego desaparecían paulatinamente.

Se hallaba en la última fase de una cadena de sucesos que cambiarían el mundo.

El capitán y su tripulación subieron a bordo del barco, que viró para dirigirse de nuevo mar adentro. Habían sido unos transportistas eficientes. Arkady informaría de aquello al Vor. Habría muchos más viajes y el capitán se jubilaría siendo un hombre muy rico.

—Partimos ya —dijo Arkady tranquilamente en inglés al conductor del camión.

El hombre asintió.

Tras echarle una última mirada al cielo nocturno, Arkady subió al compartimento secreto y esperó a que fuera sellado junto con su mortífero cargamento.

29 de noviembre

Motel Harían, a cuarenta y ocho kilómetros de Parker's Ridge

La mañana llegó al fin. La apagada luz plomiza del sol, que se filtraba a través de las persianas entreabiertas de la habitación del motel, le hacía un flaco favor al cuarto, pues ponía de relieve las manchas y los trozos desgastados de la alfombra, las grietas del yeso de la pared y la fina capa de polvo que lo cubría todo.

Era una habitación de motel deprimente, la más anónima y barata que podía encontrarse. Pese a que la fotografía de Nicholas Ames había aparecido brevemente en las noticias cuatro días antes, el hombre que se registró en el motel Harían no se parecía en nada al pulcro ejecutivo de las pantallas de televisión, que iba afeitado y peinado, y vestía trajes de ochocientos dólares y abrigos de cachemir.

Nick Ireland no se había afeitado, duchado ni peinado desde hacía días. De modo que cuando un hombre alto en vaqueros, jersey negro de cuello vuelto y una barata parka negra, despeinado y con barba de varios días, se registró en el motel, el adolescente lleno de espinillas que se ocupaba del mostrador de recepción ni siquiera levantó la vista de su revista de música para mirarle.

Nick se registró como Barney Rubble.

Permanecer en un radio de cincuenta kilómetros de Parker's Ridge era una provocación. Había prometido que regresaría a Columbia el día anterior, donde le estaba esperando su jefe para que le informara.

Si sus compañeros supieran que seguía aún allí, seguramente le pegarían un tiro y, sin duda, su jefe en Washington no dudaría en despedirle.

El día anterior había estado listo para regresar. Pero algún estúpido sentimentalismo, alguna extraña compulsión, le había impulsado a quedarse al funeral, y Di Stefano le había echado la bronca del siglo por ello.

Había presenciado el funeral, visto a Charity una última vez, bajado de la ladera y subido a su todoterreno. Bueno, al todoterreno del asesino a sueldo, que sería revisado a conciencia por los forenses en cuando Nick llegara al distrito de Columbia.

Realmente había tenido toda la intención de ponerse en camino. Eran las 4:00 p.m. cuando terminó el funeral. No debería ni haberse acercado, porque le esperaba un viaje de diez horas en coche hasta su casa. U ocho, si deseaba desahogar su frustración conduciendo. En cualquier caso, tenía una larga noche por delante.

Y sin embargo, logró tan sólo llegar a la salida que le habría conducido directamente a Burlington. Luego se hizo a un lado de la carretera y se quedó sentado en el todoterreno, con el motor al ralentí, durante un cuarto de hora. Los poquísimos vehículos que circulaban ese gélido día, que prometía más nieve al caer la noche, pasaban de largo. Nadie le prestó atención en absoluto, tal como debía ser. Al fin y al cabo, estaba muerto.

Se quedó allí sentado, sabiendo que cada minuto que pasaba era un minuto más que tardaría en realizar el viaje que le esperaba, sabiendo

que estaba perdiendo incluso la posibilidad de dormir un poco antes de tener que dirigirse al cuartel general para dar su informe.

Y aunque tenía el pie sobre el acelerador y la mano en la palanca de cambios, aunque tan sólo era necesario que ejerciera una ligera presión con el pie para salir disparado hacia Burlington, dio media vuelta, furioso y frustrado, y condujo hasta el motel más anónimo que pudo encontrar, donde podría ser desgraciado por sólo cuarenta y cinco dólares la noche.

En la época que pasó en los Delta, Nick había vivido sin comodidades. En una ocasión había pasado setenta días en Afganistán, durmiendo en el suelo y utilizando para su aseo un agujero que él mismo había excavado. Esa habitación era en cierto modo peor.

Había intentado ignorar los vellos púbicos en el plato de ducha y el leve tufo a cloaca proveniente del desagüe. Pero cuando comenzó a secarse con la delgada toalla, tuvo que detenerse al ver las manchas marrones.

Todavía mojado, había entrado descalzo de nuevo en la habitación y se había sentado, desnudo y empapado, en el borde de la cama. Sabía Dios cuántos vendedores de paso se habrían masturbado sobre la colcha. Necesitaba algo con qué esterilizar los gérmenes. Afortunadamente se había pasado por un 7Eleven para comprarlo. Una botella de whisky de cinco dólares; puro veneno. Justo lo que le hacía falta esa noche.

Le quitó el tapón a la botella y buscó un vaso. El que encontró estaba manchado y desportillado. Encogiéndose de hombros, se limitó a levantar la botella y a tomar un buen trago que le quemó la garganta al bajar por ella, de modo que tomó otro.

Presentía que algo terrible iba a tener lugar. Nick poseía un sexto sentido para ello, y en ese preciso instante su medidor habría

sobrepasado con mucho la zona roja. Y Charity estaba justo en el medio de todo, fuera lo que fuera que iba a ocurrir.

Tomó otro trago, más largo esta vez.

Charity corría peligro. La idea le dio escalofríos, le quemó la garganta e hizo que el pecho se le encogiera hasta que creyó que se ahogaría.

Levantó la botella de nuevo y tragó, pero no había suficiente whisky en el mundo para ahogar la imagen de Charity lastimada, herida o...«¡Dios bendito!»... muerta.

Charity, con su piel pálida y delicada. En una ocasión le había contado que su familia llevaba más de doscientos años viviendo en Parker's Ridge. Nick lo creía, sin sombra de duda. Se precisarían al menos doscientos años de linaje para conseguir aquella piel perfecta, suave como la porcelana, salvo que no existía porcelana en el mundo que poseyera aquel brillo perlado. Cada vez que la tocaba, le aterraba magullarla. Después de un tiempo, después de haberla tocado con cautela, ella se había echado a reír y le había colocado la mano sobre su pecho. O se la había llevado entre las piernas.

Nick estaba tumbado boca arriba sobre la mugrienta colcha, desnudo y medio borracho gracias al whisky barato y a los buenos recuerdos.

Charity era suave por todas partes, pero lo era más entre las piernas; la mujer más dulce que jamás se había follado.

Nick gruñó, bajando la mirada a su entrepierna. Estaba duro como una roca, sin modo de desfogarse.

Aquello era nuevo para él. Cuando se encontraba en una misión, estaba demasiado ocupado tratando de salvar la vida como para pensar en el sexo. Y cuando no lo estaba, bueno, la mitad de la población

mundial era femenina, al fin y al cabo, y la mayoría tenía las curvas apropiadas. Descartando aquéllas que tenían menos de dieciocho años y más de cincuenta, todavía quedaba un mundo lleno de mujeres a las que follarse.

En esos momentos, por ejemplo, podría estar en la cama con la camarera del lúgubre tugurio donde se había tomado una hamburguesa con queso. O con la cajera que le había cobrado la botella de whisky.

Podía, más o menos, tener a cualquier mujer que deseara. Sólo tenía que vestirse y conducir hasta la taberna que había visto a ocho kilómetros carretera abajo, y media hora después de cruzar sus puertas, tendría compañía para esa noche, garantizado.

Pero no quería a otra mujer. Sólo a Charity. Bajó la mano y rodeó su polla con ella.

Inspiró entre dientes y pensó en ella. Movi6 el puño de manera experimental y luego, frustrado, abrió la mano. Tenía la palma callosa, áspera. Todo lo contrario de la suavidad de Charity. Su polla rechazaba el contacto de su propia mano; sencillamente se rebelaba. Ni siquiera trató de realizar una nueva intentona y se limitó a quedarse tumbado, desnudo, duro y dolorido.

No deseaba estar en aquella apestosa habitación, que olía a cientos de vendedores de paso haciéndose pajas y a un par de putillas de a veinticinco dólares la mamada.

Sabía dónde quería estar: con Charity. En su bonita casita que olía a lavanda y a abrillantador con aroma de limón, y a las velas perfumadas que constantemente encendía.

Anhelaba con tanta intensidad hacer que el tiempo retrocediera, que creyó que el corazón iba a salirse del pecho.

Continuó allí tumbado hasta que la luz grisácea llenó la habitación, entonces se levantó y vistió. Hacía tres días que llevaba la misma ropa, arrugada y apestando a sudor.

Bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Procedimiento habitual durante una misión: no utilizar el ascensor si estás de incógnito.

Había abonado la tarifa en efectivo cuando llegó, de modo que podría salir sin que nadie le detuviera. Aguardó hasta que el tipo que había tras el mostrador estuviera atareado registrando a una familia de cinco miembros, y acto seguido salió por la puerta principal.

Era un día frío; estaba nublado y caía aguanieve. La barata parka de nailon que llevaba puesta apenas le protegía. Se sentía helado hasta los huesos, y no sólo debido al tiempo.

Cuando estuvo tras el volante, Nick puso en marcha el motor y condujo hasta la salida a la interestatal donde estuvo el día anterior.

Si giraba a la izquierda, iniciaría el viaje a Columbia, donde le esperaban hacía tiempo. Si lo hacía a la derecha, volvería a Parker's Ridge. Regresar al pueblo de Charity sería una locura. Si alguien le reconocía, la misión se iría al traste. La jodería inmediatamente y sin posibilidad de remediarlo.

Se quedó sentado, observando por el retrovisor cómo los gases salían del tubo de escape. Incluso perder tanto tiempo era criminal, una forma de acabar con su carrera.

Hizo rugir el motor y se dirigió a la derecha, directamente hacia Parker's Ridge.

CAPÍTULO 19

Parker's Ridge

29 de noviembre

Charity levantó la cabeza del inodoro al oír un coche pasar por delante de su casa, y el repentino movimiento hizo que le entraran de nuevo náuseas. Tragó saliva para aliviar el cosquilleo de la bilis, sabiendo por experiencia que esa bilis era lo único que podía vomitar. Lo poco que había sido capaz de tragar, media docena de galletas, un vaso de leche y medio melocotón, había vuelto a salir tal y como había entrado.

No le sorprendía ser incapaz de comer. Apenas podía respirar. Dormir era casi un concepto olvidado, lo cual era mejor. Cuando conseguía echar una cabezadita, se despertaba enseguida cubierta de un sudor frío. Sus sueños estaban colmados de imágenes de coches en llamas cayendo montaña abajo, explosiones y huesos carbonizados.

Charity había insistido en acudir a la oficina del juez de instrucción para identificar a Nick. Tanto las autoridades como el juez le habían dicho que la identificación visual era imposible y por eso fue exonerada de ver lo poco que quedaba del cadáver.

Pero impulsada por el concepto del honor de los Prewitt insistió en ver los restos, desoyendo los consejos del juez de instrucción. Los restos calcinados de Nick habían bastado para hacer que incluso el juez se estremeciera.

Lo que yacía sobre la mesa de autopsias no guardaba relación alguna con un ser humano; no era más que un conjunto de huesos carbonizados, algunos rotos hasta el tuétano, que yacían colocados en una terrible reproducción de un cuerpo humano.

Un cráneo renegrido en la parte superior, cuya piel había desaparecido obra del fuego, dejaba ver los dientes perfectos de Nick en una sonrisa macabra. El forense había dispuesto todos los huesos de manera anatómicamente correcta, salvo la tibia derecha, que no fue recuperada. Ésta dejaba un espacio en blanco en la negra composición.

Un agente de la ley la asió del codo con fuerza, por si se desmayaba. Pero los Prewitt estaban hechos de una pasta dura; Charity no se desmayó ni derrumbó. Se guardaría sus sentimientos, cualesquiera que fueran, para la privacidad de su propia casa. Mientras miraba los restos de Nick, pudo sentir su propia cara tensa y carente de expresión.

Avanzó, apartándose de la mano del agente, y se aproximó a la mesa.

Le habían dicho que no era necesario que viera el cadáver, pero «sí» lo era.

Tenía que dar fe por Nick, permitir que abandonara esta vida bajo su mirada amante. Era su familia. Él no tenía padres ni hermanos; tan sólo la tenía a ella. Eran familia y eso era lo último que podría hacer por él.

El destino le había impedido dar fe por sus padres. Jamás volvió a verlos tras la noche del incendio, ni sus cuerpos ni sus ataúdes. No asistió a su funeral. Para cuando despertó del coma, sus padres llevaban dos semanas bajo tierra.

Así pues, estaba decidida a apoyar a Nick del único modo en que podía hacerlo. Si su espíritu continuaba próximo a su cuerpo quemado y

roto, sabría que estaba a su lado de forma inquebrantable, costara lo que costase.

No se arrepintió, ni una sola vez, aun sabiendo que lo que había visto empañaría por siempre sus pesadillas.

Y hasta el fin de sus días, en su lecho de muerte, olería aquel terrible hedor a huesos calcinados y a carne quemada.

Su estómago volvió a revolverse y tragó saliva con fuerza mientras escuchaba que el coche se detenía delante de su casa. Tenía visita. El corazón le latía lenta y pesadamente en el pecho. Quienquiera que fuera, no era bienvenido.

Había encendido las luces del cuarto de estar en un intento simbólico por tratar de contener su infinita tristeza. Por desgracia, eran visibles desde la calle. Ni siquiera podía fingir que no había nadie en casa, tal como llevaba haciendo los tres últimos días.

La ventana de la sala de estar enmarcaba la gran limusina negra aparcada junto al bordillo. Alcanzaba a verlo todo con claridad. El conductor, ataviado con una elegante librea negra, rodeó el vehículo y abrió la puerta trasera, tendiendo una mano al hombre que se bajó, cuyo rostro de marcadas arrugas era acusadamente hermoso. Un caro sombrero de fieltro cubría su entrecano cabello rubio, que llevaba bastante largo. Iba bien abrigado, con un pesado abrigo azul marino y unos gruesos guantes de piel, que cubrían las que Charity sabía eran unas manos surcadas de cicatrices. Una de ellas aferraba la reluciente empuñadura de marfil de un bastón de ébano.

Recorrió cojeando el camino de entrada, apoyándose pesadamente en el brazo de su chófer, que sostenía a Vassily con una mano, mientras que en la otra portaba una gran caja negra. Vassily.

Había salido con aquel horrible tiempo sólo por ella. Charity se estremeció. Que Vassily saliera en un día como aquél significaba mucho.

Muchísimo. El escritor no ocultaba su aversión al frío, aventurándose sólo a salir en invierno cuando era necesario. Observándole cojear de forma lenta y laboriosa hacia ella, resultaba dolorosamente claro que aquello le suponía un sacrificio.

Charity sabía que debía sentirse agradecida, halagada incluso. Vassily tan sólo haría algo así por muy pocas personas en todo el mundo. Incluso era posible que ella fuera el único ser humano por quien lo haría. Pero, a pesar de que se sentía conmovida, no estaba en condiciones de recibirle.

Deseaba que la dejaran en paz y no tener que guardar la compostura. No contaba con ánimos para conversar, ni le quedaban fuerzas para enfrentarse a nadie.

Pero tenía que hacerlo. Vassily era un hombre anciano. Bueno, si no viejo, mucho mayor que ella. Sabía lo que era sufrir una gran tragedia personal, y estaba haciendo un esfuerzo por ir a ofrecerle consuelo en los momentos en que ella pasaba por la suya propia.

En una imposible escala de sufrimiento, el que había soportado Vassily sobrepasaba de largo el suyo. Había bajado a los infiernos y vuelto a subir, y así había sido durante cinco largos años. No sólo había perdido a sus seres queridos, sino que le habían herido, torturado, obligado a trabajar en las minas a temperaturas bajo cero, azotado y apaleado.

No, su sufrimiento era una nimiedad en comparación. Irguió la espalda, avergonzada. De algún modo, tenía que lograr salir del resbaladizo y sangriento pozo de dolor, oscuro y profundo, en el que había caído. Durante los próximos treinta minutos o una hora, o el tiempo que Vassily deseara quedarse, tendría que arreglárselas para comprimir su dolor y encerrarlo en alguna parte a fin de poder funcionar mientras él estuviera allí.

Después, cuando se hubiera marchado, cuando estuviera a solas, podría dejar que su pena saliera de nuevo a la superficie, inundándola, invadiéndola por completo, hasta que ocupara cada célula de su cuerpo y su mente, como había hecho durante los tres últimos días.

Pero por ahora, tendría que mantener el control, costara lo que costase. El pausado caminar de Vassily hasta su porche le permitió ir hasta el baño para lavarse la cara con agua fría y peinarse el enredado cabello. Se miró al espejo que había sobre el lavabo y se estremeció, apenas reconociéndose en él.

Tenía los ojos enrojecidos, hinchados y enmarcados por unas sombrías ojeras, testimonio de las noches en vela y del incesante llanto. En tan sólo tres días había perdido peso. Sus pómulos estaban más marcados y el contorno de su mandíbula más pronunciado. Tenía la piel blanca como la pared y parecía hundida, agotada, recién salida de la tumba.

La tumba... en un abrir y cerrar de ojos se vio de nuevo en el cementerio. El oscuro agujero en la tierra se abría a sus pies, los relucientes tiradores metálicos del pesado ataúd de caoba contrastando crudamente con la helada tierra negra. El olor a tierra removida llegó hasta sus fosas nasales, encogiéndole el estómago. El olor de la muerte y...

De pronto, se quedó petrificada en el umbral de su dormitorio. Otro olor perduraba en la habitación: almizcleño, etéreo, cítrico. Familiar, inconfundible. Imposible. El aroma de Nick. ¿Cómo era posible...?

Sonó el timbre de la puerta y Charity volvió la cabeza de golpe, haciendo que volviera a sentir náuseas de nuevo.

Tenía todo el vello del cuerpo erizado porque, junto con su aroma, de algún modo sintió la presencia de... Nick. Siempre que había estado

cerca de él, era como si las moléculas del aire se aceleraran. Desprendía un campo energético a su alrededor que la envolvía, abrumándola.

El timbre sonó de nuevo, durante más tiempo esta vez.

Charity debería apresurarse hacia la puerta, abrir, y darle a Vassily la bienvenida a su hogar. Era una grosería dejar que un anciano esperase en la calle con el frío que hacía. Pero el terror le impedía moverse.

Estaba empapada en el aroma de Nick, ahogándose en su aura y aterrada por ello.

Dios, aquello era infinitamente peor que oler a huesos calcinados, por horripilante que eso fuera.

Los momentos pasados junto al cuerpo destrozado del pobre Nick habían sido traumáticos, y su recuerdo estaba grabado a fuego en su propio ser. No era de extrañar que, en su dolor, pudiera revivirlos. Sabía que aquella imagen la perseguiría en sus pesadillas hasta el fin de sus días.

Pese a todo, oler la muerte de Nick, por desagradable que fuera, era algo normal. Pero oler y sentir a Nick —al Nick vivo y sexy, no los tristes restos calcinados que eran lo único que había quedado de su cuerpo mortal— en su cuarto de baño y en su dormitorio, elevaba el terror a un nuevo nivel. No se trataba de un recuerdo, de algo real, de algo a lo que poder aferrarse, por terrible que fuera. No, se trataba de una alucinación. Una locura.

El frágil vínculo que la unía a la realidad comenzaba a quebrarse. Bajó la vista y observó la piel erizada de los antebrazos.

La idea de sentir a Nick en habitaciones vacías durante el resto de su vida era aterradora.

Corrió al inodoro, donde vomitó miserablemente las últimas gotas de leche que le quedaban en el cuerpo. Su estómago volvió a contraerse una y otra vez, arrojando tan sólo la verde bilis, hasta que no le quedaron fuerzas para seguir de pie y cayó de rodillas.

Durante un minuto entero se quedó así, con su mejilla febril apoyada en la fría taza de porcelana. Vassily esperaba fuera, pero no tenía fuerzas para levantarse.

Volvió a escuchar el sonido del timbre, teñido de impaciencia en esta ocasión. Vassily estaría acusando el frío. La pierna le dolía cuando el tiempo era húmedo y frío, como hoy. No podía hacerle esperar por más tiempo.

Se puso en pie lentamente, ayudándose del retrete, irguiéndose y esperando un segundo para comprobar si su estómago se había asentado. Así era.

Se enjuagó la boca con agua para deshacerse del terrible sabor y, rechinando los dientes, se obligó a moverse, haciendo uso de la pura fuerza de voluntad para llegar hasta la puerta. Un pie detrás de otro. Izquierdo, derecho, izquierdo, derecho. Asustada, temblando.

¡Joder, qué cerca había estado!

El corazón de Nick todavía palpitaba aceleradamente cuando se agazapó en el espacio entre el garaje y la casa. Su visor térmico le había mostrado que ella estaba en la sala de estar, de modo que se había arriesgado a sembrar la parte trasera de la casa de micrófonos. En su bolso, en el jarrón del aparador, en los bolsillos de sus chaquetas. Nick era rápido y sigiloso, pero Charity había estado a punto de sorprenderle.

Nick se había puesto en contacto con su jefe aquella mañana, y, después de que le echaran la bronca, le habían comunicado las últimas noticias sobre la situación de la misión.

Al parecer, habían interceptado una conversación entre Hassad AlBanna y Abu Rhabi, que eran algo menos cautelosos con sus teléfonos móviles que Worontzoff, en la que se hablaba de un próximo encuentro con «el ruso».

Pronto tendría lugar una reunión vital. Al parecer los máximos jefes de la mafia estaban preparando algo con lo que pretendían cambiar la situación mundial. La Unidad desconocía los detalles, pero aquello bastó para pusieran en alerta a todos los agentes.

Aquél era el único motivo por el que no habían enviado a Nick a Alaska o a Dakota del Norte a comprobar qué conexiones terroristas podrían existir allí. Y dado que se había negado en redondo a regresar a Columbia, se le permitió continuar con la misión, bajo órdenes estrictas de permanecer en la furgoneta de vigilancia.

Pero la casa de Charity era como un imán. Sencillamente, no podía permanecer lejos de allí. Se echó a la carretera con la intención de dirigirse hacia la furgoneta, y de pronto se vio conduciendo de nuevo hacia el lugar donde había sido feliz con Charity. Parecía que el todoterreno del asesino a sueldo fuera sensible a alguna clase de campo de fuerza que rodeaba Parker's Ridge.

El agente para quien perderse era imposible se encontraba ahora perdido sin remedio, incapaz de marcharse.

Estar allí, cerca de la casa de Charity, era romper todas y cada una de las reglas de los agentes encubiertos, y una docena más. Aunque vestido de negro de pies a cabeza, con sus guantes de tirador y su pasamontañas, nadie podría reconocerle ni aunque le vieran.

Tenía la cabeza apoyada contra el revestimiento del baño de la planta baja. A través del aislante, la escuchó vomitar y después llorar en silencio. Lo oyó por duplicado, a través de la pared y por los micrófonos que había esparcido por el dormitorio. Su sufrimiento se escuchó alto y claro.

Nick alargó una mano y la posó contra el revestimiento de madera de cedro. Era consciente de que tan sólo le separaba de Charity una distancia inferior a treinta centímetros. Habría dado su huevo izquierdo por abrazarla, por aliviar su llanto, pese a ser él quien los causaba.

Su mano se cerró en un puño, que estrelló suavemente contra la pared con el cuerpo rígido a causa de la frustración, mientras Charity lloraba.

Una gran limusina negra con las lunas tintadas se detuvo lentamente delante de la casa de Charity, y Nick se agachó aún más, observando a través del callejón entre la casa y el garaje. Un enorme rododendro le ocultaba de la vista.

Se puso en alerta máxima cuando apareció un bastón negro con empuñadura de marfil, seguido por un elegante pie calzado. El chófer uniformado abrió una de las puertas trasera para que el pasajero se apeara, al tiempo que sujetaba una gran caja negra con una mano.

Nick escuchó el timbre sonar de forma insistente a través de sus auriculares. Charity siguió llorando en el baño hasta que logró controlarse. Luego abrió el grifo y se refrescó.

Vassily Worontzoff, escritor de fama mundial y uno de los más importantes jefes del crimen organizado internacional, había ido de visita para consolar a la viuda de Nick.

CAPÍTULO 20

Charity abrió la puerta en el mismo instante en que Vassily levantaba su mano enguantada para llamar de nuevo.

—Querida mía —dijo afectuosamente, mirándola de arriba a abajo. Después entró, quitándose el sombrero y los guantes—. Me has tenido preocupado. Sobre la mesa junto a la ventana, Iván —ordenó sin mirar a su alrededor.

El chófer depositó la gran caja negra sobre la mesa y se marchó en silencio. Al cabo de un minuto, el potente motor de la limusina se puso en marcha y el gran vehículo se alejó.

Vassily esperó a que se desvaneciera el sonido del coche. Luego avanzó y estrechó a la joven entre sus brazos. Charity levantó los suyos de forma automática.

El era la primera persona que había tocado desde... desde Nick. No había deseado que nadie la abrazara en el funeral y había evitado los besos de compromiso en la mejilla. Incluso su tío había parecido comprender que no podía tocarla, pues de lo contrario se rompería en mil pedazos. Su tía, totalmente confusa, apenas había sido consciente de lo que estaba sucediendo.

De modo que nadie la había abrazado y en ese momento, en ese preciso instante, comprendió lo desesperadamente que necesitaba ambas cosas. Había pasado los últimos días en otro planeta, lejos de la humanidad. En un planeta grande, oscuro y sin aire, lleno de sombras y sin vida. El fuerte abrazo de Vassily la devolvió a la tierra, entre los de su propia especie.

La abrazaba como si deseara absorber parte de la su pena. —Mi dusbecka —murmuró, con la cabeza inclinada sobre la de ella.

Su grueso abrigo todavía guardaba el calor del coche, así como el refugio que creaban su hombro y su cuello. De manera delicada, hizo que Charity apoyara la cabeza sobre su hombro, descansando su mejilla sobre el suave cachemir de su abrigo, y la nariz contra la piel cálida de su cuello.

—Llora, dushka —le ordenó en voz baja—. Es mejor. Desahógate.

El corazón de Charity latía con tal fuerza que pensó que podría salirse del pecho. Un fuerte lamento se elevó en la habitación y tardó un segundo en darse cuenta de que provenía de ella. Apretó los labios para contener aquel sonido, pero era algo imposible. Tomó una bocanada de aire entre sollozos y se derrumbó. Se derrumbó completamente.

¿Cómo podían quedarle lágrimas? Lo más seguro es que las hubiese derramado todas; lagos, océanos de lágrimas.

Charity lloró como si nunca antes lo hubiera hecho; un profundo pozo desbordado de desesperación. Sobrecogida por los sollozos, temblando y estremeciéndose, las lágrimas manaron de sus ojos. Temblaba tanto que se hubiera caído al suelo de no ser porque él la sostenía en pie.

Vassily la abrazó fuertemente, dejando que el llanto prosiguiera su curso, que la caliente y venenosa bola de dolor por la muerte de Nick se abatiera sobre ella. Los sonidos que provenían de Charity resonaban de forma dolorosa y ominosa en la quietud de la casa.

Lloró hasta que sintió la garganta dolorida, hasta que le ardieron los pulmones, hasta que pensó que sus huesos se harían trizas a causa de los temblores, aferrándose a las solapas del abrigo de Vassily, empapándole el hombro.

La desesperación cedió finalmente, al menos por el momento, dejando a Charity aferrada a Vassily, aturdida y con las rodillas temblorosas.

—Vamos, querida mía. Sentémonos. —Era la primera vez que él hablaba desde que Charity comenzara a llorar. Le agradecía infinitamente que no hubiera pronunciado ninguna de las obviedades típicas mientras ella lloraba con el corazón en carne viva.

Pero claro, ése no era el estilo de Vassily. El no la consolaría diciendo que todo iría bien. Era un hombre que comprendía la tragedia en lo más hondo de su alma.

Vassily la acompañó hasta el sofá, hizo que se sentara, se desabotonó con dificultad el abrigo, y tomó asiento a su lado. Una vez más, la rodeó con el brazo y depositó un tierno beso en su frente y otro en la mejilla. Sus labios eran cálidos y secos.

Al cabo de un rato, cuando había pasado lo peor, por imposible que le resultara pensar en aquel tiempo, Charity supo que atesoraría el recuerdo de sus gestos de afecto.

Vassily raras veces mantenía contacto con nadie. A Charity siempre le pareció que era demasiado independiente para necesitar el calor humano, que estaba satisfecho con su música y su lectura y con cualquier otra cosa que hiciera durante todo el día en aquella enorme y hermosa mansión. Nunca le había visto con compañía femenina y, en muchas de sus veladas musicales, había sido ella quien acabara haciendo el papel de anfitriona de la casa.

Charity se preguntó de pronto si Vassily tenía o no vida amorosa.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que fuera así. Tal vez porque había estado cegada por su fama o debido a que había sido incapaz de ver al hombre que había más allá de las cicatrices. Ni siquiera era tan «viejo». Pese a que los años pasados en el campo de prisioneros le había avejentado terriblemente, Vassily sólo tenía cincuenta y cuatro años. Todavía era joven y estaba rodeado por un aura de fama y riqueza.

¿Acaso tenía una amante secreta que no quería compartir con el mundo? ¿Tal vez una emigrante rusa, una mujer de letras, a quien veía de modo discreto de cuando en cuando? ¿Alguien con quien podía hablar en su idioma natal? Eso sería estupendo. Esperaba que no tuviera una serie de aventuras insustanciales previo pago, sin corazón y mercenarias, rápidas y frías.

En la mano de Vassily había aparecido un pañuelo grande de lino y le enjugó los ojos con cuidado, para después sujetarle con cortesía el pañuelo en la nariz mientras ella se sonaba. Debía tener un aspecto terrible: ojos y nariz enrojecidos, demacrada y aturdida. Vassily estaba hablando al tiempo que le secaba la cara:

—El mejor remedio de todos para situaciones como ésta es el chai y el vodka. Una antigua cura para el alma rusa y, quizá, para el alma americana, ¿quién sabe?

Se puso en pie y se aproximó a la caja que su chófer había depositado en la mesita, sacando los objetos que contenía. Grandes termos de plata, una tetera de cerámica de vivos colores, un frasco de plata, un tarro de algo semejante a la mermelada y dos vasos con el asa de plata.

Sus movimientos eran torpes y lentos, pero no tenía prisa. Charity se maravilló de ver lo bien que Vassily había aprendido a desenvolverse con la discapacidad de sus manos.

—Quería traerte un samovar, querida mía. —Su voz sonaba serena mientras se afanaba—. Tengo uno perfecto para ti. De plata maciza, de finales del siglo diecinueve. Se dice que lo utilizó el mismísimo Tolstoy, aunque no hay constancia documental al respecto. No lo he traído en esta ocasión, pero lo haré. Será mi regalo para ti.

Charity estaba sentada en silencio, con lágrimas secándose en su cara, observando a Vassily. Le encantaba escuchar su voz grave y

serena, con su leve acento ruso. Su inglés era meticuloso, preciso. Había oído decir que también hablaba francés y alemán a la perfección.

Vassily abrió un termo grande con una presilla que le permitía desenroscar la tapa con sus manos destrozadas. Echó oscuras hojas sueltas de té de un paquete especial de papel en la tetera y vertió agua hirviendo del termo sobre ellas.

La estancia se impregnó al instante del fragante aroma a té macerándose.

—En Rusia, utilizamos a menudo más de una tetera a la vez, apilando unas encima de otras. Al igual que un samovar, mantienen el té caliente durante mucho tiempo. Pero el té se concentra demasiado. —Le lanzó una mirada. Charity era consciente de que estaba viendo a una mujer pálida y temblorosa, apenas capaz de mantenerse erguida—. Tal vez demasiado fuerte para ti, en este momento.

Sacó los dos delicados vasos con asa de plata, en los que se podía apreciar un intricado grabado.

—Me creas o no, estos podstakanniki, estos vasos de té, en su tiempo pertenecieron al zar Nicholas II. Forman parte de un juego que había encargado para su esposa y para él. Me gusta beber en los vasos del zar y reflexionar sobre su destino.

Una leve sonrisa apareció en sus finos labios al tiempo que servía en los vasos una cucharada de lo que parecía mermelada de frutos rojos.

—Los rusos raras veces endulzan el té con azúcar. Utilizan miel o mermelada de bayas. Esta la hizo mi ama de llaves. Mermelada de Vermont, para acompañar el té ruso. —La miró fríamente de soslayo—. Una fusión de nuestros dos mundos, querida mía.

Charity trató de enderezarse mientras se secaba los ojos con las palmas, sintiéndose agotada y deseando estar sola.

Desear que Vassily se fuera era algo realmente ingrato, dada la consideración que estaba mostrando con ella. Había atesorado durante todo el invierno cada momento pasado con el magnífico hombre, para después revivir sus conversaciones una y otra vez en su cabeza.

Devoró obedientemente cada libro que él le había recomendado o mencionado. Compró el Cd de cada obra musical que se tocaba en sus veladas. Leyó todo cuanto él había escrito, una y mil veces. Se había atiborrado de literatura rusa y de la trágica historia del Gulag.

Vassily había aparecido en su remoto pueblecito como si de una estrella fugaz se tratase, aportando calor y luz a su vida, iluminando todos los recovecos oscuros de su provinciano rincón del mundo. Nadie sabía por qué había elegido Parker's Ridge. La propia Charity lo ignoraba, y Vassily jamás hablaba de ello. Un buen día apareció, simplemente, y compró la vieja mansión McMurton por medio de un intermediario.

Vassily podría mudarse a otra parte del mundo más sofisticada y accesible, en cuanto se aburriera de las limitadas posibilidades que ofrecía Parker's Ridge. De modo que Charity era consciente de que el tiempo que pasaba con él era forzosamente limitado. Estaba siendo muy amable con ella. Debía dejar a un lado su sufrimiento y corresponder a su cortesía. Pero, cuánto anhelaba su soledad en ese momento. Estar a solas con su dolor, no tener que esforzarse por mantener la compostura o entablar una conversación educada.

Vassily sirvió una generosa porción de un líquido claro en los vasos de té. Charity podía oler el alcohol desde el fondo de la habitación y su estómago vacío se encogió fuertemente a modo de protesta.

—Vuodkya, o como decís vosotros, vodka —dijo el escritor en voz baja—. En ocasiones, el único consuelo de un hombre. Un verdadero amigo que jamás te traiciona.

—Vassily —le pidió ella—. No pongas mucho en mi té, por favor. —Al igual que la mayoría de rusos, Vassily bebía cantidades ingentes de vodka. No obstante, por mucho que bebiera, nunca le había visto borracho.

—Querida mía —su voz estaba teñida de diversión—, tan sólo unas gotitas. Normalmente, el té que bebo contiene un tercio de vodka. Lo llamamos «té de marineros», y me ha ayudado a pasar muchas noches sombrías. —Se acercó a ella y le ofreció uno de los hermosos vasos con asa de plata—. No quiero escuchar la bobada de que no eres capaz de beberlo. Necesitas tomar líquido caliente, alcohol, y algo de comida. Por ese orden. Mi cocinera te ha preparado unos platos que encontrarás al fondo de la caja. Todavía están calientes. Quiero que me prometas que te los comerás.

La idea de comer hizo que el cuerpo de Charity se agarrotara, retorciendo sus entrañas en dirección ascendente. Se mantuvo inmóvil un momento, deseando fervientemente que su estómago bajara de su garganta y se asentara.

—Charity, querida mía, vamos. —Vassily se sentó lo bastante cerca de ella para que sus brazos y muslos se rozaran, y dio un golpecito con el dedo al vaso todavía intacto—. Paso primero: bébete el té. —Colocó un dedo debajo del vaso y lo levantó. Charity tuvo que llevarse el vaso a la boca o arriesgarse a echárselo encima—. Eso es, muy bien —la animó.

La joven se bebió la mitad del té lentamente, tratando de ignorar el potente olor que desprendía el vapor. El líquido caliente y el alcohol encendieron un reguero de fuego hasta su estómago.

Vassily ya había apurado su vaso y se había servido vodka a secas. —Anoche escuché el Opus 11 de Vivaldi, de principio a fin. Es una obra tan conmovedora, tan sincera. Estaba pensando elegirla para otra de mis veladas. Tal vez podría llamar al cuarteto De Clercq. Conocí a su representante en París, un hombre muy inteligente y cosmopolita. Me

dijo que el cuarteto estaría en Nueva Inglaterra antes de Navidad, de modo que es posible que tenga una noche libre. Imaginé que te gustaría.

—Supongo que sí —murmuró.

Vassily levantó la mano para colocarle un rizo detrás de la oreja y ella se estremeció para sus adentros. Esa mañana no se había peinado. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza el hacerlo.

—Excelente. Si eso te complace, hablaré con su representante mañana. Les compensaré bien por su tiempo.

Aquello resultaba increíble. El cuarteto De Clercq tenía fama mundial y las entradas para sus conciertos alcanzaban precios desorbitados. Podían llenar auditorios enteros, y Vassily había dicho con total naturalidad que les contrataría para un concierto al que sólo asistirían treinta personas, únicamente para complacerla.

—Termínate el té, querida mía.

Ella obedeció, esperando poder retenerlo en el cuerpo.

Fue capaz de hacerlo. De hecho, era la primera vez que sentía calor desde que recibiera las terribles noticias. Había olvidado incluso el concepto de calor.

Vassily posó una de sus manos en la rodilla de la joven y la apretó con sus pobres y destrozados dedos. Le hacía daño, pero Charity no tuvo corazón de mencionar nada al respecto. No era culpa de Vassily; le era imposible calcular la fuerza de su mano. Sólo Dios sabía cuánta sensibilidad le quedaba.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Vassily, de un azul tan límpido y pálido como un helado cielo de primavera. La estaba observando sin parpadear, penetrantemente.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo—. ¿Te sientes mejor? Charity acertó a esbozar una sonrisa. En realidad tenía que recordarse cómo hacerlo. Eleva los músculos a ambos lados de la boca, enseña los dientes.

Se centró en su estómago una vez más. Sí, todo permanecería dentro de forma segura y no decoraría el abrigo de Vassily, al menos no de inmediato. Así que no iba a ponerse en ridículo. En cualquier caso, no en los próximos diez minutos. Vomitar encima de uno de los más grandes escritores del mundo no era algo que deseara hacer.

Se sentía verdaderamente halagada por el hecho de que se esforzara en consolarla. No había asistido al funeral, pero no había esperado que lo hiciera. Sabía lo mucho que detestaba salir cuando hacía frío.

En efecto, su presencia allí era señal del afecto que le profesaba. Se sentía halagada, verdaderamente halagada. Pero deseaba «realmente» estar sola. Esbozó otra sonrisa forzada.

—Sí, así es, Vassily. Me siento muchísimo mejor. Yo...mmm, no se me había ocurrido prepararme un té y ha sido muy amable por tu parte venir hasta aquí por mí. Te prometo que me lo beberé todo, descuida. Y me comeré lo que has traído.

Tal vez. Si su estomago se comportaba.

Charity se dispuso a levantarse, pero la mano de Vassily sobre su rodilla se lo impidió. Él la sujetaba con demasiada fuerza. Le presionaba la rodilla a modo de orden silenciosa para que no se moviera.

Todavía la observaba con intensidad, clavando su pálida mirada en su rostro. Sus ojos eran de un azul gélido, pero en aquel instante parecían casi ardientes. Vassily poseía un carácter fuerte. Resultaba un tanto inquietante ser contemplada con tanta atención.

—Tengo... una reunión de negocios esta noche. Van a venir unos socios míos a... sellar un trato que ha llevado mucho tiempo realizar. Es algo en lo que llevo trabajando mucho tiempo y me gustaría celebrar la ocasión cenando contigo.

Charity no acertó a articular palabra y se limitó a mirarlo fijamente.

—Haré que mi chófer pase a recogerte a las seis. Te daré unas horas para que descanses y te refresques.

La joven apenas daba crédito a lo que oía. ¿Vassily deseaba que «celebrara» algo con él? ¿Cómo demonios podía ir a su casa cuando no tenía ganas ni de salir hasta su buzón de correos? ¿Una celebración? ¿Tendrían que cenar con sus socios?

Ay, Dios, enfrentarse a gente, entablar conversación, ingerir comida. .. No existía la más remota posibilidad de que pudiera hacerlo. Se le encogió el estómago tan sólo de pensarlo.

Él levantó la mano y jugueteó con un sedoso mechón de la joven, con expresión soñadora.

—Deberías aclararte el cabello, querida mía. Estarías realmente bella con el cabello rubio. Rubio platino. Y córtatelo —le indicó el contorno de su mandíbula con un dedo torcido—. Por aquí. Tan hermosa...

—¿Qué? —La palabra escapó como una exhalación—. ¿Quieres que me aclare el pelo y que me lo corte?

—Sí. De inmediato. —Su mirada, soñadora aunque firme, parecía estar viendo algo inexistente que estuviera más allá de ella—. Rubio platino. Y el corte... creo que lo llaman «media melena». Tan bonita. Estarías tan bonita —articuló exageradamente las palabras «media melena», haciendo que sonase ridículo y exótico al mismo tiempo.

—Vassily, me... me halaga que desees mi compañía esta noche. No creas que no es así, pero...

—¿Pero? —Sus ojos centellearon de pronto y las aletas de su nariz se dilataron.

Charity abrió las manos.

—Acabo de enterrar a mi marido, Vassily. No me siento con ganas de salir a cenar. —Ni de nada, en realidad, añadió para sí—. Simplemente no puedo. ¿Cómo demonios esperas que salga a cenar habiendo pasado tan poco tiempo de la muerte de Nick?

Vassily no reaccionó, su pálida mirada se mantuvo sosegada y directa.

—Debes hacerlo —dijo sin más, como si fuera evidente. Como si el hecho de que lo hiciera no fuera cuestionable.

Vassily tenía un carácter tan fuerte que parecía capaz de crear su propia realidad; una realidad donde ella cumplía automáticamente su voluntad.

—Debes cenar conmigo esta noche, no hay otro modo. Es el momento. Necesito que estés conmigo. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano; su contacto era frío y la joven sentía las gruesas y abultadas cicatrices de sus manos—. Vendrás conmigo, Ka... Charity. Debes hacerlo. No aceptaré un no por respuesta.

Algo había estallado en el interior de Vassily, alguna primitiva fuerza de la naturaleza que debía tener confinada y que sólo liberaba cuando era necesario. No se mostraba terco, sino inflexible.

Charity conocía su historia, pero era la primera vez que pudo percibir la fuerza interior de un hombre que ni el Gulag soviético, ni todos los recursos de un poderoso país fundado sobre una inmensa

crueldad, habían sido capaces de quebrar. Un hombre que había soportado torturas, palizas y privaciones inimaginables para su compasiva imaginación occidental. Nada le había quebrado. Ni siquiera la peor vida podía someterle. La privación de alimento y los trabajos forzados a temperaturas bajo cero habrían acabado con un hombre de menor fortaleza. Los huesos rotos y la traición le habían dejado cicatrices, pero no habían acabado con él. Había emergido más fuerte que nunca.

Charity sabía que, en un sentido muy real, Vassily pertenecía a una clase especial de hombres. Más fuertes, más inteligentes y duros.

Un genio literario, un hombre de gran visión. La clase de hombre que se daba únicamente una vez en cada generación. Shakespeare; Dante; Tolstoy. La humanidad existía para producir hombres como ellos. Eran escasos y valiosos.

Vassily le tomó la mano interrumpiendo sus pensamientos y le acarició los nudillos con la yema del pulgar.

—Por favor —le pidió con voz queda y trémula—. Te ruego que cenes conmigo esta noche. Te necesito. No puedes ni imaginar cuánto te necesito.

Jamás le había oído aquel tono. La voz normal de Vassily era firme y fría, fuerte y contenida. Poseía una arrogancia natural que descartaba la súplica.

El corazón de Charity se amilanó ante tal idea, tornándose en un frío puño en su pecho. Hubiera dado cualquier cosa por no hacerlo, pero en ocasiones la vida te lanzaba esa clase de desafíos.

O los aceptabas o no. O jugabas las cartas que la vida te repartía o no.

A Charity le gustaba pensar que había aceptado cualquier desafío hasta el momento, sin importar lo difícil que fuera. Recordaba que su padre, que había ido como voluntario a Vietnam nada más salir del instituto y que jamás había hablado sobre ello, siempre decía «nunca tomes el camino fácil».

Charity se preparó para tomar el camino difícil.

Trató de dibujar otra sonrisa, ignorando si lo había logrado. Con el estómago revuelto y la esperanza de evitar no vomitar el té, le dio la única respuesta posible a su súplica.

—Sí, por supuesto, Vassily. Sería un honor cenar contigo esta noche.

Nick sacó bruscamente el teléfono móvil de su bolsillo en cuanto éste vibró y caminó agazapado hacia la parte posterior del garaje, donde nadie que estuviera dentro de la casa podría escucharle. No comprobó la identidad en la pantalla. Sabía quién le llamaba.

Se quitó de un tirón los auriculares por los que había estado siguiendo la conversación de Worontzoff y Charity, y se llevó el móvil a la oreja.

—Más te vale que no estés donde creo —arremetió contra él la voz furiosa de Di Stefano.

Nick apretó los dientes, se agachó, con la espalda contra la pared del garaje y aguardó un par de segundos a fin de poder hablar con la voz controlada.

—Bingo.

—Escucha, maldito cabrón. No sé qué crees que haces, pero estás comprometiendo la misión. Eso no es nada nuevo. Llevas días haciéndolo, pero esto supera tu locura normal. Retírate.

—No puedo. Escúchame —susurró de manera apremiante—. Worontzoff está aquí.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Aquí, en casa de Charity. En este preciso instante. Lleva aquí más de media hora. Yo... he puesto micrófonos y antes de que saltes, más te vale darme las gracias, porque a última hora de esta tarde va a suceder algo, probablemente la reunión con AlBanna que esperábamos, y él quiere cenar con Charity en su casa para celebrarlo.

La idea le volvía loco. Podía ver en su mente con claridad meridiana la expresión de Worontzoff de la otra noche en su mansión, tocando a Charity y empalmándose. También podía imaginar sin el menor problema la reacción de Worontzoff cuando Charity le rechazara.

Aquel maldito ruso era un rey en su mundo, y los reyes estaban acostumbrados a ser obedecidos, a castigar a las personas que no acataban sus deseos.

—Voy a contárselo a Charity —anunció Nick de pronto.

Era el único modo que se le ocurría de rescatarla. Confesarlo todo. Una vez que ella supiera la verdad, de ningún modo iría gustosa a su mansión.

—Voy a contarle quién es ese cabrón en realidad y a decirle que no puede ir a su casa. Ordenará que la maten. —Se le heló la sangre al imaginar las posibles reacciones de Worontzoff. Si podía ordenar que colgaran a una prostituta de un gancho de carnicero, no quería ni imaginar lo que le haría a Charity. En su mente desquiciada, ella era su amor perdido. En cuanto la joven le contrariara, su venganza sería rápida y tremendamente cruel.

Por supuesto, Nick tendría que descubrir su tapadera para prevenirle y revelarle su verdadera identidad.

Existían hombres que preferían morir antes que descubrir su tapadera. Cumplir el código era lo más parecido a una religión para Nick. Lo que estaba haciendo incumplía todas las reglas. Lo sabía, pero era incapaz de no hacerlo.

Iceman, el hombre frío, sin sentimientos, capaz de llevar a cabo la más peligrosa de las misiones, estaba tan fuera de control por una mujer que no podía alejarse más de cincuenta kilómetros de ella.

Era como estar en un tren en marcha que se dirige a un desfiladero sin puente. Se le conocía por su rígido autocontrol, pero en ese momento, otra persona dentro de su cabeza manejaba los controles y palancas en la sala de máquinas.

—En cuando ese cabrón se largue, voy a entrar.

La brusca inspiración de Di Stefano se escuchó con toda claridad a través del teléfono móvil.

—Ni hablar —farfulló—. Ni se te ocurra. ¿Es que te has vuelto loco? Pero ¿qué te pasa? En cuanto Worontzoff descubra que ella sabe algo, todo se vendrá abajo.

Su voz sonaba baja, distante. Sin duda lo bastante lejana como para hacer que Nick no le escuchara. Bla, bla, bla. Nada de lo que Di Stefano pudiera decirle afectaría a su decisión. Había sentido que era la correcta nada más tomarla. Tenía que entrar allí y contarle todo a Charity.

Entraría en su casa, la pondría en custodia preventiva y la encerraría hasta que terminara todo. Una vez que acabaran con Worontzoff, volvería a por ella.

Puede que Charity no le perdonara por haberle mentido, pero a fin de cuentas... conseguiría que siguiera viva.

Si no hacía nada, si se limitaba a quedarse allí agazapado, detrás del garaje de Charity, escuchándola llorar y vomitar, y después preparándose para salir y relacionarse con un mafioso, Worontzoff haría su jugada pensando en volver a tener a Katya en su cama, y terminaría por descubrir que Charity no estaba dispuesta a seguirle el juego y que desde luego no era su amor perdido.

Nick no tenía ninguna dificultad en imaginarse identificando el cuerpo de Charity en la mesa del depósito de cadáveres de la localidad. Intuía que Worontzoff podía mostrarse realmente creativo con una mujer y un cuchillo.

Todo su ser le pedía a gritos que obviara todo lo que había aprendido hasta el momento y pusiera sobre aviso a la mujer que amaba, así que se agachó y vigiló la calle.

Se puso en marcha tan pronto vio aparecer la limusina, y a su chófer y a Worontzoff marcharse en ella.

Avisarla del peligro era la opción más inteligente, lo que había que hacer.

Y si aquello significaba, además, volver a ver a Charity, estrecharla entre sus brazos de nuevo... Sería maravilloso.

Pero sucediera lo que sucediera, una cosa era segura: Charity no iba a salir esa noche para ir a la casa de un asesino. Nick moriría por evitarlo. Y, sin la menor duda, mataría por ello.

CAPÍTULO 21

—Excelente —dijo Vassily, con sus pálidos ojos centelleantes—. Sabía que podía contar contigo, dushka. Así debe ser, querida mía. Nunca interfieras en el destino; sólo se consigue salir malparado. Es una de las lecciones más duras de esta vida.

La rodeó con el brazo y le dio un apretón. Su voz era más fuerte de lo normal y su brazo la rodeaba con tal fuerza que casi le hacía daño. Había algo extraño en él, algo casi febril, que lo hacía diferente del Vassily normal y fríamente racional que Charity conocía. Se preguntó si estaría enfermo, incubando la gripe.

Sus desfigurados dedos se le clavaban en el hombro. Charity inspiró hondo, pensando que, tal vez, aquello haría que su brazo se aflojase, pero no dio resultado. Tan sólo consiguió que su abrazo resultara más doloroso.

Vassily desprendía unas vibraciones extrañas, era como si estuviera... excitado, enardecido, acalorado. Parecía que estuviera perdiendo el dominio de sí mismo. Se le estaba acelerando la respiración. Podía sentir su caja torácica elevándose y descendiendo contra su costado con tanta rapidez que prácticamente jadeaba. Se mostraba agitado, inquieto y errático.

De haberse sentido mejor, Charity le hubiera preguntado por su salud. Era un amigo, más o menos de la misma edad que tendría su padre de haber vivido.

Al fin y al cabo, era una cuestión de cortesía para la educada Charity Prewitt. Siempre podía contarse con que hiciera lo correcto.

Pero no en ese momento. No pensaba mostrarse cortés, ser la niña buena que había recibido una excelente educación por parte de una buena familia. Estaba a punto de perder la compostura; se sentía completamente exhausta, reducida a cenizas, aferrándose a los jirones de su autocontrol con uñas y dientes. Apenas ponía mantenerse en pie. Lo que menos necesitaba era enfrentarse a la agitación de Vassily.

¿En qué estaba pensando para aceptar su invitación? ¿De dónde iba a sacar fuerzas para salir, cuando lo único que ansiaba era soledad y oscuridad?

Y era del todo posible que también ella estuviera incubando la gripe. Había vomitado tres o cuatro veces entre la mañana de ayer y la de hoy.

En esos momentos no le quedaba nada que darle a Vassily, estuviera enferma o no. Se sentía como la tierra arrasada.

—Vassily... —Charity trató de apartarse de él, pero, para su sorpresa, descubrió que era prácticamente imposible. Le había vuelto a poner la otra mano sobre la rodilla para que no pudiera moverse. O al menos eso era lo que parecía. Estaba segura de que él no lo hacía a propósito. ¿Cómo iba a saber que le estaba haciendo daño? Pero sí debería saber que la estaba agobiando.

Se puso en pie. Fue lo único que se le ocurrió para deshacerse del abrazo de Vassily y hacer que se fuera de la casa. Ansiaba la soledad del mismo modo en que un alcohólico ansia la bebida, o un adicto su dosis.

Profunda y desesperadamente. Como si fuera a morir si no podía conseguirlo en ese mismo instante.

El escritor también se puso en pie. Charity no vio que hiciera nada más; no sacó el móvil ni hizo amago de hacerlo, pero en cuanto él se levantó, Charity vio su larga limusina, negra y reluciente, aparcar afuera.

El chófer se detuvo en el punto exacto donde la puerta del pasajero quedaba a la altura del camino de entrada.

Vassily se encaminó lentamente hasta la puerta, ayudándose del elegante bastón, sereno y cojeando. Charity le acompañó, esperando que sus piernas le sostuvieran al menos hasta que pudiera cerrar la puerta después de que él saliera. Le faltaba muy poco para derrumbarse.

Vassily se giró hacia ella, mirándola fijamente con sus pálidos ojos azules.

—Iván pasará a recogerte a las seis, querida mía. Hasta entonces...
—Alargó el brazo y le acarició la mejilla con uno de sus maltrechos dedos.

Charity precisó de todo su autocontrol para no retroceder, espantada. Él dejó caer la mano y se puso los guantes, buscando su sombrero con la mirada. La joven lo cogió y se lo entregó. La lana era gruesa al tacto, de excelente calidad. Vassily se puso el sombrero sin apartar los ojos de ella ni un solo momento.

—Te veré esta noche, dushka. —Tomó la mano de Charity con la suya enguantada y se inclinó sobre ella—. *A bientôt, chérie.*

Charity retiró la mano y le rodeó para girar el pomo de la puerta, algo que a él le resultaba difícil de hacer.

—Adiós, Vassily.

Él se movía con dolorosa lentitud. Por educación, la joven se quedó allí de pie en la puerta abierta, congelándose. El gélido aire matutino le hundió sus dolorosos dedos helados hasta los huesos. En un vano intento por mantener algo de calor en su organismo, se cruzó de brazos.

Un halo de escasa luz se filtraba por el encapotado cielo gris pizarra. Hacía casi demasiado frío para que nevase. Unos pocos copos

glaciales trataron de posarse en el suelo, pero el viento los barrió con desenfreno antes de que pudieran hacerlo. Charity sintió como agujas el aguanieve contra sus mejillas mientras esperaba con impaciencia a que Vassily se marchase.

Finalmente, él cruzó el umbral y se aproximó laboriosamente hacia Iván, que le esperaba en la parte de arriba de la escalera con el brazo tendido. En cuanto Vassily estuvo al cuidado de su chófer, Charity se apresuró a cerrar la puerta, tratando de no dar un portazo con las prisas de tenerle fuera de la casa. Una vez escuchó el clic del pestillo, se derrumbó jadeando contra la puerta con los ojos cerrados, exhausta.

Al cabo de un rato escuchó el ruido de la puerta de un coche caro al cerrarse y el grave ronroneo de un potente motor. Giró la cabeza y observó a través de la ventana de la sala de estar cómo se alejaba la limusina. El vehículo tenía lunas tintadas, pero creyó ver el pálido rostro de Vassily apretado contra el cristal. Mirándola.

¡Dios santo! Pero ¿qué había hecho?

Charity corrió las cortinas de la sala, cansada del mundo exterior, y colocó sobre la bandeja los vasos de té, la tetera y la mermelada, y lo llevó todo a la cocina. Se sentía tan débil que la bandeja temblaba en sus manos y los vasos entrechocaban. El momento pasado ante la puerta abierta le había robado el poco calor que conservaba, junto con las pocas fuerzas a las que se había estado aferrando.

Se detuvo y se apoyó contra el fregadero, rodeándose la cintura con los brazos. Sentía un frío tan profundo, que por un momento creyó que su corazón se había convertido en hielo. Estaba completamente agotada, como si no fuera más que huesos sujetos por la piel. No demasiado lejos de la tumba.

Los temblores se volvieron más acusados y la bilis le subió de nuevo a la garganta. Las lágrimas se le saltaban de los ojos. No sabía si

intentar llegar al baño para vomitar o derrumbarse sin más en el suelo y hacerlo allí.

A duras penas se tragó la bilis que le cosquilleaba en el cuello y, acto seguido, esperó a que su estómago se asentara. Apretó las rodillas.

No vomites, se dijo de forma severa. No te derrumbes. No habrá nadie que te recoja si lo haces.

Tenía la sensación de que no existía calor suficiente en todo el mundo para calentarla. Lo único que podría hacerle entrar de nuevo en calor era Nick, y él estaba dentro de un ataúd en la pedregosa y fría tierra.

¡Oh, cómo le hacía entrar en calor! Ni una sola vez había sentido frío durante la semana que habían pasado juntos. Dormir desnuda en pleno invierno no había supuesto ningún problema teniendo a Nick consigo. Era igual que un horno. Una fuente constante de intenso calor.

Lo había sido, pues ahora tan sólo quedaban de él huesos helados. Jamás volvería a sentir calor durante el resto de su vida.

¡Santo Dios, cuánto le echaba de menos! Un sollozo amenazó con abrirse paso desde su pecho, pero lo contuvo tapándose la boca con la mano. Su garganta se estremeció y dejó escapar un desolado sonido a través de sus dedos.

No iba a ponerse de nuevo a llorar. Eso requería una energía de la que sencillamente carecía. Las lágrimas brotarían de algún lugar irremediabilmente roto en su interior y jamás volvería a sentirse completa.

Apretó la mano con más fuerza sobre su boca, sintiendo cómo sus labios presionaban contra los dientes, y esperó. Esperó a que el desbordante dolor remitiera, igual que el azote de la cola de un escorpión. Tan sólo necesitaba que aquello se calmara un rato, sólo un

ratito, el tiempo suficiente para conseguir llevar su cuerpo tembloroso de nuevo hasta el dormitorio y derrumbarse sobre la cama.

Se abrazó con mayor fuerza, en un vano intento por suministrarse el calor que Nick le había proporcionado con tanta facilidad.

Aquel dolor agudo, lacerante, tenía que parar en algún momento. ¿No? ¿No se decía en todos los libros que el sufrimiento se aplacaba con el tiempo?

No tenía otra cosa a qué aferrarse que a la idea de que algún día ese dolor devastador disminuyera, aunque nunca llegara a desaparecer del todo. Charity era como alguien que hubiera sido herido en combate. Los cirujanos y enfermeras podían ponerle transfusiones de sangre y darle puntos, pero en lo más hondo, los tejidos estaban desgarrados y la herida nunca se cerraría por completo.

Seguramente la locura remitiría algún día. Tenía que hacerlo, ¿no era así? Los Prewitt disfrutaban de una vida longeva. Era fácil que llegara a cumplir los noventa. Se estremeció sólo de pensar en pasar otros sesenta y dos años de locura.

Durante los tres últimos días, había sentido la presencia de Nick cientos de veces al día. Sentía que lo encontraría al doblar una esquina, detrás de cualquier puerta, al salir de la habitación... Y cada vez su corazón se desbocaba y seguidamente se derrumbaba y ardía cuando veía que no era así.

Nick no estaba allí. Jamás volvería a estarlo.

Así que, ¿por qué su cuerpo la atormentaba de aquel modo? ¿Acaso no era bastante malo de por sí que su marido hubiera muerto, sin tener que sentir su presencia?

Como... ahora.

Todo el vello de su cuerpo se le erizó mientras se encaminaba lentamente al dormitorio, arrastrando los pies y con el corazón palpitándole con fuerza. Un gran terror se apoderó de ella, aplastándola, cortándole la respiración. Los ojos le brillaban de forma enfermiza.

En aquel momento la presencia de Nick era más poderosa. Podía olerlo. Él estaba allí, en la casa. Creer aquello era una locura, era consciente de ello, pero no podía evitarlo.

Al dolor que sentía se unía ahora el terror de perder la cabeza.

Con cada paso que daba hacia el dormitorio, podía sentir su presencia de un modo más acusado. Era una locura. Su mente le decía que estaba loca, pero todos sus sentidos estaban alerta, enviando frenéticas señales a su cerebro. ¡Está aquí, está aquí, está aquí! Como si fuera el redoble de un tambor en la selva.

Durante la semana que habían pasado juntos, todo su cuerpo se había transformado en un diapasón, acorde con el cuerpo de Nick. Él estaba allí, podía sentirlo. No existía razonamiento alguno que pudiera convencerla de lo contrario.

Aquello era más que horrible.

Había visto de primera mano cómo su tía se deslizaba lenta y terriblemente hacia la demencia y era lo más aterrador, espantoso y desgarrador que había presenciado. También su tía veía a sus seres queridos, desaparecidos hacía mucho tiempo, entre las sombras y los rincones.

Aterrada, Charity alargó la mano y la posó sobre la puerta de su dormitorio. Tras la gruesa madera no había más que una cama deshecha y pañuelos empapados de lágrimas desparramados por el suelo. Lo sabía. Lo «sabía». Pero su cuerpo sabía otra cosa en un plano completamente diferente.

Se mantuvo un largo rato con la mano temblorosa sobre la puerta, temerosa de abrirla, pues detrás no había nada salvo la prueba de que estaba perdiendo la cabeza.

Helada, enferma y temblando, empujó al fin. La puerta se abrió, emitiendo un sonido grave en la quietud de la casa. La habitación estaba sumida en las sombras. No se había molestado en abrir las contraventanas.

La presencia de Nick allí era muy poderosa. Charity se quedó clavada donde estaba, incapaz de entrar en su propio dormitorio. Su dormitorio, perfectamente normal, de pronto se había convertido en la guarida de unos monstruos que esperaban para devorarla viva. Un negro agujero al fondo del cual se encontraba su cordura, perdida para siempre.

La abertura de la puerta había originado corrientes de aire que llevaban hasta ella el aroma de Nick, su presencia, con mayor intensidad. Fuera del dormitorio se escuchó un leve ruido.

No podía soportarlo, no podía. No le quedaba nada en su interior con lo que poder hacer frente a aquella clase de locura. Trató de levantar un pie y obligarse a entrar en su propio dormitorio, pero no pudo. Sus pies estaban anclados al suelo, como si estuvieran atrapados por arenas movedizas. Estaba paralizada y le era imposible respirar.

Las sombras de la habitación se arremolinaron, o tal vez se trataba de que su vista se estaba desvaneciendo. Las piernas le temblaban ahora, a duras penas capaces de sostener su peso.

Las sombras se movieron una y otra vez.

Escuchó el sonido de unas botas sobre el suelo de parqué. Las sombras se fundieron, adoptando la forma de una silueta humana.

Una alta figura de hombros anchos, vestida de negro, avanzó. Y una voz grave dijo:

—No dejaré que vayas a casa de Worontzoff, Charity.

Era Nick, que había regresado de la tumba.

De pronto, la oscuridad se cernió sobre la joven.

¡Joder!

Nick corrió a coger a Charity antes de que cayera al suelo, maldiciéndose mientras lo hacía. No había repasado aquel momento en su cabeza en absoluto, que era lo que siempre hacía, fuera cual fuera el movimiento a ejecutar. Por primera vez en su vida, se limitó a seguir su instinto sin pensar en las consecuencias.

De lo contrario podría haber pensado en disminuir el impacto que causaría en Charity ver a su difunto marido de nuevo con vida.

Nick tendió a Charity en el suelo, completamente aterrorizado.

Sabía que había gente que moría a causa de estas cosas. ¡Joder, joder, joder!

La joven estaba lívida. Su organismo enviaba tanta sangre como era posible de la periferia al corazón, tal como ocurría en momentos de mucho estrés. Algunos shocks eran tan impactantes que la circulación sanguínea se ralentizaba y acababa deteniéndose.

En Bosnia, diez días después de comenzar su primera misión, Nick había visto cómo caía muerta una madre a causa del impacto que le supuso ver lo que quedaba del cuerpo de su hija después de que soldados serbios hubieran acabado con ella. No había quedado mucho.

Un shock podía matar.

Tomó las esbeltas manos heladas de la joven entre las suyas, intentando hacer que entraran en calor. Charity no se movía, ni siquiera lo hacía su pecho.

En un repentino ataque de pánico, introdujo una mano debajo de su sudadera, buscando el latido de su corazón. No llevaba sujetador y Nick se avergonzó en parte del arranque de deseo al sentir su suave pecho bajo la mano. Adoraba sus pechos.

En una ocasión, Kit Sanderson, un compañero suyo en los Delta, le dijo que lo que más le gustaba en una mujer era que tuviera unos pechos enormes, y sin pensarlo demasiado, Nick dijo que a él también.

La primera vez que tocó a Charity, que tomó sus senos en sus manos, sintiendo los aterciopelados pezones rosados endurecerse, supo que se había equivocado y que siempre había buscado a alguien como ella.

Posó dos dedos sobre su pecho izquierdo. Ah, ahí estaba su corazón, rápido y débil, pero latía. Se mecía sobre los talones, todavía acucillado junto a ella.

Dios, ¿y ahora, qué? Tenía conocimientos básicos de medicina. Si estuviera sangrando debido a una herida de bala, sabría qué hacer con exactitud. Si tuviera un hueso roto, seguramente podría colocárselo; si necesitaba puntos, también podría dárselos. Pero esto le superaba.

—Charity —dijo en voz baja. Luego subió el tono—: ¡Charity!

Por Dios, apenas respiraba. Las aletas de su nariz estaban contraídas y blancas, sus músculos completamente laxos.

Aquello no pintaba bien. Fuera como fuera, estaba agotada. Sus pómulos estaban más marcados, al igual que su barbilla, y la clavícula era más prominente. Había adelgazado y eso que no tenía mucho peso que perder.

Maldición, debería haber actuado de forma diferente, ¿pero cómo? ¿Cómo se le dice a una viuda que sufre que su marido no está muerto? Que todo era producto de un terrible error.

No, no existía un modo de revelarle su presencia sin causarle un gran impacto. Y tampoco había modo de impedir que esa noche fuera a casa de Worontzoff sin delatarse. ¿Qué se suponía que debía hacer, enviarle un email desde la tumba? ¿Dejarle mensajes escritos con carmín de labios en el espejo del cuarto de baño?

No, aquello debía hacerse en persona.

Ésa era la historia de su vida: un único camino posible, recto, sin delgados tabiques ni calles laterales. El único modo de salir era cruzarlo. Sin alternativas, sin desvíos. Charity gimió y Nick observó cómo su rostro recuperaba cierto color. Ya no estaba tan pálida y empezaba a recuperar la consciencia.

Debería servirle un dedo de whisky y obligarla a tomárselo, pero el cabrón de Worontzoff ya le había hecho beber vodka. Con el estómago vacío, tanto alcohol la dejaría fuera de combate. Y, además, no quería apartarse de ella.

Charity gimió de nuevo y su mano tembló. Nick la incorporó levemente, rodeándola con el brazo para sostenerla. Ella abrió los ojos inesperadamente. Sin volver en sí poco a poco, sin que sus párpados se agitaran, de modo que él tuviera ocasión de prepararse. Aquellos hermosos ojos gris claro, que estaban cerrados, se abrieron de par en par de pronto. Parecía asustada, confusa.

—¿Nick? —susurró.

Tentativamente, alzó una mano temblorosa, y le tocó la cara con cautela. Como si tocarle pudiera quemarla. Pómulos, sien, mandíbula. Como si la evidencia de sus ojos y oídos no fuera suficiente.

Una arruga hizo su aparición entre sus cejas castañas.

—¿Eres tú? ¿Cómo puedes ser tú?

Nick deslizó el otro brazo bajo sus rodillas y se puso en pie con ella en brazos, frunciendo el ceño al ver lo ligera que la sentía.

La siguiente parte iba a ser... delicada. Antes siquiera de llegar al punto en que la convenciera para que no saliera esa noche, tenía que abrirse paso a través de espinosos bosques, vadear ríos caudalosos y cruzar ardientes desiertos.

Peor aún. Tenía que contarle que cada palabra que había salido de su boca era mentira.

Así pues, sabía que tenía una ardua batalla por delante, y el mejor modo de enfrentarse a ella era contarle la verdad —o tanto como le fuera posible— mientras la tocaba.

Sus palabras habían sido falsas, pero su cuerpo no había mentido. Ni una sola vez. Siempre que la tocaba, siempre que penetraba en ese precioso cuerpo, cálido y acogedor, su placer era auténtico. Ahí no había mentira alguna.

El tacto era un tranquilizante poderoso, que aplacaba a los animales y a las mujeres que no tardarían en montar en cólera. Iba a necesitar toda la ventaja de la que pudiera disponer.

Se sentó en la esquina del sofá, acomodó a Charity en su regazo para que estirara las piernas y la rodeó con sus brazos. Ella no apartó en ningún momento la mirada de sus ojos. Tenía una mano sobre el hombro de Nick, masajeándole el músculo.

—Estás vivo —susurró, al fin. No era una pregunta.

Nick asintió, observando su rostro.

—Sí, cariño, estoy vivo.

Ella parpadeó y se estremeció.

—Me estoy volviendo loca, como mi tía Vera. No puedes estar vivo. Yo te enterré. Estoy teniendo alucinaciones.

—No, no se trata de ninguna alucinación. Me estás tocando —le aseguró, antes de inclinarse para besarla en la mejilla—. Puedes sentirme. Te pellizcaría para que me creyeras, pero no quiero hacerlo. No deseo causarte ningún daño.

Decir aquello no era, precisamente, lo más oportuno. Charity inspiró profundamente y se irguió, sentándose justo sobre su erección.

Por increíble que fuera, con todo lo que estaba por suceder, con el peligro acechando en el horizonte, se había empalmado.

Charity abrió los ojos como platos. Lo sentía. Durante un instante, fue como si el mundo entero se detuviera. Dejaron incluso de respirar. No se escuchaba ningún ruido en la casa o en la calle. Reinaba un silencio absoluto mientras la veía pugnar con el concepto de que un hombre muerto tuviera una erección por su causa.

Aquello era recíproco. El sexo entre ambos había sido más que bueno, desde el primer beso rápido que compartieron en su coche de camino a Da Emilio's hasta la última vez que habían hecho el amor el viernes por la mañana. Su cuerpo estaba en consonancia con el de Nick. A pesar de lo pequeña que era, cada vez necesitaba menos preliminares para acogerle. A veces, sólo hacía falta un beso, una caricia, y ya estaba preparada, mojada, inflamada y caliente. Como si estar cerca de él fuera todo el juego previo que necesitaba.

De modo que tenía que observar con atención sus ojos, y si su expresión se ablandaba, era muy posible que comenzase a besarla, y una cosa llevaría a otra, tal vez allí mismo, en aquel bonito sillón —tampoco

sería la primera vez—. Le diría «lamento haberte engañado», y ella le miraría después de correrse, con la piel rosada y sudorosa, y le susurraría «te perdono, Nick». El le diría «bien y, por cierto, ni se te ocurra ir esta noche a casa del cabronazo de Worontzoff», ella le respondería «lo que tú digas, Nick» y ahí acabaría todo.

Charity echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos.

—No. Ni siquiera pienses en eso.

—No —repitió Nick. Maldita sea, hacer el amor habría facilitado las cosas, hubiera evitado muchas cosas desagradables.

—¿A quién... a quién enterré? —susurró Charity. Nick se encogió de hombros.

—No lo sé.

La joven apretó los labios y trató de zafarse de sus brazos.

Ni hablar. No iba a moverse de donde estaba, en contacto con él. Nick la abrazó con más fuerza.

—Lo siento, cariño. Es la pura verdad. No sé quien era. Pero intentaba matarme y sé quién le envió.

Ella le miraba a los ojos con atención, apenas escuchando, como si tratase de ver lo que había en su interior. Se humedeció los labios secos.

—¿Dónde has estado los últimos días?

—Aquí —dijo sin rodeos—. Principalmente fuera de tu casa. Dormí en un motel que hay a las afueras.

—¿Aquí? —musitó. Apartó la mirada de sus ojos para recorrer el cuarto de estar, como si viera su casa por primera vez. Y nuevamente, tornó la mirada hacia él.

—¿Has estado fuera de mi casa mientras lloraba como una posesa? ¿Mientras sufría por ti con tal intensidad que creía que iba a parárseme el corazón? —Se enderezó súbitamente en su regazo y Nick hizo una mueca de dolor—. Entraste en mi casa, ¿verdad? Estuviste aquí. Fue real.

Se revolvió con fuerza y se puso en pie, temblando. El había abierto los brazos para dejarla ir. Charity se movía de forma tan violenta, que Nick le haría daño si trataba de retenerla.

Temblaba, abrazándose fuertemente la cintura con los brazos, y sus ojos brillaban como piedras preciosas en su pálido rostro.

—Creí que me estaba volviendo loca. Sentía tu presencia en todo momento. Olía tu aroma. Entraba en una habitación, esperando encontrarte. Creía que estaba perdiendo la cordura. —Le lanzó una mirada furibunda con los ojos entrecerrados—. ¿Se trata de alguna clase de juego tuyo? ¿Fin-finges estar muerto, dejas que crea que te... te he enterrado, y luego vuelves? ¿Es ésta tu idea de una «broma»? —Su voz se quebró.

Nick se puso en pie despacio temiendo que Charity huyese o se rompiese, al primer movimiento equivocado.

—No es una broma —le aseguró con suavidad—. Ni ningún juego. Y si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho, créeme. Lo que sucede es que...

Charity se puso aún más blanca.

—¿Evitarlo? —Se llevó una mano trémula a la boca—. ¿Querías «evitarme»? ¿Querías dejarme en la ignorancia sin más, pensando que mi marido estaba muerto? —Tragó saliva con dificultad—. Tú no eres Nick —susurró, temblando—. No puedes serlo. El jamás me hubiera hecho esto. Jamás me hubiera dejado llorándole. ¿Quién eres?

—¡No! —Dios, aquello no iba nada bien—. No quería decir que te estuviera evitando a ti, lo que pasa es que...

Pero Nick le hablaba al aire. Tras dejar escapar un gemido, amortiguado por la mano con la que se tapaba la boca, Charity salió disparada de la habitación. Se fue hasta el retrete, colocó bruscamente ambas manos sobre la pared de baldosas del servicio y agachó la cabeza. Tan sólo devolvió té y vodka. Tosió y vomitó un líquido marrón queapestaba a alcohol, con los ojos llorosos.

Nick estaba justo detrás de ella. Introdujo una toalla de tocador debajo del grifo del lavabo y la escurrió. La rodeó con un brazo desde atrás y le limpió la cara con ternura. Charity estaba jadeando y temblando, sudando y tosiendo. Los músculos del abdomen se contrajeron bajo la mano de Nick cuando volvió a tener arcadas.

Ahora ya no salía nada, pero no resultaba menos desgarrador por el hecho de que no le quedara nada en el estómago que vomitar. Hizo intentos leves por desembarazarse del brazo de Nick, pero él no iba a consentirlo. Charity necesitaba su apoyo. Nick estaba seguro de que se caería al suelo si la soltaba.

Finalmente, después de que pasaran varios minutos sin sentir más náuseas, la joven se apartó, tratando de soltarse de su brazo. Nick no cedió. Volvió a enjuagar la toalla, hizo que Charity se diera la vuelta y le secó la cara y el cuello.

Charity se lo permitió dócilmente, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Nick había visto hielo con más color que su rostro. Parecía tan abatida que se le encogió el corazón.

—Esto es absurdo —dijo—. Debes estar en la cama. Hablaremos de ello más tarde, pero lo que ahora necesitas es echarte. —Frunciendo el ceño, puso el dorso de la mano sobre su frente. No tenía fiebre. Pese a eso... —. Seguramente estás incubando algo, estás demasiado agitada.

Tendremos suerte si sólo se trata de una gripe. El tiempo que hace es propicio para pillar una bronquitis o una neumonía. Creo que voy a llevarte al hospital.

Buena idea; a la mierda la operación de seguridad. Llevaría a Charity al hospital de la ciudad más próxima y se quedaría en un segundo plano. Se aseguraría de que le hacían un chequeo y se cercioraría de que estaba bien mientras Di Stefano y Alexei vigilaban a Worontzoff.

—No. —Charity hizo un esfuerzo y se enderezó, apartándose de él—. No estoy enferma. Estoy de luto —afirmó, fulminándole con la mirada.

—No sabía que estar de luto le hace a uno vomitar decenas de veces al día. Eso es nuevo.

—¡No he vomitado decenas de veces al día! Eso es ridículo. Tan sólo por las maña...

Se detuvo de pronto, abriendo desmesuradamente los ojos. Nick también se quedó petrificado. Se miraron el uno al otro. El silencio era total en el bonito baño mientras Nick buscaba en sus ojos la verdad que de repente sentía en todo su ser.

—Adelante, termina esa frase. Tan sólo vomitas por las mañanas. Ya sabes lo que eso significa, ¿no? Significa que estás embarazada.

—No —susurró Charity. Se llevó inmediatamente la mano al vientre, como si tratase de sentir lo que había allí. Nick sabía lo que había: un bebé. «Su» bebé. Apostaría su millón de dólares a que era cierto—. No, ni hablar. No puedo estar embarazada. —Parecía horrorizada ante la idea.

Nick frunció el ceño.

—Por supuesto que puedes estarlo. Dios sabe que hemos follado como locos, y tan sólo es necesario hacerlo una vez sin protección. Pregúntale a cualquier adolescente.

Charity se estremeció.

—Esto es... es absurdo. Es demasiado pronto. No puedo saberlo con seguridad. Todavía no. Tendré que hacerme pruebas, análisis de sangre, de orina, lo que sea. Se tarda semanas en saber con seguridad... —Su voz se fue apagando mientras miraba a Nick con los ojos como platos. Ambos estaban completamente seguros, Nick lo sabía, pero a Charity no le estaba resultando fácil asimilarlo.

Nick era un soldado; Charity no. Estaba acostumbrado a enfrentarse a la realidad. Siempre veía las cosas tal como eran, no como deseaba que fueran, y lo hacía sin demora. No necesita adaptarse. Dios bendito, si uno necesita tiempo para adaptarse a las situaciones, más le vale no acercarse a un campo de batalla.

Tomarse tiempo para asimilar las cosas es un muy buen modo de conseguir que te maten.

Charity procedía de un entorno menos hostil, donde raras veces se recibían malas noticias y disponía de tiempo para aclimatarse. Todavía estaba digiriendo la idea mientras que Nick ya estaba haciendo planes.

Un bebé. ¡Un «bebe»! nunca había deseado casarse y siempre se había negado a pensar en tener hijos. ¿Qué sabía él sobre la familia, sobre criar niños? Había crecido en un orfanato y en brutales hogares de acogida. No era el ejemplo perfecto para asuntos domésticos.

Cierto era que Jake se había criado del mismo modo y se había convertido en el mejor marido y padre del mundo. Pero Jake era Jake y Nick era Nick. Si la mujer de turno mencionaba campanas de boda o anillos, Nick ponía pies en polvorosa. No era algo que hubiera deseado, o esperado desear.

Motivo por el cual el arranque de deseo que sentía casi le hizo caer de bruces. Deseaba a Charity, pero también deseaba tener a su hijo. Era una emoción completamente nueva, pero la asimiló de inmediato cuando se instaló en su interior. No cabía duda de que era real. Lo reconoció al momento, como si hubiera estado allí desde siempre, aguardando pacientemente a que él se percatara.

El zumbido furioso que había anegado su cabeza y nublado su mente había desaparecido. Tenía la mente completamente despejada y sabía con exactitud lo que quería.

Quería a Charity y al niño que habían engendrado juntos. Lo quería con ferocidad, con mayor desesperación que con la que tantos años atrás había deseado convertirse en un miembro de los Delta Forcé, la élite del ejército.

En un abrir y cerrar de ojos, su vida había dado un giro de 180 grados.

Lo quería todo. Una matrimonio de verdad y ser padre. Deseaba vivir con aquella hermosa mujer en aquella bonita casa en esa preciosa ciudad. Deseaba educar a su hijo o hija en un hogar lleno de amor, protegerlo y cuidarlo. Y deseaba tener más hijos. ¿Por qué demonios no iban tenerlos? ¿Por qué tener sólo uno?

Por supuesto, entre el ahora y ese futuro había unos cuantos momentos difíciles que superar y uno de ellos le estaba mirando en ese preciso instante con cara pálida y traumatizada.

Nick tomó sus manos, que estaban heladas, se las llevó a los labios y las besó. Charity respiró profundamente y se soltó. Nick dejó que lo hiciera, no era momento de imponerle nada.

Charity escondió las manos a la espalda como si fuera una niña, y alzó la mirada hacia él, buscando en sus ojos, tratando de descifrarle.

Nick sabía cómo desviar la curiosidad y esconder lo que deseaba ocultar. Era una de sus habilidades, junto con la inmovilidad y el desapego emocional. Era lo que hacía de él tan buen agente secreto. Sabía cómo mantener a la gente a raya. Pero ahora necesitaba hacer un cambio, y rápido.

Deliberadamente bajó el escudo con el que durante toda su vida había protegido su mente y su corazón, y dejó entrar a Charity.

La joven sacudió la cabeza lentamente.

—¿Quién eres? Creo que me estoy volviendo loca. Me enamoré de un hombre en cuestión de una semana, me casé con él y me convertí en viuda el mismo día. Y ahora mi marido regresa de la muerte. Es demasiado para asimilar. —Tragó saliva con fuerza—. Necesito la verdad. Dime qué sucede, Nick. ¿Te llamas Nick de verdad?

—Sí, me llamo Nick. Te lo contaré todo, pero primero vas a lavarte y luego a sentarte antes de que te desmayes.

Le retiró el cabello con una mano mientras que Charity se lavaba la cara con agua fría. Dejó un cepillo y un tubo de pasta de dientes en el lavabo y la miró con una sonrisa. Ella se lavó los dientes y después se enjuagó la boca con elixir bucal. Después le puso un cepillo en la mano y ella se cepilló el cabello. Nick sabía que todas aquellas tareas le hacían sentirse mejor, más al mando de la situación.

Su semblante estaba recuperando algo de color, pero todavía le temblaban las manos. Nick hizo que se diera la vuelta para mirarla a los ojos.

—Muy bien. Vamos a tener una charla, pero no aquí. Es una conversación demasiado importante para mantenerla en el baño, de modo que iremos al cuarto de estar. O vas hasta el sofá por tu propio pie o te llevo yo. Tú eliges, pero tienes que hacerlo ya.

Charity parpadeó. Nick sabía modular su voz a fin de que sus palabras sonaran como una orden. Ella obedeció de forma instintiva. Se dirigió a una de las butacas, pero él la condujo al sofá y se sentó a su lado, lo que hizo que la joven retrocediera, alarmada.

Charity deseaba evitarle. Lo sentía por ella, pero él estaba allí e iba a quedarse. Le cogió la mano y la joven tiró con desgana para intentar recuperarla. No lo consiguió. Nick la sujetaba con firmeza. No quería hacerle daño, pero tampoco iba a soltarla. Necesitaba tocarla en esos momentos.

Charity se volvió de pronto hacia él.

—Está bien —dijo tranquilamente, sin hacer más intentos de recuperar su mano—. Esto es lo que sé de ti: te llamas Nicholas Ames, tienes treinta y cuatro años, eres, eras, agente de bolsa en Nueva York. Ganaste algún dinero y este año has dejado la firma en la que trabajabas. Quieres abrir tu propia empresa. Tu padre era banquero y tu madre abogada. Así que, dime, ¿cuánto de eso es verdad?

Nick se sentía tan condenadamente orgulloso de ella... Cualquier otra mujer estaría ya gritando, pero Charity no. Sus palabras resonaron en su cabeza. ¿Cuánto de eso es verdad?

—Básicamente, nada —confesó.

El poco color que la joven había recobrado se esfumó de su cara. Su mano se liberó para cubrirse la boca.

—Dios mío —murmuró—. Ya estás casado. De eso se trata todo esto.

—¡No! —Volvió a tomarle la mano—. Maldita sea, no, no estoy casado. Nunca lo he estado.

—No, no lo estás. Mi marido está muerto —susurró—. Yo lo enterré.

—No, cariño, enterraste a otro hombre. A alguien que trató de matarme. Desconozco su nombre porque no llevaba ninguna identificación encima.

Charity parpadeó para contener las lágrimas.

—Puede que no tuviera ningún carné, pero sí llevaba tu anillo de casado.

—Sí, así es. —Nick la miró fijamente a la cara—. Y ponerle ese anillo en el dedo fue una de las cosas más duras que jamás he tenido que hacer. Pero era necesario; gracias a él identificaron su cuerpo como el mío, ¿no?

—Sí —susurró tensa—. Cuando el agente de policía me dio ese anillo, creí que iba parárseme el corazón.

Nick se inclinó hacia delante con lentitud hasta que sus labios le rozaron el cabello. Charity se mantuvo rígida, pero no se echó atrás.

Una pequeña victoria.

—Lo sé —dijo contra su pelo, agitando con su aliento un sedoso mechón.

Casi había olvidado su aroma. Una mezcla de champú, algo de olor primaveral, y su piel. Lo inhaló y en cierto sentido le calmó. Desde que había arrojado a aquel hombre por el precipicio había estado funcionando a base de adrenalina, sintiéndose como si alguien le hubiera abierto un enorme agujero en el pecho.

Tocar a Charity, oler su aroma, le calmaba, enfrió algo que ardía en sus entrañas. Había sido como una criatura herida en el bosque,

disparado por un cazador, dando tumbos a ciegas, sufriendo y perdiendo sangre. Charity le sanaba, haciendo que se sintiera completo.

—Empieza por decirme tu nombre. —Ladeó la cabeza mientras le observaba—. Necesito saberlo.

—Me llamo Nick. Nick Ireland. Pero no es el apellido de mi familia. En realidad ignoro mi verdadero nombre. Me abandonaron en un orfanato al norte de Nueva York. Había una nota prendida a la manta que decía que el bebé se llamaba Nick. Más tarde, ese mismo día, llamó una chica preguntando si me habían encontrado. Estaba llorando. La secretaria del orfanato dijo que tenía acento irlandés, así que me apellidaron Ireland.

Nick observó los ojos de Charity. Nunca antes le había confiado su historia a nadie; se le daba realmente bien mentir sobre su pasado. Jamás se le ocurrió contar la verdad. No deseaba ver lástima o aversión.

Ahora no veía nada de eso.

Charity le escuchaba en silencio, observándole con una expresión sombría en el rostro.

—Prosigue —le pidió.

—Pasé diez años en el ejército. —No mencionó en qué sección. De hecho, no podía. Los expedientes de los agentes de los Delta eran confidenciales durante veinte años—. Me hirieron en una misión y tuve que licenciarme. Los dos últimos años he trabajado para el gobierno, en un destacamento especial que investiga el crimen organizado internacional y sus relaciones con terroristas. Cada vez hay más, y nosotros tratamos de acabar con ellos.

Observó cómo ella recibía la información. No le cabía la menor duda de que estaba archivando cada pieza de información que le daba, uniéndolas. A veces se le olvidaba la inteligencia que poseía. Era tan

guapa, tan dulce... que podía pasar por alto sin la menor dificultad la agilidad y agudeza de su mente.

—El ejército —reflexionó Charity, entumecida—. Así que, imagino que no te caíste sobre la barra de las cortinas de tu tía, ¿verdad?

—No, así es. —La habitación quedó en completo silencio mientras ella asimilaba la información recibida.

Charity estaba perdiendo aquella expresión traumatizada que tanto lo había asustado. Ahora su rostro no tenía expresión alguna, igual que una muñeca de porcelana. A Nick no le gustaba aquello, porque tenía que darle más malas noticias.

—Si trabajas como agente encubierto... Básicamente eso es lo que has dicho, ¿no es así?

Nick asintió.

—Entonces ¿por qué estás aquí? Parker's Ridge es un tranquilo pueblecito de Nueva Inglaterra. ¿Qué puedes estar buscando aquí?

Ahí estaba: Nick tema que ir con mucho tacto, como si caminase descalzo sobre carbones encendidos.

Le sujetó la mano con mayor firmeza.

—Estamos aquí por Vassily Worontzoff. Es el jefe de una de las mafias rusas más poderosas del mundo, y estamos seguros de que está a punto de ponerse en contacto con una célula de Al Qaeda. Esto es información clasificada, Charity. No tengo ni que decirte que no puede salir de estas cuatro paredes.

Ella le miró fijamente durante un instante y luego lanzó una breve carcajada.

—¿Estás investigando a Vassily? Es escritor, ¿qué tiene eso que ver con...? Espera un momento. —Nick prácticamente podía ver cómo los engranajes de su cerebro giraban a tal velocidad que desprendían humo cuando encajó las piezas—. Si andas detrás de Vassily, lo cual es una locura, significa que andas detrás de «mí». Todo el mundo sabe que me apreciaba. —Charity apartó la mano y se puso súbitamente en pie—. Oh, Dios mío.

Se llevó las manos a la cabeza y le dio la espalda, como si le resultara difícil estarse quieta con lo que estaba diciendo.

—Te acercaste a mí en busca de información. Yo era... yo era tu misión. Dios mío... Te enviaron para seducirme. No puedo creerlo. Yo era tu trabajo. —Su voz se iba elevando a causa de la agitación.

Nick abrió la boca para decir algo, y la cerró de un golpe cuando un coche frenó en seco delante de la casa. Un hombre bajó rápidamente y corrió hacia la puerta principal. Al cabo de un segundo, sonó el timbre.

Bueno, la cosa se ponía interesante.

Era Di Stefano, y a juzgar por la expresión de su cara, estaba furioso con Nick.

Había ido allí para unirse sin demora al cada vez más numeroso club «Odio a Nick».

CAPÍTULO 22

Lo único positivo de estar cabreada —realmente cabreada, como nunca antes lo había estado—, era que su estómago se había asentado y que estaba entrando en calor.

La cabeza le daba vueltas al ver a Nick, lleno de vida, allí, en su casa.

El hombre que tenía delante era Nick, pero no su Nick. «Su» Nick era de esos hombres tranquilos, que exudaban una especie de sereno sosiego. «Este» Nick era igual que un animal peligroso, una pantera o un león. En vez del elegante atuendo de un ejecutivo, vestía de negro de pies a cabeza. Vaqueros, sudadera y una fina parka. En lugar de unos relucientes zapatos elegantes, llevaba unas gastadas botas negras, la clase de calzado apropiado para el trabajo que realizaba.

También tenía una postura diferente, con una energía contenida esperando a desbordarse. En lugar de la media sonrisa afable que era su expresión característica, parecía adusto, mantenía la boca tensa y los dientes apretados.

No le sorprendía que este nuevo Nick dijera que había estado en el ejército y que ahora era un agente de la ley. Por otra parte, podía ser un criminal; por el momento se reservaba su opinión de todo cuanto le decía. Una cosa estaba clara: parecía peligroso de pies a cabeza.

Y, por desgracia, increíblemente sexy.

Aquello no era nada bueno. No quería que sus sentimientos afloraran.

El timbre de la puerta sonó por segunda vez antes de que Nick la abriera. En el porche había un hombre rubio y alto, con un rostro tan adusto como el de Nick.

—Lo sabía —comenzó, furioso—. ¿Qué «cojones» haces aquí?

Nick no se amilanó ante su furia. Irguió los hombros y dio un paso adelante, encarándose con el recién llegado.

—Ya hemos tenido esta conversación, y cuida tus modales, imbécil, hay una dama presente.

El hombre cerró la boca con un chasquido cuando dirigió la mirada por encima del ancho hombro de Nick y la vio.

—Señora —dijo, saludándola con recelo.

Charity inclinó la cabeza; no sabía qué decir.

El hombre suspiró y hurgó en el bolsillo de sus vaqueros, sacando una cartera de piel que abrió para enseñar su identificación. La sostuvo a la altura del pecho y entró en la habitación, deteniéndose a treinta centímetros de ella.

Charity se acercó a examinar la placa de metal, que tenía un intrincado dibujo con símbolos que no comprendía. «Departamento de Seguridad Nacional» figuraba grabado al pie. La identificación llevaba una fotografía del hombre que tenía delante, tomada, obviamente, en tiempos felices, ya que su expresión ligeramente risueña distaba mucho de la expresión adusta que lucía en esos momentos. Encima de la fotografía podía leerse su nombre: Agente especial John Di Stefano.

Charity alzó la mirada hacia él. No era tan alto como Nick, pero sí más que ella.

—Agente especial Di Stefano —murmuró.

En la habitación se hizo un silencio repentino, como si nadie supiera cómo seguir a partir de ahí. Todos esperaron a que alguien diera el primer paso.

—Enséñale la tuya, Nick.

Los ojos de Charity se abrieron de par en par y estuvo a punto de decir: «Ya la he visto», pero se mordió los labios antes de que las palabras pudieran escapar, con la garganta anegada de pura histeria.

Nick sacó exactamente el mismo tipo de cartera de piel, con la misma placa metálica identificativa. Encima de su desalentadora fotografía podía leerse: Agente especial Nick Ireland.

Nick cerró la cartera de golpe y se la guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Tras dirigirle una mirada hostil a su compañero, Di Stefano asió a Charity del codo e hizo que se sentara en el sofá. La joven no tenía fuerzas para resistirse. Él ocupó la butaca de enfrente y lanzó una mirada hostil a Nick cuando éste se sentó justo al lado de la joven.

Di Stefano adoptó la clásica posición masculina: echado hacia adelante, piernas separadas y manos colgando sobre las rodillas. Después la miró directamente a los ojos y dijo:

—Usted no me ha visto. No existo. Este encuentro jamás ha tenido lugar. Debe meterse eso en la cabeza, señora. —Fulminó de nuevo a Nick con la mirada—. No sabe cuánto lamento haber llegado a esto. Usted no debería tener conocimiento de nuestra existencia.

Nick apoyó el brazo a lo largo del respaldo del sofá, colocándolo de forma que acercó a Charity contra su cuerpo. De inmediato, ella se echó hacia adelante, alejándose de él.

—Agente especial Di Stefano —dijo sin vacilar—. Imagino que se refiere a que aparentemente ambos están aquí en una misión confidencial. Le aseguro que no tengo la menor intención de divulgar información que pueda ponerles en peligro. Sin embargo, si su misión es espiar a Vassily Worontzoff, entonces pierden el tiempo, así como sus recursos y los de nuestro país. Ese hombre no es otra cosa que un gran escritor.

Nick arrojó algunos objetos a la mesita de café situada entre Di Stefano y ella, interrumpiéndola cuando se disponía a emprender una acalorada defensa de Vassily.

Ella los miró: una caja de medicamentos, lo que parecía un trozo de acero y un CD.

—¿Qué es eso?

Nick apretó los músculos de la mandíbula.

—Mi pequeño kit Worontzoff personal. Cógelos. —Charity dudó y él señaló los objetos con su largo dedo—. Vamos, cógelos.

La joven obedeció con cautela, preguntándose si tal vez escondían algo. Pero no. Eran objetos completamente normales. Una caja de medicamentos de una gran empresa farmacéutica internacional con un vial para administración intravenosa en el interior, un trozo de metal y un CD sin marcas. Cuando terminó de examinarlos, los dejó de nuevo en la mesa en silencio y esperó.

Nick cogió de nuevo la caja y la colocó otra vez en la mano de Charity.

—Este fármaco se utiliza en el tratamiento de algunos cánceres avanzados, y es especialmente efectivo en la medicina pediátrica. Mira el precio.

Charity dio la vuelta a la caja y, al ver lo que costaba, abrió los ojos como platos.

Nick asintió secamente.

—Vale ochocientos euros, más de mil dólares según el cambio actual de divisas. Es un fármaco caro y experimental. O lo sería, si fuera auténtico. Lo que tienes en la mano son diez céntimos de cartulina impresa, cristal para el vial y suero salino. Los socios comerciales de Worontzoff introducen estos paquetes sin que nadie se percate en los envíos a los hospitales. —Hizo una pausa—. Hablamos de un margen de beneficios de cerca de un millón por ciento. El negocio más lucrativo del mundo. Ningún otro se le acerca. En comparación, traficar con cocaína y heroína es para novatos. La única pega es que esos pobres niños que se están muriendo a causa de la leucemia se meten una dosis de suero en las venas, en vez del medicamento que podría salvarles la vida.

Charity se volvió hacia Di Stefano, horrorizada. El asintió.

—Sí. Es un nuevo giro en el comercio de las drogas.

—¿Ves esto? —prosiguió Nick, pasándole el trozo de metal—. Se trata de un componente carísimo de la última generación de aviones de pasajeros de gran capacidad, fabricado en una aleación de titanio y elaborado para resistir una tolerancia de algunos micrones. Cuesta setecientos cincuenta dólares la unidad debido a los exhaustivos test a los que son sometidos. Salvo que éste está hecho de níquel barato. Comenzará a partirse al décimo despegue. Durante un tiempo, hasta que descubran qué sucede, los aviones lloverán del cielo.

Charity dejó caer el trozo de metal como si de pronto se hubiera transformado en un hierro al rojo vivo.

—¿Y esto? —Nick sostuvo en alto el CD—. Lo he dejado para lo último. Este CD contiene los códigos de acceso de más del veinte por ciento de nuestro arsenal nuclear. Lo interceptamos cuando Worontzoff

se lo envió al ministro de defensa iraní y lo sustituimos por códigos falsos. Cuesta... algo así como diez millones de dólares. Los iraníes tardarán un tiempo en darse cuenta de que les han estafado, y cuando lo hagan, espero que acaben con Worontzoff por nosotros, y así evitarnos correr con los gastos de llevarle a juicio. —Apretó los dientes con tal fuerza que se le tensó la piel de las sienes—. ¿Y sabes qué ocurrirá esta noche? Que el bueno de Worontzoff, hombre de letras, va a reunirse con uno de los terroristas más sanguinarios del mundo. Y es muy probable que el cabronazo número uno tenga algo de carácter nuclear que venderle al cabrón número dos.

Charity tragó saliva. Tema la garganta tan seca que le era difícil pronunciar palabra.

—¿Es ésa la reunión de negocios de la que me habló? —susurró—. ¿Con un terrorista?

—No se trata de un «simple» terrorista —intervino Di Stefano—. Sino de «el terrorista». Llevamos años tratando de capturarlo.

—Así que, ya ves, Charity —dijo Nick de forma vehemente—, no existe la menor posibilidad de que esta noche acudas a casa de Worontzoff. Como es natural, vamos a ponerte en custodia preventiva ahora mismo, hasta que todo esto acabe. —Le lanzó una mirada furibunda a su compañero—. ¿No es así, Di Stefano?

—Sí. No sería buena idea que se quedara aquí, señorita Prewitt. Estamos hablando de asuntos muy peligrosos y es mejor para usted que se mantenga a distancia.

—Pero... sigo sin comprender qué hace Vassily «aquí», en Parker's Ridge. Está claro que esto no es un núcleo criminal, ni nada semejante. No es más que una pequeña localidad del norte de Vermont. ¿Qué hay aquí que pueda querer?

—Usted —afirmó Di Stefano sin rodeos. Charity se estremeció.

—¿Yo?

Nick arrojó otra cosa encima de la mesa... la fotografía de una mujer.

—Es el último objeto de mi kit de Worontzoff. Charity le dio la vuelta y sofocó un grito.

Se trataba de un primer plano en color de una mujer, realizado por un fotógrafo profesional. Al pie de la fotografía se podían ver letras cirílicas, tal vez el nombre del fotógrafo. La mujer llevaba unos pendientes largos y su peinado estaba algo pasado de moda.

Tenía el cabello rubio platino corto. Charity examinó los familiares rasgos con el corazón desbocado y dejó escapar un jadeo de sorpresa.

La mujer podía haber sido su hermana gemela.

—Sí —dijo Nick—. Eres el vivo retrato de esa mujer muerta.

Charity no podía apartar los ojos del retrato. Lo cogió de nuevo y lo examinó minuciosamente. Era igual que mirarse en un espejo, llevando una peluca. Tocó el cabello de la foto, de un rubio platino, varios tonos más claro que el suyo.

—El... quería que me aclarase el pelo. Rubio platino. Y que me lo cortara igual que ella. —Recorrió el contorno del cabello de la mujer, cortado a la altura de la mandíbula, con la yema del dedo.

Di Stefano se estremeció.

—Desea convertirla en ella en todos los sentidos. Que sea idéntica a ella. Físicamente, al menos. ¿No hay una escalofriante película de Hitchcock con un argumento parecido?

—¿Cómo se llamaba? —susurró Charity, sin apartar la mirada del retrato. Ahora comprendía tantas cosas... El modo en que Vassily la buscaba; cómo la miraba, viéndola pero sin verla. No la veía a ella; veía a su amor perdido.

—Katya. —La voz de Nick era áspera—. Se llamaba Katya Amartova. Era poetisa y el amor de su vida. Los arrestaron y fueron enviados juntos a Kolyma. Ella no aguantó ni una semana.

—Katya —murmuró Charity, tocando el rostro que podría haber sido el suyo. Pobre Katya. Pobre Vassily.

Worontzoff no sólo había perdido a su amor en prisión; había perdido su alma.

Charity tornó de nuevo su atención a la mesa y tocó los objetos, uno por uno. La vivida imaginación que poseía era como una maldición. No le costó demasiado imaginarse a un niño aquejado de leucemia, aferrándose a la esperanza de que el líquido de su vía intravenosa fuera a salvarle la vida. O imaginarse un avión fabricado con material defectuoso cayendo en picado. Había leído que la última generación de aviones podía transportar de cuatrocientos a setecientos pasajeros. Cientos de muertos, cuerpos calcinados. Oh... ¡Dios bendito!, secretos nucleares en manos de un ministro iraní que odiaba a América.

Levantó la mirada.

—¿Cómo os enteraréis de lo que se va a tratar en la reunión de esta noche?

Di Stefano y Nick se miraron el uno al otro. Finalmente, Nick se encogió de hombros despreocupadamente.

—Contamos con un artefacto especial apuntando a la ventana de su estudio que nos permite escuchar sus conversaciones.

—¿Es la misma clase de aparato que te permitió escuchar mi conversación con Vassily de hace un rato? —preguntó con brusquedad.

Nick pareció avergonzado.

—No. Lo que he colocado en tu casa no son más que micrófonos normales. Lo que tenemos dirigido a la ventana del estudio de Worontzoff es un dispositivo de escucha láser de largo alcance, controlado desde una furgoneta de vigilancia, estacionada a poco más de kilómetro y medio de distancia.

Charity frunció el ceño.

—¿Sólo al estudio? ¿Y qué pasa si hablan de negocios en la sala de estar o en el invernadero? La casa de Vassily es enorme. ¿Que haréis si conversan en otro lado?

Di Stefano dejó escapar un fuerte suspiro. —Buena pregunta, que no tiene una buena respuesta. Solamente contamos con un dispositivo láser, así que tendremos que esperar a que la reunión tenga lugar en el estudio. Y que sea pronto. Porque, naturalmente, eso también supone un problema... —Se interrumpió de improviso, pareciendo incómodo.

—¿De qué problema se trata? —preguntó Charity. Nick dirigió a su compañero una mirada dura, admonitoria, que hizo que Di Stefano se mordiera la lengua.

—¿Cuál es el problema? —insistió la joven, cortante. —No podemos utilizar el láser después de que oscurece. Así como tampoco podemos hacerlo en mitad de una fuerte tormenta de nieve. El láser se vuelve visible y sería fácil descubrirnos.

—¿Y si se reúnen después de que anochezca? Vassily me invitó a cenar, supuestamente después de que concluyan las negociaciones o lo que sea. ¿Y si comienza a nevar, tal como prevé el hombre del tiempo? ¿Cuál es el plan B?

Silencio. Di Stefano parecía avergonzado y Nick hosco, los músculos de su mandíbula no dejaban de contraerse. Finalmente, fue Di Stefano quien habló:

—En realidad, no tenemos un plan B. Intentaremos obtener fotografías de todos los que entren y salgan, y emplearemos un visor térmico para contar los cuerpos. —Se encogió de hombros—. Haremos cuanto esté en nuestras manos con lo que tenemos.

—Existe otro modo de conseguir más información —señaló la joven sin levantar la voz.

—¿Sí? —Di Stefano enarcó ambas cejas—. ¿Y cuál es?

—Ponedme un micrófono —dijo, sin más.

Nick estalló.

—¡No! —Se levantó de un salto del sofá y se pasó la mano por el pelo—. No y no, joder, no. ¿Estás loca? Hassan AlBanna y Vassily Worontzoff en la misma habitación, ¿y tú quieres entrar allí? ¿Junto con todos sus secuaces? —Dio media vuelta—. Maldita sea, Di Stefano, díselo tú.

Pero su compañero miraba pensativamente a la joven.

—Podría resultar —dijo Charity, ignorando a Nick.

—Podría —repuso Di Stefano.

—¡No! ¡Dios mío, no puedes meter a una civil en esto! No existe precedente ni protocolo. ¡No podemos hacerlo!

Di Stefano giró la cabeza para mirar fijamente a Nick.

—Tú eres el primero que ha arrojado los precedentes y el protocolo por la ventana, Nick. Tan sólo estamos recogiendo las piezas.

—Bueno, pues yo no quiero tener que recoger las «piezas» de Charity —gruñó Nick—. Ya tuve bastante en Bosnia. Esto no es una opción, así que olvídale.

Charity también se puso en pie. Nick disfrutaba de una injusta ventaja debido a su altura, y ahora que se cernía sobre ella, temblando de indignación, resultaba abrumador.

—No me parece que seas tú quien debe tomar la decisión, Nick —dijo sin alterarse. Hablaba con él, pero era a Di Stefano a quien miraba.

Lo que le habían contado sobre Vassily le horrorizaba. ¿Era así como había conseguido todo su dinero? ¿No gracias a sus libros, sino básicamente matando niños y haciendo tratos con terroristas?

En realidad, Charity no se creía una mujer valiente. Lo suyo no eran las artes marciales, ni le gustaba escalar rocas o hacer paracaidismo. Era una bibliotecaria con una vida aburrida, que creía que un libro de Nora Roberts era de lo más emocionante.

Pero, al mismo tiempo, poseía un fuerte sentido del honor y del patriotismo. Y resultaba que el hombre al que tanto había admirado, Vassily Worontzoff, era un peligroso criminal y debía ser neutralizado.

Una pequeña parte de su corazón comprendía bien que había sido Kolyma lo que lo había cambiado. El no era responsable de los horrores que le habían infligido, que le habían costado su salud, su amor y, en un sentido muy real, su cordura. Pero sí era responsable de aquello en lo que se había convertido.

Charity reconocía que se enfrentaba a otro de esos momentos en que uno demuestra de qué pasta está hecho. Y ella estaba hecha de acero. La vida le había concedido la posibilidad de evitar un sinfín de muertes y no iba a dejarla pasar.

—¿Tiene el equipamiento necesario? —le preguntó a Di Stefano.

—Sí, tengo un micrófono corporal en el coche y también una minicámara. Tan sólo tendrá que permanecer allí un rato. Necesitamos tener grabadas las voces de todos los asistentes y planos nítidos de sus rostros, que no podemos conseguir con cámaras de largo alcance o sondas de gusano. Esto tendría un valor incalculable, señora..., señorita...

Di Stefano se interrumpió, sin saber cómo dirigirse a ella. Algo del todo lógico, ya que tampoco Charity cuál era su estado civil actual.

—Llámeme Charity.

Podía oírse con toda claridad a Nick rechinando los dientes.

—¡Esto «no» va a pasar! —La voz de Nick se elevó en un grito—. ¡Maldita sea, es una locura! ¿Es que has olvidado a quién nos enfrentamos, Di Stefano? No se trata de criminales de guante blanco; se trata de algunos de los hombres más mortíferos del planeta.

—Y sin embargo, según tú mismo reconoces, Nick, uno de ellos me ama. Vassily no me hará nada. Lo sé —afirmó Charity.

—No ¡No lo sabes, joder! —Su respiración surgía igual que la de un toro embravecido—. Mierda, ¿es que soy el único de esta habitación con algo de sentido común? Di Stefano, tú no estuviste destinado en Bosnia, yo sí. No sabes de lo que es capaz esta gente, sobre todo con las mujeres.

—Pero él la quiere. Y nadie sospechará de Charity. Estará allí porque él la ha invitado. Entrará, sacará unas imágenes, y luego fingirá tener jaqueca. Sólo será necesario que esté allí una media hora. ¿Qué puede pasar en tan poco tiempo? Y para nosotros significaría obtener una gran victoria.

—No se tarda media hora en morir —señaló Nick entre dientes—. Se tarda un segundo. No va a hacerlo, y es mi última palabra. Soy el líder del equipo y es una orden.

—Lo siento. —Di Stefano sonrió con ironía—. Soy yo el líder del equipo, Nick, no tú. El jefe pensó que tu conducta era demasiado errática, así que te relevó del mando, con efecto desde hace media hora. De hecho, ni siquiera estás en el equipo. Aunque permitiré que te quedes en la furgoneta, como cortesía hacia ti, y viendo que tienes un... interés emocional en el resultado. Así que quiero que salgas y traigas el equipo para ponerle el micrófono a Charity. —Los dos hombres se miraron fijamente—. Ahora —agregó con tranquilidad—. Es una orden.

La agitada respiración de Nick se oía claramente en la habitación. Tras soltar un salvaje «Joder!», dio media vuelta y salió cerrando la puerta de un golpe.

Di Stefano se estremeció y dejó escapar un suspiro. Miró hacia la puerta principal durante un segundo, y acto seguido clavó la vista en Charity.

—Sé lo que estás pensando. Estás cabreada con él. Yo también lo estoy, al igual que Alexei, nuestro compañero. Por no hablar de nuestro jefe y del resto de la Agencia. Todos están cabreados con Nick.

—Me mintió —repuso Charity con firmeza—. Desde el principio.

—Sí —asintió Di Stefano con sequedad—. Lo hizo, es su trabajo. Es uno de los mejores agentes secretos que he conocido, y ser capaz de mentir es vital para ello. Sin embargo, no acostumbra a mentir en la poca vida propia que tiene. En todo caso, Iceman es demasiado honrado. Así lo llaman, Iceman. Porque siempre se muestra impasible y mantiene el control.

El agente sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Tú has acabado con eso. Jamás le había visto así. Aunque me duela decir algo en su favor, violó todas las reglas al casarse contigo. Ha destrozado su carrera por ti. Si dejan que continúe al servicio después de esto, acabará fregando baños. Nos dijo en términos inequívocos, que si le

mataban, debíamos cuidar de ti, su viuda. Lo hizo para protegerte — afirmó—. Por difícil que sea de imaginar tratándose de Iceman, está claro que te quiere. Sé que te sientes engañada y traicionada, pero todo lo que hizo fue para mantenerte a salvo de la única forma que sabía.

A Charity le temblaba la garganta. Le era imposible pronunciar palabra. Tomó aliento hasta tres veces, pero nada surgió de su boca.

—Y por duro que sea decirlo —añadió el agente— creo que se merece que le des otra oportunidad.

Di Stefano había tomado el justificado enfado de Charity y le había dado la vuelta. Estaba furiosa, y tenía todo el derecho a estarlo. Nick le había mentido desde el principio, y había continuado haciéndolo.

Y sin embargo, y sin embargo... Nick hacía lo que creía correcto. Y Charity sabía, en el fondo, allí donde la mentira no tenía cabida y sólo había espacio para la verdad, que Nick le había hecho el amor de forma real. Que había sentimientos verdaderos de por medio.

Pero no tenía la menor idea de qué hacer con esa información.

Nick irrumpió de nuevo en la habitación, portando un maletín negro, con la cara adusta y tensa. Una corriente de aire gélido entró con él y Charity se puso a temblar, no sólo a causa del frío.

La joven no podía dejar de mirarlo. Era tan distinto al Nick con quien se había casado... Tenía un lado peligroso, afilado como un cuchillo. Los rasgos de su cara, tan familiar para ella como la propia, eran en cierto modo diferentes. Como si le hubieran quitado un velo, dejando tan sólo piel, hueso y verdad.

Verdad. El Nick que tenía delante era el verdadero; duro, adusto y sin piedad. No era en absoluto un afable ejecutivo, sino un hombre hecho para la acción. Un hombre potente y veloz que se enfrentaba diariamente

al peligro. Que sin duda había matado y que parecía perfectamente capaz de volver a hacerlo.

Nick dejó el maletín sobre la mesita de café, abrió las cerraduras y alzó la tapa. Dentro había una serie de artilugios alojados en gomaespuma.

Sacó dos de ellos; uno era un cable largo con dos pequeños parches en cada extremo, y el otro un pequeño cuadrado negro. Como pasaba con todas las cosas electrónicas, la apariencia no indicaba para qué servían.

—De acuerdo. —Nick se enderezó y dirigió una mirada airada a cada uno. Después centró toda su atención en su compañero—. Esto se va a hacer a mi manera, o sencillamente no se hará. No es opcional. Antes de nada, vamos a necesitar refuerzos.

—Cuenta con ello —dijo Di Stefano—. Voy a llamar a nuestro equipo SWAT en Boston. Llegarán aquí alrededor de las cuatro. Espero que no tengamos que utilizarlos, que podamos hacer que Charity entre y salga sin ningún tipo de contratiempos, y que nos sea posible interceptar a AlBanna cuando se marche, pero estarán allí, por si acaso.

—Dos. —Nick mantuvo su implacable mirada fija en su compañero—. Tú y yo estaremos justo fuera de la casa durante todo el tiempo que Charity esté allí. Me da lo mismo lo que eso suponga. Si tenemos que cargarnos a los guardias, eso es lo que haremos. Charity no entrará a menos que yo esté a dos segundos de echar abajo la puerta para llegar hasta ella.

—Ehh... —Di Stefano se removió nerviosamente—. No sé...

—No es negociable —rugió Nick.

Di Stefano guardó silencio durante un rato, valorando el ultimátum de Nick.

—De acuerdo —suspiró.

—Y tres —prosiguió Nick—. Ella no permanecerá más de veinte minutos en la casa, a lo sumo. Si consigue algo, estupendo, pero veinte minutos después de que cruce la puerta, fingirá tener una jaqueca monumental y saldrá de allí.

—Pero...

—Esto tampoco es negociable. De lo contrario, no lo haremos. De hecho no deberíamos hacerlo, tal y como están las cosas.

—Está bien, de acuerdo. —Di Stefano extendió el brazo y miró la hora—. Más vale que comencemos a prepararla. Nick se colocó delante de Charity.

—Yo me encargaré. Vete de aquí y espérame en la furgoneta. Estaré allí dentro de una hora. Silencio.

Di Stefano inspiró, exhaló, y por fin habló.

—¿Puedo contar con ello? ¿Con que salgas de aquí? Porque todo indica que estás a punto de pasarme de nuevo por encima, Iceman. Más de lo que ya lo has hecho, y eso no puedo consentirlo. Necesito que me des tu palabra de que te marcharás de aquí y dejarás que ella vaya sola a casa de Worontzoff.

—Va a mandar un coche a recogerme —intervino Charity. No alcanzaba a comprender la tensión que vibraba entre los dos hombres, pero podía palparse.

Los músculos de la mandíbula de Nick vibraron de furia.

—¡Exacto! —le dijo a Charity, mientras miraba fijamente a Di Stefano—. Vas a estar sola en un coche con uno de los secuaces de

Worontzoff durante... ¿Cuánto? ¿Quince, veinte minutos? Pueden suceder muchas cosas en ese tiempo. Ni te imaginas el peligro que corres.

A Charity le dio un vuelco el corazón.

—No-no creo que Vassily me haga daño.

Nick se volvió hacia ella, apretando los dientes.

—Vassily nunca haría daño a Katya Amartova. La amaba. Pero Katya Amartova lleva más de quince años muerta. Cree que te ama porque te pareces mucho a ella, pero «no» eres ella. ¿Qué crees que ocurrirá cuando por fin se dé cuenta?

—Regresa a la furgoneta, Iceman —dijo Di Stefano con voz fría y firme—. No dejaré que comprometas esta parte de la misión antes de que se inicie.

—¿Y qué harás para impedírmelo? —le retó Nick, volviéndose hacia él.

—Te pondré unas putas esposas, eso es lo que haré.

Nick adoptó una expresión feroz.

—Inténtalo. Y cuida tu maldito lenguaje. Hay una dama presente.

—Mierda. —Los dientes de Di Stefano entrechocaron a causa de la exasperación—. No pretendo tener problemas contigo. Lo único que quiero es que me des tu palabra de que le colocarás el micrófono y te largarás.

Nick rozó la mano de la mujer que amaba.

—¿Charity? Depende de ti. ¿Todavía quieres hacerlo? Porque yo me opongo rotundamente. Tenemos el estudio de Worontzoff bajo escucha y mantendremos el láser en funcionamiento hasta el último

minuto posible. Le hemos pinchado los teléfonos y vamos a sacar fotografías de todo aquél que entre o salga. Tal vez podamos introducir un micrófono en el interior de la casa. No es necesario que hagas esto.

Di Stefano abrió la boca, pero la cerró de inmediato por temor a influenciarla.

Lo cierto era que sí la necesitaban.

La mansión de Vassily era enorme. La mayor parte de las veces que Charity había ido a verle, él se encontraba en el salón, que contaba con una chimenea gigantesca, no en su estudio. Era muy posible que se reuniera allí con la gente que esperaba, en lugar de en el estudio. Y que además lo hicieran después de las cinco, que era cuando el sol se ponía.

Necesitaban ojos y oídos, y parecía que ése era el papel de Charity.

De ningún modo subestimaba el peligro, pero también estaba segura de que Vassily no le haría daño. No obstante, iba a entrar en una habitación repleta de criminales, sin estar adiestrada para reaccionar si se desataba la violencia. Por otra parte, sabía, sin el menor asomo de duda, que Nick estaría tan cerca como le fuera posible.

No tenía por qué hacerlo, y sin embargo... algo en su interior le empujaba a ello. Charity confiaba en su brújula moral, y la aguja apuntaba al norte sin vacilar. Estaba en situación de ayudar a acabar con una importante organización criminal, e iba a aprovecharlo. ¿Cómo podría negarse? Saber que estaba haciendo lo correcto le produjo un profundo sosiego.

Incluso las náuseas dejaron de acosarla y se sintió bien por primera vez en días. Claro que el hecho de tener delante a Nick, fuerte, vital y furioso, también influía.

La puerta se cerró en silencio y Nick se volvió hacia ella. Su mano salió disparada, curvándose con delicadeza en torno a su cuello. Luego se inclinó hasta que su frente tocó la de Charity, con sus ojos lanzando intensos destellos azules.

—No quiero que lo hagas —susurró.

Charity retrocedió y él la siguió. Un par de pasos más, y estaría con la espalda contra la pared y el largo y potente cuerpo de Nick apretándose contra ella.

—Lo sé —respondió—. Pero tengo que hacerlo. —Tomó aire y formuló la pregunta que le estaba atormentando—. Des-después. —Tragó saliva. Tenía la boca completamente seca y sentía los pulmones vacíos. Hablar resultaba difícil—. Después, ¿volveré a verte otra vez?

Resultaba doloroso humillarse de ese modo, pero su necesidad de saber resultaba imperiosa. Si Nick respondía que no, se marcharía tan pronto terminase con lo que tenía que hacer, y ella se caería redonda al suelo.

Tensó las rodillas e irguió la espalda. No, no lo haría. Los Prewitt no se caían al suelo. Aceptaban lo que les deparaba la vida y le sacaban el mayor provecho.

Parecía que Nick no la hubiera oído.

—Te quedarás veinte minutos, ni un segundo más. En cuanto salgas de casa de Worontzoff, yo estaré a tu lado y nunca más volveré a dejarte.

Tras decir aquellas palabras, la garganta de Nick lanzó un gruñido grave, el sonido que proferiría un animal herido y moribundo. Se inclinó sobre ella con los ojos brillantes y la boca abierta. De inmediato, la boca de Charity se abrió instintivamente para recibir su beso, sin embargo, Nick se detuvo a un suspiro de sus labios, quemándola con la mirada.

Jadeaba, sentía su cálido aliento sobre la mejilla. Un hilillo de sudor descendió por su sien para caer sobre el cuello de Charity.

Era imposible pensar que alguien pudiera llamarle Iceman. Parecía a punto de estallar en una bola de fuego.

—He regresado de la puta muerte por ti, Charity, así que no, no voy a ninguna parte. Voy a vivir contigo, aquí o en otra casa; me da lo mismo. Haré algo... tal vez me presente para sheriff. Eso tampoco me importa, siempre que esté contigo y podamos criar juntos a nuestro hijo. ¿Queda claro?

Casi podía sentir las vibraciones de su fuerte voluntad masculina chocando contra ella. Aunque lo deseara, no había forma de poder resistirse a él. Pero no lo deseaba. Vivir con él durante el resto de su vida, criar juntos a su hijo, le parecía el paraíso.

—Sí, muy claro —susurró.

Volvió a acercar la boca hacia la suya, deteniéndose en el último segundo, y separándose a continuación. Sus ojos descendieron hasta su boca y volvieron a levantar la mirada.

—No puedo besarte —dijo con crudeza. Profundos surcos enmarcaban su hermosa boca—. No puedo enviarte allí con los labios rojos e inflamados, indicando que te han besado. Tampoco podemos hacer el amor, aunque estoy a punto de explotar. —Movi6 el cuerpo para apoyarlo contra el suyo y que pudiera sentir su erección, caliente y dura, presionando contra su vientre—. No puedo. No puedo garantizar que no te dejaré alguna marca. Pero cuando esto termine, voy a llevarte a la cama y a follarte hasta dejarte sin aliento.

—De acuerdo —musitó, mirándole a los ojos.

Nick le soltó la nuca como si fuera algo que le resultara doloroso, dedo a dedo, y retrocedió. Era igual que desconectar un campo de fuerza

repentinamente, o como si la gravedad del planeta desapareciera. Charity trastabilló, en caída libre.

Los brazos de Nick la rodearon al instante, atrayéndola nuevamente contra su cuerpo.

Ella se retorció levemente, pues tenía la espalda contra la pared y Nick pegado a ella. Sintió incluso cómo su pene se endurecía aún más cuando él inspiró laboriosamente.

—Dios —farfulló. Dio un paso atrás de mala gana. Otro paso, y otro más. Se acercó al maletín y regresó con los artilugios electrónicos en las manos y los cables colgando.

Alzó la mano y le bajó con cuidado la cremallera de la chaqueta del chándal. Después retrocedió, inspirando hondo con los ojos cerrados.

Ella se quedó allí, sintiendo el frío en una pequeña tira a lo largo de su pecho, allí donde se abría la chaqueta.

Con el rostro tenso, Nick abrió los ojos de nuevo. Colocó las palmas sobre sus pechos y abrió los dedos para abarcarlos sin dejar de observarla con atención. Finalmente subió las manos hasta sus hombros y le quitó la chaqueta. Los músculos de su fuerte mandíbula no dejaban de contraerse y tenía la frente perlada de sudor. Bajó la vista hacia ella durante varios y prolongados momentos.

Charity permaneció erguida, con los brazos a cada lado, sin saber qué hacer. Había estado desnuda con Nick en tantas y tan placenteras ocasiones... Pero ese había sido Nick Ames. Todavía continuaba sin saber cómo reaccionar ante Nick Ireland.

Nick agachó la cabeza hasta que su frente descansó sobre el hombro de ella. Charity podía sentir la humedad y el calor de su piel contra la suya. Permanecieron así, sin moverse, durante cinco minutos, que luego fueron diez.

A Charity le era imposible pensar teniendo al hombre que amaba tan cerca, pegado a ella. Nick parecía absorber todas sus emociones y pensamientos. Con la mente completamente en blanco, su cuerpo tomó el control. Sus manos se elevaron de manera titubeante, como si no tuvieran voluntad propia, ascendiendo por su parka negra para estrecharle finalmente en un abrazo. El cuerpo de Nick se sacudió por entero en un prolongado estremecimiento que pareció ascender desde sus botas negras y abarcar su alto y fuerte cuerpo.

Una mano grande se desplazó desde la espalda de Charity para acunar uno de sus suaves senos. La palma de Nick sobre su pecho era una sensación tan familiar... En un instante, los sentimientos que durante todo el día había estado manteniendo a raya, ajenos a ella en cierto modo, fluyeron con urgente violencia por sus venas. Excitación, ira, intensa dicha, dolor agónico.

Nick le rozó el pezón con el pulgar y el placer fue inmediato, apoderándose del cuerpo de la joven igual que un rayo.

Finalmente, Nick levantó la cabeza y la echó hacia atrás mientras observaba su mano sobre el pecho de Charity.

—¿Los sientes distintos? —preguntó con voz ronca.

—Un poco —susurró.

La mano abandonó su pecho para cubrirle el vientre. Descansó allí la palma, cálida y grande, justo donde crecía su bebé.

Haciendo un esfuerzo, Nick se apartó para coger toda la parafernalia electrónica.

El micrófono era complicado de sujetar, y requirió el empleo de varias tiras de esparadrapo. Nick trabajó de forma lenta y minuciosa, con una expresión concentrada en el rostro. Sudaba tanto que una gota le cayó por la sien.

Desapareció en su dormitorio y regresó con una rebeca negra. Luego se la puso sin prisas y con esmero. Una diminuta cámara de vídeo ocupó el lugar de uno de los botones.

—Te estaré observando —le aseguró Nick—. Observándolo todo.

En cuanto la joven asintió, repasó con ella las precauciones a tomar. Charity tenía la cabeza inundada de frecuencias, receptores de radio y duración de la pila, pero Nick le hizo prometer una vez más, mirándole fijamente a los ojos, que en cuanto se cumplieran los veinte minutos, alegraría dolor de cabeza y se iría a casa.

Finalmente, terminó.

Nick la envolvió en sus brazos y sepultó la cabeza en el hombro de Charity. Se quedaron allí, temblando, hasta que ella sintió humedad sobre su piel desnuda, y se apartó, sorprendida.

Eran lágrimas, no sudor.

Alzó los brazos para hundir las manos en el cabello negro azulado de Nick. Su marido, que le había mentido, que no era quien decía que era. Pero al que amaba igualmente, con toda su alma.

Un profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Nick, y se enderezó. La miró, sin intentar siquiera ocultar las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Estaré cerca —dijo con crudeza. Ella asintió—. Entra, habla lo menos posible y sal.

Charity asintió de nuevo.

Se miraron el uno al otro en el silencio de la habitación. Nick resollaba, como si hubiera corrido una carrera. Apretó los puños con fuerza, y los abrió acto seguido.

—Ve a vestirte —le ordenó—, antes de que cambie de opinión.

CAPÍTULO 23

Parker's Ridge

Mansión de Vassily Worontzoff

—Mi querido Arkady —le saludó Vassily, acercándose a él—. Mi muy querido amigo. —Se abrazaron y besaron en la mejilla.

—Vor. —La voz de Arkady sonó pastosa. Tosió para ocultar la emoción. Hacía cuatro años que no había visto a su Vor.

—Adelante, amigo mío, debes sentarte. Tienes que estar cansado después de tan largo viaje.

Vassily le indicó una cómoda butaca de piel junto a lo que obviamente era su escritorio y se ocupó personalmente de llevarle un vaso de vodka, en señal de respeto. Después se sentó a su lado, colocando su mano destrozada sobre el brazo de Arkady.

—Lo has hecho bien, amigo mío. Habrá muchos viajes como éste, si estás dispuesto a hacerlos... —se interrumpió mientras Arkady asentía con la cabeza sin dudar. Si el Vor le necesitaba, estaba a su servicio.

—Bien. —El Vor asintió—. Ganaremos mucho dinero, y cuando hayamos terminado, te enviaré a que cuides de mis intereses en Europa. ¿Te gustaría asentarte en Suiza? ¿Francia?

—En Italia —respondió Arkady con un hilo de voz.

El Vor volvió a asentir.

—En Italia, entonces. Allí habrá trabajo esperándote. Nuestro imperio crece. Serás mi virrey.

Arkady inclinó la cabeza.

—Será un privilegio, Vor —murmuró.

Los dos hombres volvieron la cabeza al oír una brusca llamada a la puerta. Un hombre asomó la cabeza y Arkady pudo distinguir que se trataba de un antiguo zek.

—Viene de camino. Acaban de informarnos. Llegará en menos de una hora, en una caravana de tres vehículos.

—Deja entrar únicamente un coche —ordenó Vassily con brusquedad—. Dile que le espero solo con el ingeniero y mi guardaespaldas.

El hombre pareció inquieto.

—Vor —dijo—. ¿Es eso prudente? Son hombres peligrosos.

—Sí, lo son. Pero tenemos algo que ellos quieren desesperadamente. Y hay más en camino. No me hará nada. —Agitó la mano—. Ahora, ve y estate preparado para recibirlo cuando llegue.

El hombre vaciló brevemente, después inclinó la cabeza y se retiró. La pesada puerta emitió un suave chasquido al cerrarse. Vassily esbozó una sonrisa desapasionada.

—Pronto terminará este asunto. Vamos, retirémonos al salón a tomar el té. Y cuando esto termine, hay alguien a quien quiero presentarte. Te quedarás pasmado, amigo mío.

Alrededores de la mansión de Worontzoff

Aquellas fueron las últimas palabras que Nick escuchó antes de que Alexei desconectara. Sabía que su compañero tenía que hacerlo —si mirabas con atención, podía verse el rayo láser como una delgada línea en la creciente oscuridad—, pero tuvo que contenerse para no estrellar el puño contra la pared a causa de la frustración.

Di Stefano y él estaban agazapados detrás de un arbusto, a un lado de las ventanas del estudio, incapaces de ver el interior de la estancia. Prácticamente ciegos, y ahora que Alexei les había dejado sin audio, también sordos.

Vestían un uniforme especial de pies a cabeza que repelía la detección térmica.

Esa noche, la seguridad de Worontzoff estaba revolucionada, dando vueltas de un lado a otro y descargando el camión que había llegado hacía un cuarto de hora. Di Stefano y él habían sido cuidadosos y eran buenos en lo que hacían. Infiltrarse no les había supuesto el más mínimo problema.

Nick sabía que el equipo SWAT estaba desplegado y preparado.

Habían pasado la última hora tomando posiciones. No podía verlos, pero sabía que estaban allí. El sistema de comunicaciones emitía un pitido constante cada cuarto de hora, indicando que los agentes estaban en posición.

Había esperado una oposición encarnizada por parte de Di Stefano en relación a estar allí donde se desarrollaba la acción y no en la furgoneta, observando a Alexei pasearse de acá para allá debido a la frustración. Pero sin duda su compañero se daba cuenta de que Nick no permitiría que nada se interpusiera entre Charity y él mientras ella

estuviera en el interior de la casa de Worontzoff, así que, su ahora jefe se había limitado a decirle que se equipase y eso fue todo.

Di Stefano sacó un pequeño monitor de plasma, sosteniéndolo de forma que no pudieran detectar su leve resplandor. Era un pequeño milagro de la tecnología, programado para la toma de imágenes térmicas y capaz de sincronizar con la frecuencia de la microcámara de Charity.

Lo estudió con atención y le señaló a Nick que todos habían salido de la habitación. Después, sacó un diminuto taladro de alta velocidad y ultra silencioso, y procedió a perforar un agujero en la pared, a la altura del zócalo interior de la casa. En cuanto el taladro perforó la pared interna, Di Stefano introdujo en el agujero un conjunto de micrófono y sonda de gusano con una lente incorporada.

Luego tecleó en el ordenador portátil y, de pronto, Nick tenía audio y podía ver el interior de la habitación. Estaba a ras del suelo, pero la cámara tenía un buen alcance; era un pequeño milagro de la óptica.

Aquello iba bien, mejor de lo que había esperado. Ahora tenían ojos y oídos en el cuarto y podrían ver y escuchar lo mismo que Charity.

El estudio estaba vacío, pero había música de fondo. Una de esas tristes canciones rusas que habían sacado de quicio a Nick cuando se ocupaba de las labores de vigilancia por audio.

El sistema de comunicaciones emitía un sonido agudo para todos los del circuito, incluido Alexei. Si se hablaba en ruso, Alexei se encargaría de realizar una traducción simultánea.

Ahora tan sólo les quedaba esperar.

Por lo general, a Nick se le daba bien esperar; el silencio y la oscuridad eran sus aliados. Pero en esos momentos, sus entrañas se movían a miles de kilómetros por hora. Aferró fuertemente su potente arma, alegrándose de llevar guantes, pues le sudaban las manos.

Dos clicks de los miembros del equipo SWAT les indicaron que todo estaba en orden.

Iceman se agazapó y esperó; no había nada más que hacer.

Nick le había escogido la ropa con cuidado. La holgada rebeca negra ocultaba el diminuto micrófono que llevaba pegado entre los pechos, así como la batería sujeta a la parte baja de su espalda. La microcámara estaba tan bien camuflada, que incluso a ella misma le resultaba difícil verla. También le había escogido unos pantalones de lana fina en color gris pizarra y unas cómodas botas. Nick no había mencionado nada al respecto, pero sin duda había escogido su atuendo no sólo para ocultar la cámara y el micrófono, sino también para que resultara cómodo en caso de que tuviera que moverse con rapidez.

Nick le había llenado la cabeza con instrucciones, pero, aparte de que no debía girarse de espaldas ni dejar que la tela rozara contra el micrófono o rascarse, no había asimilado mucho más.

Se sobresaltó al escuchar el sonido del timbre de la puerta principal; el chófer de Vassily había llegado para recogerla.

Se echó un vistazo en el espejo; estaba a punto de traicionar a Vassily, algo de lo que jamás se hubiera creído capaz. Pensó en el fármaco adulterado, en los componentes defectuosos de aviones y en lo que Nick le había contado acerca de la organización de tráfico de seres humanos en la que Vassily estaba involucrado.

Y luego pensó en Nick.

Dos hombres. Los había querido a los dos de muy distinta manera, y no les había llegado a conocer de verdad.

El timbre sonó de nuevo y Charity cogió su abrigo. Tras inspirar profundamente, se encaminó hacia la puerta.

Hora del espectáculo.

AlBanna llegaba tarde. Pero Vassily había aprendido a tener paciencia en las peores circunstancias posibles; de la peor forma imaginable. AlBanna acudiría; había invertido demasiado como para no hacerlo. Vassily tenía algo que el árabe deseaba con desesperación, y había más de camino.

Entretanto, Vassily departía amigablemente con su viejo amigo, Arkady, mientras tomaban té y vodka. No rememoraban viejos tiempos, como normalmente hacían los amigos. El pasado era demasiado doloroso. No, la música y la literatura tejían su magia habitual.

Finalmente, Ilya apareció en el umbral de la puerta.

—Ya llega, Vor —le informó sin alterarse—. Estará aquí dentro de quince minutos.

—¿Le dijiste que viniera solo? —preguntó Vassily con brusquedad.

—Sí. No le agradó, pero acabó por aceptar. Sólo le acompañará el chófer.

A Vassily le traía sin cuidado si el tipo se sentía o no a gusto, lo único que le importaba era que habían encontrado una ruta nueva y segura y que AlBanna le llevaría diez millones de dólares.

Y después de eso, lo celebraría con Katya. Al fin juntos, después de tantos años.

Se escucharon cinco clicks; la señal concertada previamente para indicar que alguien llegaba. Había un centinela apostado en la carretera a poco más de dos kilómetros, bien camuflado y con unos potentes prismáticos.

—AlBanna —dijo Di Stefano en un bajo susurro.

Nick asintió.

Worontzoff debía haber recibido también la noticia. Nick pudo ver en pantalla cómo Vassily y el ruso llamado Arkady, que había transportado el contenedor, entraban en el estudio.

Ambos hablaban con calma y sosiego.

—Están conversando sobre libros. —La voz de Alexei sonaba clara como una campanilla en sus oídos—. Nada trascendente. Worontzoff acaba de contar un chiste acerca de los árabes que llegan tarde. Ha empleado un término para árabe que es realmente políticamente incorrecto.

Casi era noche cerrada, lo cual ayudaba a que no fueran detectados. Los focos estaban conectados a un temporizador que no había cambiado desde el verano, y se encenderían dentro de una hora. Dentro de hora y media, Charity estaría a salvo fuera de escena y todos los ocupantes de la mansión bajo control. O muertos. A Nick le importaba poco lo uno o lo otro, siempre que Charity estuviera bien.

Nick y Di Stefano mantuvieron la posición, apenas respirando. De cuando en cuando, Alexei les hacía un resumen de la conversación que tenía lugar en el estudio.

Las grandes puertas de entrada comenzaron a abrirse, chirriantes, justo a tiempo para que un Mercedes negro con las lunas tintadas las atravesara y ascendiera hasta la escalinata de entrada sin reducir la velocidad. Un acto de pura arrogancia.

Dos hombres bajaron del vehículo: el conductor y un pasajero. Nick miró con atención al hombre que se apeó del asiento de atrás. Había estudiado el expediente del muy cabrón hasta que se le había quedado grabado a fuego en el cerebro.

Parecía mayor que en las fotografías del expediente, más delgado. Se había hecho algo de cirugía plástica. La nariz era más angosta, los pómulos más altos. El cabello grisáceo en lugar de negro medianoche.

Pero Nick le reconocería en cualquier parte.

Hassad AlBanna, el hombre que había planeado y organizado el ataque contra el USS Colé, que una vez fuera la mano derecha de Osama Bin Laden, ahora estaba montando una franquicia de terror por su cuenta.

Di Stefano chasqueó la lengua una vez en el micrófono que llevaba cerca de la boca. Nick casi podía palpar la tensión del equipo SWAT.

Observó mientras AlBanna subía la gran escalinata de granito. El chófer le pisaba los talones, portando una maleta grande. Un tipo grande y fornido; sin duda un guardaespaldas que hacía las veces de conductor.

Al cabo de unos minutos, entraban en el estudio y Nick y Di Stefano se inclinaron sobre el monitor, observando como si sus vidas dependieran de ello. Lo cual era cierto.

Vassily se levantó a saludar al árabe. Afortunadamente, no se intercambiarían sutilezas ni fingirían cortesía. Se trataba de una transacción comercial entre dos hombres y dos organizaciones que no querían tener nada que ver una con otra, aparte del intercambio de dinero por mercancía.

Aquello le convenía. Cuanto antes concluyera, antes podría estar con Katya. Sentía su presencia de forma sumamente acusada, pese a que ni siquiera había llegado.

La habitación estaba colmada de poder, mucho poder. En la historia oculta del mundo, lo que sucediera esa noche en aquella pequeña localidad del norte de Vermont cambiaría el curso de la humanidad. Vassily sentía que el destino había estimado que debía vivir, pese a que debería haber muerto mil veces durante su estancia en Kolyma. Una fuerza poderosa le había conducido al punto en el que se encontraba, y a reclamar a su amor perdido.

La farsa había tocado a su fin. Katya y él estarían de nuevo juntos, ricos y poderosos. Nunca nadie volvería a hacerles daño. Jamás.

Nick y Di Stefano lo observaban todo en la reducida pantalla. Worontzoff cruzó la habitación cojeando para recibir a AlBanna. El ruso se detuvo justo delante del árabe y le saludó con una breve inclinación de cabeza.

Ninguno hizo intención de estrecharle la mano al otro.

AlBanna era seguido por su guardaespaldas, que iba armado, a juzgar por el visible bulto bajo su axila. Nick sólo pudo imaginar que el guardaespaldas de Worontzoff, Ilya, también iba armado. Era muy posible que se organizara un tiroteo si Worontzoff trataba de desarmar a AlBanna. Tanto Ilya como el guardaespaldas del árabe parecían hombres fuertes y competentes.

Destrucción mutua garantizada. Eso daba resultado. Aquello había evitado que los Estados Unidos y la Unión Soviética se bombardearan durante cincuenta años.

Había cinco hombres en la habitación: Worontzoff, AlBanna, el guardaespaldas de éste, Arkady e Ilya.

—No creo que sea necesario que perdamos tiempo —dijo Worontzoff y el árabe asintió—. Usted primero.

AlBanna miró a su guardaespaldas. El recio hombre colocó la enorme maleta sobre el escritorio de Worontzoff y la abrió. Estaba repleta de fajos de billetes. Todos los ocupantes de la habitación se quedaron inmóviles.

Joder, incluso Nick y Di Stefano se quedaron petrificados.

La cámara estaba a ras del suelo, pero el dinero abarrotaba la maleta de tal modo que se desbordaba. El guardaespaldas cogió un fajo, sujeto con una banda, y lo hojeó. Nick podía ver con toda claridad el retrato de Benjamín Franklin estampado; billetes por valor de cien dólares cada uno. Nick trató de calcular cuánto dinero podría contener esa gran maleta. Millones y millones.

—Diez millones de dólares —dijo AlBanna. Su voz se oía baja en los auriculares de Nick. Bueno, aquello respondía a sus dudas—. ¿Qué consigo con esto?

Worontzoff asintió y el hombre llamado Arkady se acercó a un amplio contenedor. Tenía un sistema de apertura complejo, pero lo abrió finalmente y levantó la tapa.

Después retrocedió y señaló el contenido con el brazo.

—Un recipiente con cien kilos de cesio 137. Dada la temperatura, se encuentra en estado líquido. Hay suficiente cesio en este recipiente para fabricar una bomba grande y potente o para varias más pequeñas. Puede radiar el centro de Manhattan, digamos el distrito de Wall Street, o varias bases militares, como le plazca. Tenemos más de cien recipientes como éste, listos para ser enviados.

Una sonrisa carente de calidez surgió en los labios de AlBanna.

—Excelente.

Nick y Di Stefano intercambiaron una sombría mirada de espanto. Aquello superaba los peores augurios de Nick. Por suerte estaban allí e iban a impedir el intercambio. La sola idea de que hubiera cien recipientes de cesio 137 en Rusia, a la espera de ser enviados a los terroristas, resultaba estremecedora.

No iban a desbaratar un mero intercambio; iban a acabar con lo que supondría un cambio en la estabilidad mundial. Normalmente, aquello hubiera llenado a Nick de satisfacción, pero en su cabeza no había cabida para nada que no fuera la preocupación que sentía por Charity. No había espacio para nada, excepto el terror que le provocada la posibilidad de que le hicieran daño.

La verja se abrió de nuevo y fue cruzada por uno de los vehículos de Worontzoff, un Mercedes. Nick se dio rápidamente la vuelta, observando la entrada del coche. Pudo distinguir a duras penas una figura, pequeña y pálida, en la parte de atrás. Dios, era Charity.

El vello de su cuerpo se erizó, furioso por el hecho de que se les hubiera ocurrido la descabellada idea de ponerle un micrófono y enviarla a la guarida del león. Nunca había estado tan asustado de que algo pudiera salir mal.

El gran coche negro desapareció de la vista, pero podía imaginarla saliendo del vehículo y subiendo la gran escalinata de piedra.

Al cabo de unos minutos, Nick escuchó una suave llamada en la puerta del estudio. Observaron en el monitor cómo un criado le hablaba en voz baja a Worontzoff, que a su vez le respondió.

A Nick se le heló la sangre cuando escuchó la traducción de Alexei a través de los auriculares:

—Hazla pasar.

Ahora que comprendía quién era él en realidad, a Charity le resultaba extraño entrar en casa de Vassily. Había estado allí con frecuencia, principalmente para asistir a sus veladas, cuando la gran y hermosa mansión estaba repleta de gente. Y en unas cuantas ocasiones para tomar el té, ellos dos solos, pero con lo que parecía todo un ejército de criados merodeando por allí.

Ahora, el gran edificio parecía oscuro y desierto, un lugar peligroso, sin alegría.

Le había encantado visitar a Vassily durante todo el invierno. Cada vez que había puesto el pie en la mansión, lo había hecho sintiendo cierta emoción, no estremecida de miedo y terror como en ese momento.

Ahora sabía la verdad sobre él y lo que veía en ella. Todas esas prolongadas y conmovedoras conversaciones, las charlas sinceras sobre libros y música... todo había sido una farsa. Vassily no había conversado con «ella», con Charity, sino con su amor perdido.

Y ahora que comprendía de dónde procedía el dinero, la suntuosidad del hogar de Vassily le provocaba náuseas. Tal vez se debiera a lo agotada que estaba, dado las desgarradoras emociones que la habían destrozado los últimos días, pero tenía la sensación de que la casa de Vassily desprendía vibraciones malignas.

Nunca antes había ido sola después de que oscureciera, si no era para asistir a un evento social. Las otras veces, la mansión y los jardines habían estado iluminados igual que un árbol de Navidad, y había sirvientes por todas partes. Ahora la mansión estaba a oscuras, y la única

iluminación exterior del pórtico dejaba el césped y los jardines sumidos en las sombras.

El gran coche negro se detuvo suavemente al pie de la escalinata que conducía al pórtico. El chófer se apeó y abrió la puerta trasera. No había pronunciado una sola palabra durante el viaje y tampoco lo hizo en ese momento. Simplemente le abrió la puerta para que bajara, mirando fijamente al vacío.

Con cada escalón que subía de la gran escalinata, aumentaba la sensación de pavor de Charity. Podía sentir el pausado y fuerte latido de su corazón. Mover los pies le exigió un esfuerzo, pues los sentía tan pesados como si fueran de plomo. El mismo aire parecía plomo.

La tentación de mirar en derredor, de ver si Nick y John Di Stefano estaban por allí fue casi irresistible. Le haría sentir mucho mejor entrar en la oscura y amenazadora mansión sabiendo que había dos agentes federales cerca, y que Nick era uno de ellos. Charity no dudaba ni por un segundo de que, pasara lo que pasara, Nick la defendería con toda su alma.

También sabía que había un equipo SWAT por allí, oculto.

Debían de ser muy buenos en su trabajo, porque no sentía en absoluto ninguna presencia protectora allí fuera. Se sentía sola, pequeña y desamparada mientras subía esas escaleras, con las palmas de las manos resbaladizas a causa del sudor.

La gran puerta principal se abrió antes siquiera de tener ocasión de tocar el timbre. Más allá de ésta, se apreciaba una oscuridad casi total, a diferencia de las otras ocasiones en que había cruzado aquella puerta, cuando todo estaba iluminado por la gigantesca araña del vestíbulo.

Ahora estaba apagada, y la única luz provenía de unas lámparas encendidas en la gran sala de estar al otro extremo del recibidor, donde

Vassily y ella habían pasado horas conversando. El corazón se le encogió de dolor ante la idea.

Se disponía a dirigirse de forma automática a la sala, cuando el criado que le había abierto la puerta le tocó el brazo brevemente. —Por aquí, señora —dijo, indicándole la puerta del estudio. Charity frunció el ceño. Nunca había estado en el estudio de Vassily. ¿Por qué quería ahora que ella entrase allí? Se aproximó lentamente a la puerta del estudio, con el corazón latiéndole a toda prisa. Sentía el micrófono igual que un peso de cincuenta kilos entre sus pechos y estaba convencida de que la microcámara era tan visible como si fuera una bengala roja.

El criado le abrió la puerta y Charity entró despacio, sintiéndose como si se encaminara hacia la guillotina. Deseaba haber llevado puesto su jersey negro de cuello vuelto, pues no le cabía la menor duda de que podía apreciarse sin dificultad el frenético palpitar del corazón en su cuello.

Había un silencio absoluto en la estancia y cinco hombres se volvieron hacia ella. Los tacones de sus botas resonaban en la quietud de la habitación.

El estudio de Vassily era mucho más espacioso de lo que había imaginado, incluso se podía decir que tenía el tamaño de un salón de baile. Como cabría esperar de Vassily, las paredes estaban cubiertas de libros del suelo al techo y, tratándose de él, seguramente los había leído todos. Como de costumbre, el fuego ardía en una chimenea aún más grande que la que había en la sala de estar. El lujo de la gigantesca habitación era superior a todo cuanto había visto; alfombras persas de incalculable valor sobre el piso enlosado, un enorme y reluciente escritorio de caoba, enormes muebles antiguos apenas visibles en la penumbra. Cristal, metal y seda.

Toda la luz estaba concentrada en torno al escritorio. Y sobre dicho escritorio había una maleta abierta. Le llevó un segundo reconocer lo que contenía, por lo descabellado que le pareció.

Dinero. La maleta contenía dinero a espuestas, fajos y fajos, bien empaquetados. Debía de haber millones de dólares. Más dinero del que jamás hubiera imaginado que podía juntarse en un mismo lugar y al mismo tiempo.

Sobresaltada, la mirada de Charity fue hasta la de Vassily. Él la estaba observando con mucha atención, con una chispa ardiente en sus ojos. Charity no sabía cómo reaccionar. Sin duda Vassily deseaba que ella viera todo ese dinero, pero ¿por qué?

Era peligroso para ambos.

Si hubiera albergado la más mínima duda de que Vassily era un criminal, esa maleta la habría despejado. Nadie salvo un criminal podría necesitar manejar tanto dinero en efectivo.

Vassily la observaba de forma febril, expectante. Sabía que había visto el dinero. ¿Qué se suponía que debía decir ella ahora? El peligro era perfectamente palpable en aquella habitación y le comprimía el pecho al punto de sentirse mareada.

Paseó la mirada hacia los otros cuatro hombres. Puede que Vassily la mirase con afecto, al menos hasta que acabara por darse cuenta de que ella no era Katya, pero los rostros del resto de los asistentes a la reunión la observaban con hostilidad.

Especialmente un hombre moreno con cabello entrecano y rasgos severos. Cuando sus miradas se cruzaron, el corazón de Charity dio un vuelco debido al ominoso odio negro sin fondo que pudo ver en ellos y que su persona irradiaba en escalofriantes y siniestras oleadas.

Aquél debía ser el terrorista. ¡Dios santo!

Nick le había dicho que el micrófono no captaría el latido de su corazón, pero le parecía imposible que no fuera así. Su corazón intentaba salirse del pecho.

—Mi queridísima Katya —dijo Vassily en voz baja. Estaba de pie a un extremo del escritorio, apoyado en su bastón y mirándola fijamente, como si la maleta repleta de dinero no estuviera allí—. Ven a mí, dushka mía. Dame un beso y luego espérame afuera. Tenemos mucho de qué hablar.

Charity se quedó clavada donde estaba, con la garganta demasiado tensa para pronunciar palabra. El ambiente estaba impregnado de algo terrible, de alguna presencia maligna preparada para extender sus garras hacia ella y desgarrarla. Incluso las mismas moléculas del aire transportaban la palabra «peligro», haciendo que le hormiguera la piel.

Vassily estaba inmóvil, observándola con ojos brillantes.

—Ven, querida mía —repitió, abriendo los brazos y haciendo que su elegante bastón negro pendiera de una de sus destrozadas manos.

Tenía que hacerlo, sencillamente, tenía que hacerlo. Y luego alegraría tener jaqueca y jamás regresaría allí.

No estaba hecha para realizar misiones secretas. Sentía como si todo su cuerpo revelase que estaba mintiendo mientras se aproximaba a Vassily para que la abrazara, sabiendo que no podía acobardarse y consciente de que lo haría.

El hombre moreno la observó avanzar con ojos fríos como el hielo, y acto seguido se giró hacia Vassily.

—¿Es esto necesario? —Su voz era áspera, gutural, con un marcado acento de Oriente Medio—. Es una intrusa. No tiene nada que hacer aquí.

Vassily no respondió. Ni siquiera miró al hombre. Simplemente observó el avance de Charity con los brazos abiertos de par en par para acogerla, mientras murmuraba algo en ruso que ella no entendió. Aunque sí debieron entenderlo dos de los hombres de la habitación pues vio que abrían los ojos como platos, sorprendidos.

El hombre moreno expresó su indignación, girando la cabeza para verla acercarse.

—Katya —murmuró Vassily.

A Charity se le erizó la piel. Vassily estaba muy excitado, tenía los ojos brillantes, las mejillas enrojecidas y le temblaban las manos. El bastón se bamboleaba debido a su entusiasmo.

El hombre moreno estrelló la mano sobre el escritorio, frustrado, y la joven se sobresaltó. La estaba observando con tal odio, que temía que la atacara si pasaba por su lado. Si le hubiera sido posible, le habría esquivado, pero no podía. Estaba justo en medio.

Charity podía oírle rechinar los dientes cuando llegó hasta la silla que el hombre ocupaba.

De pronto se escuchó un pitido repentino tan estridente que le dolieron los oídos; un silbido tal que parecía elevarse del suelo. Todos se quedaron inmóviles, salvo el terrorista.

—¡Espía! —gritó, levantándose de un salto y sacando una pistola—. ¡Es una espía! ¡Muere!

—¡Katya! —exclamó Vassily, arrojándose sobre ella. Se oyó un disparo, y Charity golpeó con fuerza contra la pared, de forma que su espalda estalló de dolor. Otro disparo y, acto seguido, todo sonido se vio ahogado por la enorme explosión que la arrojó al suelo, cegándola y privándola de la audición.

«¡Dios!»

Nick observó, sudando, cómo Charity entraba en el estudio de Worontzoff. Aquello no formaba parte del plan. Se suponía que ella debía mantenerse a distancia de todos menos de Worontzoff, y alegar tener un terrible dolor de cabeza lo antes posible.

Entrar en una habitación con Worontzoff, AlBanna, dos guardaespaldas y un hombre que traficaba con material radioactivo no era en lo que habían quedado.

Tenía los ojos pegados a la pantalla y los dientes apretados con tal fuerza que le dolían las sienes. Charity estaba completamente sola en aquella estancia llena de criminales y terroristas. No sólo Charity. Charity y su hijo.

Nick a duras penas lograba respirar cuando ella entró en la habitación. El hijo de puta de Worontzoff la miraba como si se hubiera convertido en una posesión personal, mientras que AlBanna hervía de fría cólera.

Vio que ella reparaba en el contenido de la maleta abierta y tragaba saliva con dificultad. Charity no era estúpida; sabía el peligro que corría. Nick confiaba en que se mantuviera alerta.

—Preparaos para entrar —dijo en voz baja al micrófono. Se escucharon los clicks en respuesta. Nick sabía que los hombres se estaban moviendo, pese a no poder oírlos ni verlos.

Le lanzó una mirada hosca a Di Stefano, dispuesto a acabar con él si ponía objeciones. Pero Di Stefano estaba preparando su arma de asalto, listo para volar las ventanas en pedazos en caso de ser necesario.

Sería un milagro que ella saliera de allí con vida. Nick comenzó a sacar material de su mochila: bombas de humo, cargadores extra...

Iban a cargárselos a todos, sin duda. Ese recipiente de cesio no iba a salir del edificio, a menos que fuera en manos de los expertos biológicos de Seguridad Nacional. Pero el asalto sólo tendría lugar después de que Charity se marchara. La idea de que ella se viera atrapada en un fuego cruzado le volvía loco de miedo.

Tener que esperar a que sucediera era una agonía.

Sudando a mares, miró fijamente el monitor, deseando con todas sus fuerzas que todos los que aparecían en ella le dijeran a Charity que se largara. Ella pasaría a otra habitación, esperaría, fingiría tener jaqueca y la llevarían a casa. Una vez que se hubiera cerciorado de que estaba a salvo, «entonces» entrarían.

Eso no iba a suceder.

A Nick se le heló la sangre al ver la expresión de Worontzoff. Se estaba excitando viendo que Charity comprendía la situación, totalmente perdido en algún universo alternativo con Katya, su difunto amor, que llevaba muerta tantos años y que ahora volvía a la vida.

—Ven, dushka —dijo, y le tendió los brazos.

Nick prácticamente podía sentir las dudas y el miedo de la joven. No lo hagas. Le envió aquel pensamiento, pese a comprender que estaba obligada a hacerlo. En ese preciso instante, la vida de Charity dependía de que mantuviera la ilusión de Worontzoff de que era Katya.

Cuando la mujer que amaba avanzó lentamente hacia Worontzoff, Nick tuvo que luchar contra la visión de túnel, una anomalía que se produce en combate y que hace que uno sólo pueda ver lo que se tiene justo delante. Era algo peligroso, tanto en combate como en esos momentos. Tenía que luchar contra ello. Expandió deliberadamente sus

sentidos en busca de signos de peligro inminente y captó la expresión de AlBanna.

Se le erizó todo el vello del cuerpo. El terrorista miraba a Charity con gélido odio. Buscaría cualquier excusa para liquidarla; ella era una presencia ajena, imprevista. Un peligro para él.

Nick aferró con más fuerza la culata de su arma.

Charity pasó por delante de AlBanna y de pronto se escuchó un pitido ensordecedor increíblemente estrepitoso en los auriculares, que pudo incluso oírse a través de los muros de la mansión.

¡Descubierta! ¡Un dispositivo de contravigilancia! AlBanna llevaba un dispositivo de contravigilancia oculto y había descubierto que Charity llevaba un micrófono. Sonó un disparo. Dos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Nick por los auriculares, moviéndose deprisa. La calma sobrenatural de la batalla tomó ahora el control, el tiempo se ralentizó, y fue capaz de calcular cada movimiento.

La descarga del arma de asalto de Di Stefano abrió las puertas de golpe y Nick arrojó una bomba de humo M84. Ambos se pegaron a la pared. Nick le indicó a Di Stefano que se desplegara a la derecha mientras él lo hacía a la izquierda.

Su compañero asintió.

Una ráfaga ensordecedora y cegadora explotó en el estudio. Todos los ocupantes del cuarto quedarían cegados y sordos durante al menos cinco segundos, hasta que las células fotosensibles de la retina pudieran volver a la normalidad, y el fluido en los canales semicirculares del oído reanudara su función.

La pared de la mansión había protegido a Nick de lo peor de la descarga, aunque se había entrenado hasta la extenuación para soportar

el impacto. Un segundo después de que la bomba hubiera estallado, cruzó la puerta, registrando la parte izquierda, sabiendo que Di Stefano hacía lo mismo a la derecha. Entre los dos cubrían casi 180 grados.

Se movió deprisa, desarmando a dos hombres aturridos y colocándoles unas esposas de plástico de última generación. AlBanna estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre, y Di Stefano le esposó los brazos por encima de la herida del pecho.

Nick recorrió la habitación con la vista de forma infructuosa. ¿Dónde estaba Charity? ¿Dónde?

Escuchó un sollozo apenas audible, se dio rápidamente la vuelta, y el corazón se le detuvo. Simplemente, dejó de latir.

Charity estaba tendida de espaldas contra la pared, detrás del escritorio, como si un puño gigante la hubiera arrojado allí sin el menor cuidado. Se hallaba cubierta de sangre y Worontzoff descansaba parcialmente sobre ella.

Alguien estaba llorando, emitiendo un sonido de sufrimiento animal tan desgarrador, que le dolía el corazón. Charity era consciente de ello, aunque sólo débilmente. La cabeza le daba vueltas y le dolía todo el cuerpo. ¿Dónde estaba? Echó un vistazo alrededor sin mover la cabeza, pese a que todavía veía puntitos delante de sus ojos a causa de la potente explosión que había tenido lugar en la habitación.

Otros hombres comenzaron a gritar, agentes vestidos de negro con cascos del mismo color, que les daba un aspecto de insectos alienígenas, portando armas enormes. Entraron en la estancia con rapidez controlada.

—¡Despejado! —gritó uno, oyéndose el eco dentro y fuera de la habitación.

—¡Despejado!

—¡Despejado!

—¡Despejado!

Tenía dificultad para respirar. Algo le pasaba a su pecho; no podía expandir los pulmones. Bajó la vista y vio a Vassily, inmóvil, encima de ella. Uno de los hombres de la habitación, el que parecía científico, estaba tendido sobre él, gritando igual que un animal herido. Despotricando furiosamente en una lengua desconocida. ¿Era ruso?

No podía respirar soportando el peso de dos hombres sobre el pecho. No podía respirar; no podía ver; no podía oír.

Aquello no tenía sentido. Nada tenía sentido. Le resultaba imposible aclarar sus ideas, que no dejaban de dispersarse. Le pitaban los oídos y veía puntos.

Movió la mano ligeramente y sintió algo húmedo y viscoso en el suelo. Haciendo un gran esfuerzo, levantó la mano y se la llevó a la cara.

Estaba roja. Sangre.

De pronto, el hombre que lloraba sobre Vassily, lo abrazó y se lo quitó de encima.

—¡Charity! —Nick se arrodilló a su lado, resbalándose levemente en la sangre del suelo—. ¡Dios mío, estás herida! ¿Dónde te han disparado, cariño? ¿Dónde te duele? —Levantó la vista hacia los hombres de negro que llenaban la estancia—. ¡Un médico! —gritó—. ¡Un médico, aquí!

Unas manos la palparon frenéticamente, comenzando por la cabeza y bajando por su torso hasta las piernas.

—No... —Charity trató de insuflar aire en sus pulmones—. No estoy herida —logró decir al fin mientras sus pulmones se expandían en busca de aire—. No... soy yo.

Tenía que ser Vassily. A Charity le resultaba casi imposible pensar, pero, a pesar de que le dolía todo, sabía que no tenía ninguna herida mortal. Sentía la espalda completamente empapada de sangre. Eso, unido a la cantidad de sangre que había en el suelo, le indicaba que la herida debía de ser grave.

Notó otro par de manos. No las de Nick, sino la de uno de los hombres de negro.

—Señor, apártese para que pueda examinarla.

Nick le sostenía la mano, resbaladiza debido a la sangre.

—¿Señor? No puedo examinarla si no se mueve.

Charity podía sentir la reticencia de Nick al soltar su mano y ponerse en pie. Echó un vistazo por el cuarto y le hizo señas a uno de los hombres de uniforme.

—Deshágase de eso —dijo con frialdad, señalando hacia el hombre que no dejaba de berrear. Arkady se había apoyado contra la pared con el cuerpo laxo de Vassily acunado entre sus brazos, meciéndose atrás y adelante. Sus gritos resultaban dolorosos de escuchar, un largo lamento en ruso.

El médico le hizo un chequeo rápido y concienzudo a Charity y la declaró esencialmente ilesa.

Gracias a Vassily.

Parte del impacto de la explosión se estaba disipando, y el recuerdo de los momentos previos comenzaba a retornar. El estridente

pitido, el terrorista blandiendo una pistola, apuntando hacia ella. El grito de Vassily, arrojándose sobre ella.

La bala le había alcanzado a él; no a ella.

Vassily le había salvado la vida. Charity bajó la mirada a su cuerpo muerto, que sostenía fuertemente el ruso que ahora estaba cubierto con la sangre de su Vor.

Vassily era un criminal, un renegado. Pero le había salvado la vida.

La enorme habitación estaba ahora iluminada y había gente moviéndose resueltamente por ella. La maleta grande llena de dinero en efectivo había sido cerrada, y un grupo de hombres estaban examinando el gran contenedor metálico. Charity se tambaleó.

—Se acabó —gruñó Nick mientras la tomaba en sus fuertes brazos y se acercaba con paso enérgico hasta el lugar donde Di Stefano estaba intercambiando opiniones con un grupo de hombres—. Podéis limpiar vosotros, yo me la llevo a casa.

Di Stefano abrió la boca, miró a Nick y la cerró de nuevo.

—Muy bien, largo de aquí.

Se detuvieron un momento en el pórtico y Charity inspiró profundamente. Parecía que habían pasado días desde que había subido esas escaleras.

Nick la miró, adusto, al tiempo que contraía con fuerza la mandíbula.

—Así es como va a ser —anunció—. Te llevo a casa y a la cama, y no vamos a salir ni a tomar el aire hasta que pase una semana o me dejen de temblar las manos. Lo que antes suceda. Luego iremos al

ayuntamiento y nos volveremos a casar, sólo que esta vez legalmente. Te quiero y mi hijo no nacerá siendo bastardo.

Dijo todo aquello de manera beligerante, como si esperase que ella discutiera. Pero, como siempre le sucedía con Nick, sólo había una respuesta posible:

—Sí, Nick.

Parker's Ridge

Nueve meses después

Jacob Franklin Ireland tenía mucha prisa en nacer.

Charity Ireland gimió y el sheriff Nick Ireland pisó el acelerador. Tuvo que aferrarse con fuerza al volante porque tenía las palmas de las manos húmedas a causa del sudor producto de la ansiedad.

Estaban en mitad de una violenta tormenta estival y la lluvia caía con tal fuerza que los limpiaparabrisas resultaban prácticamente inútiles. No es que importara mucho. Nick conocía el camino al hospital, pese a que la situación se asemejaba más a pilotar un barco que a conducir un coche.

Charity dejó escapar otro leve gemido, mordiéndose los labios.

Nick conducía a tanta velocidad como podía sin arriesgarse a sufrir un accidente, utilizando sus habilidades de conducción al máximo.

—Aguanta, amor mío —la animó, manteniendo un tono de voz suave y consolador a pesar de que estaba consumido por la ansiedad y el miedo. Echó un vistazo rápido hacia Charity, que estaba tendida en el asiento del pasajero jadeando entre una contracción y otra.

De pronto, vio tensarse su vientre. ¡Dios!

Ella lanzó otro grito y Nick pisó el acelerador. Si iba más rápido con la que estaba cayendo, el coche se deslizaría por el aire. Charity tema la frente empapada en sudor, aunque no tanto como él.

—Nick —gimió.

—No pasa nada, mi amor. —Trató por todos los medios de evitar que su voz trasluciera el pánico que sentía. «¿No pasa nada?» ¿Y qué cojones sabía él? Las lecciones parto hacían que se mareara tanto que apenas asimiló nada. Siempre que abría uno de esos libros sobre partos y bebés que Charity leía por toneladas, no conseguía pasar del primer capítulo sin que un sudor frío se apoderara de él.

Dobló la esquina y, sabiendo que ahora tan sólo quedaba un tramo recto hasta la zona de urgencias del hospital, se arriesgó a aumentar un poco la velocidad, esperando que no hubiera otros conductores tan locos como para salir en mitad de una tormenta que estaba descargando la lluvia de todo un año en una sola tarde.

Al cabo de unos minutos, cruzaba las puertas del hospital junto con Charity, gritando a enfermeras, médicos, y a cualquiera que se pusiera por delante. Su esposa tenía la cara contraída a causa de la agonía y Nick trató de recordar por qué tenía uno niños.

Las enfermeras llegaron, rápidas, eficientes y serenas, y subieron a Charity a una camilla con ruedas. Una de ellas le palpó el abultado vientre y le levantó la falda, le cortó las braguitas y se sobresaltó.

—¡El bebé está coronando! —exclamó. Aunque Nick no supiera lo que eso significaba, podía verlo. Entre las piernas de Charity se apreciaba la coronilla de pelo negro del bebé.

Su hijo.

Nick se colocó a un lado y sostuvo la mano de Charity mientras la alentaba a respirar como un idiota.

Entretanto, una bandada de personal médico se congregó a los pies de la camilla, haciendo sin alterarse cosas que Nick no deseaba presenciar. Charity le apretaba la mano con tanta fuerza que casi le dolía. Detestaba verla sufrir, lo odiaba.

Luego, de pronto, todo terminó. Charity rompió en un gran grito, asombrosamente fuerte para una mujer tan pequeña, y un bebé enrojecido se deslizó en las atareadas manos del médico. De inmediato, las enfermeras y doctores comenzaron a cortar y a suturar.

Dio comienzo un sonoro llanto y Nick miró atentamente en su dirección con el corazón desbocado. Su hijo. Aquella graciosa criatura que parecía un conejo pelón era su hijo.

Charity rompió a reír y Nick la miró, atónito.

—¿Te ha parecido divertido? —preguntó.

Ella esbozó aquella hechicera sonrisa que le volvía loco.

—Divertido, no —musitó con suavidad—. Maravilloso.

Alguien le tocó en el codo.

—Sheriff —lo llamó una de las enfermeras—. Aquí tiene a su hijo.

Le puso a Jake en los brazos y Nick bajó la mirada al rostro del bebé, cuyos diminutos rasgos eran una réplica de los suyos. La desesperación por nacer ya había desaparecido. Su carita se mostraba serena, aunque un leve ceño entre sus diminutas cejas mostraba que se sentía perplejo por este nuevo mundo.

Nick acarició la mejilla de Jake con el dedo índice, asombrado de su increíble suavidad.

De pronto, el bebé abrió unos ojos como platos; tenían un vivo color azul y, hasta su muerte, Nick juraría que su hijo le sonrió. Una manita diminuta le agarró el dedo. Su hijo, aferrándose a su mano.

Su hijo. ¡Dios bendito! Su «hijo».

Por segunda vez en su vida, Iceman rompió a llorar.